

Sebastian Fitzek



EL PROYECTO JOSHUA

Un thriller del autor de *El pasajero 23*



Lectulandia

Max, el autor fracasado, es un ciudadano respetuoso de las leyes.

A diferencia de su hermano Cosmo, encerrado en las celdas de seguridad de una clínica psiquiátrica, Max nunca ha cometido ningún error.

Sin embargo, dentro de pocos días consumará uno de los delitos más horrorosos del que es capaz un ser humano.

Solo que, por el momento, lo ignora...

Pero hay quienes sí lo saben, y están decididos a matarlo antes de que sea demasiado tarde.

Lectulandia

Sebastian Fitzek

El proyecto Joshua

ePub r1.0

Titivillus 25.10.16

Título original: *Das Joshua Profil*
Sebastian Fitzek, 2015
Traducción: María José Díez Pérez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Roman Hocke

*Now I'm not looking for absolution
Forgiveness for the things I do
But before you come to any conclusions
Try walking in my shoes*

DEPECHE MODE

Parecía un aula. Un aula mísera, ya que las sillas, de color amarillo ocre y estructura de metal indestructible, con el asiento a juego, daban la impresión de haber sido adquiridas en un mercadillo. Arañadas y desgastadas por generaciones de alumnos y desechadas hacía tiempo, se veían fuera de lugar en ese sitio.

—Sentaos —nos ordenó papá mientras se dirigía hacia el frente de la estancia, donde había colocado una pizarra en la que ponía, escrito con tiza blanca: «*Non scholae, sed vitae discimus*».

—¿Dónde estamos? —susurró Mark, pero no lo bastante bajo, porque papá se volvió de inmediato hacia nosotros.

—¿Dónde estamos? —vociferó, y a su boca asomó un amago de sonrisa sombría. Se estrujó los dedos con tanta fuerza que crujieron—. ¡¿Dónde estamos?! —Puso los ojos en blanco y apoyó las manos en la mesa del profesor. Con lo siguiente que dijo pareció calmarse un poco, o al menos lo dijo en voz bastante más baja. Aunque el titilar de su mirada seguía ahí, como si tras sus pupilas ardiese una vela temblorosa—. ¿Qué os parece?

—Un colegio —respondió Mark.

—Exacto. Solo que no es un colegio, no un colegio cualquiera, sino «el» colegio. El único que cuenta de verdad.

Y nos ordenó que nos sentáramos por segunda vez, y en esta ocasión obedecimos. Escogimos las sillas del medio de la tercera fila, Mark a la derecha y yo a la izquierda de mi padre, que se había colocado en mitad del pasillo, como Schmidt, nuestro antiguo profesor de Latín. Solo que en lugar de preguntarnos vocabulario, nos soltó un monólogo demencial.

—En el colegio al que ibais antes os tomaban el pelo —aseguró—. Os enseñaron a leer, escribir y contar. Ahora podéis leer textos en inglés, sabéis en qué se diferencian los mamíferos de los reptiles y por qué la Luna no cae a la Tierra, al menos espero que sepáis eso, porque cuando estabais en clase de vez en cuando dejabais de pensar en qué bragas podíais meter vuestras sucias manos.

Me sonrojé. Nuestro padre nunca había empleado un lenguaje tan vulgar con nosotros. Quise que me tragara la tierra, tanta vergüenza sentí. Miré a Mark y supe que a él le pasaba lo mismo.

—Os dicen que tenéis que aprender de la historia, os enseñan atlas para que sepáis cómo es el mundo y el sistema periódico con los elementos que supuestamente componen el universo, pero lo más importante no os lo enseñan. ¿Sabéis a qué me refiero?

Sacudimos la cabeza.

—Claro que no. No sabéis nada. Y no estoy citando al pederasta de Sócrates. Sabéis menos que nada, pero no es culpa vuestra. Es culpa de esos pedagogos ineptos, que os privan de la asignatura más importante. La única asignatura, no, la «primera» asignatura que se enseñó en este planeta y sin la cual la especie humana se habría extinguido hace tiempo. A ver, ¿de qué estoy hablando? ¿Quién me lo puede decir?

Una oleada de calor me recorrió el cuerpo, como solía pasarme en el colegio cuando tenía un examen y no había estudiado. Solo que esta vez me daba la sensación de que nunca había estado menos preparado para afrontar un examen.

—¿Ninguno?

Una rápida mirada de reojo a Mark me dijo que él también había bajado la cabeza. Tuve unas súbitas ganas de ir al retrete, pero no me atreví a decir nada.

—Muy bien, en ese caso os ayudaré —farfulló papá, como si hablara solo. Levanté la cabeza y vi que se toqueteaba el cinturón. De pronto vi un centelleo, la luz reflejándose en el metal.

—¿Qué haces? —le pregunté, muerto de miedo. Nunca le había visto esa mirada ausente en los ojos. Y nunca le había visto ese cuchillo largo y dentado en la mano.

—Pensad, ¿de qué asignatura creéis que estoy hablando? —preguntó, y miró a Mark, que seguía sin atreverse a mirarlo a los ojos, lo que probablemente fue el motivo de que mi padre lo escogiera.

Se plantó a su lado con dos pasos rápidos, lo cogió por el pelo para levantarle la cabeza y le puso la hoja en el cuello.

—¡Papá! —chillé, levantándome de la silla de un brinco.

—Tú no te muevas de tu sitio. —Su mirada me atravesó, como si sus ojos fuesen otros dos cuchillos. A mi hermano, al que el sudor le perlaba la frente, le dijo—: Piensa, piensa, hijo. ¿De qué os voy a dar clase?

Mark temblaba. Tenía los músculos tensos, a punto de reventar, como si tuviera contraído el cuerpo entero.

Tenía el miedo escrito en la cara y vi que se hacía pis, y cuando percibí el olor del miedo supe cuál era la respuesta que quería oír mi padre, aun cuando fuese absurda y terrible.

—Matar —dije, salvando así a mi hermano.

—¿Matar? —Se volvió hacia mí, y al cabo de un segundo apartó el cuchillo del cuello a Mark y sonrió satisfecho—. Muy bien. Un punto para ti.

Me felicitó por mi respuesta sin que en su voz hubiese una pizca de ironía, y me hizo un gesto de aprobación.

—En efecto. No habéis aprendido a matar. Nadie os ha enseñado a hacerlo. Pero no os preocupéis, que eso lo arreglamos en un pispás.

Max Rhode, *El colegio del horror*, cap. 24, pp. 135-139.

Dios no juega a los dados.

ALBERT EINSTEIN

Y aunque Dios jugara a los dados...
le seguimos la pista.

RUDI KLAUSNITZER,
Das Ende des Zufalls

Berlín

Trece cadáveres, once mujeres violadas, siete mutilaciones, otros tantos secuestros y dos monjas encadenadas al tubo de la calefacción que morirían de hambre si no las encontraban a tiempo. Estaba satisfecho con lo que llevaba hasta el momento, y esa tarde habría añadido un asesinato más si no me hubiesen interrumpido a las 15.32, justo cuando iba camino del alcantarillado berlinés con otra víctima indefensa.

Primero intenté hacer caso omiso del pitido; suelo apagar el móvil cuando trabajo, pero ese día era lunes y los lunes me tocaba ir a buscar a nuestra hija, de diez años, pese a que mi mujer estaba en la ciudad, para variar, porque como era piloto de rutas de largo recorrido, eso solo pasaba muy de vez en cuando.

Aunque no conocía el número que aparecía en la pantalla, era más o menos la hora. La clase de natación de Jola debía de estar a punto de acabar, y quizá llamara con el teléfono de una amiga. Decidí que era mejor no dejar que saltara el buzón de voz, aun a riesgo de que fuese algún comercial que quisiera endosarme un seguro dental o una suscripción a la tele de pago y le diera igual que yo llevara meses en números rojos.

De manera que chasquéé la lengua, irritado, guardé a mitad de frase el capítulo del *thriller* que estaba escribiendo y cogí el móvil, que vibraba en mi mesa. Lo cual, en resumidas cuentas, era la razón de que ahora me viese en un atasco en la autopista Avus, a la altura de Hüttenweg, y le pidiera cinco euros a mi hija.

—No te los pienso dar. —Jola sacudió la cabeza y miró porfiada por la ventanilla, que había bajado, hacia las vías del tren, que en ese tramo discurrían paralelas a la autopista.

Era mediados de agosto, estábamos parados bajo un sol de justicia, ante nosotros el aire rielaba sobre los techos de la larga fila de coches, y tenía la sensación de estar en una olla exprés en lugar de en mi viejo escarabajo.

—Tenemos un trato —le recordé. Cinco euros cada vez que yo tuviera que ir al colegio a hablar con algún profesor porque la había vuelto a liar.

—Pensaba que eso solo contaba para el colegio. No para el tiempo libre.

—Olvidas que el señor Steiner no solo es tu profesor particular de natación, sino también tu profesor de gimnasia oficial. Así que suelta la pasta.

Mi hija me miró como si la hubiera obligado a cortarse los morenos rizos, lo único de su cuerpo de lo que se sentía orgullosa, porque echaba pestes de su nariz torcida, sus labios finos, el cuello demasiado largo, sus «pies deformes» (en su opinión, el dedo pequeño tenía la uña demasiado pequeña) y el delicado lunar de la mejilla. Muy en particular el lunar, que los días que estaba de mal humor tapaba con

una tirita.

—No es justo —dijo, haciendo un mohín.

—Lo que no es justo es lo que le hiciste a Sophia.

Procuré no sonreír, ya que en realidad tampoco me parecía que fuera para tanto, en comparación con las cosas que hacía yo cuando tenía su edad. Recordar la desagradable conversación que había mantenido en el despacho del entrenador me ayudó a parecer enfadado. «Sé que Jola es la mejor del equipo, y le paso por alto muchas cosas, en serio —me había dicho el profesor Steiner cuando me acompañaba para despedirme—. Pero si vuelve a hacer algo así, la echo del equipo».

—Sophia me llamó bastarda —trató de justificarse Jola.

—¿Y por eso le llenaste el champú de detergente?

A su compañera de equipo le dio un ataque de llanto en la ducha cuando vio que no había forma de quitarse la espuma del pelo, por mucha agua que se echara. Por lo visto, la espuma inundó el cuarto de baño y llegó hasta el vestuario.

—Para que se le cayera el pelo. —Jola sonrió, si bien sacó un arrugado billete de cinco euros del bolsillo de la mochila, donde guardaba el iPod y el dinero.

—Sabes que hablando se entiende la gente, ¿no? —le pregunté.

—Sí, claro, como en tus libros.

«Uno a cero para ella».

Jola blandía el billete.

—Déjalo en la guantera —le dije, y avancé dos metros más. Cerca de la Torre de radio debía de haberse producido un choque. La información sobre el estado del tráfico, para variar, todavía no decía nada, pero desde hacía diez minutos iban a paso de tortuga.

—Anda, patatas fritas, ¡qué guay!

Sacó la bolsa, que yo había metido en el pequeño compartimento. Logré impedir que la abriera en el último segundo.

—Espera, ¡no! ¡Es un regalo para mamá!

Mi hija me miró con escepticismo.

—¿Perdona?

—Sí. Para la semana que viene, por nuestro aniversario de boda.

—¿Patatas fritas? —Jola no tuvo necesidad de insinuarme que me faltaba un tornillo para que yo viera lo que pensaba.

—No son unas patatas cualesquiera. —Señalé la marca—. Son Peng.

—Ya.

—Pues sí. Ya no las hay. Dejaron de producirlas hace unos años. ¿No te he contado cómo fue nuestra primera cita? ¿La de mamá conmigo?

—Solo unas mil veces. —Jola revolvió los ojos y empezó a enumerar los puntos principales de la historia—: Queríais ir al cine de verano. Tú aparcaste el escarabajo en el Aldi, a la vuelta de la esquina, pero cuando os ibais a ir el Aldi ya había cerrado y el aparcamiento también.

Asentí y añadí:

—Así que nos pusimos cómodos con unas patatas Peng y una Coca-Cola Cherry, nos quedamos mirando el supermercado vacío por el parabrisas e hicimos como si estuviésemos viendo *Parque Jurásico*.

Como siempre que lo recordaba, se me puso una sonrisita un poco bobalicona, por lo ensimismada. Kim y yo abrazados, acurrucados en los asientos delanteros, yo contándole con lujo de detalles el argumento de la primera película que se me pasó por la cabeza; era uno de los recuerdos más bonitos de mi vida. Aparte, claro estaba, del día, hacía diez años, en que nos concedieron la custodia de Jola.

—A tu madre le encantaron esas patatas con sabor a pimienta —comenté mientras volvía a avanzar un tanto—. El día que las retiraron se llevó un buen disgusto.

—Seguro que fue una tragedia para ella.

Los dos sonreímos.

—Sí. Así que busqué al fabricante en Bahlsen, y conseguí convencerlo de que fabricase una bolsa para mí. Mamá se pondrá como loca cuando la vea.

—Seguro —repuso Jola, menos eufórica. Metió los cinco euros en la guantera y la cerró—. Seguro que bastará para que cambie de opinión.

Iba a preguntarle a qué se refería, pero me distraje un momento, porque al lado un idiota en un monovolumen intentaba cambiarse de carril, como si de esa manera se fuera a solucionar antes el atasco. Además, tenía bastante claro que Jola se enteraba de muchas más cosas de las que debía. Era extremadamente sensible, de manera que debíamos hacer un esfuerzo titánico para no discutir delante de ella. Aunque Kim y yo nunca habíamos hablado abiertamente del divorcio, ni siquiera cuando estábamos solos, era evidente que a Jola no le habían pasado por alto las sutiles señales de distanciamiento.

—¿Vamos a comer una pizza, como me prometiste?

Antes de que pudiera decirle que la verdad era que no se lo merecía, el móvil me volvió a sonar por segunda vez ese día. Lo cogí de la bandeja y miré el número: una vez más desconocido.

Jola abrió la guantera y cogió el dinero.

—Y eso ¿por qué? —pregunté entre pitido y pitido.

—Coger el móvil mientras conduces —me recordó, la segunda parte de nuestro trato (lo reconozco, un tanto peculiar). Cuando soltaba un juramento, hacía algo indebido o anulaba un compromiso, ella tenía derecho a cinco euros.

—Estamos parados —objeté, señalando la caravana que teníamos delante.

—Pero el motor está en marcha —alegó ella, guardándose el billete.

Sacudiendo la cabeza, aunque me hacía gracia, cogí el teléfono.

Mi sonrisa desapareció al oír la primera palabra que pronunció el desconocido.

—¿Hola?

«Dolor. —Eso fue lo primero que se me pasó por la cabeza—. Ese hombre tienes dolores».

—¿Quién es?

De fondo oí un pitido electrónico, como si sonara un despertador, después un silencio más prolongado, y pensé que la llamada se había cortado.

—¿Hola?

Nada. Tan solo un breve ruido de estática. Después, cuando ya iba a colgar, el hombre dijo:

—Estoy en Westend, en la UVI. Venga deprisa. No me queda mucho tiempo.

Entorné los ojos, ya que el sudor de la frente amenazaba con caerme en las pestañas. A mi lado, Jola se abanicaba con un folleto de propaganda que había encontrado en el suelo.

—Perdone, pero creo que se confunde —le dije a la voz quebradiza.

—No lo creo, señor Rhode.

«Vaya, así que sabe quién soy».

—Perdone, pero ¿quién es usted? —pregunté, ahora con cierta impaciencia.

El hombre tosió y después, poco antes de colgar, dijo tras un largo y atormentado gemido:

—Soy un hombre que tiene mujer, cuatro hijos y seis nietos, pero al que solo le quedan fuerzas para hacer una llamada antes de morir, que será dentro de muy poco. ¿No quiere saber por qué la estoy malgastando precisamente con usted?

Un refrán polaco dice: la curiosidad mató al gato.

Y probablemente a los escritores también. Al menos a los escritores como yo.

Media hora después, cuando se disolvió el atasco, me hallaba en el despacho del médico jefe de la UVI, en el hospital Westend, y me preguntaba si habría perdido la razón.

Lo más probable es que ningún padre de familia en su sano juicio se reuniera con el autor de una llamada anónima que lo hubiera citado en su lecho de muerte, pero no había dejado porque sí mi puesto de periodista judicial en una emisora de radio privada hacía seis años: la curiosidad que me despertaban las personas y sus secretos era lo que me había empujado a escribir y había hecho de mí un novelista, aunque no hubiera cosechado mucho éxito, salvo con mi primer *thriller*: *El colegio del horror*, que estrictamente pertenecía al género de terror y había vendido casi ochenta mil ejemplares. La primera de un total de cinco novelas. Y, con su puesto duodécimo en la lista de ediciones de bolsillo, mi único éxito de ventas. Por la siguiente entrega se había interesado únicamente la mitad de mis lectores, y la última ni siquiera había cubierto el anticipo. A excepción de mi primera obra, mis libros ya ni siquiera se encontraban disponibles. Si al final nos divorciábamos, sería mi mujer la que me tendría que pasar la pensión.

«Triste pero cierto».

Por desgracia, todo apuntaba a que mi siguiente *thriller*, que debía entregar dentro de escasos meses, también sería un fiasco. Ya llevaba escritas 122 páginas y seguía sin dar con la forma de acceder a los personajes. Normalmente solían cobrar vida propia a lo sumo después del primer acto, convirtiéndome a mí en un mero observador que sentía curiosidad por saber qué sería lo próximo que harían sus héroes. Pero en este caso ya llevaba catorce capítulos y los personajes seguían haciendo exactamente lo que yo había previsto en la sinopsis. No era buena señal. Y probablemente ese fuera el principal motivo por el que consideré que la visita a la clínica supondría una grata distracción, que se prometía más emocionante de lo que yo intentaba inventarme en mi mesa.

—El paciente está atravesando una fase paradójica —me explicó el doctor Anselm Grabow en su despacho, un espacio repleto de archivadores y manuales, mucho más pequeño de lo que lo había descrito yo en una de mis novelas.

El médico, que lucía una barba cerrada y al que a todas luces habían advertido de mi llegada, ni se molestó en invitarme a tomar asiento, fue directo al grano:

—El paciente todavía está en condiciones de hablar y reacciona, cosa que es

habitual en quemados así. Se ha visto afectado más del ochenta por ciento de la piel, casi todas las zonas de tercer grado, algunas incluso de cuarto grado. Por ello no es preciso que pregunte cuál es el pronóstico.

Se toqueteaba con nerviosismo el ojal de la sucia bata, y me miraba con unos ojos inyectados en sangre, de un rojo tan vivo que era como si hubiese metido la cabeza con los ojos bien abiertos en un acuario lleno de medusas. O estaba muerto de cansancio, o tenía conjuntivitis o padecía alergia.

—Si hubiera sido por nosotros, lo habríamos intubado hace tiempo para inducirle un coma, pero el paciente nos lo ha prohibido expresamente. En la fase paradójica en que se encuentra, su circulación es relativamente estable, pero esta situación cambiará dentro de muy poco. Cabe que sufra un colapso y un fallo multiorgánico de un momento a otro.

—¿Cómo se llama? —quise saber—. Me refiero a que quién es y por qué quiere hablar precisamente conmigo.

El doctor Grabow torció el gesto y me miró como si acabase de pisar una caca de perro.

—No estoy autorizado a darle esa información —respondió. Y antes de yo pudiera replicar, añadió—: El paciente me ha dado instrucciones precisas y categóricas a ese respecto. Sin violar mi secreto profesional, lo único que le puedo decir es que llegó aquí hace unas seis horas con quemaduras graves después de una tentativa de suicidio...

—¿Intentó quitarse la vida?

—Eso dijo, sí.

Puesto que dejó bien claro que no estaba dispuesto a facilitarme más información, yo no tenía ganas de seguir desperdiciando un tiempo valioso y, con él, la fase paradójica del paciente. Y más teniendo en cuenta que había dejado a Jola abajo, en el coche, en el aparcamiento, lo cual me supondría otros cinco euros, ya que debido a este contratiempo no habíamos ido aún a por la prometida pizza.

Grabow pidió a una enfermera con pinta de latina que me acompañase a la UVI, donde me equiparon con un mono quirúrgico desechable color verde caqui, una mascarilla y unos guantes de látex.

—Las normas son las normas —advirtió la enfermera antes de salir y cerrar la puerta de la habitación y de que yo me viera frente a un hombre que, a diferencia de los personajes de mis novelas, estaba a punto, dentro de unas horas o incluso minutos, de sufrir una dolorosa muerte.

Por teléfono me había llamado la atención su voz quebradiza, distorsionada por el dolor. Ahora, tres cuartos de hora más tarde, mientras me hallaba ante su cama articulada, me preguntaba cómo habría podido tan siquiera coger el teléfono ese desconocido moribundo que yacía en el colchón sanitario azul claro.

Daba la impresión de haber sido disecado en vida por un cirujano demente, como si fuese una cobaya para estudiantes de anatomía. Junto al ojo derecho faltaban capas

de piel. Era como si le hubiesen pasado una lijadora. En lugar de frente, mejillas, mentón y sienes había una escaldadura surcada de tendones lechosos y vasos sanguíneos pulsantes. Tenía el cuerpo entero, de los pies al cuello, envuelto en vendajes estériles, a excepción de las zonas reservadas a las vías de morfina y suero; por lo demás, el hombre estaba prácticamente momificado, lo cual permitía concluir que bajo las vendas su aspecto no sería muy distinto del de la cara.

Menos mal que Jola se había quedado esperando en el coche. Le había contado que iba a pasarme un momento a ver a un médico amigo, cuya voz no había reconocido al principio debido a la mala cobertura y que quería darme una documentación importante para mi libro. No me gustaba mentir a Jola, pero en vista del espantoso espectáculo que tenía delante, me alegré de haber recurrido a esa mentira piadosa.

«Bueno, y ahora ¿qué?».

La puerta se había cerrado hacía dos minutos largos. Dos minutos en los que no sabía adónde mirar ni qué decir. Carraspeé cohibido al ver que el quemado, aparte de un leve espasmo, no se movía.

—Perdone —dije, y yo también parecía encontrarme en una fase paradójica, aunque sin duda no tan dolorosa como la que aparentaba estar atravesando el moribundo. Me sentía como un intruso. El hecho de que me hubiese llamado expresamente no me tranquilizaba, mientras no conociera el motivo—. ¿Puede oírme?

El hombre, que miraba fijamente el techo con el ojo que le quedaba, asintió. Del orificio que tenía en la cara donde antes estaba la boca salió un sonido sibilante, que se mezcló con el zumbido del respirador que tenía insertado en las encostradas fosas nasales de la desfigurada nariz. Me aclaré la garganta de nuevo, sin saber qué hacer a continuación. El mono crujía con cada movimiento. Olía a desinfectante, a piel quemada y gasolina, si bien esto último probablemente se debía a que mi olfato me estaba gastando una broma macabra. Desde que era pequeño odiaba el olor a gasolina. Le tenía miedo, auténtica fobia; las gasolineras no eran lo que se dice uno de mis lugares preferidos.

Lo más probable era que ese «olor del miedo», que era como yo lo llamaba, fuese cosa de mi imaginación. Pero con toda seguridad lo que sí había allí era un calor insoportable. Fuera había treinta y un grados, y dentro quizá no tantos, pero tampoco corría el aire. Noté que el sudor me resbalaba por la espalda y me pregunté si un quemado aún podría tener calor.

—¿Quería hablar conmigo? —pregunté, y parecí, y no solo por decirlo así, un mayordomo que acude a la llamada de su señor. Nuevamente el hombre asintió. Nuevamente escuché un tono sibilante. Me entraron ganas de rascarme. Las gomas de la mascarilla me hacían cosquillas detrás de las orejas, pero por alguna razón no me quería mover. No antes de que el desconocido me hubiese desvelado el motivo de su llamada.

—Venga —pidió con sorprendente claridad.

—¿Adónde?

—Aquí, a mi lado. —Dio unas palmaditas con la mano vendada en la cama.

«Todo menos eso».

No quería sentarme con él en el borde de la cama. Mi curiosidad no llegaba a tanto, pero probablemente sí para inclinarme hacia él.

—Lo siento... —musitó el agonizante cuando me acerqué lo bastante para sentir su aliento en mi mejilla— pero Joshua lo ha elegido.

Jola no se dio cuenta de que alguien se acercaba al coche. Escuchando a Biffy Clyro y con el volumen del iPod al máximo, un helicóptero podría haber aterrizado detrás del escarabajo y ella solo se habría enterado de que de repente revoloteaban hojas a su alrededor. Por eso casi le dio un infarto cuando de pronto una mano se metió por la ventanilla y le tocó el hombro.

—Joder, qué susto me ha dado.

Se quitó los cascos y paró a su grupo de música favorito. Se sonrojó, algo que odiaba, porque le pasaba a menudo cuando se ponía nerviosa, y así todo el mundo se daba cuenta de lo miedica que era.

—*Sorry*, lo siento. ¿Eres Jola?

La niña asintió y entornó los ojos, ya que el sol se reflejaba en la identificación de plástico de la bata blanca y, como la letra era muy pequeña, le costaba descifrar el nombre.

«Westend. Unidad 6, Schmidt, Schmied... ¿o Schmitz?».

—Me envía tu padre.

—¿Mi padre?

—Sí, para que te lleve con él.

—¿Y eso por qué?

—No te asustes, pero no se encuentra bien. Quiere que te quedes con él hasta que llegue tu madre.

—Ah, vale.

La preocupación por su padre hizo que el corazón le latiera al ritmo de la canción de rock que estaba escuchando hacía un minuto.

—¿Qué ha pasado?

—Una tontería. Quería enseñarle a su amigo, nuestro médico jefe, una patada de *kick boxing* y al hacerlo tropezó y probablemente se haya roto la pierna.

—¿En serio? —Jola sacudió la cabeza. «Es que no se le puede perder de vista un segundo». Así que adiós a lo de: «Ahora mismo arreglamos lo de esa pizza». A veces Jola se preguntaba cuál de los dos era el niño y cuál el adulto—. Bueno, y ¿dónde está? —quiso saber mientras cogía la mochila. El coche lo podía dejar abierto. Lo único de valor en ese cacharro eran las patatas Peng de la guantera, y eso probablemente no le interesara mucho a un ladrón.

—Ven conmigo, te llevaré con él —afirmó Schmidt, Schmied o Schmitz, cogiéndola de la mano.

A Jola el gesto la incomodó un tanto, en parte porque el hombre tenía la mano

húmeda y casi resbaladiza, pero no quería ser borde; con el tiempo que hacía la gente sudaba, así que sonrió a su vez y confió en que el sendero por el que echaron a andar hacia el parque no fuera muy largo.

«¿Que Joshua me ha elegido?».

Ahora que pronunciaba su primera frase completa, me sentía como un idiota. De alguna manera me daba que el hombre era mayor, quizá porque uno siempre confía inconscientemente en no tenérselas que ver con moribundos de la misma edad o incluso menores que uno.

«Conque Joshua. Josué. Mira tú qué bien».

¡Un fanático de la Biblia!

Farfullé una disculpa sin saber por qué y me di media vuelta. Entonces el hombre empezó a chillar:

—¡Espere! No se vaya. —Volví la cabeza. La piel quemada de la cara parecía haberse oscurecido—. Escúcheme: tiene que huir antes de que sea demasiado tarde —me advirtió con una voz sorprendentemente firme—. Joshua lo ha elegido, y Joshua no se equivoca.

Meneé la cabeza.

—¿Quién demonios es Joshua? ¿Se refiere a Josué, el profeta bíblico? —«Y ¿quién demonios es usted?».

—Para eso no tenemos tiempo. Por favor, escúcheme bien. No infrinja la ley. En ninguna circunstancia.

El hombre tosió y le cayó saliva por la barbilla. Volví a acercarme a él.

—¿Por qué supone usted que voy a hacer algo prohibido? —Me pregunté si no me estaría confundiendo con otro Rhode, conocido de la policía. Sin embargo, a diferencia de mi hermano Cosmo, yo nunca había tenido problemas con la ley.

—Yo no supongo nada —objetó el quemado—. Sé que infringiré la ley. Joshua lo conoce mejor de lo que se conoce usted mismo. —Tosió y luego se oyó otro sonido sibilante.

Mi primer impulso fue echarme a reír, pero la risa se me atragantó al ver el lamentable estado en que se encontraba mi curioso interlocutor, razón por la cual me limité a proferir un sonido breve, gutural:

—Escuche, siento mucho que esté tan mal, pero...

Él me agarró la mano, y me estremecí. Porque no contaba con ello y porque me sorprendió su fuerza. Y eso que tenía un vendaje en los dedos.

—Sé que no me conoce, pero yo sí lo conozco a usted. Es usted Maximilian Rhode, tiene treinta y ocho años, su número de carné es 11/2557819. Boxeador profesional en peso semipesado a los diecinueve años, hasta que una lesión de rodilla puso fin a su carrera. Fue periodista en 105.0 y todo apunta a que pronto dejará de ser

escritor, a juzgar por sus ingresos netos del año pasado: 18 224,63 euros...

—Un momento... —Traté de interrumpir su verborrea. Había acertado en todo. Y había logrado que se me helase la sangre en las venas.

Y la cosa no acababa ahí.

—... casado con Kim Rhode, de soltera Staffelt, dos años mayor que usted, piloto de Lufthansa, estéril de nacimiento, razón por la cual no tienen ustedes hijos naturales, pero sí uno tutelado, Jola Maria, de diez años, cuyos padres, adictos al *crack*, intentaron venderla en un lavabo público cuando era un bebé y a la que ustedes habrían adoptado encantados, una adopción que siempre les ha sido denegada por culpa de su hermano, pederasta...

Un acceso de tos le impidió continuar desgranando datos. Cuando su respiración volvió a la normalidad, yo seguía boquiabierto. Tan pasmado que tardé en recuperar la voz.

—¿Cómo es que...? O sea... ¿cómo demonios sabe usted todo eso?

Bien, algunas cosas se podían encontrar en internet, pero muchas otras, en particular lo del pasado de Jola, eran secretos bien guardados, sobre todo que la habían querido vender de pequeña. Quien fuera o lo que fuera, ese hombre había demostrado de manera tan impresionante como espeluznante que no era ningún loco que había escogido mi número al azar en la guía telefónica.

Retiré la mano. Al parecer, la perorata había mermado sus últimas fuerzas. Se lo veía más hundido y su voz había perdido potencia.

—¿Qué quiere de mí? —pregunté, y por primera vez desde que llegara al Westend, tuve miedo de escuchar la respuesta a mis preguntas.

—Quiero prevenirlo. ¡Salga hoy mismo de la ciudad! No le diga a nadie adónde va. Ni a su mujer ni a su hija. ¡No vuelva! Al menos hasta que haya pasado un año. ¿Me ha entendido?

Sacudí la cabeza sin dar crédito.

—Y si no lo hago, ¿qué pasará?

El hombre suspiró, y a su único ojo asomó una lágrima. Solo entonces me di cuenta de que no pestañeaba porque no tenía párpado.

—Si no lo hace, acabará como yo —replicó con voz apagada. De pronto se oyó un pitido.

Pensé que el sonido salía de su boca sin labios, como antes. Solo reparé en la línea continua del monitor cuando la puerta se abrió de golpe y en la habitación irrumpieron una enfermera, un médico y dos enfermeros que me hicieron a un lado, pero no intentaron reanimar al enfermo.

O porque así lo había dispuesto él.

O porque de todas formas era inútil.

El desconocido sin nombre había muerto.

Cuando salía del nuevo edificio del centro hospitalario, pasé por delante de una máquina expendedora y saqué dos refrescos de cola. Y en el quiosco, además, le compré *Bravo* a Jola. Después me senté un momento en un banco del parque para despejarme antes de reunirme con mi hija.

No era muy buen actor, y Jola solía adivinar solo con verme cómo me sentía. No quería que viese lo hecho polvo que me había dejado el macabro encuentro. Pero tampoco quería hacerla esperar demasiado, razón por la cual enseguida tomé el camino más rápido para ir al aparcamiento, donde me encontré con que en el coche no había nadie.

«Yo también tendría que haber ido al servicio», pensé, y abrí la puerta del conductor, que no estaba cerrada. Los ojos se me fueron a la guantera abierta, y me extrañó un tanto que Jola hubiera cogido otra vez la bolsa de patatas fritas y la hubiese dejado en su asiento. A fin de cuentas, sabía que era la única que quedaba en el mundo.

Inclinado sobre el asiento, intenté meter la bolsa en la guantera, pero ahora allí había un pequeño neceser. Una de esas bolsitas de plástico gris marengo que reparten a los pasajeros de clase *business* en los vuelos nocturnos y que Kim traía de vez en cuando de sus viajes.

«¿Cómo ha llegado hasta aquí?».

Mientras llamaba al móvil a Jola para preguntarle si tardaría mucho, abrí la cremallera y eché un vistazo al estuche. Contenía un botecito marrón con un tapón de seguridad blanco, como los que utilizan los farmacéuticos para envasar los medicamentos que elaboran. Al no tener etiqueta, no podía estar seguro, pero el frasquito me sonaba, lo cual me inquietó. Al igual que el hecho de que el teléfono sonara ya por cuarta vez y Jola no contestara.

Abrí el bote y lo olí.

Amargo. Punzante. Acre.

Vi confirmada mi sospecha, y de pronto me puse loco de preocupación.

«¡Jola!», pensé, ya no tan convencido de que hubiese ido al servicio. Me aparté del coche y eché una ojeada alrededor. A pesar del sofocante calor, tenía piel de gallina en los brazos y temblaba. Y después me entró más frío aún, cuando por fin cogieron el teléfono y escuché, en lugar de a Jola, una voz de hombre.

—Hola. ¿Quién es?

Bronca. Gutural. Pero también nerviosa.

Miré hacia todas partes con la absurda esperanza de ver a un hombre que me

observaba con un móvil pegado a la oreja. Naturalmente, no lo vi.

—¿Dónde está mi hija? —pregunté.

—¿Quién es usted?

Noté que parte de mi preocupación daba paso a la ira.

—Soy su padre, dígame ahora mismo quién es usted y qué le ha hecho a Jola.

Su respuesta hizo que se me cayera el alma a los pies y me tambaleara, aunque no me moví ni un centímetro. El mundo giró sin mí, al menos un breve instante, hasta que pensé que se trataba de un gran error. Una broma pesada. O sencillamente un terrible malentendido.

De manera que me dominé y fui directo a Patología.

Ocho horas después

—¿Es que has perdido el puñetero juicio, Max?

Kim seguía sin levantar la voz y no lloraba, pero solo era cuestión de tiempo que eso cambiara y, llorosa, me soltara toda su rabia acumulada, dado que esa conversación ya la habíamos mantenido a menudo con distintas variantes.

—Solo la dejé un rato —aduje, no por primera vez, y la seguí a la habitación de Jola, donde la vi abrir el cajón superior de la cómoda.

—¿Un rato? —Se volvió hacia mí tan rápido que su larga trenza rubia osciló hacia delante como un péndulo. Kim había recibido mi llamada de socorro esa tarde, cuando corría en la cinta del gimnasio, y había acudido de inmediato al hospital. Ahora, cuando faltaba poco para medianoche, todavía llevaba puestas unas ceñidas mallas negras y las zapatillas de deporte con que había subido los escalones de Urgencias a la velocidad del rayo—. La tuviste esperando más de una hora.

Tras meter al azar ropa interior, calcetines y un pijama en la bolsa de deporte, pasó por delante de mí y salió al pasillo. A continuación fue al cuarto de baño, donde asimismo la seguí.

—¿Cómo ha podido pasar esto?

Sacudí la cabeza y me encogí de hombros, ya que tampoco yo entendía nada. En el espejo del armarito hasta yo mismo vi lo desvalida que resultaba mi reacción. Y lo viejo que parecía de pronto. Como si fumara como un carretero desde que iba al colegio y me quitara el mal sabor de boca matinal con whisky. Mis mejillas eran del color del jengibre encurtido que se sirve con el sushi, y las ojeras daban la impresión de que un maquillador negado había intentado dar forma a su primer zombi.

En cambio, el rostro de Kim, sin rastro de maquillaje y agraciado por unas juveniles pecas, recordaba a un anuncio de un centro de belleza. En un bar le habrían pedido el carné de identidad y después me habrían preguntado a mí cómo es que salía con mi hija. Pero a un bar tardaríamos un buen tiempo en querer ir juntos, eso estaba bastante claro.

—Era el aparcamiento de un hospital. No la dejé sentada en un banco del parque Görlitzer entre yonquis y camellos.

Kim respiró hondo, pero no consiguió que su voz sonara serena.

—Esa no es la cuestión, Max. La cuestión es cómo pudiste ser tan tonto para dejar esa mierda en el coche.

—No fui yo.

—¿Ah, no?

Cogió el cepillo de dientes de Jola del lavabo y lo blandió de manera

amenazadora.

—Entonces el gotero ese fue él solito de tu despacho a la guantera para que Jola pudiera envenenarse con él, ¿es eso?

Dos enfermeras que volvían de fumar la habían encontrado inmóvil e inconsciente en el pasillo de su unidad, precisamente delante de Patología. En un principio los médicos pensaron que se le había ido la mano con el alcohol o las drogas, pero el análisis posterior desveló que Jola tenía en la sangre ácido gammahidroxibutírico, o GHB, la denominada droga de las violaciones, que los violadores echan en la bebida de sus posibles víctimas, casi siempre mujeres, cuando estas no se dan cuenta. Dependiendo de la cantidad, algunas perdían el conocimiento a los diez minutos y cuando despertaban no se acordaban de nada. A todas luces, eso le había pasado a Jola.

Tras horas de angustia, por fin había vuelto en sí un momento a eso de medianoche, físicamente ilesa, pero sin recordar por qué había salido del coche y qué le había pasado después. Lo último que sabía era que yo había ido a buscarla a clase de natación. Después, apagón.

Algo típico tras haber consumido GHB.

Conocía bien la sustancia, ya que en mi nueva novela desempeñaba un papel central. Por eso le había pedido un botecito a un amigo farmacéutico, aunque todavía no me había atrevido a probarla.

—Te lo vi en la mesa —aseguró Kim.

—Sí, en el despacho. Y siempre lo cierro bien, y solo tú y yo tenemos llave. ¿De verdad crees que le quité la etiqueta y salí a dar un paseo llevándolo en el bolsillo? —Cogí una toalla que se le cayó a Kim—. Y aunque fuera así, párate a pensar un momento y dime si de verdad crees que nuestra hija es tan tonta como para beber de un bote que apesta a ácido.

—Jola no es tonta, Jola tiene diez años. Es una niña. No hay que dejar esas cosas a su alcance. Maldita sea, no debiste dejarla en el aparcamiento de un hospital. Y dicho sea de paso, ¿qué demonios se te había perdido ahí?

Lancé un suspiro.

—Estabas delante cuando me tomó declaración la policía. El suicida ese me llamó...

—Sí, sí, ya sé.

Por suerte, el doctor Grabow confirmó mi declaración. Dado que después de que muriera su paciente ya no tenía por qué seguir guardando secreto profesional, también averigüé que el quemado era un científico excéntrico, que probablemente sufriera depresiones y se roció con gasolina y se prendió fuego en su garaje en Köpenick. Puesto que él mismo había admitido abiertamente el suicidio, probablemente no se efectuaran más indagaciones. Además, las enfermeras habían encontrado en la mesilla de noche varios ejemplares de mis libros, muchos de ellos con notas manuscritas. Se barajaba la hipótesis de que el hombre fuese un admirador

perturbado. Un acosador al que su cerebro agonizante había jugado una mala pasada en sus últimos momentos, si bien yo todavía no sabía cómo había podido recabar tanta información sobre mí, aunque en ese momento me daba igual.

—Lo que me pregunto es cómo has podido enredar en ese asunto a Jola. Cualquier otro padre normal habría ido a la pizzería, como teníais previsto.

—Los padres normales no se ganan la vida escribiendo *thrillers*.

—Vaya, ¿es que ahora lo haces? ¿Ganar dinero?

Tocado. Golpe bajo y hundido.

A Kim se le demudó el semblante, y pareció afectada de veras cuando bajó la mirada y añadió en voz baja:

—Mira, lo siento. Lo he dicho sin querer, ¿vale? —Alzó la cabeza.

Sin decir ni pío, esperé el inevitable pero.

—Pero es que vives en tu mundo, Max. No piensas, o cuando lo haces siempre es en lo próximo que quieres escribir. A veces estoy sentada enfrente de ti en la mesa y tengo que repetirme algo tres veces hasta que me respondes, porque vuelves a estar con tus psicópatas y tus asesinos en serie en lugar de estar con nosotras en casa. Y entonces me pregunto si aún eres capaz de distinguir tus historias de la realidad. Lo más probable es que ni te dieras cuenta de cómo cogiste el bote.

Lloraba, y a mí también se me saltaron las lágrimas al pensar en lo que podía haber pasado. A Jola no la habían maltratado ni habían abusado de ella, y la concentración de GHB que tenía en sangre no causaría daños a largo plazo. Pero si hubiese tomado más GHB, ahora no estaría durmiendo en el Westend, sino enchufada a un respirador artificial. No me atrevía a pensar lo peor que le habría podido pasar.

Cuando encontró todos los cosméticos y artículos de higiene que quería llevarle a Jola al hospital, Kim salió del cuarto de baño.

Fuimos a la puerta y cogí la americana del armario.

—No —dijo sacudiendo la cabeza. Parecía agotada, harta de la discusión que se esperaba.

—¿Por qué no? —inquirí—. Jola se alegrará de verme cuando despierte.

—Sí, Jola sí.

«Pero tú no».

—Entiendo.

Levanté la mano, sin saber qué pretendía hacer con ella. Posiblemente tocar a Kim, decirle que lo sentía, que todo era culpa mía y que nunca me lo podría perdonar, aunque no recordase haber cogido el frasquito del despacho y no tuviera la menor idea de cómo había llegado al coche. Pero ella se me adelantó y dijo:

—En una novela quizá tenga gracia que el héroe viva una aventura con su lista hija, pero en la vida real es una solemne estupidez.

«Lo sé».

—Nunca pondría en peligro a Jola —afirmé.

—No adrede, eso está claro. Matarías y morirías por ella, y siempre estás cuando

hace falta.

Asentí.

—Pero solo cuando hace falta, ¿lo entiendes? Ese es el problema. Jola no necesita un bombero, sino un padre. Y hace tiempo que yo no necesito un iluso que me dé patatas Peng y se invente historias, sino un marido que tenga los pies en la tierra.

Me miró con tristeza y se echó al hombro la bolsa de deporte de Jola.

Curiosamente, me dolió menos lo que dijo antes de irse que lo anterior:

—Sé que no es el momento, pero he conocido a alguien, Max.

Probablemente porque contaba desde hacía tiempo con que antes o después acabaría oyendo esa frase.

DOS MESES DESPUÉS

Sacar malas notas. El puño de mi padre. El sabor metálico en la boca.

«Sangre».

Recuerdos de la infancia que intenté reprimir cuando eché un vistazo a la clase de Jola.

Todavía no sabía qué había hecho esta vez, pero a juzgar por la cara que tenía la profesora de Biología, que era la que nos había llamado, lo más probable era que ese día mi hija no se librara dándome cinco euros.

—El comportamiento de Jola no tiene excusa, la verdad —afirmó indignada la señora Jasper, una mujer envejecida antes de tiempo, cuya edad, por esa causa, costaba determinar, con una expresión similar a un puño apretado. Como casi todos los profesores de primaria de mi hija, también ella carecía de nombre de pila. En ningún otro sector me había pasado nunca que los desconocidos se me presentaran solo con el apellido. La señora como-se-llamara Jasper daba clase de Biología e Inglés a Jola y solo llevaba un año en el colegio Wald, a diferencia de la señora Fischer, la tutora de la clase de Jola y directora del centro, que el año próximo se jubilaría.

Me pilló delante del colegio y me pidió que fuera a hablar con ella «del último incidente», por cuya causa no llegaría a la cita individual con la psicóloga de la terapia de pareja, a la que Kim y yo íbamos desde hacía seis semanas.

—Dígame de qué se trata —pedí con una mezcla de curiosidad e impaciencia. Estábamos sentados en unas sillas demasiado pequeñas, formando un triángulo ante la pizarra recién borrada, y me costaba concentrarme. El omnipresente olor a aguarrás, pinturas de cera, zapatos mojados, polvo y tiza me trasladaba a una época en que mis mayores problemas aún estaban por venir y que, sin embargo, no me gustaba recordar. Las aulas siempre me oprimían, y más ahora, en octubre, cuando se encendían las calefacciones y el aire era seco y tras un largo día de clases faltaba el oxígeno. Probablemente era el único que percibía el olor al gasóleo con que acababan de llenar los depósitos del colegio, pero siempre había tenido mejor olfato del que me habría gustado en algunas situaciones, y el «olor del miedo» una vez más se encargó de que no me sintiera a gusto en esa aula.

—Me tiró esto.

La señora Jasper sacó del fondo del bolsillo del pantalón una piedra del tamaño del puño de un niño que dejó encima de la silla con los labios apretados.

—¿Un feldespató alcalino? —dije sin querer. No es que supiera mucho de piedras, pero a Jola le encantaban, y casi todos los días volvía a casa de sus paseos

con algunas: cuarzos, minerales, cristales, daba lo mismo, lo importante es que fueran poco comunes. Lavaba, seleccionaba y clasificaba las piedras, que hacía tiempo que no cabían en la vitrina de su habitación, por lo que teníamos medio salón lleno de granitos gnéisicos, ojos de tigre o migmatitas. O de un feldespato alcalino verdoso como el que me había enseñado esa misma mañana, durante el desayuno, henchida de orgullo. No pasaba un solo día que no escogiera una de sus piedras para llevarla al colegio. A modo de amuleto, y de vez en cuando también como arma arrojadiza.

—Me lo tiró a la cabeza. —La señora Jasper torció el gesto, como si le hubiese vuelto a dar en ese momento—. Adrede. —Se volvió hacia la directora con una mirada furibunda, y entonces me fijé en una cruz que tenía tatuada detrás de la oreja derecha, que no pegaba con su conservador gusto en cuestiones de moda: botas acordonadas, un traje de chaqueta y pantalón nada favorecedor, como los que gastaba nuestra canciller, y una cinta para el pelo roja.

—¿Por qué? —quise saber. Después de nombrar la piedra, mi segunda observación poco acertada, en opinión de la profesora.

—¿Me podría dar un solo motivo, uno que se pueda disculpar, que justifique que alguien le tire un pedrusco a su profesora? —espetó.

«Feldespato, no pedrusco», recordé que me corregía Jola.

—No, pero también me cuesta creer que mi hija haga algo así sin motivo. Ella no es así.

—Con todos mis respetos, quizá no conozca tan bien a su hija. Al fin y al cabo solo es...

—Solo es ¿qué? —le solté a la señora no-vuelva-a-tocarme-así-las-narices Jasper. Con solo tres frases la mujer había conseguido que me entraran ganas de levantarme de la silla—. A ver, dígalo —la insté—. Diga lo que piensa.

«¿Acaso que Jola solo es una niña tutelada y yo no soy su padre biológico?».

—No creo que sirva de nada que nos peleemos —terció la señora Fischer, y añadió, como siempre serena y con voz afable—: Atengámonos a lo sucedido y busquemos juntos una solución.

La señora Jasper se aclaró la garganta.

—Solo iba a decir que no sabe cómo se comporta Jola en el colegio.

«Ya, claro. Y por eso has empezado tu última frase diciendo: “Al fin y al cabo solo es...”». Idiota».

—¿Qué pasó exactamente? —inquirí. Y la profesora de Biología exhaló el aire lentamente, como alguien a punto de informar sobre una gran decepción.

—Como sin duda sabrá, ahora mismo en clase estamos dando educación sexual.

Asentí, lo sabía, sí.

Después de que finalizara la investigación policial —de la que me libré con una amonestación—, informé a mi editorial de que la entrega iba a sufrir un retraso. Con el objeto de tener más tiempo para Jola, pero también de salvar mi matrimonio, ya no me perdía documentándome como un poseso ni me pasaba noches enteras

escribiendo. Solo trabajaba cuando Jola estaba en el colegio, luego la ayudaba con los deberes y cumplía con todos los compromisos familiares, en los que a partir de entonces estaba no solo en cuerpo, sino también en alma. Por ejemplo, durante la cena apagaba el móvil para no ponerme a buscar algo en Google para mi nueva novela, como hacía antes, en lugar de participar en la conversación. Cuando Kim me dio a entender que por el momento no se iría con el misterioso «Mr. Escape», como lo llamaba ella y con el que al parecer todavía no había pasado nada, deseché mi renuencia con respecto a ir a terapia de pareja. Lo que hace uno cuando en realidad es demasiado tarde...

—Está claro que es demasiado pronto para tratar el tema con ella —decía entretanto la señora Jasper—. Hablábamos del uso del condón. Jola se comportó de manera muy inmadura, se puso a alborotar y fastidió la clase interrumpiendo repetidas veces. Y entonces me tiró la piedra a la frente. —Se llevó la mano a la tiritita—. Menos mal que no tuvieron que darme puntos.

Reflexioné un momento y me levanté. La directora enarcó las cejas, sorprendida, mientras la señora Jasper empezaba a balbucir:

—¿Qué...? Pero... ¿se puede saber adónde va?

—Solo me gustaría oír la otra versión.

—¿Qué otra versión? —preguntó enfadada la profesora de Biología.

—La de mi hija —repliqué, y abrí la puerta y le pedí a Jola que entrara.

Tardó un rato en levantarse del cubrerradiador en que se había sentado con las piernas cruzadas y entrar en el aula con paso altivo. El reborde rojo del lunar que tenía en la mejilla me dijo que durante esos minutos debía de haberse estado rascando como una posesa.

—Muy bien, me gustaría saber la verdad —dije mientras la llevaba hacia las sillas que ocupaban la señora Fischer y la señora Jasper, rodilla con rodilla.

Jola llevaba unos vaqueros ajustados remetidos en unas botas de goma amarillo fosforito de marca. Supuse que se las había puesto para complacer a su madre, porque en realidad no pegaban con su estilo prefiero-jugar-con-los-chicos. Con todo, yo entendía a Kim. Si me ausentara tanto como ella, probablemente también colmara a mi hija de regalos del *duty free*. Y al fin y al cabo, las botas, que Jola había «adornado» hacía tiempo con un rotulador, resultaban apropiadas para el otoño gris y lluvioso que teníamos en Berlín.

—¿Por qué hiciste eso? —le pregunté con semblante adusto. Contaba con la respuesta para todo con la que solía despacharme cuando no tenía ganas de hablar. Un encogerse de hombros con indiferencia que, dependiendo de la situación, podía significar no tengo ni idea, déjame en paz o a ti qué más te da. En lugar de eso, me dejó perplejo al contestar con una frase coherente:

—Está en contra de los gais. —Y señaló con el dedo a la señora Jasper.

—¿Cómo dices? —pregunté desconcertado.

La profesora de Biología movió las manos como diciendo no es para tanto, y

revolvió los ojos.

—Bobadas. Solo cité la Biblia, en la que el amor entre personas del mismo sexo se denomina abominación, Libro tercero de Moisés 18.22.

Me llevé una mano a la oreja a modo de bocina, y de soslayo vi que la señora Fischer también creía haber entendido mal.

—¿Que hizo qué...? —intervine, antes de que Jola se encargara de que la conversación se enturbiara más.

—Y yo solo la castigué por llevar esa ropa tan fea, señora Jasper. —Jola señaló el traje de chaqueta de la profesora. Con una mezcla de enfado y triunfo en la voz, ella se levantó y exclamó:

—¡Ahí lo tiene, usted mismo ha oído lo descarada que es su hija! Me ofende incluso estando usted presente, señor Rhode.

—Un momento, vayamos por orden. —La directora intentó hacerse de nuevo con el control, pero fue en vano.

Yo estaba de un humor de perros.

—¿La he entendido bien? ¿Le ha dicho usted a mi hija que la homosexualidad es una abominación?

—Verá, digan lo que digan los medios liberales hoy en día, la Biblia es categórica y dice que no...

—«... llevarás tejido de dos especies de hilo», Levítico 19, 19.

Iba a preguntarle a la señora Jasper si había perdido el juicio, imbuyendo de unas ideas tan reaccionarias a niños de primaria, pero volví la cabeza hacia Jola, que hablaba de manera incomprensible para mí.

—¿Quién rayos es Levítico? —le pregunté.

—El Libro tercero de Moisés —contestó.

Mi pasmo no hizo sino aumentar cuando la señora Jasper asintió a modo de aprobación.

—En eso tiene razón, pero dudo mucho que ahí ponga que hay que apedrear a los pedagogos cuando...

—... cuando llevan esa ropa hecha con dos especies de hilo, sí. Su traje, señora Jasper, está hecho de poliéster y algodón. Según el Levítico 19, 19 eso está prohibido, y el pueblo apedreará al pecador.

«Toma ya».

Jola no podría haber causado un efecto mayor si hubiese sacado un arma. Todos nos quedamos boquiabiertos: la señora Fischer y yo, pero sobre todo la profesora de Biología, tan versada en la Biblia. Las palabras de Jola quedaron flotando en el aula como partículas en suspensión, y tras una breve pausa en la que nadie dijo nada, no me pude aguantar más y me eché a reír. Primero fue una risita tímida, luego una auténtica carcajada, hasta que la estancia quedó velada ante mis ojos anegados en lágrimas.

—Te lo has inventado, ¿no? —le pregunté a Jola un cuarto de hora después, cuando miraba fijamente la lluvia a través de la ventanilla desde el asiento trasero del escarabajo. Que no se volviera a sentar delante en el viejo coche, que no tenía *airbag*, por motivos de seguridad era una medida más del catálogo: quiero-ser-un-padre-y-un-marido-responsable. Algo que, como era de entender, a ella no le hacía mucha gracia.

Sin decir palabra y sin mirar al frente, me tendió un billete de cinco.

—Te lo puedes quedar si respondes debidamente a mis preguntas.

Enfilamos la Eichkampstrasse en dirección al túnel Auerbach, mi atajo preferido entre Westend y Grunewald. Cuando me había dado el ataque de risa, la señora Jasper salió de la habitación con paso airado y la señora Fischer, que se había visto un poco superada por la conversación, tomó la sabia decisión de ir a hablar con la profesora de Biología antes de que volviéramos a reunirnos, a ser posible cuando también Kim pudiera hallarse presente. En ese momento estaba subiendo a la cabina en Newark y, según la nota que había dejado en la nevera, a partir del día siguiente se quedaría tres días con nosotros.

—No te has leído el Antiguo Testamento, ¿verdad?

—Entero no —respondió Jola, que nunca había mentido, que yo supiera, y me sorprendía por enésima vez en mi vida—. La señora Jasper siempre anda soltando citas estúpidas, así que busqué unas cuantas en Google.

Ya cuando la acogimos, siendo muy pequeña, Kim y yo notamos que Jola era un tanto especial. Sé que todos los padres dicen lo mismo de sus hijos, pero en mi caso no hay peligro de que me esté echando flores, puesto que mi material genético no tuvo nada que ver en esto. Es así, sin más. Con un año Jola ya construía frases de tres palabras; con dos nadaba; y antes incluso de empezar el colegio prefería ver sus películas de dibujos animados en inglés y no en alemán. No era ningún genio ni ninguna superdotada, pero sí tenía una inteligencia tan aguda que daba un poco de miedo, sobre todo sabiendo las circunstancias en que había venido al mundo: engendrada por dos adictos al *crack*, nació en un colchón mugriento entre jeringuillas y chinches. Al ser prematura, los dos primeros meses tuvo que pasarlos en la incubadora. A veces, cuando la observaba mientras dormía y pensaba en todos los logros que había cosechado ya en su corta vida (del primer premio en el concurso de lectura al cinturón marrón de kárate, pasando por la publicación de una carta al director sobre el derecho de voto de los niños en una revista para mujeres), me preguntaba qué habría sido si sus circunstancias hubiesen sido normales. O si, tras

sufrir un nuevo bloqueo al escribir, no me hubiese dado por probar a fumar la pipa de *crack* para ver si eso hacía que mis conexiones neuronales mejorasen.

—Además, me dijo: «Siéntate, por Dios» —añadió Jola—. Según el Levítico 24, 14-16 también la habría podido apedrear por blasfema. —El labio superior le temblaba suavemente, señal delatora de que intentaba reprimir una sonrisa. Igual que yo.

La Fontanestrasse subía por una pequeña loma hacia la Hagenplatz.

Cuando salimos del colegio solo chispeaba, pero ahora en el parabrisas repiqueteaban unas gotas grandes como guisantes. Era hora de que volviera a cambiar el limpiaparabrisas. La combinación otoñal de lluvia copiosa y escaso alumbrado público no era lo que se dice ideal cuando las escobillas estaban en las últimas.

—Es posible, pero diga lo que diga la Biblia y con o sin razón, la violencia no soluciona nada —empecé, un tanto flojo. Esa parte de la conversación me recordó el ataque con detergente que llevó a cabo Jola, y lo cierto es que tenía razón en lo que dijo esa vez: en vista de la sangre que corría en mis libros, no era yo el más indicado para dar una charla sobre el pacifismo y la mansedumbre.

El semáforo se puso en verde, giré a la derecha y eché mano del mando a distancia, en la bandeja portaobjetos, para abrir el portón eléctrico. Normalmente no aparcaba el coche en el garaje, pero el parte meteorológico había anunciado que esa noche habría tormenta y podían caer ramas, y no tenía ninguna gana de encontrarme con una luna rota al día siguiente. Además, mi sitio de costumbre lo ocupaba el monovolumen ocre del estudiante que vivía en el piso de abajo.

—Y yo creo que la señora Jasper debería decidir de una vez si cree en la Biblia o no, papá —respondió, porfiada, Jola—. Si los gais son pecadores, entonces puedo tirarle una piedra a la cabeza. Así de sencillo.

—No, no es así de sencillo, jovencita. Teniendo como tiene la cabeza, seguro que la señora Jasper pide que te expulsen del col... ¡eeeeeeh!

Pisé el freno. Tan a fondo que Jola salió lanzada con la cabeza hacia delante y el cinturón de seguridad se le hincó en el cuello. Los dos pegamos un grito. A la vez. Ella, de dolor y porque no sabía por qué había parado yo el coche tan bruscamente, y yo porque vi con claridad que no lo había hecho a tiempo.

—Mierda —solté delante de mi hija, una palabra prohibida, pero en ese momento daba lo mismo. Me quité el cinturón, abrí la puerta y salí sin apagar el motor. Llovía.

El hombre al que había atropellado estaba tendido justo a la entrada.

«Maldita sea».

¿Qué se le había perdido detrás del portón? Y ¿cómo es que no lo había visto?

—Hola, ¿me oye? —pregunté, el móvil ya en la mano para pedir ayuda. El tipo iba vestido de negro, otro motivo por el que no me había percatado de que había salido como de la nada y se había plantado delante del coche. Me incliné hacia él y, como no se movía, supuse lo peor, aunque había reducido considerablemente la velocidad, eso seguro. Conté con fracturas varias o incluso un cráneo aplastado, pero

para lo que no estaba preparado fue para lo que me encontré cuando le vi la cara.

—¿Tú? —pregunté, y retrocedí como si hubiera visto al anticristo. Miré a Jola, un acto reflejo para comprobar si estaba a salvo.

«Es imposible. No puede ser».

Ante mí, tirado en el asfalto, había un hombre que en su juventud había hecho cosas mucho peores que tirar piedras. Empalaba gatos, lanzaba cócteles molotov a ventanas abiertas y, además de eso, seguro que también las sábanas mojadas que su madre se veía obligada a cambiar cada mañana eran un claro indicio del futuro de psicópata que le esperaba al adolescente. Eso si no hubiese tenido unos padres a los que les traía sin cuidado que su hijo se convirtiera en un pederasta psicópata.

—Hola, hermanito —dijo Cosmo mientras se levantaba—. Bonita forma de saludarme después de tanto tiempo.

—¿Régimen abierto? —Sopesé darle un pañuelo a mi hermano, pero la lluvia ya le había limpiado la mayor parte de la sangre que le salía de la frente. A excepción de una herida en la cabeza, no parecía haber sufrido ningún traumatismo.

—Bueno, se llama «salida», relajar las medidas de seguridad forma parte de mi terapia. De momento puedo salir todos los días de doce a seis —repuso.

Estábamos a un paso del escarabajo, debajo de un gran arce cuyas ramas cubrían la entrada y, gracias a la fronda, ofrecían algo de protección contra las inclemencias del tiempo.

—Y gracias por preguntar, no, no me he roto nada —dijo Cosmo mientras se masajeaba la nuca y rotaba la cabeza, como hacía antes cuando quería cabrearme, porque no soportaba oír crujir las vértebras.

—¿Qué significa esto? —inquirí espantado cuando me recuperé. Tenía delante a un hombre que debía estar encerrado en un psiquiátrico en Brandeburgo, con sedación y un buen número de puertas de acero, guardias armados y vallas reforzadas con alambre de púa entre él y el resto del mundo. Y aunque dijera la verdad, aunque hubiese un médico jefe irresponsable que hubiese intercedido en favor de mi hermano para que relajaran la normativa, ni siquiera eso explicaba por qué se había lanzado delante de mi coche.

—Te estaba esperando —alegó—. Tío, ¿estás ciego o qué? Solo quería darte un susto, como cuando éramos pequeños, ¿te acuerdas? ¿Cuando me escondí detrás del árbol de casa y me planté delante de tu bicicleta?

—¿Qué quieres de mí?

—Joder, menudo grito pegaste, como una niña. —Cosmo sonreía con socarronería. Se me partió un incisivo y perdí un colmillo inferior, pero esas heridas eran cosa del pasado—. Por Dios, si todavía conduces ese viejo escarabajo. —Le dio un puntapié a una rueda delantera.

Yo cogí el móvil y marqué el número de Jola.

—¿Qué? —dijo ella sin más, audible y visiblemente perpleja por el hecho de que la estuviera llamando en lugar de salvar los dos metros que me separaban del coche.

—Echa el seguro. ¡Ya! —ordené, y ella, quizás impresionada por la brusquedad que empleé, obedeció en el acto, para variar.

—¿Quién es, papá?

A mi lado, Cosmo empezó a reírse.

—Mi hermano. Ya te lo cuento todo luego. Pase lo que pase, no salgas del coche, ¿me oyes? —La niña asintió en silencio mientras Cosmo reía con más ganas.

—Madre mía, tío, pero mira que eres raro. —Se apartó y se puso a rodear el coche en el sentido de las agujas de reloj—. La que escondes ahí dentro ¿es el bombón de mi sobrinita? —quiso saber mientras señalaba el asiento trasero. La saludó con la mano—: ¡Hola, Jola! Soy yo, tu malvado tío Cosmo.

Jola, que conocía a mi hermano de oídas, le enseñó el dedo corazón.

Decir que Cosmo era la oveja negra de la familia sería como calificar de desagradable tener un hacha clavada en la espalda. Hacía seis años había secuestrado a un niño de siete años que vivía al lado y lo había llevado a una casa en ruinas, donde lo encadenó a una cama de metal. Desnudo. Desvalido. A su merced. A día de hoy el muchacho apenas podía hablar con su psiquiatra de todo lo que le hizo Cosmo hasta que un vagabundo lo encontró de pura casualidad, cuando buscaba un sitio donde pasar el invierno.

«Presión interna», fue el motivo que adujo más tarde mi hermano. Hacía cinco años lo habían internado en un centro penitenciario psiquiátrico de Brandeburgo. El diagnóstico: psicópata pederasta. El pronóstico: incurable.

—Lárgate o llamo a la policía —lo amenacé.

—¿Ah, sí? —Se volvió hacia mí. El pelo negro, mojado, le brillaba como si fuera alquitrán líquido. Todavía tenía la habilidad de dar la impresión de parecer taimado y al mismo tiempo desvalido, como un lobo con piel de cordero. Era el candidato ideal para amas de casa solas con síndrome de salvadoras, de esas que envían cartas de amor a los condenados a muerte. Que las personas dijeran que nos parecíamos siempre me sulfuraba.

—Y ¿qué le piensas contar a los polis cuando lleguen? Uuy, agente, tengo miedo de la visita.

—Eso es cosa mía. Quizá me limite a enseñarles las cartas.

—¿Aún las conservas? —preguntó sorprendido mientras volvía a ponerse bajo el árbol.

—Por supuesto.

Poco después de que lo metieran en aislamiento, en las primeras semanas de terapia, Cosmo escribió varias cartas a Jola en las que describía con todo lujo de detalles lo que le haría si llegaba a salir del centro. Fantasías en las que pinzas de la ropa y esposas eran los juguetes más inofensivos.

Cosmo respiró pesadamente.

—De eso hace años. Era otra persona cuando escribí eso. He cambiado, Max.

—¡Vaya! —Bajé la voz para que Jola no me oyera y al mismo tiempo abrí los brazos como si quisiera estrechar a Cosmo contra mi pecho—. ¿Cómo es que no lo has dicho antes? ¿Has cambiado? Vaya, y yo que pensaba que todavía te masturbabas cuatro veces al día con fotos de niños desnudos. Esto sí que es un alivio.

Asintió como si se mostrara de acuerdo y asimismo extendió los brazos.

—Mírame, por favor. Lo ves, ¿no? Ahora soy otra persona.

Me encogí de hombros lacónicamente, resuelto a no enzarzarme en una discusión

con él.

—Por fuera, sí.

Y era cierto: ya fueran los medicamentos, la reclusión, la mala comida, la falta de movimiento o un poco de todo, mi hermano solo era una sombra torcida de lo que había sido. Consumido y esmirriado, sus antaño brillantes ojos se veían mates como la plata antigua.

Antes, en el colegio, éramos tan parecidos que los profesores nos llamaban los gemelos Rhode, aunque Cosmo iba un curso por delante. Los dos llevábamos el mismo pelo a cepillo, que nos cortaba nuestra madre cada dos semanas en la cocina. Ya con doce y trece años pasábamos del uno ochenta y cinco. En el recreo éramos dos marginados desgarbados. Rodrigones paliduchos con labios gruesos y piernas como palillos. Cuando jugábamos al balón prisionero, siempre éramos los últimos a los que elegían para los equipos, y en el fútbol, los que se sentaban en el banquillo. Blanco de las burlas de nuestros compañeros de clase.

Una vez a nuestro profesor de gimnasia, Karl Meinert, alias Kalle, le llamó la atención la moradura que Cosmo tenía en un ojo. Cuando terminó la clase le pidió que se quedara en el gimnasio.

Y le enseñó los rudimentos del boxeo y cómo colocarse para no perder el equilibrio en una pelea. Por aquel entonces mi relación con él se regía por la típica jerarquía hermano pequeño/hermano mayor. Un año antes aún éramos inseparables, pero cada cual iba por su lado cada vez más. Pese a todo, Kalle insistió en entrenarnos juntos, y al cabo de un mes de clases particulares de boxeo, tres veces a la semana, consiguió que en las peleas ya no nos acobardáramos. Cuando pasó otro mes, Kalle nos dijo estas palabras: «Bueno, se acabó lo de ser las víctimas en el recreo», y no se equivocaba. Después de partirle la nariz al mayor matón del colegio cuando este intentó quitarle las zapatillas de deporte en el aparcamiento, Cosmo pasó a ser conocido, y la fama de mi hermano no tardó en alcanzarme a mí. De pronto éramos los guais, los que decidían quién era aceptado en el colegio y quién acababa con los cuadernos en el retrete. Más adelante Kalle se reprocharía no haber sabido ver la predisposición a la violencia de Cosmo. Pensaba que podía canalizar su comportamiento agresivo en lugar de potenciarlo. En una reunión de clase me confesó que se sentía cómplice de todos los delitos que al final habían llevado a Cosmo a la cárcel. Le dije que se equivocaba, como también se equivocó la vez que le vio el ojo a la funerala a mi hermano. No se lo habían hecho en el recreo, sino en casa. Fue nuestro padre. Siguió intentándolo casi un año desde que empezáramos a entrenar, pero después, cuando teníamos catorce y quince años, mi padre ya no se atrevió a tocarnos. Por fin.

—¿Qué quieres de mí? —le pregunté enfadado—. ¿Dinero?

Sacudió la cabeza. Del pelo le cayeron unas gotas de agua en las ahora ralas cejas.

—Vamos, tío. ¿Esa es la opinión que tienes de mí?

—¿De verdad lo quieres saber?

Asintió.

—Vale, vale. Lo entiendo. En serio. Y no me enfado, te entiendo.

—Muy bien, gracias. Significa mucho para mí.

—No, en serio. Es normal, tu rabia y tu sarcasmo y lo demás. Al fin y al cabo no sabes lo que me han hecho. —Se remangó la manga de la sudadera polar negra por encima del codo y me enseñó el brazo derecho como cuando uno se va a sacar sangre. Todo el pliegue del codo era un hematoma—. Castración química —dijo—. Una inyección con efecto retardado al mes, la última, como puedes ver, me la puso una enfermera no muy hábil, pero no importa. Esa mierda funciona. En los años setenta habrían tenido que implantarme unos electrodos en el cerebro, ahora las hormonas se encargan de todo. El tutor dice que mi impulso sexual prácticamente ha sido inhibido por completo.

—Ve a contárselo a otro —repuse, y me enfadó que la drástica medida que había adoptado Cosmo, si de verdad era así, me afectara extrañamente. Me pasaba siempre. Me proponía odiar a mi hermano y la mayor parte del tiempo incluso lo conseguía, a base de traer a la memoria las cosas por las cuales había sido excluido de la sociedad. Pero, claro, yo también conocía el porqué. Y a veces, cuando en algún momento sombrío me preguntaba qué habría sido de mí si nuestro padre no hubiese abusado de él, sino de mí, sentía esa empatía que permite que un escritor se ponga en la piel de sus personajes: una empatía que psicópatas como Cosmo no son capaces de sentir.

—Ya no me asaltan casi nunca esos sueños sexuales —contó, y sonrió con timidez—. Y me hago menos pajas que un manco con la mano escayolada.

—Y ¿pretendes que me lo crea?

—A ver, párate a pensar. Claro que hay expertos tontos del culo y funcionarios de prisiones corruptos, pero ¿de verdad crees que me dejan salir del centro así, por las buenas, solo porque se lo pedí por favor? Qué va, es porque me dejo poner voluntariamente los chutes castradores.

Miré a Jola, que se atenía a mis instrucciones y seguía en el coche. Hablando por teléfono, al parecer. Me quité algo de agua de la cara y suspiré.

—Está bien, supongamos que dices la verdad; en ese caso, te felicito. Pero si no quieres dinero, ¿qué quieres?

Cosmo abrió la boca y, tras pensar un momento, dijo:

—Por fin me leí tu libro. *El colegio del horror*.

—Me alegro por ti.

Era evidente que la biblioteca del hospital no estaba muy al día. Mi primera novela se había publicado el mes que detuvieron a Cosmo.

—Pues sí, y fue, cómo decirlo, en cierto modo fue esclarecedora.

—¿Esclarecedora?

—Trajo algo de luz a mi oscuridad.

—¿En serio?

—Pero tengo algunas preguntas. Toma.

Me tendió unas páginas, que a todas luces había arrancado de la edición de bolsillo. Un acto reflejo me hizo cometer el error de cogerlas.

—¿Qué quieres que haga con esto?

—He escrito mis observaciones directamente en el texto. No son muchas, pero léelas cronológicamente, anda.

—No tengo tiempo para bobadas. ¿Por qué debería hacerlo?

—Porque enseguida te darás cuenta de que...

No terminó la frase. Detrás de nosotros, una furgoneta oscura pasó por un charco antes de detenerse a un metro de la entrada haciendo chirriar los frenos.

—Joder, yo me largo —dijo Cosmo en voz baja cuando una mujer a la que yo conocía, seguida de un desconocido de mirada adusta, abrió la puerta corredera y bajó.

Con las palabras «Mierda, esto huele a problemas», mi hermano se puso la capucha de la sudadera y salió a la calle pasando por delante de aquella pareja con la cabeza gacha, dejándome a solas con las personas que habían llegado para arruinarme la vida.

—¿Se puede saber a qué viene tanta urgencia? —le pregunté a Melanie Pfeiffer, la asistente social, mientras la invitaba a ocupar uno de los dos sillones del salón. La Oficina de Protección al Menor solo era noticia en la prensa cuando las cosas iban mal. Casi siempre porque, a pesar de los indicios previos, no apartaban a un niño de su familia problemática, como aquel pequeño al que sus padres dejaron morir de hambre en su cuarto mientras solo una puerta más allá, en el salón, ellos criaban a un bebé virtual en un juego *online*. Nunca se oía hablar de personas como Melanie, de la mayoría que desempeñaba su trabajo con profesionalidad y sin cometer errores. No era que me cayese especialmente bien, pues conmigo se mostraba fría y objetiva, pero quizá fuese necesario ejercitar esa distancia emocional si uno se tenía que enfrentar a tanta miseria.

—¿Que qué quiero de usted? ¿Es una broma? —repuso, aún sin aliento después de subir cuatro pisos a pie. El ascensor se había estropeado y yo estaba más en forma que ella, razón por la cual pude aprovechar la ventaja para llevar a la cocina las cajas de pizza vacías y los vasos sucios del día anterior, pues habíamos estado viendo la tele. Una visita inesperada de Protección al Menor me provocaba una sensación parecida a ver un control policial en la calle. Aunque no tuviera nada que reprocharme, por la cabeza me pasaban toda clase de delitos y el pulso se me aceleraba—. Sabe perfectamente por qué estamos aquí —añadió sin sentarse.

Con su metro sesenta y dos, apenas era más alta que Jola, a la que yo había mandado a su cuarto a hacer los deberes. Como siempre, la mujer llevaba una falda de vuelo y un recatado jersey de cuello alto bajo una cazadora vaquera. Y, como siempre que la veía, me pregunté por qué las mujeres se depilaban las cejas para después pintárselas con un lápiz.

—Pues no, no sé qué la ha traído hasta aquí —contesté, y oí que al lado, en la cocina, el café estaba listo.

Miré por la puerta abierta a su acompañante, un armario de metro noventa con dentadura de gato hidráulico que esperaba en el recibidor, como petrificado, junto al armario. Señalé con el pulgar al pasillo.

—Y tampoco sé qué hace su guardaespaldas ahí.

No era raro que Melanie acudiera acompañada por otro asistente social, solo que estos rara vez estaban en tales condiciones físicas que los músculos se adivinaban incluso a través de la chaqueta. Además, no recordaba haber saludado nunca a nadie de Protección al Menor que llevara el pelo rubio recogido en una coleta y un traje de confección negro como de portero de lujo.

—Una medida nueva. El señor Schodrow me acompaña por si surgen problemas y alguien nos pone trabas.

—¿Problemas? Y ¿de qué trabas habla?

Por primera vez me pasó por la cabeza llamar a Toffi. Tras ese nombre corriente, Christoph Marx era un conocido abogado que nunca me había representado, pero al que me unía una estrecha amistad desde que me asesorara jurídicamente cuando me documentaba para *El colegio del horror*.

Melanie abrió la mochila para sacar un archivador. Se acercó a la estantería de cristal que había tras el sofá, que le llegaba por la cadera, apoyó el archivador y abrió con cierta parsimonia la tapa gris. Mientras yo encendía una lamparita en la estantería, ella dio unos golpecitos en la primera hoja del clasificador, que tendría unos dos centímetros de documentos.

—Aquí lo pone bien clarito, señor Rhode.

«¿Señor Rhode?».

La miré de reojo sin decir nada. Hacía años que no nos llamábamos por el apellido. Solíamos utilizar una forma intermedia: una fórmula de cortesía que era la que mejor encajaba con nuestra especial relación de confianza, en la que tratarnos de usted resultaría demasiado distante, pero el tuteo cuestionaría la necesaria seriedad de la situación, razón por la cual normalmente nos tratábamos de usted, pero utilizando el nombre de pila, como hice yo a continuación:

—¿Nos ha escrito una carta, Melanie?

—¿Una? —Su índice fue pasando las hojas archivadas como si de un librito animado se tratase—. Cuatro cartas, cinco correos electrónicos, un sinfín de llamadas, tres citas vencidas. Llevamos semanas intentando comunicarnos con usted.

Parpadeé perplejo.

—No sé de qué me habla.

La última vez que nos habíamos puesto en contacto había sido dos meses atrás; justo después del incidente con el GHB se había abierto una investigación, como era lógico, pero dado que hasta ese momento nunca habíamos incurrido en ninguna falta y Jola no había sufrido ningún perjuicio, me había librado con una anotación en nuestro expediente y una amonestación. Con más de cuarenta mil niños a los que las autoridades sacaban cada año de hogares desastrosos y que debían poner bajo su protección, trabajo no les faltaba. Y era lógico suponer que no les agradaba tener que intervenir en casos particulares. A menos que la situación fuera grave.

O al menos eso pensaba yo.

—¿No sabe de qué le estoy hablando? —Melanie me miró como si fuese un niño pillado mintiendo, cerró el archivador y arrugó la frente—. Entonces ¿todavía no ha hablado con Jola?

—Hablar de qué —repuse, y noté que se me oprimía el corazón antes incluso de oír la respuesta.

—De su restitución.

—¿Restitución? ¿Qué restitución?

Melanie, los párpados temblándole, palideció. Su boca apenas se abrió y habló en voz muy baja, como si de ese modo pudiera quitarle peso a sus palabras, que cayeron sobre mí como si un boxeador me diera un golpe bajo:

—Jola se va. Vuelve con sus padres biológicos.

En mis libros a menudo describía la reacción de personas a las que de pronto se lo quitaban todo y en un momento su vida cambiaba para siempre. Algunos se echaban a reír, el corazón se les aceleraba o se les paraba, rompían a sudar o se sentían abatidos, escuchaban un pitido en los oídos o notaban un sabor desagradable en la boca. Pero ninguno de los héroes de mis novelas se había atragantado con su propia saliva y después de sufrir un acceso de tos solo podía hablar con una voz quebradiza, que sonaba como si tuviese laringitis.

—Es una broma —logré decir, y rodeé el sofá para llegar a la mesita, donde había dispuesto para la inesperada visita dos vasos de agua mineral, una jarrita de leche y unas tazas que por el momento seguían vacías. Bebí un trago de agua. Los ojos de Melanie se movían nerviosos de un sitio a otro cuando contó:

—El padre biológico de Jola salió de la cárcel hace tres meses, y su madre biológica ha completado con éxito una cura de desintoxicación. Se arrepienten de lo que hicieron.

—¿Que se arrepienten? —repetí con cinismo—. Si mi hija tropieza porque la pierdo de vista un segundo, me puedo arrepentir después de los cardenales de la rodilla. Incluso puedo arrepentirme de que alguna vez se me vaya la mano y dé un cachete porque estoy estresado. Pero cuando le ofrezco mi hijo a un pederasta en los baños públicos de una estación a cambio de cinco gramos de *crack*, ¿cómo, dígame, cómo me puedo arrepentir de algo así?

Melanie abrió la boca, pero no la dejó decir nada.

—Lo único de lo que a día de hoy se arrepienten los padres biológicos de Jola es de que quien supuestamente iba a comprar a su hija fuese un policía de paisano que le salvó la vida a Jola y no un camello que les proporcionara la droga.

Tras semejante estallido, tosí de nuevo. Melanie ya sacudía la cabeza anticipando su réplica. ¿Cómo había podido pensar yo que era uno de los buenos? Ya no reconocía a la asistente social.

—Eso fue entonces —repuso—. Según un informe psiquiátrico firmado por el profesor Oschatzky, nos consta que Arielle y Detlev Arnim se encuentran plenamente reinsertados en la sociedad y han presentado una instancia para recuperar a su hija...

—¿Reinsertados? —repetí con voz chillona—. ¿Reinsertados? Por favor, Melanie. ¿Cuántas veces ha intentado organizar un encuentro entre Jola y su madre porque su jefe considera importante que no se pierda el contacto con la familia biológica? ¿Cinco veces? ¿Seis? Y ¿cuántas veces se han visto? Pero qué estoy diciendo, ¿cuántas veces han hablado por teléfono o se han escrito? —Hice una pausa

y respondí mi pregunta retórica—: Ni una sola vez. O no éramos capaces de dar con Arielle Arnim porque se estaba prostituyendo en un burdel y pasaba semanas sin pisar el domicilio que constaba en los informes, o se presentaba colocada hasta las cejas a la cita y a duras penas lográbamos mandarla a casa antes de que Jola viese aquella calamidad. La última vez le dejó un mensaje en el contestador por Navidad que casi no se entendía. Y ahora, cuando el cerdo de su padre, que hace diez años se relacionaba con pederastas lo bastante como para organizar el trato, sale de la trena, ahora me dice usted que los dos están reinsertados, ¿es eso? No lo puede creer en serio.

Llamaron a la puerta.

—Un momento, por favor —me disculpé, agradeciendo la distracción, que me permitiría calmarme un poco. Un comentario más de Melanie y probablemente me habría abalanzado sobre ella.

Acalorado, pasé por delante del guardaespaldas y abrí la puerta.

—Hola.

Era Dennis Kern, un estudiante de veinticuatro años que parecía un remedo de los jóvenes a los que en el barrio de Mitte se denominaba hípsters: cabello cobrizo a la altura de los hombros, barbita de chivo, gafas de pasta —de esas por las que en mi época me habrían dado collejas en el colegio— y unos gastados vaqueros negros que se estrechaban a medida que bajaban para que entraran en los botines. Lo único que no encajaba en su *look* era el feo monovolumen familiar que tenía aparcado en la calle, claro que probablemente el abogado en ciernes no pudiera permitirse un Mini, viviendo como vivía en Grunewald.

A decir verdad, debería estar cabreado con Dennis, ya que hacía algo más de medio año me había birlado el pisito de una habitación que había justo debajo del nuestro, al que le había echado el ojo para evitarme peleas con Kim y, así y todo, poder seguir en el mismo edificio (y, con ello, cerca de Jola). Sin embargo, el estudiante de Derecho resultó toda una suerte. Si los anteriores inquilinos daban golpes en su techo cuando Jola andaba por el parqué, a Dennis ni siquiera le importaba cuando, enfadada con alguna de nuestras medidas educativas, nuestra hija se pasaba veinte minutos haciendo botar una pelota de baloncesto. Además, le encantaban los animales y cuidaba encantado del gato de Jola cuando pasábamos fuera algún fin de semana largo.

—Siento molestar, señor Rhode —empezó—, pero he oído que llegaba a casa. Si busca a *Tripps*, está durmiendo en mi sofá.

—¿Es que el gato ha vuelto a saltar a tu balcón?

Dennis asintió, y al hacerlo intentó mirar detrás de mí, posiblemente igual de sorprendido que yo de ver a aquel grandullón vestido de negro que se acercaba a mi espalda y me preguntaba si podía ir al aseo de invitados.

—¿Jola? —llamé por el pasillo después de que el guardaespaldas desapareciera en el cuarto de baño—. ¡Jooooo! —Mi hija tardó un rato en abrir la puerta de su

habitación, al final del pasillo.

—¿Qué pasa? —preguntó con unos grandes cascos en las orejas.

«Conque haciendo los deberes».

—Te dije que cerraras la ventana antes de irte al colegio —le recordé, sin que sonara a reproche. La verdad es que agradecía el percance, ya que me daba la oportunidad de poner a Jola fuera del alcance de Protección al Menor.

Se acercó para saludar a Dennis, al que regaló una de sus escasas sonrisas, lo que me recordó lo guapa que era cuando no se pasaba el día frunciendo el ceño.

—Ve a buscar al gato —pedí, e hice como si le fuera a dar un beso de despedida, pero en realidad le dije al oído—: Quédate abajo hasta que vaya a buscarte.

Jola se apartó de mí lanzándome una mirada perpleja, pero fue lo bastante lista para no decir lo que pensaba: «Primero, que me encierre en el coche, luego, que haga los deberes y ahora me dices que me largue». Se encogió de hombros.

Cerré la puerta cuando se fueron y volví al salón. La asistente social entretanto se había sentado en el sofá y volvía a hojear el archivador. Respiré hondo.

—Escuche, Melanie. Empecemos de nuevo tranquilamente. No se estará planteando en serio apartar a nuestra hija de nuestra familia después de diez años, ¿verdad?

Ella profirió un suspiro.

—No nos lo estamos planteando: está decidido.

—¿Decidido? —me reí—. ¿Qué es esto? ¿Una broma con cámara oculta? No pueden decidir algo así. —Mi intención de conservar la calma se esfumó—. ¿Es que ya no se acuerda? Tenemos la tutela de Jola desde hace cuatro años —le refresqué la memoria. Y habíamos vuelto a solicitar la adopción, pero la solicitud seguía en lista de espera—. La guarda solo nos la puede quitar, si acaso, un juzgado de familia.

Melanie sacudió la cabeza por enésima vez.

—Tiene una tutela restringida, señor Rhode. El derecho de determinación del lugar de residencia lo comparte usted con Protección y...

—¿Qué? —exclamé sin dar crédito—. Pero eso es una estupidez.

Nunca me había interesado por los aspectos legales, de todo eso se había encargado Kim, y además nunca había oído hablar de esa restricción.

—Bueno, creo que debería echar un vistazo a sus documentos, y también podría haber respondido a los correos que le hemos enviado. Señalamos tres días para que compareciera a la vista. —Una vez más Melanie dio unos golpecitos en el archivador—. Nada.

Pedí ver el archivador, que ella me cedió con gusto. En efecto: leí el nombre de Kim y el mío en la casilla correspondiente a la dirección y después, en asunto: «Reconciliación familiar» y las primeras líneas de una carta que empezaba así: «En el caso de la menor tutelada Jola Arnim existe una solicitud por parte de la madre biológica...», y terminaba así: «... les pedimos encarecidamente una vez más que se pongan en contacto con nosotros lo antes posible».

Levanté la vista y busqué la mirada de Melanie.

—Una vez más: no sé a quién le envió esto por correo, ordinario o electrónico, pero nosotros no lo recibimos. Y aunque hubiera sido así, no creo que diga en serio que pretende enviar de vuelta a ese infierno a una niña que lleva una vida normal.

—¿Una vida normal? —repitió Melanie, con un tic nervioso en un ojo. Solo entonces fui consciente de lo tensa que estaba. Y del miedo que tenía—. ¿No era su hermano el que estaba hace un momento abajo?

—Sí, ¿y?

—¿Un condenado por pederastia que no se puede acercar a menos de quinientos metros a colegios y guarderías?

—¿Qué pretende insinuar?

—No insinúo nada, lo afirmo. Incluso con los Rhode corre un peligro latente por parte de parientes cercanos. No es solo que Jola haya entrado en contacto con drogas debido a un descuido suyo...

«Claro, solo era cuestión de tiempo que saliera a relucir lo del GHB».

—... sino que además da la impresión de que se siente abatida psicológicamente, y no hace mucho incluso se ha mostrado violenta.

—¿Abatida y violenta? —repetí perplejo.

—Según nuestros informes... —pasó una página y asintió— atacó a su profesora con una piedra.

—¿Cómo es que...? —Tragué saliva y sentí un sordo dolor tras la sien izquierda—. ¿Cómo demonios sabe usted eso?

El incidente se había producido a mediodía, hacía escasas horas. Era imposible que apareciera tan deprisa en la documentación de Melanie.

—Nos esforzamos por recabar tanta información como sea posible de nuestros niños tutelados y...

—¿Señora Pfeiffer? —El guardaespaldas, que la llamaba desde el pasillo, interrumpió su superficial aclaración.

—¿Qué ocurre, señor Schodrow? —Melanie se levantó del sofá y se dirigió al pasillo.

—Será mejor que lo vea usted misma.

Con un mal presentimiento, seguí a Melanie, irritado por el hecho de que los asistentes sociales se movieran a su antojo por nuestra casa y, por lo visto, ahora incluso la registrarán. Ciertamente, Protección al Menor tenía derecho a venir cuando quisiera, hasta sin avisar, pero nosotros no teníamos nada que ocultar. Sin embargo, la sensación de control policial, de sentirme culpable sin motivo aumentaba con cada segundo. Y la preocupación y el cabreo fueron aún mayores cuando vi desde el pasillo dónde había entrado el musculito trajeado.

—¿Qué se le ha perdido ahí dentro? —inquirí indignado, mientras iba detrás de Melanie hacia mi despacho.

«Y, ya puestos, ¿cómo rayos ha entrado ese ahí?». Ese espacio era mi único reino. Mi sanctasanctorum. Siempre llevaba la llave en el bolsillo derecho del pantalón, y la echaba siempre que salía. Sin embargo, ese día había estado apurando hasta el último segundo en mi novela, y casi había llegado tarde a recoger a Jola. ¿Me habría dejado la puerta abierta con las prisas?

No, no podía ser. No otra vez.

—Venía del cuarto de baño y eché un vistazo aquí —dijo el guardaespaldas mientras señalaba mi mesa, repleta de páginas del manuscrito impresas—. Y mire lo que encontré.

Melanie, sorprendida, me miró con cara de reproche.

—¿Deja un arma ahí tirada?

Meneé la cabeza y cogí la pistola del montón de papeles de la mesa para meterla en un cajón.

—La utilizo de pisapapeles, y naturalmente no está cargada. Pero me gusta cogerla antes de describir un tiroteo —aclaré con menos seguridad de lo que me habría gustado—. Soy escritor, es de lo más normal que tenga en mi despacho objetos que me sirven para documentarme —añadí cuando la mirada suspicaz de Melanie se detuvo en la estantería, en un tarro de formol donde flotaba una mano cortada.

—¿Es de verdad? —preguntó con cara de asco.

—No —mentí. Me la había regalado un amigo forense; una pieza de museo muy descolorida, que tenía sus años, de la que el hospital se habría deshecho de no haber encontrado un nuevo hogar en mi casa—. Normalmente esta habitación está cerrada con llave, y para su tranquilidad le diré que Jola no puede entrar aquí —expliqué, haciendo honor a la verdad en ambos casos.

El guardaespaldas me dedicó una sonrisa que decía: sí, claro. Y, entretanto, Melanie dejó el archivador, que había traído del salón, en mi mesa y sacó un folio

impreso que tenía suelto entre los documentos archivados.

—Bien. Señor Rhode, aún me quedan otras visitas, así que volvamos al verdadero motivo de nuestra presencia aquí. Le pido que responda a estas preguntas con veracidad. —Carraspeó, sacó un boli del bolsillo de la cazadora vaquera y empezó a leer—: ¿Cómo describiría su reacción cuando supo de la restitución decidida por las autoridades? Por favor, puntúe del uno al seis, siendo uno «extremadamente satisfecho» y seis «extremadamente furioso y enfadado».

—No lo dirá en serio, ¿no? —Me sentí tentado de hacer un gesto que indicaba que estaba loca de atar—. ¿Se puede saber quién ha sido el responsable de esta estupidez?

Melanie asintió brevemente y anotó algo.

—¿Qué opinión le merece la intención de restitución por parte de las autoridades? Uno significa «la aplaudo y fomento» y seis...

—Diecisiete —la interrumpí—. Y ahora déjese de tonterías y volvamos al salón como personas civilizadas...

La asistente social anotó algo más y continuó con el absurdo cuestionario, pasando por alto mi objeción.

—¿Piensa oponerse a esta medida?

Solté una risa histérica.

—No lo dude. Y con todos los medios a mi alcance.

Melanie levantó la vista del cuestionario por primera vez.

—¿Señor Schodrow?

El aludido, a mi lado, asintió en silencio.

—Por favor, vaya a buscar a Jola.

—¿Qué, qué, qué...? —Agarré por la manga al musculitos, la lengua trabándoseme, por lo pronto para impedir que pasara por delante de mí—. ¿Qué quiere de mi hija? —le pregunté a Melanie.

—Nos la llevamos —respondió ella casi con indiferencia, como si le hubiese preguntado la hora o qué tiempo hacía.

Era como si estuviese en una novela de Kafka.

—¿Llevarse la? Eso es absurdo. No tiene derecho. Ni motivo.

La mujer ladeó la cabeza y a sus labios asomó una sonrisa burlona.

—Sí que lo tengo, creo que tengo ambas cosas. —Movié el cuestionario como si fuera un abanico y me entró frío—. Ha hecho constar sin lugar a dudas que se opone a fomentar la relación entre unos padres biológicos y su hija y, cito textualmente, se opondrá a ella «con todos los medios a mi alcance». Si ahora nos volviéramos con las manos vacías, señor Rhode, existe el peligro de que quiera evitar a Jola la intervención de Protección al Menor con ayuda de su mujer, piloto, que quizás incluso saque a la menor del país. Teniendo en cuenta que a lo largo de las últimas semanas ha rehusado cualquier comunicación...

—Yo no he rehusado...

—... y que Jola ha presentado problemas de conducta...

—Bobadas. No es eso, Jola solo... —Para entonces ambos gritábamos para hacernos oír en la pequeña habitación.

—... dispongo que provisionalmente Jola pase a un centro especializado.

¿«Un centro especializado»? Era la clase de palabras que me bloqueaban. ¿«Un centro especializado»?

Lo siguiente que hice sucedió sin que me parara a pensarlo. Salí del despacho, saqué la llave del bolsillo, cerré la puerta y eché la llave; después enfilé el pasillo, abrí la puerta principal y bajé presuroso al piso de abajo. Una vez allí, aporreé la puerta de Dennis, que abrió con cara de susto y me preguntó si había pasado algo malo, pero después, cuando lo cogí por los hombros, le chillé y lo zarandeeé, corrió a buscar a mi hija. Jola, que en un primer momento se opuso a acompañarme («¿Estás borracho, papi?»), finalmente dejó que la cogiera del brazo y bajara a toda velocidad por la escalera. Subió de mala gana al coche. Di marcha atrás con tanta prisa que me llevé por delante dos jardineras con flores que había a la entrada.

En resumidas cuentas, desde el momento en que encerré a los asistentes sociales en mi despacho hasta que salí marcha atrás a la calle y me detuve en el carril contrario derrapando, apenas pasaron más de tres minutos.

Para ser alguien que había perdido el control y no tenía la menor idea de qué hacer a continuación, fui rápido. Demasiado rápido, incluso.

Pero no lo bastante para la policía, a la que por supuesto llamó Melanie en cuanto la encerré y cuyas sirenas empezaba a oír cada vez más cerca.

—¿Papá?

Pisé el acelerador y tuve la sensación, como en los cómics, de que me movía en el sitio antes de que los neumáticos se agarraran al firme, mojado por la lluvia.

—¿Papá?

El ruido del motor aumentaba más que la velocidad que logró alcanzar a duras penas en la Koenigsallee el escarabajo con sus 33 caballos. La carretera de circunvalación que llevaba hasta Zehlendorf, que parecía una comarcal, atravesaba el bosque de Grunewald y, como casi siempre a esa hora, apenas tenía tráfico. A unos trescientos metros de nosotros se veían las luces traseras de dos coches; detrás, por el espejo retrovisor, solo veía oscuridad. De momento.

Contaba con no tardar en ver las luces azuladas giratorias.

—¡Papáaaaa!

—¡Ponte el cinturón! —ordené, mirando de reojo un instante. Jola tenía el miedo escrito en la cara, los ojos muy abiertos, la boca torcida.

—¿Adónde vamos? —preguntó a voz en grito para hacerse oír con el ruido del motor. El coche apestaba a gasolina, cosa que no hizo sino aumentar mi temor.

—No tengas miedo —aseguré así y todo, y cogí el móvil de mi cartera, que de puro nerviosismo casi se me cayó—. Luego te lo explico todo.

El escarabajo era de 1972; mi teléfono, en cambio, de última generación. Solo tenía que pulsar una tecla y decir un nombre para hablar con la persona deseada.

—¿Max? —dijo Toffi, que lo cogió al segundo tono, con voz serena pero enérgica—. ¿Qué ocurre?

Decidí llamar al «número del pánico» del abogado, el que facilitaba a sus clientes tras advertirles que solo lo utilizaran en caso de fuerza mayor. La noche que brindamos por la publicación de *El colegio del horror* en su bufete lo guardé de broma, con el objeto de que en las entrevistas, cuando me preguntaran por la seriedad con que me documentaba, pudiese fanfarronear enseñando el teléfono de uno de los mejores abogados penalistas de Alemania. Jamás conté con que me vería obligado a utilizarlo en serio.

—Estoy... estoy en un aprieto —respondí, una frase que seguramente él oía a diario. Quienes se dirigían a él financiaban su pasión por los coches de época y su enorme bufete en la Potsdamer Platz.

—¿Qué ha pasado? —se limitó a preguntar. La lluvia acribillaba el parabrisas y estallaba formando burbujas. Dejamos atrás árboles oscuros cuyas ramas cubrían la carretera.

—Creo... creo que acabo de secuestrar a mi hija.

—¿A Jola?

—Sí.

—¿Por qué?

—Melanie Pfeiffer, la de Protección al Menor, me la quiere... nos la quiere quitar. A mi lado, Jola abrió la boca, pero no dijo nada. Era como si le hubiese asestado un golpe.

—Al parecer tiene que volver con sus padres biológicos... —conté a Toffi—. Pero... pero no lo puedo permitir. Ya conoces los antecedentes.

Jola parecía hundida en el asiento por el peso de mis palabras, encogida como el niño que espera recibir más golpes. Quería acariciarle el brazo para tranquilizarla, pero con la mano derecha sostenía el móvil y con la izquierda debía procurar que no se me fuera el volante.

—Vale. Y ahora estás, ¿dónde?

—En el coche. Jola está conmigo y... —me quedé sin habla: ahora sí, por el retrovisor veía las luces giratorias— tengo a la policía detrás.

Volví la cabeza un instante: el vehículo venía a gran velocidad. La distancia que nos separaba de ellos, de unos doscientos metros, disminuía deprisa.

—Está bien, Max, escucha atentamente. Detén el coche.

Sacudí la cabeza.

—No, no puedo...

—En cuanto puedas. —Toffi ponía después de cada una de sus palabras un signo de admiración. Yo seguía pisando el acelerador, subiendo hacia el cruce de la Koenigsallee con Hüttenweg. Una parte de mí seguía pensando si girar a la derecha para meterme en la autopista o mejor escapar torciendo a la izquierda, en dirección a Dahlem. La otra parte había capitulado hacía rato.

—Rojo.

—Y si te detienen, atente a la regla número uno, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

«Regla n.º 1: haz como si fueras un monje cartujo».

—No digas nada. Acógete a tu voto de silencio.

—Rojo.

Me costaba ver, los limpiaparabrisas eran más lentos que la lluvia.

—¡¡Está rojo!!

Solo oí la advertencia de Jola en el último segundo. Nuestras cabezas salieron despedidas hacia delante cuando pisé el freno a fondo. El coche corcoveó un momento, pero se enderezó y se detuvo más adelante, justo debajo del semáforo.

—Mierda —soltó Jola, intentando abrir la puerta. Por suerte, al estar tan nerviosa, no lo consiguió.

—Lo siento, lo siento —dije, y quise cogerle la mano, pero ella la retiró. Las lágrimas le resbalaban por la cara; con la luz rojiza del semáforo daba la impresión de

que los ojos le sangraban—. Jola, hija. No quería asustarte, lo siento —repetí. Y aunque no conseguí calmarla, al menos ya no hizo ademán de bajarse del coche. Respiré hondo, miré por el retrovisor y me quedé helado—. Qué raro —dije al teléfono, que seguía sosteniendo.

—¿Qué?

—Que ya no hay nadie.

Las luces no se veían; y el coche patrulla que tenía detrás, tampoco.

—Se ha esfumado —comenté, mirando a todas partes.

«Nada».

No había ningún coche.

—¿Quieres decir que la policía ha dado la vuelta y se ha marchado? —quiso saber Toffi.

—Aquí es casi imposible dar la vuelta. —«Solo hay bosque»—. ¿Tú has visto dónde se han metido, Jola?

Nada.

Solo podían haberse ido por donde habían venido, pero en ese caso al menos vería las luces traseras, siendo como era la carretera recta.

—Ha desaparecido —insistí.

—Vale, bien. —Toffi parecía menos desconcertado que yo—. ¿Cuándo puedes venir a verme? —preguntó.

El semáforo se puso verde.

—¿A la Potsdamer Platz?

Las rodillas me temblaban, y cuando pisé el embrague para meter primera, noté que tenía los gemelos como de goma.

—No, hoy estoy trabajando en casa.

«Así que en Steglitz, Drakestrasse».

Avancé hacia el cruce despacio, la vista puesta en el retrovisor, contando con que de un momento a otro el coche patrulla aparecería entre los árboles y se abalanzaría sobre nosotros desde la oscuridad del bosque. Sin embargo me equivocaba.

—Calculo que podemos llegar en diez o quince minutos... —nada por detrás— y entonces te contaré bien lo que ha pasado.

«Pero sí de un lado».

El violento choque puso al escarabajo de canto y lo hizo girar sobre su propio eje hasta derribarlo como a una ficha de dominó.

—Joooooooo... —empecé a llamar a grito pelado a mi hija, que de repente estaba a mi lado cabeza abajo, y después el dolor me cortó la respiración. Oí un ruido, como si un gigante abriera el techo del coche con un abrelatas. Cristales rotos. Y sentí frío.

Un resplandor me cegó, después todo se volvió negro de golpe. Perder el conocimiento estuvo bien al principio, ya que la abrasadora punzada que sentí en el ojo izquierdo dejó de atravesarme el cerebro. Era como si me hubiese metido en un pantano con plomos en la cintura, y todo en mí pedía a gritos que me abandonara a

las fuerzas que tiraban de mí hacia el abismo. Pero eso no podía ser.

«¡¡Debo permanecer despierto!!».

Reuniendo fuerzas de flaqueza abrí el ojo derecho (solo uno, el otro no pude) y a través de una neblina sanguinolenta vi que la cabeza de Jola, a mi lado, se movía como un péndulo. Por un momento no estuve seguro de si en verdad seguía despierto, ya que de repente creí ver un cuchillo. Pero entonces Jola cayó, dándose contra el techo del coche, que ahora estaba literalmente como un escarabajo patas arriba, y me di cuenta de que alguien había acudido en nuestro auxilio y le había cortado el cinturón de seguridad a mi hija.

«Bien. Muy bien».

Iba a darle las gracias al salvador, pero no conseguí proferir sonido alguno, ya que mi cinturón me estrangulaba.

Lo último que vi fue las manos providenciales que sacaban deprisa del coche a mi hija, inconsciente, y la tendían en el asfalto. Cada vez olía más a gasolina. Yo jadeaba, intentaba respirar a pesar del dolor y notaba sabor a sangre en la boca. Cerré los ojos para descansar un segundo, solo un segundo.

Después oí la sirena de una ambulancia, y una oleada de dolor me recorrió el cuerpo, llevándose consigo mi conocimiento y precipitándolo a un desagüe oscuro, más profundo y negro que cualquier lugar en que hubiese estado antes.

Desperté dos veces.

La primera, con un cuerpo extraño en el ojo izquierdo, que cuando parpadeaba era como si fuese un cristal, a mi lado una indigente mayor, con la piel de la cara como la de un elefante, que se reía de mí, me metía la lengua en la oreja y me susurraba: «Tiene que escapar antes de que sea demasiado tarde». Noté un olor nauseabundo: orina, en la ropa y el pelo de la mujer e incluso en el colchón en que estaba tumbado yo. Después la anciana abrió la boca, los dientes se le cayeron y me di cuenta de que había pasado de un sueño al siguiente.

La segunda, cuando de verdad desperté, a mi alrededor olía a desinfectante y ropa de cama recién almidonada, pero ello no hizo que fuera menos perturbador que los sueños.

Abrí el ojo derecho; a pesar de que lo intenté, el izquierdo siguió cerrado, bien porque estaba pegado o bien por algún motivo peor. Una luz deslumbrante procedente de una lámpara halógena alargada situada encima de mí me cegó. Parpadeé y vi una pared blanca, un televisor y un estribo que se movía justo sobre la cama.

Tardé un rato en comprender que me encontraba en un hospital. Y más aún en reconocer a la mujer que estaba junto a mi cama y me apretaba la mano.

—¿Kim?

A mi mujer le temblaba el labio inferior.

—¿Estás aquí?

Llevaba el rubio cabello recogido en una trenza y no se había quitado el uniforme de piloto, lo que significaba que debía de haber venido directamente desde el aeropuerto.

«Mierda, entonces ya es miércoles».

¿Cuánto tiempo llevaba allí? De un lado, por un cristal ligeramente abombado, me llegaba una luz matutina cálida, que hacía bailotear las finas partículas de polvo en el aire como plancton marino.

Quise levantar el brazo para mirar el reloj, pero acto seguido sentí que estaba demasiado hecho polvo.

Lo último que recordaba era que estaba sentado en un aula, frente a dos profesoras, y eso había sido... «sí, ayer, cuando fui a buscar a Jola».

«¡No!».

Con el ruido de cristales volvió todo. Todos y cada uno de los espantosos detalles almacenados en mi memoria.

La visita.

La huida.

El accidente.

—Jola —dije con voz rasposa, e hice ademán de incorporarme, cosa que no logré. Bajo la tapa de mis sesos alguien había activado una granada de mano. Me agarré las sienes en un pobre intento de sofocar la explosión, y al hacerlo constaté que tenía la cabeza vendada.

Kim me obligó a tenderme de nuevo.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó. Por fin se abrió mi otro ojo. Parpadeé y noté un pinchazo opresivo. En mi memoria oí cómo reventaba el parabrisas—. Dime la verdad, por favor.

Kim tenía los ojos enrojecidos, seguro que como los míos. Los párpados hinchados, los labios secos y agrietados, el aliento le olía a las numerosas tazas de café con que había luchado contra el cansancio, y deseé que me abrazara, como solía hacer antes.

—No, no lo sé... —Me costaba hablar—. Fue... un... accidente. Teníamos a la policía detrás...

—¿La policía? —oí que repetía, sorprendida, una voz de hombre desconocida.

Reparé en una sombra a mi izquierda y me volví de lado. Otra granada de mano se activó en silencio, si bien su detonación fue más pequeña.

—¿Quién es usted? —quise saber cuando la oleada de dolor se aplacó lo bastante como para abrir de nuevo el ojo derecho. El desconocido que estaba junto a mi cama llevaba un traje azul claro y una camisa remetida en el pantalón con poco esmero. La placa que me colocó delante de las narices probablemente lo acreditara como agente de policía. Aunque puede que solo me enseñara su tarjeta de Ikea Family. Debido a las manchas blancas que bailaban en mi limitado campo visual no fui capaz de distinguirlo.

—Soy el comisario Philipp Stoya —se presentó—. Me gustaría hacerle unas preguntas sobre el accidente...

La policía, estupendo. Posiblemente había estado en el vehículo que nos perseguía. Recordaba que alguien había cortado el cinturón de Jola.

—¿Fue usted quien sacó a Jola del coche? —le pregunté.

—¿Yo? —Stoya meneó la cabeza—. ¿Por qué lo pregunta?

—Sí, bueno, la verdad es que da lo mismo quién lo hizo —contesté—. Lo principal es que ella esté bien. —Me asusté, pues me asaltó una terrible sospecha—. Porque está bien, ¿no? —Miré a mi mujer, que se llevó la mano a la boca, sobresaltada.

«No, por favor, no. No me digas que...».

—¿Cómo está? —quise saber. Me entraron ganas de chillar, pero la voz me falló.

—Tranquílcese, señor Rhode. Vayamos por orden. Me gustaría hacerle unas preguntas sobre el accidente...

—¡Fin de la visita! —La puerta de la habitación se abrió de sopetón y algo

parecido a un pequeño elefante entró ruidosamente, pisando firme.

Oí que el comisario decía: «Mierda» en voz baja.

—Usted lo ha dicho, Stoya: mierda. En efecto, un resumen muy acertado de lo que será su situación profesional cuando haya acabado con usted.

Esta vez no fue preciso que levantara la cabeza para saber quién había entrado.

Christoph Marx.

Toffi.

Mi amigo y abogado...

La prueba viviente de que no había que juzgar a las personas por las apariencias. Su bufete se hallaba en el rascacielos más caro de la ciudad, pero quien esperaba encontrarse a un abogado entrecano con un traje a medida se llevaba una sorpresa cuando, en la primera cita, veía delante a un tipo bajito y robusto, de un metro cincuenta y cinco, velludo, con gorra de béisbol, chanclas y bermudas. Toffi no solo tenía un estilo peculiar (al que era fiel incluso en invierno), sino la nariz más grande que yo había visto nunca. No hacía falta tener mucha imaginación para intuir que el colegio debía de haber sido un infierno para él. En vista de las humillaciones que sufrió hasta que terminó el bachillerato, era casi un milagro que fuera conocido por ser un abogado estrella y no por su ataque de furia en un instituto de Neukölln del que se hizo eco la prensa. Fiscales, agentes de policía e incluso algunos jueces temían sus inteligentes estratagemas y la burla mordaz, arrogante, con que trataba a quienes no estaban a la altura de su aguda inteligencia. Y al observador ajeno no le hacía falta ser psicólogo para darse cuenta enseguida de que, con sus invectivas, Toffi se vengaba con retraso de todos los idiotas a los que había tenido que aguantar en clase y que le habían hecho la vida imposible.

—¿Se puede saber qué hace aquí, mirando con esos ojos saltones como una vaca en una colonoscopia? —Toffi dio unas palmadas con sus gruesas manitas—. Ale, ale, ale, fuera, riiiiin rin, aquí llega el huevero^[1], váyase a casa con mami, la comida está lista.

—Toffi, por favor —le dije a mi amigo. Lo único que quería saber es cómo se encontraba Jola. No me apetecía que se entablara una absurda pelea de gallos—. Quizás el comisario nos pueda facilitar algo de información...

—¡Y un cuerno! —Una mirada gélida de Toffi, pero también una nueva oleada de dolor desencadenada por mi repetido intento de incorporarme en la cama, me hicieron callar.

—Haga el favor de calmarse —terció Stoya—. Solo quiero hablar con el señor Rhode.

—Si necesita hablar con alguien, vaya a ver al psiquiatra. ¿Está detenido? —Toffi señaló mi cama.

—No.

—¿Tiene una orden de detención?

—La puedo conseguir, pero...

—Estupendo. Y yo puedo hacer que huelga que apesta cuando voy al servicio.

—Es usted asqueroso —dijo Stoya—. No me iré hasta que tenga una declaración. Toffi esbozó una sonrisa torcida.

—Claro que se irá, Stoya. Pero puede elegir entre volver a ponerse delante de su Commodore C64, o con el milagro de la tecnología que el empobrecido Senado le haya proporcionado para luchar contra el crimen, y pasarse el resto del día escribiendo cien veces «No molestaré a ciudadanos probos en el hospital», o ir directo a que le den un chaleco reflectante: le hará falta cuando vuelva a dirigir el tráfico, cosa que sucederá en cuanto informe a la prensa de que, pasándose por el forro los derechos de mi cliente, ha irrumpido en la habitación de un paciente gravemente herido para obtener por la fuerza una declaración falsa.

—¿Una declaración falsa? Eso es absurdo y lo sabe —replicó Stoya, si bien con menos arrogancia. El teatrillo de Toffi surtía efecto. Como tantas otras veces.

El comisario miró a Kim en busca de apoyo, pero ella, cansada, se limitó a encogerse de hombros. Acto seguido, el comisario, reconociendo su derrota, salió de la habitación sin despedirse.

La sonrisa autosuficiente de Toffi se desvaneció en cuanto la puerta se cerró ruidosamente. En su lugar, una profunda arruga de preocupación surcó la protuberante frente.

—¿Acaso no te dije que no hablaras con la poli?

Parpadeé una vez más, y por fin conseguí abrir también el ojo izquierdo. Al hacerlo recordé la advertencia de otro hombre que, asimismo, me había espetado en un hospital: «No infrinja la ley. En ninguna circunstancia».

El pulso se me aceleró y el corazón me latió como el aleteo de un colibrí. Se me hizo un nudo en la garganta y solo logré decir una palabra:

—¿Jola?

Ambos se acercaron, Kim por la derecha, Toffi por la izquierda.

Y ambos sacudieron la cabeza. Me vino a la cabeza la imagen de la policía a la puerta de alguien que ha sufrido un accidente, los labios apretados, el pesar que anticipa la noticia que dará a la familia escrito en la mirada.

—No... —grazné—. No puede ser.

Entonces oí mi nombre y volví a abrir los ojos, que debía de haber cerrado de nuevo.

El cabeceo de Kim y Toffi había cesado. Ahora abrieron los dos la boca casi a la vez y me formularon una pregunta que me hizo precipitar hacia un abismo, como poco antes de que perdiera el sentido, solo que esta vez no lo perdí:

—¿Dónde está? —me preguntaron—. ¿Adónde demonios has llevado a Jola?

—¿Yo? —Sentí que me estallaba la cabeza, aunque no chillé tan alto como quería—. ¡Eso me lo tenéis que decir vosotros! A Jola la sacaron del coche antes que a mí.

—¿Del coche? ¿De qué coche? —preguntó Kim, controlándose a duras penas. Los ojos, los labios, la frente, casi todos los músculos de su cuerpo se contraían con nerviosismo.

—¡Del escarabajo! Justo después del accidente.

—¿Qué accidente? —quiso saber Toffi. Me quedé boquiabierto: no podía preguntarlo en serio. Me señalé la cabeza.

—¿Por qué crees que llevo esta venda y estoy en el hospital?

—Eso mismo nos preguntamos nosotros —admitió el abogado, y miró a Kim—. Y también nos preguntamos, y esto es más apremiante, qué le ha pasado a tu hija.

—No... no... —«no tengo ni idea de lo que está pasando aquí».

Lo último que recordaba era el cuchillo que le cortó el cinturón de seguridad a Jola y las manos que la sacaron del coche.

—Posiblemente tenga amnesia —aventuró Toffi después de que pasara un buen rato mirándolos fijamente.

—No, qué tontería, no tengo amnesia. Sé que íbamos por la Koenigsallee... la Oficina... de Protección al Menor... la policía... —«¿Dónde está Jola?». La idea que me daba vueltas en la dolorida cabeza como la bola de una ruleta impedía que me concentrara y hablara con frases coherentes.

—Vale, con calma —exhortó Toffi, tanto a mí como a Kim, que toqueteaba nerviosa su alianza y daba la impresión de querer abalanzarse sobre mí—. ¿Qué es lo último que recuerdas, Max?

—El golpe. Por un lateral. —Cerré los ojos y oí cómo se deslizaba el metal por el asfalto—. La policía nos perseguía, pero de pronto desaparecieron y... —De repente me acordé—: Pero eso tú lo sabes, Toffi: estábamos hablando por teléfono...

Mi amigo y abogado asintió.

—La llamada se cortó de repente. Y dices que porque se produjo un accidente, ¿no?

—Claro. ¿O acaso crees que el coche se puso del revés por capricho?

—No sé de qué me hablas: no hay ningún parte sobre una intervención policial en la Koenigsallee, y hasta la fecha no se ha encontrado tu coche.

«¿Que no se ha encontrado?».

—Vamos a ver, entonces ¿de dónde me sacaron?

—De un edificio en ruinas en Moabit.

«¿Quéee?». Parpadeé, intentando comprender aquellas palabras, cosa que, sin embargo, no logré.

—Mejor dicho, de un viejo almacén en Westhafen en estado ruinoso. Mientras la bola de demolición no penda sobre él, es el refugio de los adictos al *crack* de Berlín.

—¿Se puede saber qué coño dices? —espeté con la improbable esperanza de escuchar una risotada mientras la puerta se abría y entraba Jola, risueña, cogida del brazo del policía, en los labios una sonrisa que decía: ¡caíste! Pero entonces me vino a la memoria la anciana desdentada de mi sueño, la peste a pis y que en los sueños rara vez se perciben olores—. ¿Jola no está aquí? —Me atreví a preguntar lo inconcebible. Un entumecimiento me bajó hasta los hombros, el miedo que sentía por mi hija ahogaba todas las sensaciones, incluidos los dolores.

—No, no está aquí.

—Ni en casa ni con sus compañeros de colegio, ni haciendo deporte ni en ese sitio horrible, ni en ninguna otra parte —saltó Kim, y sollozó—. Lleva desaparecida dieciocho horas, mientras tú dormías el colocón. —La voz se le quebró—. ¿Qué has hecho con ella, Max?

Tragué saliva a duras penas, pugnando por no llorar.

—Te lo repito, yo no he hecho nada. Y tampoco he tomado drogas. Solo la saqué de casa...

—¿Porque...?

—Porque fueron a vernos.

—¿Quiénes?

—Los de Protección al Menor.

—¿Por qué? —Sus preguntas cada vez se sucedían con más rapidez.

—Porque querían llevársela. No te vas a creer la historia que se montaron. Melanie fue a casa con un montón de papeles, con un informe de un psiquiatra, al parecer los padres de Jola están reinsertados y...

—Menuda estupidez —me cortó Kim.

—Ya. Eso mismo le dije yo. Y también cuando aseguró que nos habíamos saltado un montón de citas y que las cartas que...

—¡Bobadas! —exclamó mi mujer, y comprendí que no se refería a Protección al Menor, sino a mis palabras—. Estoy segura de que Melanie no fue a casa a llevarse a Jola.

—¿Ah, no? Entonces debí de hablar con un fantasma, o ya me dirás tú.

—No sé lo que te pasa, pero no dices más que estupideces.

—Llamé a la Oficina de Protección al Menor —apuntó Toffi— y pregunté por la mujer a la que me mencionaste por teléfono.

Enarqué las cejas y esperé a que soltara la bomba.

—Es como dice Kim: esa mujer ya no trabaja allí.

«¿Quéee?».

—Melanie Pfeiffer presentó su dimisión hace un mes. Os han asignado a otra

persona. Tienen tanto que hacer que el tipo en cuestión todavía ni siquiera ha tenido tiempo de ir a presentarse.

—Entonces... entonces ¿no nos quieren quitar a Jola?

Toffi sacudió la cabeza.

—Eso es lo extraño de tu historia, Max. No hay ningún atestado policial ni testigos del accidente, ni ninguna Melanie Pfeiffer ya, pero sí una solicitud de restitución de los padres biológicos, solo que no será aprobada sin que se celebre una vista previa, aun cuando al parecer es cierto que hasta la fecha no habéis respondido a media docena de comunicaciones.

Haciendo un esfuerzo supremo conseguí levantar el brazo derecho para rascarme el ojo. Me lloraba, y estaba embadurnado de pomada.

—Dennis lo puede confirmar —se me ocurrió—. Vio que teníamos visita.

—¿El vecino de abajo? Ya hablamos con él cuando fuimos en busca de Jola. — Toffi meneó la cabeza—. Solo nos habló de un hombre, a juzgar por su descripción una especie de Hulk, no una Melanie.

«Mierda, era verdad». Al fin y al cabo Dennis solo había visto al guardaespaldas.

La puerta se abrió. Pensé que entraría un médico o una enfermera, hasta el momento no había visto a nadie del hospital, pero no: era Stoya, que había vuelto, y no venía solo. Con él entró, con paso elástico, un agente espigado, mucho más joven, vestido de uniforme, el pelo negro y corto peinado hacia delante, hasta los ojos.

—¿Y ahora qué pasa? —inquirió Toffi, plantándose delante de los policías.

A modo de respuesta, Stoya se llevó la mano al cinturón sobre el trasero, cogió unas esposas y las blandió en mi dirección.

—Vengo a terminar lo que empecé. Su cliente está detenido.

Toffi se rio.

—Venga ya, ¿a qué viene este numerito? No hace ni... ¿cuánto hace que se fue? ¿Diez minutos? Es imposible que haya obtenido una orden de arresto tan deprisa.

—No me hace falta. Hemos registrado la casa y con lo que hemos encontrado me basta para ordenar una detención preventiva.

Kim abrió la boca, pero Toffi se le adelantó fingiendo un ataque de ira:

—¿Ha registrado el domicilio de mi cliente sin una orden judicial?

—Recibimos una llamada por alterar el orden público...

—A ver si lo adivino: nuevamente anónima, como la que denunció lo del sitio de los adictos al *crack*, ¿no?

—¿Quiere oír una respuesta sincera a su pregunta? —inquirió Stoya. Y tras hacer una pausa dramática rio y añadió—: Chúpemela.

Toffi hizo un gesto negativo.

—Bah. Con lo que gano a la hora y que seguro que no se le levanta, me saldría por dos mil euros la hora y seguro que para nada. —Me hizo una señal de que me tranquilizara, pero para eso habría hecho falta una caja de Valium.

«¿Me quieren detener?».

Lo que más temía era que en tal caso ya no podría buscar a Jola. Entretanto, Stoya se dirigió a mi mujer:

—La puerta de su casa estaba abierta...

—Es posible que con las prisas se me olvidara cerrarla —contestó nerviosa, la cara enrojecida—. Aterrícé esta mañana y después de pasarme un momento por casa vine directa aquí.

—Bueno, pues del despacho salía una música atronadora.

—Eso no puede ser, no...

—... y cuando entraron a apagarla, nuestros hombres encontraron una pistola.

Toffi lanzó un suspiro como un aficionado al fútbol después de un penalti fallido.

—Mi cliente escribe *thrillers*, ¿es que lo va a detener por un pisapapeles?

—Posible consumo de drogas y tenencia ilícita de armas me bastan como sospecha razonable, y el riesgo de fuga me lo acaba de reconocer él mismo, cuando ha dicho que la policía lo perseguía. Veremos qué pasa cuando hayamos analizado los datos de su portátil.

«Drogas. Pistola. Ruido. Portátil. Detención».

Aunque el diálogo versaba sobre mi futuro como hombre libre, aquello me entraba —literalmente— por un oído. A esas alturas estaba convencido de que me había vuelto loco. Es que por el otro oído me llegaban voces. Mejor dicho, una única voz, clara, nítida e inconfundible: la de mi hija.

«Por favor, no digas nada, papá —musitó—. Por favor, no digas nada, o me matará».

Me incorporé en la cama y quedé sentado recto y con las manos en la cabeza, allí donde el vendaje me cubría el tapón que llevaba metido en la oreja, en el que no había reparado hasta ese momento debido a la presión que sentía en toda la cabeza. Lancé un aullido de susto, de miedo y también del dolor que me causó el brusco movimiento.

Toffi, Stoya y Kim me miraron asustados, pero atribuyeron mi estallido a mi estado de salud.

—Tumbese y no nos cause más problemas —me espetó Stoya, que posiblemente se olió que me opondría a la detención—. El médico jefe vendrá enseguida y decidirá si autoriza su traslado.

Sus palabras no me interesaban. Asentí, pero en respuesta a la segunda frase de Jola: «Por favor, papá, no digas nada. O me matará».

«¿Me matará?». ¿Quién? Jola farfullaba con voz bronca, como si hubiese perdido la voz tras un fuerte resfriado. Sonaba así cuando había llorado mucho o le dolía algo. Intenté desoír la acalorada disputa en que se habían vuelto a enzarzar Toffi y Stoya y me concentré en mi hija, a la que me habría gustado hacer muchas preguntas a la vez:

«¿Dónde estás? ¿Cómo te encuentras? ¿Qué te han hecho? ¿Quién te matará? — Y, la más importante—: ¿Qué demonios tengo que hacer para poder volver a abrazarte?».

Pero, en lugar de una pregunta, de mi boca solo salió un gemido afligido. El miedo que sentía por Jola ahora era otro. Si hasta hacía escasos segundos me atormentaba la incertidumbre, ahora me paralizaba la certeza de saber que corría un peligro de muerte.

«A mi lado hay un hombre con una pistola —informó—. Me pegará un tiro si dices lo más mínimo y no haces todo lo que te voy a leer del papel que me ha dado».

«Por el amor de Dios». Parpadeé, cerré los ojos, los volví a abrir. Jola se sorbió la nariz y su voz cobró fuerza.

«Abre el cajón de la mesilla de noche».

Miré a la izquierda, al carrito gris donde había un teléfono de teclas y una riñonera desechable vacía. La discusión, en la que había acabado tomando parte Kim a grito pelado —«¿No cree usted que todos estamos igual de interesados en saber qué ha ocurrido?»—, había quedado apagada tras una cortinilla acústica que solo permitía que me llegara un murmullo sordo. La voz de Jola, en cambio, era cada vez más firme, aun cuando el miedo cervical que destilaba seguía inalterable.

«Dios mío, pero si esto es... no... no puede ser».

Al abrir el cajón de la mesilla no di crédito a lo que veían mis ojos.

«Cógela», me instó mi hija.

Toffi me miró de reojo con cara de desaprobación, pero se volvió de nuevo hacia Stoya, al que no interesó que hubiese abierto el cajón, razón por la cual en ese instante pude mirar tranquilamente el objeto que Jola me instaba por segunda vez a coger. Si aún abrigaba alguna duda de que esa era una situación sin salida, ahora desapareció definitivamente.

«No puede ser».

No había la menor duda, Jola moriría si me resistía a cumplir las órdenes. De manera que resistí el impulso de confiar en los demás y pedir ayuda.

Y metí la mano en el cajón.

Al mismo tiempo abrí la boca y dije lo que Jola me dictaba a la fuerza. Repetí palabra por palabra:

—No hace falta que sigáis buscando a Jola. La tengo en mi poder y la mataré.

Las palabras resonaron en la habitación como los fuegos artificiales de Fin de Año.

Toffi, Stoya y Kim volvieron la cabeza hacia mí, me miraron fijamente, sin dar crédito, y tras un segundo de pánico descubrieron la granada de mano con que los amenazaba.

Jola

—Y no dudaré en mataros también a vosotros si os acercáis a mí.

Jola oyó que su padre repetía tal cual la frase que le acababa de dictar. Su voz sonaba lejana y apagada, como si hubiese tapado con algo el micrófono.

Estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas a lo indio, atada de espaldas a un poste de madera, a sus pies una radio maciza, de color anaranjado, que se parecía al *walkie-talkie* sumergible que llevaba siempre en el cinturón su profesor de natación. Estaba con el botón de habla pulsado o con el manos libres, porque por el altavoz salían voces inquietas. Dos hombres y una mujer que parecía su madre hablaban a gritos a la vez.

—¿Es que te has vuelto loco?

—¿Se puede saber a qué viene esto?

—Por el amor de Dios... aparta esa cosa.

—Tranquilo, señor Rhode, tranquilo.

El padre de Jola se atenía a las instrucciones y no decía ni mu.

—«A tu izquierda, en la pared, hay un armario» —siguió leyendo Jola de la hoja impresa, cuyas líneas estaban bastante espaciadas, que sostenía en las temblorosas manos. Paradójicamente, su voz era serena. Mucho más que la llama de la vela que ardía a medio metro, la única luz en lo que parecía un calabozo sin ventanas.

Una hora antes, cuando el tipo al que no se le veía la cara la despertó zarandeándole el hombro, todavía gritaba; después, cuando reparó en la cuerda gruesa como una amarra con que la habían atado al poste, lloró a lágrima viva. Ahora la palabra que la definía era «aturdida», o no, mejor dicho «anestesiada», como cuando fue al dentista el año anterior y le pusieron una inyección, solo que ahora el entumecimiento no lo sentía únicamente en la mejilla, sino en casi todo el cuerpo.

Tragó saliva. Estaba a punto de hacerse pis encima. Notaba la vejiga llena, como siempre que tenía miedo. «No, muchísimo peor, la noto a punto de reventar». Porque ese miedo le era desconocido, y le vino a la cabeza la palabra *shock*. Había sacado un sobresaliente en el trabajo que había expuesto sobre ese tema. Le costaba mucho respirar. Intentó hacer lo que le había enseñado el señor Steiner en clase de gimnasia cuando tenía flato, «veintiuno, veintidós, veintitrés... y coger aire otra vez...», pero la puñeta esa de contar no había servido de nada cuando iban por el bosque, y ahora menos, allí, en esa, en esa... ¿cabaña?

No sabía dónde estaba, la luz que arrojaba la vela a sus pies solo daba para ver que el piso era de tablones irregulares. Y que su secuestrador tenía hojarasca mojada adherida a la suela de sus pesadas botas militares.

El desconocido, que se hallaba a apenas un metro de distancia, llevaba una sudadera negra con capucha y se cubría la cara con un pañuelo también negro que le llegaba hasta los ojos. «El burka del motero», recordó, como había dicho Steffen, su mejor amigo y vecino de pupitre, una gracia que no entendió hasta que se la explicó su padre.

El hombre, que no paraba de cambiar el peso del cuerpo de un pie al otro, hizo un gesto impaciente con el arma. Jola obedeció y continuó leyendo:

—Fuera, a la derecha, hay una bolsa de plástico. Cógela.

Se pasó el antebrazo por la frente. Jola temía que la herida que tenía sobre el ojo derecho se hubiera vuelto a abrir, allí donde, cuando el coche dio la vuelta de campana, ella se golpeó la frente contra el asa. Pero no, solo era sudor.

«Debería tener frío», pensó. Veía su propio aliento, y tenía puesta la ropa que llevaba en casa, que no abrigaba mucho, poco antes de que su padre la mandara abajo con Dennis y luego la metiera en el coche: unos vaqueros negros, una sudadera verde y unas deportivas a las que había dado mucho trote. Sin la parka, que naturalmente no le hacía falta para ir a buscar a *Tripps*.

«¡Mierda!».

Precisamente acordarse del gato hizo que se le volvieran a saltar las lágrimas. No hacía mucho lo tenía en el regazo y lo acariciaba mientras esperaba a su padre en casa de Dennis, sentada en el sofá viendo la tele, y ahora tenía mucho miedo de no volver a ver a sus padres ni a su gato.

Jola se rascó la garganta, en la que se le había formado un nudo del tamaño de una pelota de tenis.

Se paró a pensar cómo mandarle un mensaje encubierto a su padre para que supiera dónde estaba y cómo encontrarla.

En las películas todo era siempre fácil. Cuando su padre y su madre acudieron a una fiesta que daba el casero en el piso de arriba, ella se fue al salón. En la película policiaca que vio a escondidas, una chica a la que habían metido en el maletero de un coche contaba las curvas que tomaba su secuestrador. Después oyó a lo lejos el traqueteo de un tren, pero Jola no podía contar con semejante información: había hecho todo el trayecto hasta ese sitio completamente dormida. Alguna mierda, que probablemente también fuese la causa del zumbido en los oídos y la sequedad en la boca, le seguía embotando parte del cerebro.

Una sensación familiar. Ya había despertado con ella hacía dos meses, cuando esperaba a su padre en el aparcamiento del hospital Westend.

Ahora no sabía ni dónde se encontraba ni cómo había llegado hasta allí, y tampoco por qué el tipo sin rostro la había raptado. Y en su encierro tampoco había nada fuera de lo normal que llamara la atención, aparte del olor a madera mojada, el suelo tosco, que parecía podrido, y el barro que tenía su secuestrador en las perneras del pantalón.

«Y el miedo horroroso que siento».

A un nuevo movimiento del arma, Jola leyó la siguiente orden:

—Te pregunten lo que te pregunten, papá, no contestes. Que nadie se entere de lo que llevas en la oreja bajo el vendaje. De lo contrario me matará.

Jola tenía la misma sensación que hacía medio año en el escenario del salón de actos, cuando tuvo que hacer de Gretel en la función del colegio. Todo lo que estaba viviendo ahora no era más que una obra de teatro, peor aún que su interpretación del cuento de los hermanos Grimm. Aunque eran sus labios los que se movían, las palabras que salían de su boca le eran ajenas. «Estoy representando un papel», trató de convencerse, y ordenó:

—Ahora márchate del hospital. ¡Ya!

Después de dar esa última instrucción, Jola oyó un revuelo de voces, que cesaron cuando la puerta se cerró con un ruido sordo, pero que se oyó perfectamente.

—¿Jola? —oyó jadear a su padre, que al parecer ahora estaba solo y se atrevía a hablar con ella—. ¿Me oyes, cariño? ¿Te encuentras bien?

El hombre sin rostro dio un paso adelante, le arrebató el papel de la mano y le dio una ficha en la que ponía una única frase, que ella leyó en voz alta:

—No digas nada, papá, o me matará.

Apenas la pronunció, el tipo le quitó la ficha y le dio otra que asimismo leyó:

—Te has dado a la fuga. Escóndete donde nadie te pueda encontrar y espera a recibir más instrucciones. Si te pilla la policía...

De pronto Jola apenas tenía aire, como si hubiese ganado a Steffen por primera vez cuando jugaban a ver quién aguantaba más la respiración. Tuvo que hacer una pausa, durante la cual los jadeos de su padre se volvieron más tenues, ya que se entremezclaban con los sonidos de la calle. Creyó oír coches que pasaban, el timbre de una bicicleta, la sirena de una ambulancia.

—... o acudes a ella, me matará en el acto.

El tipo sin rostro también le quitó esa ficha, le dio la vuelta y se la dio de nuevo. Lo que ponía al dorso no tenía ningún sentido para ella.

—Ya voy —protestó cuando el hombre le dio con la pistola. Acto seguido le leyó la última frase a su padre—: Joshua está al tanto de cada uno de tus pasos. ¡Buena suerte!

Su captor asintió satisfecho, dio un paso adelante, se inclinó y apagó la radio.

Frida

«¿Lesbiana?». No.

«¿Bi?». Hummm.

«¿Bi-curiosa?». Por favor, ¿qué significaba eso?

Todavía pensando en el cuestionario de la página de citas de internet que había rellenado el día anterior, Frida Blum abrió con cuidado el maletero de su destartalado monovolumen, y ni siquiera así pudo evitar que dos paquetitos del montón cayeran a la carretera.

«Bi-curiosa...». Por lo visto, en la casilla destinada a «preferencias sexuales» había que poner una cruz en ese ítem si una quería probar con el otro sexo, pero no estaba segura de si era eso lo que le iba. «Visto así, podría ser», pensó Frida mientras cogía los paquetitos. Estaba en la calle Spandauer Damm.

«Podría haber sido peor». No vio ninguna pegatina de «Frágil» ni oyó ningún tintineo u otro ruido sospechoso al agitarlos.

Frida le sacudió un poco el polvo al papel de embalar marrón, los devolvió al maletero y cogió una caja del tamaño de un equipaje de mano de la parte superior del montón.

El conductor de un todoterreno blanco tocó la bocina y le enseñó el dedo corazón al pasar por delante. El cuarto esa mañana que se cabreaba porque estuviese aparcada en doble fila, la única posibilidad de acabar su turno antes de las diez de la noche.

A Frida le sorprendió un tanto que el paquete, a pesar de ser tan grande, pesara tan poco, y miró el nombre del remitente: «OptiKK». Después de libros, zapatos y medicamentos, ahora las gafas eran el último grito en las compras por internet, y Knut Rasmus, Spandauer Damm, 211, edificio exterior, cuarto piso sin ascensor, al parecer había pedido toda la colección de otoño.

Se dirigió a toda prisa hacia la imponente puerta de madera de la casa de cinco plantas.

«Rasmus, Rasmus... ¿dónde coño estás?».

Estupendo.

Media guía telefónica en el portero automático y nadie con el apellido que buscaba... O sí, ahí estaba: en letra pequeña, escrito a bolígrafo apretujado bajo otro inquilino. Frida llamó y, sorprendentemente, le abrieron. En el cincuenta por ciento de los casos el destinatario no estaba en casa, y entonces tenía que convencer a un vecino de que aceptara el envío. CargoToGo solo le pagaba una tarifa global. En la entrevista de trabajo eso era algo que sonaba muy bien: «Trabjará usted por cuenta propia, señora Blum, de manera que se puede organizar como usted quiera, sin

presiones de ninguna clase». Sí, y una mierda, menudos negreros. Trabajar por cuenta propia en ese sector significaba únicamente que no le pagaban la Seguridad Social, que tenía que cruzarse la ciudad a toda pastilla con su propio coche, un montón de chatarra, y que encima acababa teniendo pérdidas si no conseguía entregar el paquete en el primer intento. Ingo, uno de sus compañeros, había calculado ese mes lo que había ganado en su última semana, de noventa horas, y le había salido una media de veinticinco euros al día.

«Con esa carita, tú por lo menos podrás pescar algún ricachón», le había dicho Ingo para animarla si decidía dejar el servicio de mensajería.

«Si tú supieras, Ingo».

Las últimas relaciones de Frida habían sido tan horrorosas que ahora, por pura desesperación, se había inscrito en Dating-Queen, una página para mujeres homosexuales. No porque le gustaran las mujeres, sino porque estaba hasta las mismísimas narices de los hombres. Su penúltimo novio la había grabado a escondidas en la ducha y había subido los vídeos a internet previo pago, y ahora medio mundo había visto que tenía celulitis en el trasero, incluida su exjefa de la agencia de canguros, que a partir de entonces ya no quería enviarla a «hogares formales». Esa humillación, sin embargo, solo ocupaba el puesto número dos de las peores catástrofes en sus relaciones. La palma se la llevaba Jonas, su último exnovio, que hacía dos semanas le había comunicado que la dejaba por Ophelia, que —como acabó saliendo a la luz durante la conversación— era una muñeca de goma hinchable de un metro sesenta y cinco de altura, en su versión de lujo con —y citaba de la descripción del fabricante— «tres orificios practicables».

«Debo de ser yo —pensó, ahora un tanto sin aliento tras subir cuatro pisos a pie—. Todos los que me aseguran que cómo no va a querer nadie a una chica tan atractiva, tan maja, con esos ojos tan grandes y tristes, deben de pasar por alto que soy un demonio».

«¿Energía nuclear? No, gracias», leyó en una pegatina en la puerta del destinatario del paquete, antes de que Knut Rasmus abriera en persona.

«Está muy bien presumir de ecológico, pero luego bien que deja que yo contamine el medio ambiente con gasolina por 2,5 euros la hora porque es demasiado vago para pasarse por la óptica de la esquina».

Y seguro que al día siguiente tendría que volver a pasar por allí, porque de las cincuenta gafas que había pedido ese tipo quería devolver cuarenta y nueve. «Menudo gasto de gasolina y embalaje».

Le pidió que le echara una firma en el albarán y después bajó deprisa y corriendo por la escalera, con la esperanza de que no le hubieran puesto otra multa. Mientras, no pudo por menos de pensar en su amiga Judith, que siempre pedía media docena de vestidos para probárselos.

«Las mujeres tampoco es que seamos mucho mejores».

Quizá no hubiera sido tan buena idea probar suerte en una página de lesbianas,

bisexuales y esas otras, las bi-curiosas. Quizá debiera darle otra oportunidad a los hombres. «A ver, al fin y al cabo solo tengo veintiséis años, puede que ya me haya librado de los peores tíos y los siguientes sean estupendos».

Peor que con Mr. Muñeca de Goma no podía ser, pensaba, cuando de repente vio que alguien intentaba cruzar la calle desde el otro lado.

—Eh, tenga cuidado —advirtió Frida al desorientado hombre, que sin mirar a derecha o a izquierda había estado a punto de ser atropellado por un coche con remolque—. El Westend está al otro lado —le dijo, y maldijo en el acto lo bocazas que era, ya que ahora el tipo venía directo hacia ella.

—Necesito su coche —le informó, y en otro momento Frida se habría llevado un dedo a la sien para dar a entender al espigado hombre que estaba como una cabra, pero se había quedado de piedra del susto.

«Y yo que hace un momento me decía que no podía ser peor», pensó mientras se quedaba inmóvil, junto al coche, de la impresión.

—¡Tendrá que conducir usted! —exclamó el tipo, y a ella ya no le cupo duda: pues sí, había tíos aún peores que su ex.

Por ejemplo, uno con la cabeza vendada y pinta de aturdido, que había escapado del hospital descalzo y en pijama, llevaba una bolsa de plástico en la mano y pretendía secuestrarla a plena luz del día con una granada de mano.

Max

Habría preferido conducir yo, pero el dolor desgarrador que tenía en la cabeza me hacía verlo todo borroso, como si estuviese viendo una película en 3D sin las correspondientes gafas. Además, tenía la sensación de que me desmayaría de un momento a otro, cosa que no me permitía ponerme al volante. Y no quería dejar testigos que pudiesen dar a la policía una descripción del vehículo, incluida la matrícula.

—Súbase o activo la granada —ordené, por tanto, a aquella joven de cabello caoba y pinta de deportista, que estaba como petrificada junto a su sucia tartana y no se movía ni un milímetro.

«Te has dado a la fuga. Escóndete donde nadie te pueda encontrar».

La orden era tan cruel como absurda, pero no había la menor duda de que quienquiera que tuviese en su poder a mi hija iba en serio, y no me dejaba tiempo para hacer preguntas tipo *Barrio Sésamo*: «¿Por qué, por qué, por qué? ¡Quien formule esas preguntas matará a Jola!».

—¡¡Súbase al coche!! —insistí, y la chica por fin salió de su azoramiento. Sacó la llave del bolsillo de su gastada cazadora de cuero, que a punto estuvo de dejar caer, y finalmente logró abrir la puerta. Esperé a que se hubiera puesto al volante y me senté detrás de ella, para lo cual primero tuve que tirar a la calle algunos paquetes.

«Maldita sea, ¿a quién he secuestrado? ¿A una cartera?».

Vi a un transeúnte en la acera, pero ni siquiera nos miró, al igual que los ocupantes del coche que pasó por delante. Anonimato: la gran ventaja que proporcionaba Berlín. Posiblemente hubiese podido tirar una nevera a la calzada y solo me habrían pitado.

—¿Quieres los paquetes? —quiso saber la mujer, tensa. Parecía más enfadada que asustada—. En el de arriba hay un reproductor de Blu-ray, quédatelo. —Por el retrovisor vi que una arruga le surcaba la ancha frente. Estaba cabreada.

—No tengas miedo, no te voy a hacer nada —le aseguré—. Tú solo sácame de aquí. Rápido.

—Joder.

Con un chirriar espantoso, la mujer metió primera y el coche pegó una sacudida.

—¿Adónde vamos? —inquirió mientras se incorporaba al tráfico. Clavé la vista en la granada, acariciando con el pulgar la carcasa verde, similar al caparazón de una tortuga, y me encogí de hombros—. Mira, tío, ahí delante hay una parada de taxis. —Señaló el cruce al que nos aproximábamos—. ¿Por qué no coges uno y que te lleve él? No puedo perder este empleo, en serio.

—Lo sé, *sorry*, lo siento —respondí. «Pero un taxi tiene una radio con la que se puede pedir ayuda... ¡¡Una radio!!», pensé—. ¿Te comunicas con una central?

La joven, de unos veinticinco años, volvió la cabeza desconcertada:

—Pero ¿qué central ni qué cuerno, tío? ¿Se parece mi coche a una puñetera furgoneta de DHL?

«No. Más bien a un montón de chatarra con ruedas». Los asientos estaban descoloridos, con las costuras abiertas, a mi puerta le faltaba la manivela de la ventanilla y los cables debajo del volante asomaban medio sueltos.

Le ordené que me diera su móvil, que estaba en la bandeja detrás del cambio de marchas, cargando, y lo apagué antes de meterlo con las demás cosas en la bolsa.

—Date prisa, vamos.

—Ya, ya, pero ¿adónde? —repitió mientras dejábamos atrás el cruce en dirección al palacio de Charlottenburg.

—No tengo ni idea —admití. Entonces vi una señal que indicaba que la autopista se hallaba a la derecha—. Por ahí, a la Avus —decidí. Los fugitivos de mis novelas siempre abandonaban la ciudad, razón por la cual, y puesto que no tenía un plan mejor, podía ir perfectamente a Potsdam, Leipzig o incluso más lejos.

Me llevé las manos a la frente y me quité una grapa metálica y después el vendaje entero. Acto seguido me saqué de la oreja el minúsculo tapón responsable de que escuchase la voz de Jola, que ahora había enmudecido. Al parecer habían cortado la comunicación en el otro extremo. No tenía ni idea de cómo había conseguido colocármelo el secuestrador, pero sí sabía que un auricular inalámbrico necesita un aparato receptor externo. El dispositivo debía de ser auricular y micrófono en uno. No daba la impresión de que ese pinganillo en miniatura, de un plateado brillante, se pudiera comprar en cualquier tienda de telefonía móvil.

Justo cuando volví a colocármelo en la oreja por si Jola volvía a hablarme, la chica me preguntó cómo me llamaba.

—Max —respondí, en honor a la verdad. De todas formas lo sabría en cuanto la soltara. La prensa no tardaría en dar el nombre del escritor chiflado que se había fugado de un hospital con una granada de mano. Ella asintió.

—Vale, yo me llamo Frida. Escucha, Max: no tengo hijos, ni siquiera mascota, así que no puedo contarte una historia conmovedora y lacrimógena para que te busques a otro para este numerito de psicópata. Y normalmente tampoco soy tan corajuda como quizá parezca. En realidad soy una cagona, pero también estoy que muerdo y hasta las narices de tíos que me complican la vida. Además, tengo la sensación de que te has equivocado de película y te gustaría reparar este error. Así que, ¿por qué no bajo por la Kaiserdamm, te dejo en la estación de autobuses y nos olvidamos de esta estupidez?

De no haber sido tan trágica la situación, me habría entrado la risa. Me había topado con una persona con carisma, que valdría la pena incluir en uno de mis libros y que desempeñaba el papel principal en un *thriller* de la vida real, que, titulado *Mi*

vida, era mucho más dramático que todo cuanto había escrito antes. Sacudí la cabeza con vehemencia, provocándome nuevas punzadas de dolor.

—Lo siento. Me obligan a hacer esto —alegué.

—¿Quién? ¿Una voz que escuchas en tu cabeza?

«Casi», pensé, y me llevé la mano al auricular de la oreja.

—Y ¿qué te dice? —quiso saber Frida. Iba a ochenta kilómetros por hora por el carril de la derecha y seguía mi indicación de entrar en la Avus al llegar al Internationales Congress Centrum.

La escudriñé como pude desde el asiento trasero: no iba maquillada, no llevaba pintadas las uñas de sus dedos largos, de pianista, ni rastro de carmín en los carnosos y bonitos labios, y su única joya era el sólido reloj masculino que lucía en la muñeca derecha.

En un artículo la habría descrito como chica *After Eight*: por fuera una capa de chocolate agradable pero ligeramente amargo; por dentro un relleno de menta deportivamente refrescante, aunque no del gusto de todo el mundo.

—¿Es que no me vas a decir al menos cuál es tu plan? —preguntó Frida. Pasamos por delante del monumento más horroroso de Berlín: las gradas del circuito automovilístico de Avus: en ruinas, un símbolo que reflejaba el estado mental en que me encontraba.

—Sí —contesté, si bien no añadí más.

Quería hablar, confiarme a ella. Aunque solo fuera para impedir que cometiera alguna insensatez o tuviera una reacción irracional, dejarle claro que no le haría nada, en ninguna circunstancia. Pero ¿podía?

Las manos, que sostenían la granada, me empezaron a sudar.

Por un lado, me habían prohibido hablar con la policía, pero no con un civil. Por otro lado, ¿cómo iba a confiar en una desconocida? Ya puestos, tendría que haberme sincerado con Toffi o Kim. Claro que ellos informarían de inmediato a la policía. «No, Toffi tiene la obligación de guardar el secreto profesional», pero posiblemente en ese momento lo estuviesen interrogando. Pese a todo, ¿y si lo llamaba?

La cabeza me iba a mil por hora.

«¡No! —No podía llamarlo—. No recuerdo su número. —Lo tenía en el móvil—. Y el móvil estaba en...».

Revolví en la bolsa de plástico, que llevaba entre las piernas, y saqué la ropa que contenía: una camisa, unos pantalones, una sudadera, unos calcetines, unos zapatos, unos bóxers. Nada salvo ropa. Ni mi reloj, ni mi cartera ni mi teléfono.

—¿Quieres que pare para que puedas cambiarte? —ofreció Frida, que probablemente pretendía tranquilizarme. Metí en la bolsa los vaqueros y, al hacerlo, del bolsillo trasero me cayeron en el regazo unos papeles.

«¿Qué demonios...?». Tardé un momento en darme cuenta de lo que era, y un poco más en acordarme de cómo habían llegado a mi bolsillo esas hojas de mi primera novela.

«El colegio del horror, claro».

El día anterior por la tarde Cosmo me las había dado para que leyera sus observaciones.

Miré el reloj del salpicadero y le pregunté a Frida si funcionaba bien.

—Sí. Son casi las diez. Es miércoles trece de octubre y estamos en Berlín, Alemania —informó, deliberadamente despacio, como si hablara con un tarado.

«Casi las diez».

Por Dios, la visita de Protección al Menor, la huida, el accidente... ¿de verdad solo habían pasado unas horas desde que Cosmo se plantara delante del coche?

«¡Cosmo!».

La idea me asaltó como un gato de garras afiladas.

«Esta semana puedo salir todos los días de doce a seis», oí la voz de mi hermano como un eco del pasado.

Lo que se me acababa de ocurrir era una locura, pero ¿acaso no era eso mismo lo que me estaba pasando? Y ¿quién si no Cosmo tenía tanta práctica en borrar sus huellas cuando escapaba de la policía?

—¿Podríamos llegar a Brandeburgo en dos horas?

—¿A Brandeburgo? Y ¿se puede saber qué hay ahí? —repuso mi rehén con un leve tono de resignación.

Preferí no darle la respuesta: «Un hospital psiquiátrico. Y mi hermano pederasta, que ahora puede salir a diario a partir de las doce».

James

Unos segundos más y la niña con la trenza a lo Rapunzel estaría fuera de su vista. O habría muerto aplastada contra el suelo.

James sintió que el húmedo aire otoñal le acariciaba la cara sin afeitar y deseó que tuviera la fuerza suficiente para llevarse consigo las terribles imágenes que tenía en su cabeza: heridas abiertas y extremidades rotas; huesos sanguinolentos que asomaban por la carne desgarrada.

Naturalmente, James sabía que exageraba, como siempre. Que en su vida había visto demasiado horror demasiadas veces y que por eso la imaginación se le disparaba hasta en las situaciones cotidianas más inofensivas. Él siempre se ponía en lo peor.

«En una crisma partida, por ejemplo, o al menos con una parálisis».

—Ojalá tuviera unas esposas —dijo una joven madre que se hallaba a su lado, a dos pasos, como para confirmar sus sombríos pensamientos. Llevaba un carrito nuevecito, donde dormía un niño muy arropado, con un gorrito verde y mantas marrones.

James miró de reojo a la madre y no estuvo seguro de si la mujer, que tendría unos treinta años, estaba embarazada de nuevo o aún tenía que quitarse de encima los kilos del último embarazo.

—¿Unas esposas? —repitió.

La mujer, que probablemente reparó en su acento, sonrió a modo de disculpa y dijo en inglés:

—Lo siento, quería decir que me da miedo dejar que mi hijo se suba ahí solo.

Señaló la parte superior de la torreta de madera con trepa, la principal atracción del parque infantil de la Leichhardtstrasse, en Dahlem. A Joy solo le faltaban dos peldaños para llegar a la plataforma.

—A mí también —admitió James entre risas mientras miraba a su hija, de tres años y medio—. Y mucho. Pero comparado con Joy, el ISIS es una tropa de *boy scouts*. Cuando a esa pequeña terrorista se le mete algo en la cabeza no hay quien la pare.

James estaba justo debajo de ella, con los brazos levantados, no fuera a ser que resbalara en el último peldaño con sus botas de agua color lila.

—Me llamo Toni —se presentó James—. Somos de Nueva York —siguió mintiendo, sin perder de vista a Joy—. *Sorry*, siento no poder darle la mano en este momento. —«En la que no hay alianza, como sin duda te habrás dado cuenta».

—No importa. Yo soy... Maaarkus, por el amor de Dios, deja eso.

—¿Markus? Siempre pensé que era nombre de chico —bromeó James.

La mujer se rio exageradamente de la ínfima gracia, la vista fija en un grupo de niños que se hallaba en el otro extremo del parque.

—*Sorry*, lo siento, pero mi quebradero de cabeza mayor estaba a punto de empujar a una niña en el columpio. Soy Mandy. Mandy Surm.

—Bonito nombre.

—Gracias. ¿Viene por aquí a menudo?

Su intento de flirteo, un tanto torpe, se vio interrumpido por una llamada al móvil de James, que se encogió de hombros como diciendo: *sorry*, por desgracia es importante, algo que siempre sacaba de quicio a su primera mujer, y cogió el teléfono en cuanto Joy llegó a la plataforma y desapareció de su vista a cuatro patas, riendo de alegría.

—¿Y bien?

Rodeó la torreta, donde había un tobogán de aluminio con la parte inferior cubierta de hojarasca otoñal y arena.

—No podría ir mejor —respondió Vigo, la mano derecha de James en la empresa—. Ha raptado un coche y su conductora.

James silbó en señal de aprobación y le indicó a Joy que bajara, pero la niña se aferraba a la parte alta del tobogán y, después de haber trepado tan resueltamente, de pronto no se atrevía a bajar.

«Venga», le dijo en silencio, para que la pequeña le leyera los labios, y a Vigo:

—¿Ha tomado un rehén?

—Pues sí.

—Estupendo. Genial —dijo James tanto por teléfono como a su hija, que había vencido el miedo y se deslizaba a toda velocidad.

—El enfermero le colocó el dispositivo debajo del vendaje y dejó en la mesilla lo que queríamos. Podemos localizarlo en todo momento por el receptor, pero ni siquiera es necesario.

En efecto: gracias a Joshua estaban al tanto de los planes de Max; mucho antes incluso que él mismo.

—Por fin Max Rhode hace de una vez lo que tiene que hacer —repuso James. Siempre le hacía gracia cuando en las películas los gánsteres hablaban con metáforas, con un código secreto, por si la policía pinchaba los teléfonos. Bueno, no eran muchos los se podían permitir tener un satélite propio, como su organización. Pero probablemente no estuviera de más contar con un sistema de cifrado inteligente.

—Exacto. Todo va como Joshua predijo —oyó decir a Vigo. James miró alrededor para ver si alguien podía escucharlo y vio que Mandy avanzaba por la arena con el carrito hacia él.

—En ese caso por fin hemos logrado nuestro objetivo —afirmó, bajando un poco la voz, y le acarició el pelo a su hija en señal de reconocimiento.

—Casi. Jola sigue con vida.

—Maldita sea, ¿por qué? —Le señaló a Joy los columpios, en la entrada del parque, pues acababa de quedarse uno libre, y le dio una palmadita en el trasero cuando la niña echó a andar hacía allá encantada—. ¿Se puede saber a qué espera B.V.? —le preguntó a Vigo.

B.V. era Bigvoice. Lo cierto es que a James no le gustaba nada que sus hombres se pusieran apodos; eran australianos, no mafiosos italianos, pero ese nombre le iba como anillo al dedo al asesino a sueldo: Bigvoice era mudo de nacimiento.

—Está esperando a que le demos la orden.

—Bueno, pues considérala dada.

Se volvió risueño, seguro de que vería a Mandy detrás, y así fue. El niño dormía en el carrito, y ella se tiraba con nerviosismo de la bocamanga del abrigo. Era evidente que esperaba a que terminase de hablar para decirle algo.

—Espera un momento, no cuelgues. —Se apartó el móvil de la oreja.

—Lo siento, Toni, no pretendo molestarlo —sonrió Mandy, un tanto cohibida. No iba maquillada y sin duda su pelo castaño claro, que le llegaba por los hombros, llevaba meses sin ver a un peluquero, pero no era fea del todo. Más bien parecía hecha polvo. Los últimos nueve meses le habían quitado algo más que el sueño.

—No pasa nada. —James le sonrió y después sonrió al dormilón del cochecito.

—Normalmente no... no soy tan —empezó a balbucir—, pero... —se aclaró la garganta— pensaba que si vive cerca de aquí podríamos volver a vernos. ¿Qué le parece? —se atrevió finalmente a preguntar, confirmando una vez más el cliché de que los parques infantiles son páginas de citas para padres solteros. En este sentido Berlín no era distinto de Sídney, la ciudad natal de James, que se encogió de hombros con pesar.

—Lo siento, Mandy, pero acabo de enterarme de que lo que vine a hacer aquí ha terminado.

—Oh... —Su rostro se ensombreció.

—Pero ¿sabe qué? —se apresuró a añadir él, ahora de nuevo en alemán, en los labios una leve sonrisa seductora.

—¿Qué? —Mandy lo miró esperanzada.

—¿Por qué no se compra una cinta de correr o una máquina de remo? Con veinte kilos menos no le haría falta suplicar a un desconocido que quede con usted.

Y acto seguido volvió a acercarse el teléfono a la oreja y dejó a Mandy con la boca abierta junto al tobogán.

—¿Dónde nos habíamos quedado? —preguntó mientras iba hacia los columpios y le hacía una señal a Joy de que era hora de volver a casa, a su apartamento de la Clayallee, que habían alquilado para lo que durara el trabajo y ahora, después de casi tres meses, por fin podrían dejar para siempre—. Ah, sí, Jola —afirmó, como si durante un momento se le hubiera olvidado que había que matar a la pequeña—. Ocupate tú, Vigo. Y llámame cuando B.V. se la haya cargado.

Jola

«SNAFU», pensó Jola, cuyas ideas, atenazadas por el miedo, iban por extraños derroteros. En lo que debía pensar en realidad era en cómo escapar de allí, en una posible huida en la que utilizara sus conocimientos de kárate, pero no lograba concentrarse. Si ahora se planteaba expulsar todo el aire de los pulmones para ver si así lograba escurrirse por debajo de la cuerda que la sujetaba por el vientre al poste (cosa que, naturalmente, no consiguió), un segundo después la asaltaba otra idea, como un fantasma en el pasaje del terror; por ejemplo, acordarse de la camiseta de su profesor de natación, que llevaba siempre el día después de haber perdido un campeonato y en la que ponía esta extraña palabra: SNAFU.

Durante mucho tiempo pensó que se trataba de una marca, como Adidas, Puma o Nike. Le gustaba, le recordaba por el sonido a Fújur, el dragón de la suerte de *La historia interminable*. Después su padre la sacó de su ingenuidad cuando una vez, después de terminar la clase de natación, le explicó que lo que ponía en la camiseta probablemente no fuese para todos los públicos: *Situation. Normal. All. Fucked. Up*.

Al parecer, un mensaje que transmitían por radio los soldados de una guerra del pasado, en algún lugar de Asia; Vietnam, si mal no recordaba. Su inglés de primaria le bastaba para saber que su padre suavizó un tanto la traducción de las palabras: «La situación es normal, o sea, mala, como siempre».

En efecto.

«Escucha, profe, hoy no es mi día: ¿me prestas la camiseta?».

Jola soltó una risotada estridente y, asustándose ella misma del sonido, se tapó la boca y se mordió la lengua; los dientes le castañeteaban, y eso que todavía no tenía frío.

«Es solo por el cabreo...», pensó, y quiso volver a reírse, porque en realidad quería decir calor y no cabreo... un momento, no, la verdad es que no quería decir nada. Tampoco el secuestrador, cuya voz no había oído hasta el momento. Ya ni siquiera su respiración, desde que había apagado la radio, se la había guardado y había cogido todos los papeles y las fichas. Estaba claro que ya no quería que le leyera nada a su padre.

«Quizás esté esperando a que dé yo el primer paso».

Jola no aguantaba más ese silencio.

—Eh, tengo sed —dijo en la oscura habitación, aunque no era así. Hacía dos semanas había leído un libro en el que unos cuatreritos secuestraban a la mimada Lucinda en una caballeriza y, con sus continuas preguntas y lloriqueos, la chica había estado a punto de volver locos a los malvados. Sin embargo, Jola dudaba que fuera

tan fácil hacer claudicar a su secuestrador. A diferencia de aquellos cuatrerros, ese hombre no parecía ni mucho menos tan estúpido, y además iba armado, aunque en ese momento ella no supiera si seguía apuntándola con la pistola.

Ni siquiera sabía si el sin rostro seguía allí. No había oído ningún abrir o cerrar de puertas después de que él saliera del haz de la vela. «Y si hubiera abierto sin hacer ruido, habría entrado luz de fuera, ¿no?». Se hallara donde se hallase ese «fuera».

Un sonido hendió la oscuridad. Jola dio un gritito, se llevó la mano a la boca y oyó un suspiro. Una, dos veces. A intervalos regulares, como una intimidadora señal horaria; a la tercera vez, Jola tuvo claro que lo que había sonado era el teléfono del sin rostro. El hombre era mudo, y con sus suspiros confirmaba o desmentía las palabras de su interlocutor.

«Conque sigue aquí. Y muy cerca de mí».

Jola se estremeció.

La unilateral conversación (Jola percibía un murmullo en el otro lado) no duró más de un minuto. «Qué va, posiblemente ni siquiera veinte segundos. Demasiado corta».

Oyó un pitido electrónico cuando su secuestrador colgó, y después su silueta fue cobrando forma poco a poco, a medida que abandonaba la oscuridad. Y en ese mismo instante Jola deseó que volviera la nada negra que había estado mirando hasta ese momento.

—Por favor —suplicó—, deje que me vaya.

El hombre tenía la pistola metida en el cinturón. Necesitaba las manos libres para escribir algo en una ficha que a continuación le dio.

Jola se la tiró de un manotazo.

Él suspiró, como hiciera antes por teléfono, se inclinó, cogió la ficha y se la volvió a ofrecer. Esta vez sosteniendo el arma con la mano izquierda.

—Anda, ¿no es la de mi padre? —espetó Jola, ahora que el hombre estaba tan cerca de ella. La pistola con que la apuntaba el sin rostro le resultaba familiar: un cañón negro con acanaladuras plateadas.

«No, esta es más pequeña».

Su padre le tenía prohibido entrar en su despacho, pero ella sabía dónde guardaba la otra llave su madre, para al menos poder ventilar con regularidad un poco, ya que no la dejaba limpiar. Ella había cogido a menudo la pesada arma con la empuñadura de nácar, siempre que realizaba sus incursiones prohibidas en el reino de su padre. Y ahora el sin rostro le quitaba el seguro, en la parte superior de la empuñadura, algo que ella jamás se había atrevido a hacer con la de su padre.

Cogió la ficha, la acercó a la vela, sosteniéndola de lado, y leyó lo que había escrito el tipo. Dos palabras.

—«¿Lo siente?» —leyó ella en voz alta. Las manos le empezaron a temblar—. ¿Qué significa esto?

«¡¡Lo siento!!».

Con dos signos de exclamación, algo por lo que la gorda Fischer, que le daba alemán, seguro que se habría puesto hecha una furia.

«O uno o ninguno».

—¿Qué siente? —quiso saber Jola con un hilo de voz. Por mucho que lo intentaba, no era capaz de contener el miedo. Y ¿por qué iba a hacerlo?

Obedeciendo a un impulso, le dio la vuelta a la ficha y deseó no haberlo hecho. «Nunca he matado a un niño», ponía al dorso, garabateado, como si el mudo fuese asimismo un niño.

«¡No!», quiso gritar, pero solo le salió un murmullo áspero, y de pronto tenía la boca reseca. Cuando uno siente pánico la garganta se seca, recordó haber leído en una noticia en internet sobre el pequeño Rufus, al que su secuestrador llevó al bosque y que hizo todo lo que pudo para seguir con vida. Le ofreció dinero entre sollozos al alcoholico retrasado si lo dejaba volver a casa, con sus padres. Se metió en el bolsillo del pantalón la manita, manchada de mocos que se había limpiado, y le ofreció sesenta y cinco céntimos, todo lo que llevaba encima. Una fortuna para el pequeño de cuatro años. Demasiado poco para su asesino.

«Pero así y todo mucho más de lo que tengo yo ahora —pensó Jola, y con creciente desesperación se palpó los bolsillos de los pantalones ante la severa mirada del sin rostro—: una goma del pelo, una ficha para el carrito de la compra, un cartucho de tinta y...», se detuvo cuando sus dedos notaron la piedra, abombada por delante: un cuarzo con inclusión.

«Ah, muy bien, y ¿qué quieres hacer con eso?».

La breve alegría que le produjo el hallazgo no tardó en esfumarse cuando tuvo claro que el secuestrador no le habría dejado nada que pudiera utilizar como arma. La piedra transparente con las irregularidades negras era bonita, pero mucho más pequeña que el feldespato alcalino que le había tirado a la cabeza a la mema de Jasper. Aunque le clavara el canto afilado en el ojo, no lo detendría.

«Además, tampoco podría cogerla».

Era como en el coche: cuando uno está sentado, tiene que levantar el trasero si quiere sacar algo del bolsillo delantero, y en la posición en que se encontraba le era imposible levantar el trasero.

—No, por favor —suplicó, lo único que podía hacer. Ahora el hombre le apuntaba directamente al corazón.

Jola cerró los ojos, tenía ganas de llorar, pero por algún motivo no pudo. Las absurdas ideas que le pasaban por la cabeza —«SNAFU, caballeriza, Rufus, uno o ninguno»— se lo impedían.

«Puede que con este caos de ideas no se pueda llorar, igual que no se puede estornudar con los ojos abiertos».

—Por favor, no... —Ella no quería morir. No allí. No en ese momento.

Se acordó de su madre el día que cumplió treinta y tres años. «Veintitrés velas más que en mi tarta». Después recordó a su padre, y por último le volvió a la

memoria la pistola que tenía en la mesa del despacho, tan parecida a la que ahora blandían delante de ella, y...

Contuvo la respiración y se concentró en todo lo que oía alrededor: el murmullo que percibía, parecido al del aire; el crujido de la madera del suelo, que de repente ya no se oía, como tampoco los suspiros. ¡El hombre ya no estaba allí!

Jola abrió los ojos y notó diversas sensaciones en rápida sucesión: perplejidad, esperanza, alivio.

El hombre había desaparecido. El lugar seguía a oscuras, así que podría haber vuelto a las sombras de la habitación, pero ¿por qué iba a disparar desde la oscuridad y desde una distancia mayor?

«No, si de verdad me quisiera matar, ya lo habría hecho —se dijo Jola para infundirse valor—. Esto no ha sido más que una artimaña, un susto. Sí, eso. Alguien quiere meterme miedo».

—¿Steffen? —llamó, el único nombre que se le ocurrió. ¿Sería para vengarse por haberle respondido «Ni de coña» a su «¿Quieres salir conmigo?»?

Nada. Pero daba lo mismo. Jola rio.

Seguía atada y sin saber dónde estaba ni por qué la habían secuestrado. Pero sí sabía que estaba viva. En contra de lo que ponía en la ficha. Su alivio dio paso a una súbita alegría, mucho mayor que la que sentía tras ganar un combate de kárate.

—¡Estoy viva! —exclamó. Primero para sí, después con júbilo y regocijo.

«Gracias a Dios, estoy viva».

Cerró los ojos, dirigió una oración muda, propia, a un Dios en el que hasta entonces ni siquiera creía, y maldijo a Steffen, al que atizaría en la cabeza con el feldespató alcalino en cuanto se dejara ver.

Solo entonces se percató del leve crujir, y después del humo que subía por los tablones de madera.

Max

Con los años Cosmo había encogido bastante. Si antes con su porte erguido habría podido eclipsar a una bailarina de ballet, ahora caminaba encorvado, con los hombros caídos, como si un viento gélido le diera en la cara, y eso que ya ni siquiera lloviznaba. Unas nubes grises se cernían sobre el hospital psiquiátrico de la ciudad de Brandeburgo, un complejo de edificios de ladrillo marrón rojizo en una amplia zona ajardinada, ante cuyo acceso este aparcamos a una distancia prudencial, en la acera de enfrente, bajo dos imponentes árboles de la avenida.

—¡¡Cooooosmo!! —grité por la ventanilla abierta, hendiendo el fragante aire otoñal que entraba en el coche, y le hice señas con la mano, pero él, que en ese instante estaba franqueando la barrera del hospital, solo miró hacia nosotros cuando le pedí a Frida que tocara la bocina—. No tengas miedo, pronto habrá acabado todo. —Y le prometí por tercera vez que la soltaría en cuanto me reuniera con mi hermano. Y al igual que las veces anteriores, ella contestó a mi promesa con una caída de ojos que quería decir: claro, y yo voy y me lo creo, que, sin embargo; fue más soportable que la mirada que me había dirigido cuando decidí contarle la verdad.

—La Oficina de Protección al Menor quería quitarte a tu hija, tuviste un accidente y cuando despertaste en el Westend oíste que tu hija te hablaba y te ordenaba escapar del hospital con una granada de mano, ¿es eso, no?

Su mirada lo decía todo. Tal como resumió la situación, yo respondía al prototipo del trastornado. Ni siquiera el dispositivo que llevaba en la oreja le bastaría de prueba, ya que a fin de cuentas me lo podía haber colocado yo mismo.

Dado que había escrito a menudo sobre los problemas de los enfermos mentales, sabía perfectamente que la mayoría de pacientes mentía sobre su estado. Como yo en ese momento.

—Sí —aseguré—, algo así.

Y omití la parte de la casa donde se refugiaban los adictos al *crack* de Moabit, donde al parecer me encontraron. Había sido a mitad de trayecto, a la altura del área de servicio de Michendorf. El resto del camino lo hicimos en silencio.

—Juro que te resarciré de los daños —afirmé ahora, tampoco por primera vez, y señalé a Cosmo, que en ese momento cruzaba la calle cojeando ligeramente—. En cuanto él suba al coche podrá marcharse usted.

—¿Subirse? ¿Marcharme? —Frida se volvió hacia mí—. ¿Me estás diciendo que encima me vas a robar el coche?

—Todavía no lo sé —repuse, porque era verdad. Por eso precisamente había ido a buscar a mi hermano, porque no tenía ni idea de qué hacer.

Desde que escuché la voz de Jola y supe que mi hija corría un gran peligro, mi cerebro había dejado de funcionar a pleno rendimiento, razón por la cual no se me había ocurrido nada mejor que ir al psiquiátrico de Brandeburgo en aquel coche; espachurrado entre paquetes voluminosos en el asiento trasero, con una granada en el regazo. Por lo menos durante el trayecto había sido capaz de ponerme la ropa que había en la bolsa de plástico, por eso ahora, que ya no llevaba la cabeza vendada y en lugar del pijama me había puesto unos vaqueros, unas zapatillas y una sudadera con capucha, ya no parecía un paciente chalado, sino que solo me comportaba como tal.

—Eh, Cosmo —lo llamé, sin bajarme del coche. Mi hermano se acercó a la ventanilla y se agachó.

—¿Max? —Era como si no creyera lo que estaba viendo. Su sonrisa era tan insegura como cuando nuestro padre lo elogiaba, lo cual sucedía tan poco que él siempre pensaba que quería burlarse de él, incluso cuando, excepcionalmente, iba en serio—. ¿Qué coño haces aquí? —fue lo siguiente que preguntó. Sus ojos se movían inquietos a un lado y otro, mirándome ya a mí, ya a Frida, ya al coche con su contenido. A continuación formuló otra pregunta que en principio no entendí—: ¿Has venido por lo que te dije del libro?

—Eh... no, no... la verdad es que no —respondí cuando recordé las páginas que me dieron la idea de ir a buscarlo—. Necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda? —repetió, señalándose con el pulgar.

—Sí. Se han llevado a Jola. La han secuestrado, y a mí me están chantajeando.

—¿Que la han secuestrado? ¿Quién?

No sabía por dónde empezar, así que probé con una pregunta:

—Ayer fuiste a mi casa, ¿no?

Cosmo no contestó enseguida, y temí que meneara la cabeza, como había hecho Toffi cuando le conté lo del accidente con Jola, del que al parecer no había testigos ni vehículo siniestrado.

—Fuiste, ¿no?

—Sí, claro —respondió por fin, para mi alivio. Se masajeó la nuca, se apartó del coche y miró el asiento trasero—. Pero ¿qué tiene esto que ver con Jola? Y ¿quién es esta señorita tan enfadada? —Cosmo sonrió mirando a Frida.

Ella entornó los ojos.

—Su hermano tiene una granada de mano.

Cosmo rio.

—Sí, claro. Y yo tengo una cita con Scarlett Johansson.

Su sonrisa volvió a ser la de un adolescente inseguro cuando confirmé las palabras de Frida:

—Es verdad, Cosmo. —Se la enseñé.

—Qué demonios... —Me miró con cara de perplejidad, pero no retrocedió.

—Sube y te lo cuento.

Cosmo echó un vistazo alrededor, como alguien que teme ser observado. Un

furgón gris con los cristales tintados y las luces encendidas pasó junto a nosotros y se dirigió al aparcamiento, en el ala norte del hospital. Cuando las luces traseras desaparecieron al doblar la esquina, Cosmo levantó las manos y dijo:

—Escucha, yo no quiero líos, Max.

—Lo sé, pero... —Busqué un argumento que lo hiciera montarse en el coche, pero no se me ocurrió nada por lo que debiera jugarse lo que había logrado con la terapia para ayudar a su hermano pequeño, que a lo largo de los años anteriores no había desaprovechado ninguna oportunidad de dejarle claro cuánto lo despreciaba.

De repente me miró con recelo.

—¿Me prometes que leerás mis observaciones si subo al coche?

Dada la situación, difícilmente le habría negado nada, así que asentí con vehemencia, aunque no entendía —y en el fondo me daba igual— por qué eran tan importantes para él mi primera novela y sus comentarios al respecto.

—Prometido.

Abrió la puerta delantera y se sentó junto a Frida.

—Esto no será una de esas bromas con cámara oculta, ¿no?

—Por desgracia, no —contestó Frida, que no sabía ante qué clase de hospital habíamos aparcado. En la clínica no había ninguna advertencia de: «Atención: se encuentra en las proximidades de una prisión de máxima seguridad para psicópatas».

Y como no le había contado quién era el verdadero delincuente de la familia, resultaba comprensible que por lo pronto viera en Cosmo a un aliado.

—Me tomó de rehén hace dos horas. Oiga, ¿no podría usted hablar con su hermano y hacerlo entrar en razón?

Resultaba significativo que a él lo tratara de usted y a mí, en cambio, me tuteara desde el principio.

—¿Él? ¿A ti? ¿De rehén? —Cosmo no era muy amigo de fórmulas de cortesía, aunque eso era lo que menos se le podía reprochar.

—Sí. Dice que Protección al Menor quería llevarse a su hija. Está flipado.

—Lo sabía —repuso Cosmo, dándose unas palmadas en las rodillas.

—¿Qué sabías?

—Que los dos de ayer habían ido a tocarte las narices, hermanito.

—Así que ¿lo cree? —terció Frida. Se notaba que su fe en Cosmo se había visto mermada. A mí, en cambio, me quitó un peso de encima. ¡Los había visto!

«¡Vio a Melanie!».

—Entonces no has venido por lo de mis notas, ¿no? —me preguntó.

—¿Qué? No, no, Cosmo. ¿Es que no me has oído? Se han llevado a Jola. La han secuestrado. No sé qué hacer, y los secuestradores me han prohibido que vaya a la policía. —Me llevé la mano a la cabeza y busqué el mudo pinganillo que tenía en la oreja—. Han pasado cosas, cosas muy raras, pero es demasiado largo para contártelo ahora. Te lo contaré todo cuando se haya ido la chica, ¿vale?

—¿Cuándo se haya ido? —Cosmo bajó la barbilla al pecho y me miró como por

encima de unas gafas imaginarias. Luego le dio unos golpecitos a Frida en el brazo —: Y ¿adónde se va a ir?

—No sé. Pensaba que podíamos soltarla. Aún tengo la cabeza a punto de estallar, pero ya puedo conducir.

—¿De veras?

—Sí, me encuentro mejor. Creo que me dieron algo. Quizá lo haya sudado, no lo sé, la verdad es que...

Oí el clic que hizo Frida al desabrocharse el cinturón, pero Cosmo la cogió sin miramientos por el brazo y le puso el dedo índice entre los ojos, justo por debajo del flequillo.

—Tú no vas a ninguna parte, Campanilla.

—Cosmo —insté—. Por favor, se lo prometí.

—¿Que se lo prometiste? ¿Es que te has vuelto loco? Irá corriendo a los maderos y en menos de diez minutos este coche estará en busca y captura.

—No lo haré, lo juro —aseguró Frida.

—Sí, claro, y yo juro que puedo hacerlo tres veces seguidas, pero ni tú ni yo tenemos intención de comprobarlo en este momento, ¿a que no?

Por el espejo retrovisor vi un reflejo que tampoco pasó inadvertido a mi hermano. Volvimos la cabeza a la vez.

—¿Qué coño es eso?

Cosmo me miró, pero yo no podía explicar lo que estábamos viendo. La furgoneta gris volvía a estar ahí. Había dado la vuelta y se mantenía a cierta distancia al otro lado de la calle. Tenía el motor en marcha, del tubo de escape salía lo que parecían señales de humo. Sin embargo, las luces estaban apagadas.

—¿Quiénes son?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —respondí a mi hermano.

—Espera aquí. —Cosmo bajó y se acercó al vehículo, cuyas luces se encendieron cuando mi hermano había salvado la mitad de la distancia. El furgón arrancó.

—¡Eh! —vociferó Cosmo, dándole un golpe a la puerta corredera.

Cuando pasó por delante de nosotros, vislumbré al hombre que iba al volante: un chico joven con una barbita de chivo oscura y rastas de un rubio claro. Iba escuchando música a todo volumen, si es que se podía llamar así a los atronadores bajos que llegaron a mis oídos.

—¡Quítate de ahí! —exclamó Cosmo, que volvió corriendo al coche y abrió la puerta de Frida. La furgoneta, que ya se hallaba a más de cien metros, pasaba un semáforo en ámbar—. ¡Vamos, vamos, pásate al otro asiento!

—Mierda, ¿se puede saber quiénes sois, pedazo de capullos? —espetó Frida mientras pasaba por encima de la palanca de cambios y se acomodaba en el otro asiento—. ¿Vuestros padres son parientes? ¡Menuda familia de tarados!

—¡Cierra el pico! —le ordenó Cosmo mientras arrancaba, y me preguntó—: ¿Hablares de mis observaciones?

Asentí sin dar crédito y él volvió la cabeza al frente para enfilear la calle embalado. En pos del desconocido del furgón.

Jola

«Salir de inmediato, sin vestirse ni coger nada. No abrir las puertas de golpe y cerrarlas al salir».

Jola recordaba casi todas las instrucciones dadas por el jefe de bomberos cuando su clase había visitado el parque de bomberos. Lo único que no explicó fue cómo comportarse en caso de incendio cuando uno estaba atado de espaldas a un poste.

Sí, mencionó lo que había que hacer si no se podía salir de una habitación —«Tapar las aberturas y rendijas con toallas empapadas en agua, ir a la ventana, descolgar una sábana»—, pero Jola era más que consciente de lo absurdo que eran esos consejos: aunque no hubiese estado atada, con semejantes advertencias difícilmente se podía hacer algo, a no ser que uno se hallase en el cuarto de baño cuando se declarara el incendio (de lo contrario, a ver de dónde sacaba uno agua y toallas).

«De aquí, de donde me han encerrado, desde luego no».

El crepitar como de chimenea que oía debajo se volvió más intenso, y le recordó a un enjambre de avispones. Allí arriba la oscuridad era mayor que antes, ya que la misma ráfaga de aire que le echó en plena cara una primera bocanada de denso humo apagó la vela.

Jola volvió a encogerse, apartar el trasero del poste. El humo tóxico, eso también lo sabía desde la visita a los bomberos, se acumulaba primero arriba, bajo el techo. «Si es necesario, tendréis que salir a cuatro patas», había explicado el jefe.

«Bueno, antes podemos morir», pensó ahora Jola, y se vio obligada a toser.

Buscó la piedra que tenía en el bolsillo y, cuando la encontró, volvió a escurrirse un poco para intentar sacarla, pero los ojos le escocían y notaba el sabor del humo cada vez que tragaba saliva. Aunque consiguiera sacarse la piedra de los ajustados vaqueros, no tendría tiempo de cortar la cuerda, que le daba varias vueltas al cuerpo, con el canto afilado.

Le vino a la memoria el horrible dibujo de una bruja en la hoguera que venía en el libro de Historia.

—Una muerte espantosa —había dicho su madre, y le contó que las personas a veces les hacían cosas malas a otras personas solo por ser distintas de la mayoría.

—Pero yo también soy distinta, lo dice todo el mundo —respondió Jola, y Kim se rio y la tranquilizó diciéndole que hacía mucho tiempo que los niños no acudían a la plaza mayor a ver arder brujas como parte de los festejos populares.

—Puede que seas más guapa y más lista que todos los de tu clase, pero nadie te tocará un pelo por eso.

«¿Ah, no, mamá? Me temo que me mentiste».

Jola estornudó y se pasó las mangas por la nariz para quitarse la mucosidad que le dificultaba la respiración.

Había empezado el ciclo de la asfixia.

Toser. Estornudar. Tragar humo. Y vuelta a empezar.

Cuanto más denso era el humo, tanto más rápido era el ciclo.

Jola se estiró, se revolvió, tiró de las ataduras, movió las piernas. Todo en vano. No podía hacer nada, salvo esperar la muerte. Mejor dicho, esperar el desvanecimiento que precedía a la intoxicación, también lo había dicho el jefe de bomberos. Casi ninguna persona era pasto de las llamas conscientemente; la mayoría perdía la orientación y se asfixiaba con el humo.

«¡La orientación!».

Intentó mantener los ojos abiertos para ver algo. «¡Lo que sea!».

No sabía si no veía nada debido a las lágrimas o a que el humo era ya impenetrable. Ni siquiera un titilar del cercano fuego, ni llamas ni ninguna luz, por tenue que fuera.

Se dio por vencida. Cerró los ojos. Y entonces se hizo la luz.

De sopetón y con una claridad mayor de la que Jola habría aguantado de haber tenido los ojos abiertos. Era como si alguien le hubiera disparado un *flash* en la cara. Y después oyó una explosión. Y acto seguido otra. La tercera, que sonó como un cañonazo en el Festival Medieval de la Ciudadela de Spandau, hizo temblar el suelo. El poste se volvió como de goma y se dobló a su espalda. Jola abrió la boca para gritar, tragó una nube de ceniza y los dientes le rechinaron cuando sus labios se cerraron; entonces empezó a flotar y todo a su alrededor se volvió ligero.

No oyó nada más, ya no sentía las ataduras; nada salvo un aire frío en la cara. Y cuando se atrevió a abrir de nuevo los ojos, apenas un segundo después de la última detonación, vio una luz viva, resplandeciente, hacia la que parecía dirigirse.

Un instante después se le partieron dos huesos, con tanta facilidad y tan silenciosamente como si fuesen hierba seca.

Después la cosa empeoró.

Kim

—¿Qué ocurre? —preguntó perplejo.

Kim cerró la puerta al entrar, tiró de cualquier manera el abrigo y se quitó los zapatos de tacón de los hinchados pies. Todo con movimientos fluidos, como si fuese una coreografía ensayada. El ritual de llegar a casa, acompañado de un suspiro de grato alivio, volver a la cotidianidad por fin al cerrar la puerta. Solo que esa no era su casa, y mucho menos su hogar.

Kim fue directa al salón y se tumbó en el sofá.

«Qué curioso —pensó—, con lo cómodo que es este sofá de piel y, sin embargo, nunca lo hemos hecho aquí».

—¿Tienes un cigarrillo? —le preguntó al hombre al que en la terapia de pareja habían bautizado como «Mr. Escape». Porque para ella era una especie de escapatoria. Porque su verdadero nombre no tenía importancia. Eso al menos les había hecho creer a Max y al terapeuta. La verdad era que había escogido ese nombre porque su amante olía a ese agradable perfume de Calvin Klein; igual de bien que ahora, después de darse una ducha.

Estaba en la puerta descalzo, con el pelo mojado y vestido únicamente con unos vaqueros, y la miraba malhumorado.

—¿Desde cuándo has vuelto a fumar?

—Desde que Jola desapareció.

—¿No está?

—¿Qué otra cosa entiendes tú por desaparecer?

Él parpadeó desconcertado.

—¿Desde cuándo?

—Desde ayer por la tarde.

—¿Se ha ido de casa?

Lo dijo con tono esperanzado, ya que ciertamente irse de casa era mejor que cualquier otra alternativa cuando un niño desaparecía, pero ella le arrebató esa esperanza. Kim le hizo un resumen de todo lo que había pasado las últimas horas, incluido el caótico espectáculo del hospital.

—¿Tu marido? —preguntó Mr. Escape pasmado, cuando ella acabó de contarle.

—Sí. Max dice que la ha secuestrado.

Él había dejado de parpadear, y ahora entornaba los ojos, como si tuviera que resolver un problema de aritmética especialmente complicado. En el fondo, su reacción no era muy distinta de la que había tenido ella cuando escuchó el buzón de voz esa mañana. Solo que él parecía bastante más asustado que ella en ese momento.

—¿Es una broma?

—¿Acaso tengo pinta de estar de broma?

—No, pero, sinceramente, tampoco pareces una madre que se preocupe mucho por su hija.

«Hija tutelada», puntualizó ella para sí.

—¿Por qué? ¿Porque no me desmorono a tus pies y me revuelco por el suelo dando berridos?

Él la miró a los ojos, parecía confuso. O bien por su comportamiento o por la desaparición de Jola. Kim no sabía qué lo horrorizaba más.

—Entre otras cosas, porque te has pintado los labios y puesto colorete antes de venir a verme, y la verdad es que me cuesta creer que quieras hacer lo que creo que quieres hacer —espetó.

Kim se levantó y se desabrochó el botón de arriba de la blusa.

—¿Y? ¿Qué es lo que tengo en mente? —preguntó, dejando la boca entreabierta cuando acabó la frase; mientras esperaba su respuesta, se dio toquécitos con la lengua contra los incisivos.

Mr. Escape se acercó, la agarró por el pelo con las dos manos y la atrajo hacia él.

—¿Secuestran a tu hija y tú quieres echar un polvo?

Ella notó su aliento en la lengua, sus labios muy cerca, a punto de fundirse en un beso. Le tiró con más fuerza del pelo, y a ella se le saltaron las lágrimas. Asintió, y sus bocas se tocaron un instante.

—Zorra —espetó él, la apartó y la tiró al sofá.

Kim notó que la sangre le subía a las mejillas. Se incorporó, furiosa y excitada. La rabia se impuso.

—Eres un idiota —lo insultó—. ¿Crees que lo que le pueda pasar a Jola me trae sin cuidado? —Dio un paso hacia él y le propinó una bofetada. Él se limitó a sacudir la cabeza, sin llevarse la mano a la rojez que se le marcó en la mejilla—. Temo por su vida —añadió Kim, y ciertamente su voz sonaba ahogada, lo cual se debía a la humillación que acababa de sufrir—. Tengo mucho miedo. Y me gustaría quitármelo de la cabeza cinco minutos, solo cinco minutos, ¿tan difícil es de entender?

—Francamente, sí.

Él la escudriñó impasible, y precisamente ese desdén que tanto solía excitarla ahora la enfureció más.

—Te has cansado de mí, ¿es eso? —intentó provocarlo—. Ayer solo querías más, pero hoy ya no tienes ganas de mujeres mayores, ¿no?

Él cabeceó y puso cara de lástima.

—Qué bajo has caído.

—Pues bien que te gustaba antes en la cama —espetó ella.

El móvil le sonó en el pasillo. Kim pasó por delante de él para coger el abrigo. Tardó en encontrar el bolsillo donde estaba el móvil.

—¿Sí?

La enérgica voz que oyó al otro lado no auguraba nada bueno.

—Soy yo, Toffi. Ven al bufete lo antes posible.

—¿Qué ha pasado?

—Jola —repuso únicamente el abogado—. Hay una pista importante.

Max

Una hora y media después, la zona que atravesábamos era tan desolada como me sentía yo. Habíamos vuelto a Berlín, aunque no lo pareciera. Aquello parecía más Recife, Manila o Bangladés.

—¿Se puede saber dónde rayos estamos y qué hacemos aquí? —quiso saber Frida, que no había abierto la boca en todo el trayecto, salvo para pronunciar una palabra cuando pasamos por delante de una gasolinera en Tempelhofer Ufer: «Reserva». En efecto, la aguja del indicador de gasolina se hallaba en la parte roja, pero Cosmo había seguido adelante como si nada.

Una gran parte del combustible se nos había ido buscando el furgón en Brandeburgo, que perdimos después de toparnos con un semáforo en rojo en el primer cruce, tras el hospital. Así y todo, pasamos media hora dando vueltas por Brandeburgo, recorriendo tanto calles principales como secundarias, pero el furgón gris con los cristales tintados había desaparecido, y tampoco nos seguía cuando Cosmo decidió volver a Berlín para ir a un «lugar seguro».

Ahora, una hora y media más tarde, habíamos dejado atrás Kreuzberg, acabábamos de cruzar el puente Elsenbrücke, junto al complejo de edificios Treptowers, e íbamos por la Alt-Stralau, en paralelo al río Spree, aunque yo apenas reconocía la zona por la que antes salía de juerga. Sabía que por allí estaba el Arena Berlin, con su bar, su club y su piscina, pero en ese momento había perdido la orientación. El solar que se abría a nuestra derecha acaparó toda mi atención e incluso consiguió que por un segundo dejara de pensar en cómo salvar a Jola.

—¿No pretenderás meterte ahí? —pregunté a Cosmo cuando se detuvo delante de un espacio que se abría entre dos casuchas de madera. Encima había una lona en la que ponía «Cuvry 2.0», a todas luces una entrada a lo que fuera.

Mi hermano quitó la llave del contacto y bajó del coche.

—Yo ahí no entro —objetó Frida, sin moverse.

—Ni falta que hace —dijo Cosmo mientras le abría la puerta.

—Oye, oye, tranquilo —tercié, porque me esperaba lo peor y quería bajarme del coche, pero no podía abrir mi puerta. Mi temor de que Cosmo pudiera ponerse violento era infundado: le lanzó a Frida la llave al regazo.

—Ya te puedes largar, nena. Ya no nos haces falta.

No obstante, ella se quedó como petrificada en el asiento, solo se le movían los ojos, ya hacia mí, ya hacia Cosmo, desconcertados, desconfiados, preocupados y dubitativos. Yo tampoco estaba seguro de qué tramaba mi hermano.

—No te preocupes, no es ninguna artimaña —aseguró sonriendo mientras miraba

más allá de la lona que se extendía entre las chabolas—. Ahí dentro no nos encontrará nadie. —Luego se volvió hacia mí y señaló la granada, que yo sostenía en las manos—. Por cierto, eso lo puedes dejar en el coche. Es de pega, no tiene espoleta.

Supuse que se refería a la anilla de la que había que tirar antes de lanzarla y que, efectivamente, faltaba.

Casi aliviado de no tener en las manos un artilugio mortífero, decidí creerlo y dejé aquella cosa en el asiento. En ese preciso instante Frida salió de su pasmo. Mientras se situaba de nuevo al volante, yo abrí la puerta, y ya estaba en la calle cuando ella me llamó.

—¿Sí?

Ya había encendido el motor.

Me agaché para volver a pedirle perdón, pero antes de que pudiera decir nada, oí un zas y acto seguido sentí escozor en la oreja izquierda. La bofetada no me hizo todo el daño que me merecía, ya que, al estar ladeada, la chica no tenía el mejor ángulo. Retrocedí y por los pelos evité que al arrancar el coche me aplastara los pies. A ella le daba igual que la puerta trasera siguiese abierta. Salió a toda pastilla a la calle y se fue por donde habíamos venido.

—Antes tenías más reflejos —apuntó Cosmo, risueño. Y cruzó la calle y saludó a un hombre flaco de cara alargada que, acompañado de un pastor alemán sin collar, salió del hueco que se abría entre las casuchas. Después me indicó resueltamente que fuera con él.

Nada más pasar por debajo de la lona donde ponía «Cuvry 2.0» entré en otro mundo, un mundo que hasta la fecha solo conocía por la televisión o por artículos sobre los barrios bajos en la India, Sudamérica o Asia.

Ante mí, en el terreno que descendía hasta el Spree, se extendía algo que a primera vista parecía un campamento de refugiados. Un paisaje de chabolas y tiendas de campaña, infinidad de cobertizos, en parte sólidos, de madera y chapa, y en parte solo colchones cubiertos precariamente con bolsas y plásticos. Olía a basura y excrementos, y resultaba fácil ver cuál era el origen de la peste. Latas de conservas vacías, bolsas de basura reventadas, pañales llenos de caca y demás inmundicias bordeaban el camino de tierra por el que seguía a Cosmo; una especie de calle principal que dividía en dos el campamento y de la que, a intervalos irregulares, salían caminos menores.

—¿Qué es esto? —le pregunté a Cosmo. El lugar parecía abandonado, pero se notaban los ojos que nos observaban desde las chabolas.

El recelo visceral que me invadió contagió mis pensamientos. Por primera vez me pregunté si el error que había cometido al pedir ayuda a un agresor sexual con antecedentes y enfermo mental no sería mayor de lo que pensé en principio. ¿No me habría aliado con el enemigo? ¿Y si estaba detrás de toda esta locura, o había tomado parte en ella?

«A fin de cuentas, una vez secuestró a un niño. Y luego se presenta justo el día

que desaparece Jola. ¿Una casualidad?».

Sin embargo, era imposible que hubiese previsto que yo tomaría a esa chica de rehén y la obligaría a llevarme hasta él. Además, había salido hacía solo tres semanas, y únicamente pasaba fuera unas horas al día. Era imposible organizar tan deprisa tantos actos delictivos. Y tampoco me cuadraba que una organización tan capaz buscara la ayuda precisamente de un pederasta psicópata.

Cosmo se detuvo y señaló la parte oeste del solar, delimitada por las vías de la red de ferrocarriles estatales.

—¿Qué sabes de Cuvrybrache? —me preguntó.

Recordaba vagamente haber leído un artículo sobre un terreno baldío ocupado en el corazón de Berlín.

—¿No era un campamento de refugiados?

—Casi.

Cosmo siguió andando y se metió a la derecha por un caminito estrecho, espantando a un gato que dormía y que desapareció bufando detrás de una pared de madera en la que alguien había escrito con pintura blanca: «¿Hay vida antes de la muerte?».

Por si no bastaba con el desolador panorama, empezó a llover. Una llovizna densa que me cubrió la piel como si de una película se tratase y me aplastó el pelo.

—Al principio Cuvrybrache fue el mayor asentamiento de marginados de Berlín: sin techo, prófugos, drogadictos, okupas, personas a las que les negaban el asilo.

Pasamos por delante de una tienda de campaña donde sonaba una radio: un programa extranjero con un presentador checo o polaco, no entendía el idioma.

—Durante mucho tiempo quienes vivían en ese sitio, que estaba a tiro de piedra de aquí, en la esquina de las Cuvrystrasse y Schlesische Strasse, fueron amenazados con ser desalojados. Pero antes de que llegaran los buldóceres, muchos siguieron su camino y se instalaron aquí, en un solar mayor para el que no había ningún inversor que quisiera echarlos. El terreno pertenece a una comunidad extranjera de herederos mal avenidos, aún pueden tardar años en ponerse de acuerdo.

—Y mientras tanto aquí seguirá estando Cuvry 2.0.

—La mayor favela de Berlín. Sin electricidad, sin agua, sin alcantarillado y sin recogida de basuras. Pero también sin policía.

—¿Una especie de territorio comanche? —inquirí.

—Exactamente. ¿Por qué crees que he dejado marchar a tu amiguita? Aquí no se atreve a entrar ningún madero. No con el potencial de violencia que hay. —Señaló el camino que quedaba a nuestra espalda—. En esa parte viven los desahuciados, los que se suicidarían antes que volver a la miseria de la que huyeron. La última vez que se intentó sacar de aquí a alguien por la fuerza, cinco sirios amenazaron con tirarse al Spree con pesos en los pies. Cada orden de registro desencadena una crisis política. Y aunque viniera la pasma, cosa que dudo mucho, tardarían en dar con nosotros.

Doblamos otra esquina, enfilamos un sendero más pequeño y oscuro y Cosmo se

detuvo delante de un cobertizo de chapa ante el que había una mesa de cámping con motivos florales. La puerta era una lona de camión recortada, cuyo extremo inferior mantenía en su sitio una piedra.

—Oye, Cosmo, ¿cómo es que te conoces esto tan bien?

Mi hermano esbozó una sonrisa triste.

—¿Qué otros vecinos crees tú que tendrían trato con un condenado por pederastia? —Quitó la piedra de la lona con el pie—. Cuando termine la terapia me gustaría empezar una nueva vida. Tengo pensado estudiar Derecho, trabajar a favor de los delincuentes como yo. Puede que incluso fundar una familia, tener una casita y un monovolumen.

—¿Derecho? —repetí sin dar crédito—. ¿Un monovolumen?

Él asintió.

—Ciencia ficción, lo sé. Pero hasta entonces, o sea, hasta dentro de cien años, viviré aquí cuando salga del hospital, hermanito —afirmó, y levantó la lona y desapareció en la oscuridad.

Jola

Jola abrió los ojos y la cegó el dolor.

Un destello resplandeciente le inundó el cuerpo por dentro, avivado por un movimiento en falso del tórax: había cometido el error de respirar.

Había estado mucho tiempo negándose a despertar, luchando contra el remolino de la conciencia, que socavaba su mundo de sueños para arrastrarla al otro lado. Pero al final la despertó la lluvia, unas gotas gordas, pesadas, que le daban en la frente, y el dolor, que cuando dormía aún era apagado, se convirtió en una llama viva.

«Estoy muerta —fue lo primero que pensó al ver la silla de madera, un modelo similar al que había en su colegio—. ¿Qué hace esta cosa aquí? Tirada de lado».

Intentó incorporarse y volvió a perder el sentido. Un minuto y veintinueve gotas más tarde el dolor seguía siendo peor que cuando iba sentada en el portaequipajes de la bici de Steffen y sin querer metió los dedos del pie en los radios.

«Me he roto algo —fue lo primero que le vino a la cabeza—. Estoy paralizada —fue lo segundo, cuando intentó mover los pies y no pudo, simplemente porque sentía un dolor de mil demonios—. ¡No puedo moverme!».

No podía mover piernas ni brazos. «Ni siquiera la cabeza, o sí... un momento».

La cabeza sí podía moverla.

«Gracias a Dios».

La volvió a la derecha y vio escombros. Paredes, puertas, ventanas: todo lo que formaba una casa, pero no en su sitio, sino desperdigados por el lugar, a excepción de media pared (de madera, si no se equivocaba) que seguía en pie, rodeada de llamas aisladas que aquí y allá, ya fuera entre dos árboles, ya alrededor de un montón de escombros, iluminaban las ruinas, de las que Jola no estaba a más de dos metros de distancia. De espaldas, veía las copas de árboles meciéndose, la lluvia dándole en la cara, inmóvil. Paralizada.

«No».

Paralizada no.

«Por suerte».

Notó que los dedos de los pies despertaron cuando se lo ordenó («¿y las deportivas? ¿Dónde están mis puñeteras zapatillas?»). Pero en cuanto intentó mover las piernas, el dolor la amenazó con un nuevo desmayo.

—¡Que alguien me ayude! —gritó con voz rasposa, ya que no sabía qué otra cosa decir. Tosió y notó en la boca un sabor a ceniza. Ahora también olía el humo, arrastrado por un aire frío que soplaba de las ruinas.

Hacía un instante esperaba morir quemada viva. Ahora se hallaba al aire libre, en

lo alto el nublado cielo, y por segunda vez desde el accidente de coche había despertado en un lugar desconocido sin saber cómo había ido a parar allí.

Jola apretó los dientes y probó de nuevo a tomar impulso. Esta vez el peso de su cuerpo cayó sobre el lado derecho. Como cuando hacía los abdominales que tanto odiaba durante el calentamiento, cuando su profesor de gimnasia le sujetaba los pies, tumbada boca arriba, y ella debía levantar el tronco, apretó los músculos y logró sentarse.

—¡Mierdaaaaaa!

«Sé que no debo decir esto, pero a ver, papá y mamá, si esta palabra se inventó para algo, seguro que fue para esta...».

—¡Mierdaaaaaa! —gritó de nuevo con todas sus fuerzas, tanto que le zumbaron los oídos, si bien el pitido también podía deberse a la explosión.

Bañada en sudor (o quizá fuera la lluvia, Jola no lo tenía muy claro), se miró el cuerpo de cintura para abajo. Atravesada sobre las piernas tenía una viga o poste («¿el mismo al que me ataron?»). Intentó apartarlo, en vano. Pesaba mucho, quizá más que ella. Y seguro que le había roto las piernas, por lo menos la izquierda, en la que se concentraba el dolor con una furia despiadada.

De pronto, le entró frío. Temblaba, de repente tenía la sensación de que la piel le había encogido una talla, se le tensaba en la cara, en el pecho, en todas partes.

Los dientes le castañeteaban, haciendo un ruido similar a unos zapatos de claqué en un parqué pulido. Clac, clac, clac, un *staccato* glacial que se mezclaba con otro sonido triste. Un sonido que inquietó a Jola, no porque sonara atribulado y afligido, sino porque no salía de su boca.

Miró a la izquierda, al otro lado de la cabaña de madera ahora en ruinas en la que había estado prisionera hasta hacía poco y que posiblemente (Jola recordaba las explosiones, los vivos fogonazos) hubiera saltado por los aires por algún motivo, y vio más sillas; todas pequeñas, de madera marrón clara y estructura de acero, todas como las de su clase, con el pupitre de madera a un lado, como la pala de una raqueta de tenis y en el que se escribía tan mal.

«¿Me encerraron en mi colegio? ¿En mi aula?».

Le costaba creerlo, aunque el mobiliario apoyara esa hipótesis.

Oyó de nuevo el gimoteo, y al mirar hacia abajo vio a su carcelero. El hombre sin rostro. Lo reconoció por la capucha gris, que ahora tenía mojada, demasiado mojada para que se debiera únicamente a la lluvia.

Estaba no muy lejos de ella, y aunque allí, al aire libre, ya no estaban a oscuras, seguía sin verle la cara; sencillamente porque la tenía sucia. ¿De sangre, barro, ceniza? Ni idea. El hombre estaba tendido boca abajo y levantaba la cabeza, se movía como una foca que quiere meterse en el agua, lo cual parecía exigirle grandes esfuerzos, con los que, sin embargo, apenas lograba avanzar. Gruñía, suspiraba y gimoteaba. Por lo visto, él tampoco se podía mover. Y era evidente que también sufría dolores. Extendió un brazo hacia ella, pidiéndole ayuda, desesperado. Apuntó

con el dedo índice, pero no directamente a ella, sino a un montón de escombros o tierra que se alzaba entre ambos. De vez en cuando el viento avivaba un rescoldo aislado, y la llama bañaba el espacio que los separaba en un claroscuro.

—Mmm —gruñó el mudo.

Jola intuyó que le pedía ayuda. «¡A mí! ¡Precisamente a mí!». Descargó toda su rabia y su miedo en dos palabras:

—¿Por qué? —le espetó. «¿Por qué me secuestraste? ¿Por qué le tuve que decir a mi padre esas cosas horribles? Y ¿por qué no paras de señalar ese montón de tierra? ¿Qué...? No... ¡No!».

Jola por fin lo entendió: el mudo no le estaba señalando nada; tan solo extendía el brazo. Y no hacia un montón de tierra.

—¡Mierda, no! —masculló, y se puso a mover con las dos manos la viga que la aprisionaba.

No lo podía permitir. Bajo ningún concepto podía liberarse ese hombre antes que ella. Y llegar antes a la pistola, que estaba más o menos a un par de metros, despidiendo un brillo apagado en el suelo mojado del bosque.

Si lograba cogerla, aquel hombre terminaría lo que había empezado, de eso Jola estaba tan segura como de que sin ayuda no podría levantar la viga que le aplastaba las piernas.

Max

No me va lo esotérico. No creo en la telepatía ni en las historias de los padres que, según cuentan, cuando un soplo de aire frío les provoca un escalofrío saben que a su hijo le ha ocurrido o va a ocurrirle algo; por ejemplo, cuando su hija pequeña, que está haciendo un intercambio en Estados Unidos, se sube a un coche con el hombre equivocado, o cuando su hijo, que se ha ido de vacaciones con sus amigos, se acerca a la piscina en Tenerife sin saber que la bomba se encuentra justo en ese sitio. No, no creo que los padres ni las madres hayan sido bendecidos (más bien maldecidos) con este don, con esta capacidad de sentir a menudo incluso a través de miles de kilómetros de distancia cuándo se encuentra en peligro su vástago. Creo que todas las personas que quieren a alguien son perfectamente capaces de presentirlo, ya sean padres biológicos o, como en mi caso, de acogida.

Sin embargo, en mi caso no fue un hálito glacial ni un hormigueo en la espalda, sino que fue el párpado derecho el que me dijo que a Jola acababa de pasarle algo malo. Se me contrajo de forma desagradable, convulsivamente, nada más entrar en la chabola.

—No te asustes —me advirtió mi hermano mientras encendía una baliza de obra que, con su luz de señalización amarilla, desterró la oscuridad de un espacio cuadrado—. No es precisamente como tu casa en Grunewald —se disculpó con una sonrisa tímida, la misma con que de pequeños me confesaba que me había vuelto a quitar el chocolate, así que yo siempre andaba buscando sitios nuevos donde esconderlo.

No, no era una villa en Grunewald, pero tampoco era tan malo como me esperaba. No era un fumadero, ni había colchones mohosos y tirados por el suelo junto a cazuelas y sartenes sucias que servían tanto para cocinar como para recoger el agua de las goteras. No había ratas ni cucarachas, al menos a la vista. Cosmo había limpiado. Más que eso: se había esforzado por darle un toque acogedor, en la medida de lo posible.

—¿Desde cuándo te han relajado las medidas de seguridad? —le pregunté.

—¿Te refieres a cuánto hace que vivo aquí? —Sonrió con orgullo—. Casi tres semanas. No tardé mucho en tenerlo todo.

El suelo estaba revestido con moqueta gris de la que se ve en todas las oficinas de la administración, en buen estado, sin agujeros ni manchas; posiblemente la había tirado alguien que al cabo de un año quería algo mejor. El resto del mobiliario también parecía haber salido de la basura, pero los colores pegaban. La estantería, la silla giratoria ante la encimera de cocina desechada y acortada, en la que aún había un fregadero, y al fondo un sofá cama; todo era de un tono ocre, incluso los candeleros

con velas de cera de abeja que Cosmo encendió.

El olor era algo artificial, pero no desagradable, a hierba recién cortada, lo cual se debía al ambientador con forma de arbolito que colgaba de un alambre del techo de chapa. Cosmo le dio un golpecito con el dedo y me preguntó si quería beber algo. Me ofreció una cerveza que sacó de un cubo bajo la pila y que, al rechazar yo, se abrió para él.

No quería beber nada. Solo quería que el párpado me dejara de temblar. Que Jola no corriera peligro. Que pudiera reunirme con ella.

—Escucha, son casi las tres y media y dentro de unos veinte minutos tendré que coger el tren para llegar a tiempo al manicomio. Te quedarás aquí y esperarás a que yo vuelva mañana.

Sacudí la cabeza.

—No puedo quedarme aquí —contesté, y me senté en el sofá para recuperarme un poco antes de volver a ponerme en marcha. Era sorprendentemente cómodo, mucho más que el armatoste que teníamos nosotros en el salón, que había elegido Kim y por el que los esnobs de la tienda de la Kantstrasse me pidieron medio aguinaldo.

—¿Es que es rebajarte? —quiso saber mi hermano mientras acercaba la silla giratoria.

A continuación apagó la baliza, con lo cual la habitación perdió luminosidad, pero gracias a las velas pareció más cálida. No vi ninguna estufa y me pregunté cómo calentaría el sitio en invierno, aunque por el momento eso carecía de importancia.

—Pero qué dices. Esto está genial, de verdad. Pero es un escondite, Cosmo. Y yo quiero ir a buscar a Jola.

Mi hermano asintió, comprensivo. Cuando saqué del bolsillo de la sudadera el móvil de Frida, su rostro se ensombreció.

—¿Qué piensas hacer con eso?

—Llamar a información.

—Claro. Seguro que ellos saben dónde está tu hija.

—No digas bobadas. Para que me den el número de Toffi.

—¿El tío que no quiso defenderme en su día?

Asentí.

A decir verdad, era el tío que había accedido a mi ruego de que no aceptara a Cosmo como cliente. Christoph Marx era tan bueno que posiblemente descubriera un error procesal que al final dejara en libertad al pederasta de mi hermano. Y ese era un riesgo que yo no quería correr.

—Espera, no llames aún —dijo Cosmo, sin exigir ni ordenar, sino más bien en voz baja, pensativo, como si se le acabara de ocurrir algo—. No creo que necesites a tu abogado. Todavía no.

—¿Por qué?

—Porque tengo una idea de lo que le ha podido pasar a Jola.

—¿Qué? —Me pareció descabellado, pero dejé el teléfono y le pedí que se explicara.

—Alguien te persigue, se llevan a Jola, te despiertas en un hospital con un pinganillo en la oreja, te ves obligado a huir y esconderte. ¿No te suena de nada?

—Sí, es como una de mis novelas —repuse.

—No. Es una de tus novelas.

—¿Cómo dices?

—Sí, piensa: alguien despierta en un hospital y es interrogado por la policía. ¿A qué te recuerda?

Me encogí de hombros y Cosmo lanzó un suspiro.

—Mejor te lo pregunto directamente: ¿cuál es el argumento de tu primer *thriller*?

—¿*El colegio del horror*? ¿Qué tiene que ver con mi vida real una novela de terror con elementos sobrenaturales?

Miré un momento al techo, sobre el que repiqueteaba la lluvia cada vez con más fuerza. La chapa hacía que diera la impresión de que uno estaba en una cazuela sobre la que empezaban a llover canicas.

—¿Cómo empieza el libro? —instó Cosmo.

—Con un fragmento del diario de un enfermo mental en un psiquiátrico.

—No.

—¿No?

—La primera edición va precedida de una entrevista tuya.

—Ah, eso. —El responsable de un blog de terror había leído la galerada antes de que se publicara y le había gustado tanto que me hizo una entrevista previa, que a su vez gustó tanto al departamento de prensa y relaciones públicas que la incluyeron a modo de prefacio en el libro.

—¿Te acuerdas de la primera pregunta? —Cosmo me miró como si de verdad esperase que me supiera de memoria la entrevista.

—No, y tampoco entiendo qué tiene que...

—Te preguntaban que cómo te surgían las ideas. Y ¿sabes qué contestaste?

—Seguro que lo que digo siempre: que me inspira la vida cotidiana.

—Exacto. Y le pusiste un ejemplo al entrevistador. —Cosmo titubeó—: ¿Tienes mis observaciones?

Asentí mientras sacaba las hojas del bolsillo del pantalón, que debido al largo trayecto en coche se habían quedado un poco aplastadas. En efecto, Cosmo también había arrancado la entrevista. Me quitó los papeles de la mano y se puso a leer en voz alta la respuesta que yo había dado a cuáles eran mis fuentes de inspiración. La primera frase ya me dejó sin respiración:

—«No hace mucho recorría en coche el distrito de Oder-Spree, por una avenida que bordeaba el lago Scharmützel, y en un punto donde no había bañistas vi a un hombre tumbado en la hierba, desnudo, como su madre lo trajo al mundo. Desde luego, estaba tomando el sol tranquilamente, pero me pregunté: ¿qué pasaría si ese

hombre hubiese sido arrastrado hasta la orilla, quizá porque hubiera sufrido un accidente de coche? ¿Y si el coche hubiese desaparecido y, con él, toda su familia? ¿Y si unas horas más tarde despertara en un hospital y nadie creyera que no se acordaba de dónde estaba su familia? Así que ya ve que una escena de lo más cotidiano puede...».

—«... dar lugar en mi cabeza a un escenario terrorífico en menos que canta un gallo» —finalicé la frase con voz inexpresiva. Me había olvidado por completo de esa respuesta.

—Un hombre despierta solo en un hospital después de sufrir un accidente de coche y nadie lo cree cuando dice que no sabe dónde está su familia. ¿Piensas que este paralelismo es una casualidad? —preguntó Cosmo.

—Te contestaré con otra pregunta: ¿Me estás diciendo que alguien está actuando ciñéndose a mi libro, o sea, a mi entrevista?

Mi hermano adelantó la mandíbula inferior, sin saber a qué atenerse.

—Es posible. Escribes libros de terror, y seguro que entre tus lectores hay algún psicópata. Yo, por ejemplo —sonrió.

Meneé la cabeza.

—Eso es absurdo. ¿Sabes por qué me invento novelas como *El colegio del horror*?

Cosmo no respondió.

—Porque no se dan en la realidad. ¿Entiendes? Me las tengo que inventar.

—¿Estás seguro? —Se rascó una rojez que tenía en el cuello, y me inquietó un tanto con su mirada de superioridad, que decía: yo-sé-algo-que-tú-no-sabes.

—Sí, estoy seguro. Muy seguro.

Sin embargo, lo curioso del caso era que los críticos a menudo ven en los personajes más absurdos a personas reales, cuya originalidad y autenticidad luego ponen por las nubes, por ejemplo, Hannibal Lecter, el caníbal tremendamente inteligente que no existía en la vida real. En cambio, la descripción de un criminal más cercano a la realidad es tildada de cliché, y eso que más del noventa por ciento de los homicidios son actos violentos sin interés, perpetrados por personas que, sin un plan bien concebido, casi siempre bajo los efectos de las drogas o el alcohol, siegan la vida de sus semejantes de la manera más absurda. El hecho de que un asesino trastornado con el cociente intelectual de Albert Einstein quisiera convertir mi vida en una pesadilla secuestrando a Jola y atándome corto con una correa invisible, por el motivo que fuera, ya solo por eso era un sinsentido, porque una máquina de matar así de inteligente, con semejante *modus operandi*, siempre corría el peligro de dar demasiadas pistas a la policía sobre su identidad. Además, ¿por qué iba a hacer alguien algo así?

—Creo que debemos plantearnos preguntas muy distintas —apunté, y repasé mentalmente los puntos sobre los que había estado cavilando durante el trayecto—: en primer lugar, todo gira en torno a Jola. Primero Protección al Menor me la quería

quitar. —Me corregí—. O al menos personas que se hacían pasar por asistentes sociales. ¿Por qué se prestaría a eso Melanie? Y después secuestran a Jola. ¿Con qué fin, si no han pedido rescate?

Y eso que ya había pasado mucho tiempo. Si Jola me hubiera leído la frase «Un millón de euros o me matará» habría tenido más sentido que dejarme una granada de mano en la mesilla de noche. Lo cual me llevaba a la pregunta número dos:

—Los autores (y doy por sentado que en una organización así habrá involucradas varias personas) tienen acceso a muchos ámbitos. A la Oficina de Protección al Menor, por ejemplo. Tenemos que empezar por ahí. Si es cierto que Melanie ya no es la responsable de Jola, ella y su guardaespaldas como poco son cómplices. Lo primero que tenemos que hacer es dar con ellos sin llamar la atención de la policía.

—Vale, es un buen plan —coincidió Cosmo. Cogió su móvil.

—¿Qué buscas? —pregunté al ver que escribía algo en Google. En vez de responderme, me dedicó una sonrisa y marcó un número de teléfono directamente de una página web que había abierto. Agua y electricidad no tenían, pero al parecer el 3G funcionaba estupendamente en Cuvry 2.0.

—Oficina del distrito Steglitz-Zehlendorf, soy Brusckke —respondió un hombre mayor en un tosco dialecto berlinés, probablemente un conserje con uniforme azul marino, como los que se veían tras las puertas acristaladas de la Oficina.

Cosmo activó el altavoz para que yo escuchara.

—¿Me podría pasar con Melanie Pfeiffer, de Protección al Menor? Por desgracia no tengo su extensión.

—Bueno, señor, por desgracia yo tampoco la tengo. —Y soltó una risita—. Ya me gustaría a mí que me pasaran con su yate.

—¿Con su yate?

—O con lo que quiera que haya hecho con tantos millones.

—¿Qué millones? —iba a preguntar, pero Cosmo se me adelantó.

—¿Es que no lo sabe? —El hombre lanzó un suspiro como Mario Barth antes de soltar alguna de sus agudezas—. A la señora Pfeiffer le tocó la lotería. El gordo. O algo así italiano. Prefirió no contarle a nadie, pero la prensa se enteró. Aquí vino un periodista de la prensa rosa.

—¿De qué periódico? —quiso saber Cosmo.

—*Bild*, *Kurier*, *BZ*, qué sé yo. Lo que sí sé es que ella se largó. Aquí fue la comidilla, como se puede imaginar. Cuatro milloncitos de nada contantes y sonantes, dijo el periodista. Hace dos meses. La tía se largó de la noche a la mañana. Ni siquiera puso al día a su sucesora, la señora Fleischmann. ¿Quiere que le pase con ella?

Cosmo se lo agradeció, dijo que no era necesario y colgó.

—¿Que le tocó la lotería? ¿Y ayer se planta en tu casa con Mr. Proper? —Se dio unos toquitos en la frente—. Esto no tiene sentido.

No, no lo tenía.

—Debemos encontrarla —le dije a mi hermano, que en ese momento bebía un trago de cerveza—. A ella, al guardaespaldas y al profesor Oschatzky ese —recordé mientras hablaba.

—Al profesor ¿qué?

—Oschatzky, si es que existe.

—¿Qué pasa con él? —Cosmo cogió de nuevo el móvil.

—Por lo visto redactó un informe en el que consta que los padres biológicos de Jola están reinsertados. Melanie mencionó su nombre. Por así decirlo, levantó la liebre, si es cierto lo que me dijeron Kim y Toffi: que es verdad que la Oficina quiere restituir a Jola a su familia biológica.

—Hummm —musitó mi hermano, mirando el teléfono. Se desplazaba por Google con el pulgar—. Profesor Harald Oschatzky, sesenta y dos años, consulta privada en Biesdorf. Por lo visto sí existe. Qué curioso.

—¿Por qué curioso?

—Porque no cuadra. Piensa. —Bebió otro trago—. Se mire como se mire, la tal Melanie juega en el equipo contrario. O es la que corta el bacalao o al menos te podría llevar hasta el responsable. Entonces ¿por qué te iba a dar una pista mencionando al profesor Oschatzky, que podría ayudarte a buscar a Jola? Eso solo tiene sentido si...

—... Oschatzky es una trampa —terminé la conjetura. Sin embargo, mi hermano no había acabado de hablar.

—O... —miró con aire pensativo las velas— o la están chantajeando a ella y quería ayudarte dándote esa pista. En cualquier caso —me miró con gravedad—, es como dices: tenemos que encontrar a esa fulana, ella es la clave. Da lo mismo que nos haya puesto una trampa o que la estén manipulando, como a ti con el chisme ese en la oreja.

«¿El chisme?».

Asustado, me llevé la mano a la oreja, primero a la izquierda, luego a la derecha, aunque sabía que esta no era. Desde que sufrí una lesión boxeando no oía muy bien del oído derecho, razón por la cual siempre hablaba por teléfono por el izquierdo.

—¡No, mierda! —exclamé, levantándome del sofá.

—¿Qué? —se alarmó mi hermano—. ¿Qué pasa ahora?

—El receptor. —Mi correa invisible.

—¿Qué pasa con él?

—Frida —apunté, igual de azorado que hacía un minuto el conserje de la Oficina. «¡La bofetada!». Seguro que me había hecho saltar el pinganillo. Con los nervios no me había dado cuenta, tanto más cuanto que el chisme llevaba horas inactivo y la oreja me ardía con el bofetón—. Dios mío, he perdido el contacto con mi hija. —El único contacto que tenía.

—Ya, lo entiendo, pero ahora haz el favor de calmarte. —Cosmo, que también se había levantado, me puso ambas manos en los hombros, como antaño solía hacer en

el vestuario para infundirme valor poco antes de subir al ring—. ¿Cuánto hemos tardado en volver a Berlín? Apenas dos horas, ¿no? Y ¿cuánto tardaste en irme a buscar al hospital?

—Ya, lo sé. Estuvimos casi cinco horas dando tumbos y...

—... y durante ese tiempo nadie utilizó el receptor.

No, durante «ese tiempo» no.

Pero ¿qué había pasado desde que estaba en aquella favela? ¿Desde que me temblaba el ojo, ahora más que antes?

Me zafé de sus manos y salí del chamizo, enfilé el caminito hasta volver a la calle principal y salí a la Alt-Stralau por la puerta de lona. Me sentía muerto de preocupación, sumido en un mar de dudas, sin ningún plan para dar con Jola, con Melanie o por lo menos con Frida. No sabía cómo poner fin a esa pesadilla.

Desesperado, estuve un rato sin moverme, sin saber qué hacer, bajo la lluvia, y estaba a punto de volver con Cosmo cuando lo vi, gris y sombrío, veinte metros calle abajo, estacionado en una zona prohibida, entre dos contenedores, de los cuales el de delante era tan ancho que a punto estuve de no verlo: el furgón con los cristales tintados, cuyo conductor lucía unas rastas rubias.

Jola

La situación había cambiado, y no necesariamente a favor de Jola. Durante un rato el mudo dejó de intentar alcanzar el arma (Jola pensó que se había desmayado), pero después se encabritó, y entonces ella le vio la cara por primera vez, iluminada por una llama serena durante un instante en que paró el viento; los ojos oscuros, saltones; las venas como lombrices bajo la piel ensangrentada de las sienes.

«Qué joven es», pensó Jola, mucho más de lo que esperaba. Como si quienes querían hacerles daño a los demás tuviesen que pasar de una determinada edad. Su secuestrador avanzaba boca abajo, gemebundo, muy lentamente.

Jola oyó un arrastrar, luego un rodar de piedras cuando el mudo se abrió paso por un montón de escombros.

«¡¡Piedras!!».

Miró nerviosa alrededor. Quizás encontrase algún arma arrojadiza, algo que lanzarle a la cabeza. En efecto, allí había algo, justo detrás de ella, solo tenía que cogerlo.

Una piedra suelta marmolada, grisácea, probablemente un granito gnéisico, del tamaño y la forma de una batería de coche... así que muy pesada. Demasiado pesada.

«Mierda y mierda. —Podía levantarla, ya lo había comprobado, pero pesaba más que una bola de bolera—. Con ella llegaré igual de lejos que si lanzara una nevera».

Jola miró al mudo, que seguía acortando la distancia que lo separaba del arma, y estalló. Gritó de miedo, lloró, cerró los ojos, quiso estar lejos de allí; muy muy lejos de allí, a ser posible en su casa, con su madre y su padre, delante del televisor, con un puñado de Choco Chips en la boca, *Tripps* en el regazo (¿seguiría en casa de Dennis?), viendo la tele: dibujos animados, *La voz*, anuncios, «por mí, hasta el programa ese de ciencia para niños con el tío de la barba», en el que les enseñaba toda clase de cosas sobre colorantes alimentarios, la fuerza de la gravedad, el arcoíris o poleas, pero no a huir de las garras de un secuestrador... «Un momento, ¿o acaso sí?».

Jola abrió los ojos, miró la viga que le aprisionaba las piernas y, tras llevar la mano atrás y tocar la áspera piedra, recordó la polea del último capítulo de ese programa para niños y le vino a la cabeza una única palabra, una palabra salvadora: «¡Palanca!».

Estiró los brazos y cogió la piedra con las dos manos. Por un momento fue como si estuviese en un potro de tormento («mira tú qué bien —pensó—, toda la Edad Media en un día: primero la hoguera, luego el potro»), y creyó que no podría aguantar el dolor, unas veces palpitante, otras punzante, pero la mayoría de las veces

abrasador, sobre todo cuando movía la pierna izquierda. Sin embargo, al final logró pasar la piedra delante con ambas manos. Antes de que se le cayera y le aplastara el pecho, prefirió dejarla allí ella misma, lo que le cortó la respiración. El pedrusco parecía de plomo, todo el peso descansando en el tronco.

Todo en ella le pedía a gritos que mirara a la izquierda, al que antes no tenía rostro pero cuya cara ahora conocía; sin embargo, le daba demasiado miedo ver el cañón de una pistola. Con todo, al final no aguantó, miró de reojo y se quedó perpleja. El matón la miraba y asentía, como si supiera exactamente lo que pensaba hacer. Por su parte, él no se movía. Casi era como si quisiese darle ventaja, como cuando se juega al escondite y uno cuenta hasta diez antes de ponerse a buscar.

Frenética, Jola cogió de nuevo la piedra, la levantó unos milímetros y la desplazó hacia abajo, entre las piernas, que por suerte estaban lo bastante separadas, de lo contrario lo que estaba haciendo no tendría ningún sentido.

Tal y como esperaba, el granito era más alto que su rodilla.

«Pero no más largo».

Se incorporó, ahuyentando el dolor con sus gritos, tan estridentes que sobre su cabeza dos pájaros alzaron el vuelo de la copa de un árbol. Se secó el agua de la cara y empezó a trabajar. Con las dos manos, como un topo, centímetro a centímetro, fue escarbando en el espacio que quedaba detrás de la piedra y delante de la viga, entre sus piernas. Debido a la lluvia, era relativamente fácil apartar la tierra, de manera que poco a poco fue abriendo un hoyo, y finalmente un pequeño foso.

Jola percibió movimiento con el rabillo del ojo. Lanzó un aullido sin volverse para mirar, se puso a cavar más deprisa y se dijo que no debía precipitarse. Solo tenía una oportunidad.

Medio minuto después, cuando notó el primer calambre en la mano derecha, decidió probar suerte. Agarró la piedra, la movió hacia delante y la hizo girar sobre su propio eje para que cayese en el agujero que había abierto entre sus piernas.

«¡Bingo!».

La piedra encajaba casi a la perfección, el canto superior a escasos milímetros por debajo de la viga, que seguía descansando en las piernas de Jola. Probablemente, de no haber tenido tan mal las piernas (hasta qué punto lo estaban lo vería dentro de un momento, ¡ojalá!) habría podido tirar de ellas para librarlas de la viga, pero doliéndole como le dolían no había nada que hacer. Al menos no sin la piedra que acababa de colocar en su sitio.

Jola rio de alegría, aunque sabía de sobra que solo había conseguido hacer la mitad del trabajo, y a su lado el mudo... «¡Nooooo!».

Al mirar, vio que su torturador estaba muy cerca del arma.

«Más rápido. Más. Más...».

Jola puso manos a la obra, ahora escarbaba a ambos lados de las piernas, justo por debajo de la rodilla, que era donde descansaba la viga, y notaba que, debido a la presión ejercida por la madera, sus piernas bajaban más cuanto más tierra retiraba. Y

cuanto más se le hundían las piernas, tanto más iba cayendo la viga sobre la piedra.

«Sobre la palanca que he creado y que he metido bajo la viga».

—Síiii...

Jola soltó un resoplido triunfal cuando dejó de sentir el peso de la madera. ¡Lo había conseguido!

La viga, que hasta ese momento le mantenía aprisionadas las piernas, provocándole tanto dolor, ahora parecía flotar. Descansaba sobre la piedra, ambos extremos meciéndose apenas, como un balancín del parque.

A Jola solo le quedaba decidirse por un lado. Escogió el izquierdo, presionó con cuidado hacia abajo y acto seguido encogió la pierna derecha, que al parecer estaba sana, ya que no le dolió nada, a diferencia de la otra, que liberó a continuación inclinando la viga hacia la derecha.

Entonces, justo cuando vio que la tibia izquierda asomaba cinco centímetros por debajo de la rodilla, como una rama partida, escuchó un clic y supo que era demasiado tarde. Que había perdido.

Cerró los ojos y no se atrevió a mirar a su secuestrador, que había conseguido llegar al arma y le había quitado el seguro.

Max

«Esta vez la suerte me sonrío», pensé en un primer momento, puesto que en la vida no es extraño que uno se alegre ingenuamente muchas veces y se equivoque; en este caso, de ver atravesado un camión de la basura que al intentar esquivar a un coche aparcado en doble fila, le dio a un vehículo que venía de frente, con lo cual ahora la Alt-Stralau estaba bloqueada en ambas direcciones y el furgón gris, hacia el que eché a correr en ese momento, se había quedado atrapado.

«Eso no se hace», oí la voz de Jola cuando era más pequeña mientras reducía la distancia que me separaba del furgón. Todavía estaba a unos cuarenta metros del vehículo.

«Eso no se hace».

Era la frase preferida de Jola cuando apenas tenía tres años y la aplicaba a todo lo que no le cuadraba (cuando la mojaba con la manguera en el jardín o le ofrecía de broma un sorbo de café en el desayuno —«puaaaaj»— o le hablaba de la bruja malvada que quería asar a Gretel): «Eso no se hace».

Por la noche, cuando la observaba mientras dormía —la puerta entreabierta lo justo para que entrara del pasillo la luz suficiente para tranquilizarla mientras se quedaba dormida, pero no tanta como para que se acabara despertando si se desvelaba un momento—, cuando la miraba con esa especie de rayos X en los ojos con que todos los padres escudriñan a un hijo pequeño para intentar averiguar en la penumbra si aún respira, se me partía el corazón cada vez que me imaginaba que podía ser mi hija la que apareciera en las noticias de la noche o en el periódico de la mañana: secuestrada, raptada, maltratada. Mi niña, que ya no dormiría en su camita nido, que compramos pensando en que crecería, ni soñaría con polvo de hadas, sino que, indefensa, se hallaría a merced de unos desconocidos a los que solo se podría enfrentar con sus lágrimas y quizá musitando un temeroso «Eso no se hace».

Con los años, mis sombrías preocupaciones no habían ido a menos, pero desde que escribía había logrado desterrarlas poco a poco de mi cabeza. Mi trabajo era una especie de terapia; escribir, una forma de procesar miedos irracionales; mis libros, un útil pararrayos. Y ahora que había pasado de verdad, que Jola se encontraba en manos de unos dementes sin escrúpulos tras cuyo presunto cómplice iba yo en ese preciso instante, no tenía tiempo para reflexionar en los errores que había cometido; era más una sensación que una certeza que Jola, aunque había crecido, no estaba menos necesitada de protección. Y que no había procesado mis miedos, sino que tan solo los había reprimido.

Naturalmente, esto no lo tenía tan claro mientras corría por el asfalto mojado, a

riesgo de pisar hojarasca, una caca de perro o cualquier otra cosa, resbalar y caer al suelo. Cuando el pseudorrastafari blanco con la barbita de chivo bajó del furgón bloqueado y echó a correr, yo solo tenía una cosa clara: «¡No se me puede escapar! ¡Esta vez no!».

Así que aceleré más aún, aunque con cada zancada era como si me clavaran más y más una estaca en el cerebro.

Y mi rival era rápido. Muy rápido.

Incluso en mi mejor época, cuando hacía boxeo cuatro días a la semana, me habría costado dar alcance al nervudo muchacho que, sin pararse un solo segundo, saltó la valla de una obra como si fuera un atleta, metiéndose por una calleja desierta que a su izquierda delimitaba un muro de hormigón cubierto de maleza y a su derecha una alambrada. Al otro lado, sólidas fábricas de tejado plano cerradas hacía tiempo y llenas de grafitis esperaban la bola de demolición.

Volví la cabeza un instante. Cosmo, a quien al principio oía detrás de mí, ya no estaba. Y el de las rastas estaba a punto de esfumarse. La distancia que mediaba entre ambos era cada vez mayor, y eso que mientras corría iba hablando por teléfono. O al menos eso parecía, ya que ¿por qué otro motivo iba a tener la mano derecha pegada a la oreja?

La única ventaja del recorrido era que durante el siguiente kilómetro apenas había posibilidad de desviarse. Habíamos dejado atrás el muro de hormigón, y ahora a ambos lados de la calle se extendía un terreno abierto. Aunque el tipo se desmarcara, no lo perdería de vista en un buen rato.

Sin embargo, la ventaja que me sacaba le permitió incluso parar un momento. Así que también él acusaba el esfuerzo. Estaba con las manos en las caderas, el tronco inclinado, jadeando de cara a la acera.

Resistí el impulso de pararme también, y para que se me pasara el flato me ordené tomar aire despacio y con regularidad, aun cuando habría preferido jaderar como un perro a punto de sufrir una insolación.

Cuando decidí continuar, el tipo (¿el secuestrador?, ¿el cómplice?, ¿el matón?) arrancó de nuevo, como si fuese el momento del esprint final de los mil metros lisos.

«Amargo, salado, acre».

Notaba el sabor a ácido láctico que liberaban mis músculos, o al menos eso creía. Para colmo de males se había levantado un aire que soplaba del puente de hierro y llegaba directamente de la calle a esa depresión del terreno. La lluvia me daba en la cara.

Entonces la suerte volvió a ponerse de mi parte. Primero pensé que al tipo le había caído un rayo encima, aunque ni vi el fogonazo ni oí el trueno. Pero ¿cómo explicar que de pronto estuviese en el suelo? En efecto, se había caído sin un motivo aparente, como si una fuerza invisible le hubiera asestado un golpe por la derecha en plena carrera, haciéndole perder el equilibrio.

Y esa fuerza existía. La oí según me aproximaba: era un terrier que se lanzaba

contra la valla, atado, según pude ver, y desde luego no tan grande ni feroz como parecía, pero sus furiosos y súbitos ladridos asustaron de tal modo al tipo que perdió el equilibrio y tropezó con sus propias piernas.

Se levantó como pudo, se inclinó para recoger el móvil y siguió corriendo, aunque con menos brío que antes; no era de extrañar, ya que aparentaba haberse torcido un tobillo. Cojeaba, sí, y esa era mi oportunidad. ¡Mi única oportunidad!

Di las gracias mentalmente al perro, que también cuando pasé por delante quiso abalanzarse furiosamente, y reduje la distancia entre Mr. Cojo y yo.

Cerca de la esquina de la Kynaststrasse con la Hauptstrasse (según me informó la correspondiente placa), me faltaba muy poco para estar lo bastante cerca de él como para intentar hacerle un placaje. Le veía las manchas de sudor en la espalda de la sudadera, distinguí bisutería barata, abalorios rojos y plateados que colgaban de las enmarañadas trenzas. Entonces el tipo giró a la izquierda, hacia la estación de cercanías de Ostkreuz, supuse, porque en ese momento de lo único que estaba seguro era de que cuando lo alcanzara le partiría los dientes. Aunque estaba agotado, aún podía darle dos o tres buenos puñetazos, pero...

«Mierda, no».

Me di cuenta de sus intenciones nada más ver que se lanzaba hacia la carretera. Había mucho tráfico, aunque los coches, autobuses y camiones habían aminorado un tanto la velocidad debido a la fuerte lluvia, circunstancia que ahora favorecía al tipo.

Adiós a mi suerte, pensé cuando una escúter apareció en escena. El de las rastas se metió en la calzada, plantándose delante de la motocicleta, y entonces sucedió lo inevitable. Para evitar el choque, la motorista se desplazó hacia la derecha y al hacerlo patinó, también porque el desconocido se agarró al manillar de la motocicleta. La mujer abrió los ojos, desconcertada, en los labios sin duda una imprecación: «¡Capullo de mierda!». Acto seguido salió despedida hacia delante, los brazos extendidos para amortiguar la caída.

Todo sucedió tan deprisa que ni siquiera vi cómo se subió el tipo a la escúter, con la que ahora zigzagueaba entre el tráfico.

—¡Nooooo! —grité.

Dos o tres coches se detuvieron, bloqueando el carril derecho, un hombre trajeado se apeó para ayudar a la mujer, que, sin embargo, ya se había puesto en pie y se estaba quitando el casco.

—¿Se encuentra bien? —le preguntaba la gente—. ¿Está bien? Lo hemos visto todo. —Las voces sonaban apagadas, como el sonido de fondo de un televisor cuando uno está medio dormido.

«Eso no se hace», pensé con amargura y en los ojos lágrimas de desesperación. Alguien tocó la bocina, pero yo ni me planteé quitarme de en medio, ahora que el camino que me separaba de mi hija de pronto parecía mucho más largo que antes. No reaccioné ni siquiera cuando oí el claxon por tercera vez; solo cuando Cosmo estuvo a punto de embestirme me volví hacia él.

—Vamos, vamos, sube —me ordenó a voz en grito desde el furgón gris. Tenía el morro abollado, al igual que las puertas traseras, con grandes rasguños en la pintura. No era muy difícil imaginar cómo había logrado abrirse paso Cosmo hasta el lugar del accidente.

Me abrió la puerta del acompañante y salió disparado antes incluso de que me sentara.

—Ahí delante, en una Vespa —dije casi sin aliento. Cerré un instante los ojos, escuchando mi propia respiración e intentando apaciguar el zumbido de los oídos y los latidos desahorados del pecho—. Pisa el acelerador —dije aún con los ojos cerrados, ya que notaba que apenas nos movíamos más que un coche normal en hora punta. Después de mi esprint, que me había dejado fundido, lo lógico era que Cosmo acortase metiéndose por la acera, o que por lo menos zigzagueara aprovechando cualquier hueco para cambiar de carril.

Pero ahora me pareció que incluso frenábamos.

Abrí los ojos: así era.

Tras girar a la derecha, Cosmo entró en el aparcamiento de un mayorista de vinos y licores y paró.

—¡Se nos va a escapar! ¿Te has vuelto tonto? —le espeté enfadado, y me extrañó que él me lanzara una mirada asesina.

—Creo que soy yo quien debería hacerte esa pregunta —contestó.

Viola Gohrmann

¿El cuchillo? ¿La pistola? ¿O mejor las esposas?

Viola Gohrmann debía elegir entre la violencia pura y dura y la astucia creativa, y lo antes posible.

Se inclinaba por acoplar el silenciador a la Heckler & Koch para acabar deprisa con aquella calamitosa situación. Hasta el momento los planes supuestamente inteligentes, a poder ser no violentos, de los que se decían sus «jefes» habían sido un fiasco, pero ¿qué se podía esperar cuando unos delincuentes de pega jugaban a ser James Bond?

Eran niños. Cerebritos, frikis de la tecnología, pero no hombres, como se podía deducir de los ridículos nombres en clave que se habían puesto: Fish y Spook; menuda estupidez.

A diferencia de esos *nerds*, a ella al menos le había enseñado a disparar su padre, de pequeña, cuando se la llevaba de caza. Desde luego no era la mejor tiradora del mundo, pero podía acertar a un ciervo a trescientos metros, así que el blanco de ahora no debería suponer ningún problema.

Sobre todo ahora que el coche se había parado y ella solo tenía que descorrer la ventanilla.

«Bang. Bang».

Dos balazos en la nuca. Todo sucedería tan deprisa que a esos dos solo les llamaría la atención un instante lo que salpicaba de pronto el parabrisas por dentro, y habrían muerto antes de comprender que esa cosa blanquecina eran sus sesos.

Como solía decirse, no sabrían por dónde iban los tiros.

Ni el imbécil que conducía el furgón ni su hermano.

«Menudos aficionados».

¿Quién robaba una furgoneta de reparto sin echar un vistazo a la parte trasera?

Max

—Esto estaba en el salpicadero —informó Cosmo pasándome una carpeta DIN-A4 marrón, de un dedo de grosor, en cuya primera hoja, de papel reciclado, se leía mi nombre. En diagonal, con impresión láser y letras mayúsculas.

La abrí y clavé la vista en mi cara.

Debían de haber tomado la foto el día anterior, a escondidas, posiblemente desde el vehículo en que nos encontrábamos. Era yo después de la conversación que había mantenido con la señora Jasper y la directora delante del colegio Wald, cuando le abría a Jola la puerta del escarabajo para que pasara al asiento de atrás, echando hacia delante el respaldo del asiento del conductor.

—¿Cuánto tiempo me han estado vigilando esos cerdos? —resoplé.

—Mucho. —De nuevo esa mirada furiosa, como si todo fuese culpa mía.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Lo vas a ver ahora mismo.

Empecé a pasar hojas y encontré otra foto mía, esta vez de tiempos mejores, cuando todavía no estaba tan fatigado y consumido. Sin embargo, verla me hizo sentir fatal.

—Es un montaje —afirmé.

—¿Ah, sí?

—¡Pues claro!

Arranqué el papel, asqueado, y se lo puse delante de las narices.

—¿De verdad crees que me meto en esas páginas web?

Él se encogió de hombros.

—Dímelo tú.

—¿Una página de fetichismo? Vamos, no me fastidies. Alguien ha utilizado mi foto para este perfil. O ha abierto una cuenta falsa con mi nombre.

—¿Y ha subido fotos de Jola?

—¿Qué dices?

Cosmo me indicó que abriera la carpeta por la mitad y, en efecto, encontré varios chats supuestamente míos en los que me explayaba contando fantasías secretas con mi hija. Ya solo echar un vistazo a lo que decía me puso enfermo. Pero lo peor era que junto a las repugnantes frases había fotografías de mi hija, que debían de haber salido de mi álbum de fotos. Jola con dos años en la bañera; con tres en su primera bicicleta; con seis en una función del colegio, haciendo de Blancanieves.

—¿De quién son estas fotos personales, si no son tuyas? —quiso saber Cosmo, con razón.

—No lo sé.

El álbum estaba en mi despacho. Aparte de la mía solo había otra llave, y la tenía Kim. Algunas fotos las había tomado a la antigua, con una cámara analógica, pero después las había digitalizado todas. No me gustaba nada ver fotografías de niños en Facebook, y tampoco subía fotos a ninguna otra parte.

Fui pasando las demás hojas de la carpeta, horrorizado, las fotos eran cada vez más explícitas. Ya no se veía a Jola, sino a niños de distintas edades y color de piel, todos en poses extremas. Y todas acompañadas de comentarios lascivos y perversos hechos por un hombre que utilizaba mi foto de perfil. En una ponía: «A esta me gustaría tirármela en mi bungalow. Acabo de alquilar uno y lo he insonorizado».

Cerré la carpeta. Parpadeé con furia y, apretando los puños, intenté reprimir las náuseas.

—¿Crees que soy un perverso? —le pregunté a mi hermano—. ¿Precisamente tú?

Él se encogió de hombros, la mirada aún furibunda. También tenía los puños apretados, lo cual me cabreó todavía más. Primero las falsas acusaciones y ahora, encima, este gesto hipócrita de superioridad.

—¿Cómo te atreves a atribuirme tus propias perversiones?

—Te equivocas, hermanito —repuso, rechinando los dientes—. No estoy enfadado contigo, tío.

—¿Entonces?

—Estoy enfadado con el que nos la ha jugado así. Si pudiera lo... —Se interrumpió y parpadeó como alertado por algo.

—¿Tú también lo has oído? —musité con la garganta seca.

No menos nervioso que yo, mi hermano asintió.

Detrás, en la caja, algo había caído al suelo.

Me llevé un dedo a los labios y dije con tranquilidad, como si no hubiera pasado nada:

—Anda, Cosmo, baja y cálmate un poco, ¿quieres?

Encendí la radio y puse la música alta. Las melancólicas notas de Adele inundaron la cabina. Habría preferido Rammstein, pero eso también valía.

Con sigilo, comunicándonos únicamente con la mirada, abrimos la puerta y bajamos del furgón.

Una vez ante las puertas traseras, nos miramos sin saber qué hacer. El tráfico metía tanto ruido que probablemente hubiésemos podido hablar con normalidad, pero no queríamos correr ningún riesgo.

Señalé las puertas e hice como si fuera a abrirlas de golpe.

Cosmo me indicó por señas que estaba loco y, a continuación, que debíamos poner pies en polvorosa de inmediato.

Sacudí la cabeza. Quienquiera que estuviese escondido allí dentro podría saber dónde estaba Jola. Era una oportunidad que no podía dejar pasar.

Miré alrededor y vi un montón de basura en un extremo del aparcamiento, a todas luces un vertedero que no debía estar ahí. Y se me ocurrió buscar algo que pudiera utilizar como arma.

Cuanto más me acercaba a la basura, tanto más fuerte era la peste a orina; vi excrementos humanos y condones usados en el asfalto. Eché una ojeada rápida para asegurarme de que detrás de un sofá vuelto no dormía ningún vagabundo y cogí una barra de metal. Probablemente era parte de un perchero. Con el gancho que tenía en un extremo era un arma casi perfecta. Sobre todo contando con el factor sorpresa de mi lado.

El plan, del que informé a Cosmo gesticulando, preveía que él volviera a subir al furgón y, una vez dentro, se pusiera a dar golpes en la mampara que separaba la cabina de la caja. Un segundo después yo abriría de sopetón la puerta trasera y me abalanzaría sobre nuestro misterioso polizón, que con suerte estaría distraído por los golpes.

Tras una breve y muda protesta mi hermano obedeció y se sentó al volante de la furgoneta.

Yo puse la mano en el portón, rogando que no estuviera cerrado, y empecé a contar para mí: «Uno, dos, tres...». Antes de llegar a cuatro oí los porrazos allí delante, y el vehículo entero tembló.

Abrí la puerta, la barra en la mano izquierda, y cuando se encendió la luz del

interior, me abalancé pegando gritos.

Al hacerlo me di en la rodilla con una caja de metal que se interpuso en mi camino, pero no sentí nada, ni dolor ni miedo, en ese momento posiblemente no me hubiera detenido ni siquiera una bala.

Pero sí me detuvo su mirada.

Se clavó en mí poco antes de que fuera demasiado tarde. Me di cuenta justo a tiempo de lo que tenía delante y conseguí desviar el golpe y, en lugar de en su cabeza, clavé el gancho en el lateral metálico.

—¡Maldición! —bramé, temblando debido a la descarga de adrenalina—. ¿Qué demonios está haciendo aquí?

Sentada en el suelo había una mujer de unos treinta años, los oscuros ojos abiertos como platos.

—¡No me pegue, por favor! —suplicó mientras me enseñaba las manos, esposadas.

Kim

Kim dio las gracias por el asiento que le ofrecieron, pero prefirió seguir de pie y echar un tranquilo vistazo al despacho de la Potsdamer Platz, al que la hicieron pasar nada más llegar.

No había estado en muchos bufetes de abogados, y nunca en el despacho del socio presidente de una gran firma, pero le costaba imaginar que en este planeta hubiera otro abogado que hubiese dispuesto su lugar de trabajo como Toffi.

El sobre de su mesa era un dibujo de cómic, protegido por un cristal, de un Palacio de Justicia botando sobre dos carritos de la compra tirados por animales.

A decir verdad, la ubicación de la mesa era buena: todo el que entrara podría disfrutar de unas imponentes vistas del Reichstag y la Puerta de Brandeburgo, de no estar estos tapados en parte por un cuadro enorme, torcido, que invadía la ventana y en el que aparecían varios políticos importantes sentados en fila en un retrete.

—¿Agua? ¿Café?

—¿Podría ser un *gin-tonic*? —Kim se dirigió hacia la pared lateral del despacho, taconeando por el parqué.

En lugar de los habituales certificados y diplomas ostentosos, Toffi tenía enmarcada una docena de cartas de rechazo. Solicitudes en que ofrecía sus servicios a prestigiosos bufetes que habían sido respondidas con una negativa y, al final, lo habían motivado a fundar su propia firma. Algunos abogados que en su día lo habían rechazado ahora trabajaban para él. De ser cierto el rumor, eran los únicos que debían ir trajeados incluso los sábados.

—Y bien, ¿qué has averiguado? —preguntó Kim después de que Toffi le dijera que en su despacho no había alcohol. Se fue a sentar, los asientos, una hilera de butacas de cine frente a la cual había dos sillones de avión (uno de clase *business* y otro de turista)—. ¿Cuál es esa pista que al parecer tienes, Toffi? —Se sentó en el asiento de piel de clase *business* y se alisó la falda mientras él permanecía de pie y le ofrecía un vaso de agua del grifo.

—¿Conoces la regla del ochenta por ciento?

Ella hizo un gesto negativo.

—Muchos lo consideran un cliché, pero si preguntas a cualquier policía te dirá que en el ochenta por ciento de los delitos violentos el autor forma parte del círculo de allegados.

Kim enarcó las cejas.

—Pero ¿no decías antes que no crees que Max haya secuestrado a Jola, sino que alguien lo ha obligado a perder los nervios de esa manera?

—Sí, y lo mantengo.

Ella bebió un sorbo de agua.

—Pues entonces no entiendo qué quieres decirme.

—Es muy sencillo: no estoy hablando de Max, sino de ti.

—Tú crees que... —Ella se señaló y soltó una risotada estridente.

—No soy el único que sospecha de ti. Creo que la policía tampoco tardará mucho en saber lo que ha averiguado mi gente.

—¿Que es...?

—Que ayer no viniste de Newark. Que no tuviste ningún vuelo. He comprobado tu horario.

—¿Y? —Tragó la espesa saliva que se le había acumulado en la boca.

—Según la regla del ochenta por ciento, eso te convierte en sospechosa, cariño.

—Eso es absurdo.

El abogado asintió, como si esperara esa respuesta.

—Mírame, por favor. ¿Alguna vez te has preguntado por qué mi novia parece una modelo de Victoria's Secret aunque yo soy más bien una mezcla del jorobado de Notre Dame y Tyrion Lennister?

—¿Por el dinero?

—Vaya, vaya. —Toffi se dio unos toquécitos en la frente—. Por esta cabecita, cielo. Olfato o empatía. Llámalo como quieras, pero sé interpretar las emociones. Sé de qué pie cojean las personas, y eso me ayuda tanto en la sala del tribunal como en la cama con una mujer guapa. Y me ayuda a ver si una madre que al parecer se ha llevado un susto de muerte finge tener miedo y estar desesperada, como hiciste tú en el hospital, junto a la cama de tu marido.

Kim revolvió los ojos. Un hombre distinto, pero los mismos reproches.

—O sea, que si no lloro soy sospechosa, ¿es eso?

Toffi esbozó una sonrisa burlona.

—No; solo fingías la rabia y la desesperación, y eso me desconcertó. Como también el hecho de que no pararas de mirar el móvil y de que después de una llamada larga, para la que saliste de la habitación, quisieras irte a casa. Cualquier otra madre habría atosigado a preguntas a la policía para saber qué pensaba hacer y me habría pedido a mí que hiciera todo lo que estuviese en mi mano para encontrar a Jola.

—Pero yo no soy como cualquier otra madre.

—A eso me refería.

«Pero ¿quién coño se cree que es este tío?».

Kim bebió un largo trago del vaso, que le habría gustado tirarle a la cabeza a aquel enano.

—Así que crees conocer a las mujeres, ¿eh? Pues te diré una cosa, profesor Engreído: no temo por Jola. Sí, es cierto. Y me siento mal por ello. Como una madre que después de tener a su hijo no quiere cogerlo en brazos. Sé que está mal, pero no

puedo ir contra mi naturaleza. —Mientras hablaba, se le cayó algo de agua encima—. Yo no quería hijos, Toffi. Fue idea de Max. No tengo instinto maternal ni su síndrome del salvador. Él fue el responsable de que acogiéramos a Jola.

—Preferías seguir siendo independiente. —Toffi asintió.

—Una vez más te equivocas: no quería tener miedos. ¿Sabes lo que son los hijos? Preocupaciones, miles, millones de preocupaciones. Que se asfixien mientras duermen, que se ahoguen cuando nadan, que los atropelle un borracho o les peguen una puñalada en el metro. Yo no quería preocupaciones. No quería tener que esperar en Urgencias a que apareciera un médico que se encogiese de hombros. No quería que me llamaran para que fuera a un lago cuya capa de hielo se ha roto. Y aún menos quería tener que esperar una llamada de la policía para informarme de que por fin han encontrado a mi hija, que estaba en manos de un perverso. ¿Lo entiendes?

Toffi seguía imperturbable.

—¿Lo entiendes?! —gritó Kim, con lágrimas en los ojos.

—¿Dónde estuviste ayer por la tarde? —preguntó él sin inmutarse.

—¿Sabes qué? Que te den.

—¿Dónde?

Ella se puso de pie.

—¿Quieres que admita que estaba follando con otro hombre? Pues sí, también admito eso. Tengo una aventura. Y no es ningún secreto, pregúntaselo a nuestro terapeuta. Y sí, también es un motivo por el que a lo largo de los años me he distanciado de Jola. Durante mucho tiempo ella fue lo único que me mantuvo unida a ese perdedor.

—Y ahora es un mal acuerdo prenupcial, ¿no es así? ¿A quién le gusta pagar una pensión? —añadió Toffi con fingido pesar.

Kim esbozó una sonrisa de asco. «Menudo capullo engreído».

—¿Alguna cosa más?

—Sí. —El abogado fue hasta su mesa y cogió un lápiz—. La dirección y el nombre.

—¿De quién?

—De tu juguetito sexual, Kim. Lo siento, pero teniendo en cuenta lo bien que mientes, será mejor que compruebe tu coartada.

Max

—¿Quién es usted? —le pregunté.

Cosmo, que también había subido a la trasera, había cerrado las puertas. A la tenue luz interior la mujer me recordó a Kim, solo que con el pelo oscuro. Delgada como ella, prácticamente sin ninguna arruga, a excepción de los hoyuelos de las mejillas. Incluso el chándal, que brillaba como si fuese de seda, podría estar en el armario de mi mujer. Las semejanzas solo acababan en las sólidas botas militares.

—Por favor, ¡ayúdenme! —rogó—. Me han secuestrado.

—¿Quién?

La mujer sacudió la cabeza.

—No lo sé. Entraron en casa a la fuerza, me durmieron y se me llevaron. Acabo de despertar.

—¿Entraron, en plural?

Nuevo cabeceo.

—Un hombre, una mujer o varias personas. No lo sé. No recuerdo nada. —Estaba sentada en un catre abatido, la espalda contra la mampara, y me señalaba al pecho con las manos esposadas—. Ahí detrás hay una caja. Quizás haya herramientas.

Me volví. Cosmo, que estaba más cerca de la caja de metal verde oliva, ya había abierto el cacharro contra el que me había dado yo y silbaba.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí?

—¡Dios mío! —La mujer abrió mucho los ojos al ver la pistola que mi hermano sacó de la caja—. Querían matarme —jadeó.

—Es posible.

Le cogí los brazos para ver las esposas. Tenía las muñecas delgadas, pero habían apretado a base de bien las esposas, así que era imposible que pudiese liberarse ella sola.

—Mira a ver si hay alguna cosa aparte de la pistola con la que podamos quitarle esto —le pedí a Cosmo.

—Buena idea. —La mujer me sonrió. Los dientes le brillaban como si acabase de hacerse una limpieza bucal.

—¿Cómo se llama? —le pregunté mientras Cosmo seguía revolviendo en la caja.

—Sandra —repuso, y de pronto volvió a abrir los ojos como platos, como si se le hubiese ocurrido una idea espantosa. Miró a mi hermano—. Ustedes no trabajan para ellos, ¿no?

—Sandra ¿qué? —inquirió Cosmo, impasible.

Ella tragó saliva.

—Oschatzky.

Pensé que había oído mal.

—¿Como Harald Oschatzky, el psiquiatra?

Tuve la sensación de que un ejército de hormigas me recorría la espalda, y me entraron ganas de rascarme.

La mujer asintió con vehemencia.

—Es mi padre, sí. ¿Eso que tiene en la mano es una llave?

Cosmo se inclinó hacia ella y asintió:

—Sí, la he encontrado en la caja de las sorpresas, entre un cuchillo y otras herramientas. Qué casualidad, ¿no?

—¿Qué quiere decir? —Sandra me miró desconcertada—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Que no se fía de usted —contesté, y con una mirada le di a entender a mi hermano que yo también recelaba—. ¿Te refieres a que tiene demasiada buena pinta?

Cosmo hizo un gesto afirmativo.

—El pelo limpio, solo un poco alborotado, como si se lo hubiera revuelto ella misma de prisa y corriendo. El maquillaje parece reciente, no llora, no se le ha corrido el lápiz de ojos...

La mujer resopló indignada.

—Escuchad, que no sea una llorona no significa que esté mintiendo.

—Y que nosotros tengamos pinta de vagabundos no significa que lo seamos —replicó Cosmo.

Ella respiró hondo y nos miró alternativamente a uno y otro.

—¡Pero bueno! ¿Cómo me iba a esposar yo misma?

—Ni idea —le dije—. Pero ya lo averiguaremos.

—Buena idea, llamad a la policía.

—No.

—¿No? —Su voz revoloteó como el aleteo de un colibrí.

—No —repetí—. Si de verdad eres la hija de ese psiquiatra, nos llevarás hasta él.

Frida

Su coche estaba desde hacía ya casi una hora en el aparcamiento del McDonald's de la esquina de Wrangelstrasse y Skalitzer Strasse, al que había llegado con la gasolina que le quedaba, y Frida seguía agarrando el volante con fuerza, como si su vida dependiera de ello. El *shock* la había dejado fría por dentro en un primer momento, pero ahora tenía la frente perlada de sudor.

Antes, cuando leía una novela policiaca siempre le hacía gracia que alguien se quedara «petrificado de miedo». Ahora sabía lo que significaba.

Desde un punto de vista puramente lógico sabía lo que tenía que hacer a continuación: ir a la policía, interponer la correspondiente denuncia, llamar para bloquear el móvil (que ese cerdo no le había devuelto), informar a su jefe de por qué ese día no se recibiría ningún paquete y, por último, irse a casa, meter la cabeza bajo las mantas y esperar a que fuera otro día. «Más o menos».

Aunque tenía claros los pasos, se sentía incapaz de darlos. Se hallaba en estado de *shock*, también este un concepto que antes le arrancaba una sonrisa y cuyo significado entendía mucho mejor ahora. Cuando todavía se hallaba en manos de aquellos dos psicópatas, la cosa no era tan mala. No tenía el corazón acelerado, ni las manos húmedas, ni la boca seca. Solo ahora iba siendo consciente poco a poco del peligro que había corrido. Ahora que ya no se sentía amenazada, tenía palpitaciones y el mal sabor de boca era mayor.

«E incluso oigo voces. Me estoy volviendo loca, como mi secuestrador».

Y eso que era más un murmullo que voces, un siseo similar al sonido que a veces, por la noche, estaba a punto de volverla loca cuando creía que un mosquito le zumbaba junto al oído o que la calefacción tenía una válvula floja. En realidad era una botella de agua mal cerrada que tenía en la mesilla de noche, de la que, aunque apenas se oía, no paraba de salir gas. El murmullo que escuchaba ahora también parecía un termo mal cerrado.

«O música que sale de un auricular, solo que mucho más baja».

Contuvo la respiración, ladeó la cabeza y detrás de ella el sonido cobró intensidad.

Soltó de mala gana el volante y se volvió. Al mirar el asiento trasero, sus ojos se detuvieron un instante en la granada de pega («vaya, hombre, así que eso sigue en mi coche»), un motivo más para ir a la policía. Después miró abajo, detrás del asiento del acompañante. Y lo vio.

El origen del siseo era un objeto de plástico plateado no mayor que una moneda de cinco céntimos.

«¡Claro!».

Era lo que tenía el chalado en la oreja. Debía de haberlo perdido al bajarse del coche.

El pinganillo plateado vibraba suavemente cuando Frida se inclinó hacia él. Con miedo, pero también con curiosidad, se lo acercó a la oreja. No quería metérselo dentro, le daba demasiado asco llevar tan pegado al cuerpo algo que un loco había utilizado, pero también de ese modo podía oír la voz que salía del aparatito.

«¿Hola? ¿Papá? —decía una niña—. ¿Hola? Por favor, ayúdame. Ya no aguanto más».

Max

De todos los salones deprimentes que había visto a lo largo de mi carrera de reportero, la habitación en la que nos encontrábamos en ese momento ocupaba uno de los primeros tristes puestos.

Y eso que se hallaba en una vivienda unifamiliar de Biesdorf que por fuera parecía de lo más agradable, al final de un callejón sin salida, una calle empedrada con adoquines y poco transitada. La sucia fachada llevaba años pidiendo a gritos una mano de pintura, a las tejas habría que quitarles el verdín, y la chimenea de ladrillo refractario estaba torcida, pero en Berlín a esto se le llamaba «pátina» y, junto con la parra que recubría la parte superior de la puerta, le proporcionaba el encanto melancólico de una construcción de los años treinta.

En cambio, pátina, confort y encanto no eran lo que a uno le venía a la cabeza al ver el interior. Más bien dolor, desesperación y muerte.

Dejamos a la mujer que se hacía llamar Sandra Oschatzky en el furgón, que aparcamos delante de la casa, las manos afianzadas adicionalmente con una brida, por si se había esposado ella misma y había escondido en el vehículo lo necesario para soltarse.

El hecho de que alegara no tener una llave de la casa de su padre podía ser verdad, pero no la hacía precisamente digna de confianza.

Como fuera, nos había llevado a la dirección correcta, y tras abrir la algo podrida puerta de la terraza que daba al jardín nos vimos en el salón de Harald Oschatzky.

Fue como si me hubieran helado los huesos. Y al ver al profesor, el frío me subió de los pies a la cabeza.

—¿Qué es esto? —dijo Cosmo, a quien el terrible espectáculo le chocó tanto como a mí.

Y eso que la mujer nos lo había advertido.

—No podrán hablar con él. Mi padre tiene cáncer de pulmón en estado terminal. Y metástasis en el cerebro.

—Y ¿cómo es que no está en un hospital? —Puse en duda sus palabras.

—Porque cuando montó su consulta y se hizo autónomo, hace años, dejó de pagar el seguro médico. Para ahorrar dinero. El muy tonto pensó que nunca se pondría enfermo. Y ahora, después de cuatro años de quimio, operaciones y radio, está en las últimas. Económica y físicamente. Ya lo verán.

¡Vaya si lo estábamos viendo!

El profesor Oschatzky, o lo que quedaba de él, estaba tendido en el suelo, en un charco que olía a sangre y vómito. Respiraba con dificultad, así que aún vivía, pero el

esqueleto que dejaba ver la camisa de dormir, que se le había subido, no parecía el de un adulto; más bien el de un niño famélico.

Gemía y tenía los ojos cerrados. Ni siquiera se había dado cuenta de nuestra presencia. A su lado, un gotero que se había caído parecía seguir unido a una vía en el brazo derecho por medio de un tubo transparente.

Levanté el gotero, poniendo cuidado en que no se le saliera la vía.

—¿A la de tres? —pregunté a mi hermano, que asintió.

Tenía miedo de que los huesos del psiquiatra se rompieran como cristal al tocarlo, pero no podíamos dejarlo en el suelo, así que lo llevamos a la cama, de la que al parecer se había caído.

Pesaba menos que Jola, no mucho más que *Tripps*.

Cosmo encendió la lámpara de la mesilla de noche para tener algo más de luz que la del mortecino sol de la tarde después de ser filtrado por las gruesas y apolilladas cortinas de hilo.

—Hola. ¿El profesor Oschatzky? ¿Me oye usted?

Le toqué el brazo con la esperanza de que abriera los ojos, pero sus dolores parecían demasiado fuertes. Apretaba los ojos con desesperación, como si temiese quedarse ciego si sus pupilas recibían luz aunque fuese solo un segundo.

Respiraba entrecortadamente y, al igual que el salón, olía a podredumbre y piel rancia.

—Qué curioso —comentó Cosmo, que había estado echando un vistazo a la habitación.

—¿Qué?

—La cama.

Di un paso atrás y supe lo que quería decir. Los escasos muebles del salón eran viejos y estaban destartados, pero la cama de Oschatzky era una articulada eléctrica, ultramoderna.

—Y mira esto.

Mi hermano se había acercado al mueble de madera de nogal oscura que ocupaba toda la pared divisoria de la habitación contigua, con estantes protegidos por un cristal oscuro. Había abierto una de las vitrinas y señalaba su contenido.

Allí donde antes posiblemente había libros, jarrones o recuerdos de viajes, ahora se acumulaban medicamentos, jeringuillas, guantes desechables y otros artículos médicos.

Eché una ojeada a la bolsa del gotero.

—Es morfina —confirmé.

Casi en el mismo instante oí un clic, como si se encendiera una luz.

—Para ser alguien que supuestamente está sin blanca anda bien surtido. —Cosmo abrió un cajón también lleno de medicamentos.

—Ahora ya sabes en qué ha invertido el dinero del informe.

Volví a oír el clic y Oschatzky abrió un ojo. Al mirarnos, supe de dónde provenía

el sonido: el viejo tenía en la mano un mando a distancia con el que dosificaba la morfina. Yo había oído hablar de él cuando me documentaba sobre el cáncer de uno de mis personajes.

—Hola —lo saludé—. No tenga miedo, soy...

—... sé quién es usted —dijo él, lanzando un ay.

Clic.

—Redactó usted el informe sobre los padres biológicos de mi hija de acogida.

—Jola.

Clic. Clic.

—Sí, Jola.

El psiquiatra abrió el otro ojo.

—¿Sigue viva?

Sus ojos tenían el color de la yema de huevo sucia. La quimio no solo había acabado con su pelo, sino que también le había destrozado el hígado.

—No lo sé —admití—. Eso espero...

—¿Qué ha hecho? —me interrumpió con inusitada dureza.

—¿Yo? Nada. La secuestraron.

—Cerdo pervertido.

Cosmo se volvió hacia nosotros, igual de sorprendido que yo por la fuerza que destilaba la voz con que el moribundo me insultaba. Tuve un *déjà-vu* y recordé al quemado del Westend.

«No infrinja la ley».

—Escúcheme bien, se equivoca usted. No tengo nada que ver con la desaparición de Jola. Creo que los responsables fueron los mismos que le pagaron a usted.

—Unas buenas personas.

Clic. Clic. Clic.

Oschatzky, agotado, volvió a cerrar los ojos, y por un instante pareció en paz, hasta que sufrió un espasmo y escupió literalmente estas palabras:

—A diferencia de usted, que es un demonio. Escoria.

Le salía baba de la boca, y mientras yo observaba el hilo que le caía del mentón al hundido pecho, oí que un coche se detenía ante la casa.

Miré hacia la ventana. Luego a Cosmo, que se encogió de hombros, y al anciano, que consiguió esbozar una especie de sonrisa diabólica.

Clic.

Por último miré el gotero, cuyo líquido no había bajado ni un milímetro en los últimos segundos, y me di cuenta del error que había cometido.

«Lo que tiene en la mano no es para la morfina...».

La puerta principal se abrió de golpe y oí que unas botas pesadas avanzaban con firmeza por el vestíbulo.

«... ¡sino un pulsador de emergencia!».

Cosmo se volvió hacia la salida trasera, pero de ahí también venían pasos. No

teníamos escapatoria.

El móvil me sonó con un tono curioso, que desconocía. Lo cogí como en trance, sin pensar que no era el momento más adecuado para hablar por teléfono, ahora que dos policías uniformados de negro irrumpían en el salón.

—Tu hija —oí decir a una voz que me resultó vagamente conocida—. Jola —añadió.

—¿Qué le pasa a mi hija? —pregunté, y reconocí la voz. El párpado me tembló y durante un segundo presentí lo peor que puede pasarle a un padre: la certeza de recibir la noticia de que su hijo ha muerto. Pero a continuación, poco antes de que los encapuchados me obligaran a dejar el teléfono en el suelo con los brazos extendidos, poco antes de que a Cosmo y a mí nos registraran con movimientos certeros y nos esposaran, oí decir a Frida:

—Menos mal que me robaste el móvil, de lo contrario no habría podido dar contigo. He hablado con Jola. Quizá podamos encontrarla.

James

—¿Cómo ha podido pasar?!

El arrebató de ira de James resonó por el teléfono vía satélite como el primer trueno de una tormenta de verano al final de un día de calor sofocante.

—Ni idea, en la cabaña había bidones de gasolina o productos químicos escondidos...

—¿Ni idea? ¡¿Ni idea?! —Hacía cinco años que se conocían, y nunca antes había gritado a Vigo así—. Ese «ni idea» tuyo nos puede costar miles de millones. —«Y mandar a la cárcel. Como poco».

James cerró la puerta que separaba el despacho del salón de su apartamento de Zehlendorf, en la calle Clayallee, aunque probablemente diera lo mismo. Joy, que se había quedado dormida en el salón con el iPad (*Frozen: El reino del hielo*), seguro que ya estaba completamente despierta, pues hacía un instante él se había puesto a chillar como la espantosa criatura de nieve de la película.

—Bigvoice solo tenía que quemar la choza. Dime, ¿cómo se puede pifiar eso? —preguntó James, bajando la voz.

—Como ya te he dicho, debajo de la cabaña debía de haber almacenado algo que desconocíamos. Productos químicos, armas, qué sé yo. Saltó por los aires cuando le prendió fuego, y por lo visto la niña tenía un ángel de la guarda.

Vigo lanzó un suspiro. James se sentó en una de las cajas de la mudanza, que al día siguiente por la mañana la empresa iría a recoger para enviar a Sídney. A él y Joy les esperaba el jet privado que los llevaría a Madeira esa misma tarde.

—Lo quiero oír —le ordenó a Vigo, y su adlátere obedeció y le puso la grabación del mensaje que habían interceptado hacía diez minutos.

«¿Hola? ¿Papá? —decía la niña—. ¿Hola? Por favor, ayúdame. Ya no aguanto más».

«Hola, eh... hola. ¿Quién eres?».

«Soy... Pero ¿quién eres tú? Quiero hablar con mi padre».

«Ah, ya... Entonces eres... ¿Jola?».

«¿Cómo sabes mi nombre?».

«Tu padre me ha hablado de ti».

—Para —ordenó James—. ¿Quién es esa mujer?

—Frida Blum. Es la mensajera a la que Max tomó de rehén esta mañana.

—Y ¿cómo es que tiene un transmisor que debería estar en la oreja de nuestro títere?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Probablemente lo perdió en el coche de la chica...

—¿Que lo perdió?! —James saltó de nuevo—. Solo estoy rodeado de idiotas. El uno no es capaz de utilizar una cerilla y el otro tira a la basura la única vía de contacto con su hija.

Se acercó a la ventana, que le ofrecía una vista horrible: una obra justo al lado de la estación de metro Oskar-Helene-Heim, un hospital que había sido derribado hacía tiempo.

Y eso que Zehlendorf era el elegante barrio de los ricos, según le dijeron cuando se fue a vivir ahí. ¡Y una porra! De haber sido por él, habría preferido quedarse en la avenida Ku'damm o en la Friedrichstrasse, pero sus socios insistieron en que se llevara a Berlín a la mejor de las tapaderas: Joy. Ni en sueños se le ocurriría a nadie que un padre con una hija a su cargo y un traje a medida estaba a punto de revolucionar el mundo de la delincuencia, y por amor a Joy se había instalado en una zona verde de las afueras que tenía el mayor número de parques infantiles.

—Vale, continúa —pidió James, y escuchó el resto del mensaje, en el que Frida primero preguntaba qué le había pasado a Jola.

«Me secuestraron, y de pronto había fuego y luego hubo una explosión. Varias explosiones. Me quiero ir a casa».

«Ya, te entiendo».

«¿Dónde está mi padre?».

«Está... ahora mismo no está aquí. Pero sé dónde encontrarlo —aseguró Frida, aunque no parecía muy convencida—. ¿Dónde estás tú?».

«Ni idea. En un bosque».

«¿Estás sola?».

«No. También está el hombre. El que me secuestró».

«¿Dónde? ¿Dónde está, pequeña? ¿Te puedes esconder?».

«Ya no hace falta. Está muerto».

«¿Muerto?».

«Se pegó un tiro».

«¿Él mismo?».

Frida hizo la misma pregunta que el boquiabierto James Edwards cuando Vigo se lo contó al principio de la llamada.

«Sí, con su pistola. Pensé que venía a por mí, pero luego se metió la pistola en la boca... —A Jola se le quebró la voz. Sollozaba. Lo siguiente apenas se entendía, y no solo debido a la mala calidad de la grabación—. Me acerqué a él, pero ya estaba... —Más sollozos—. Creo que estaba paralizado. En parte. Las piedras que tenía en la espalda...».

«Chsss, chsss... ya pasó», oyó James que tranquilizaba la tal Frida a la niña, que en realidad debía estar muerta hacía horas.

Maldijo en silencio. El plan era tan sencillo, tan infalible... ¿y ahora? James ya se olía que ese idiota mudo no era una buena elección. B.V. nunca había matado a un niño, lo había dicho él mismo, y además era demasiado joven, pero ¿qué sabía él de

asesinos a sueldo? Trabajaba en el sector de las comunicaciones, no para la mafia. Todo era culpa de Vigo. James jamás habría escogido a Bigvoice, un blandengue que por unas vértebras rotas prefería matarse a tomarse unas aspirinas y sentarse en una silla de ruedas como un hombre de verdad. Pero bueno, «*shit happens*», y todavía no era demasiado tarde. Todavía no había ningún motivo para suspender la reunión con los compradores, ni para dar por perdidos los cientos de millones anuales. Pero... no se podían permitir un solo error más. Al contrario, ahora lo primero que tenían que hacer era limpiar, solucionar el desaguinado y subsanar todos los errores, y eso sería más complicado que el plan original.

—No está todo perdido. —Vigo intentó ganar puntos de nuevo.

—No, pero ya no estoy tranquilo.

—A Max lo han cogido, pero me temo que sospechan que yo podría ser un topo.

—Estupendo, ¿sabes a qué me suena eso? Al chiste del obrero que se cae del andamio, pero se queda colgando de un cuarto piso con el ojo enganchado en un clavo, y dice que ha tenido suerte dentro de lo que cabe. —James volvió a soltar un improperio por teléfono y añadió—: Ahora no quiero saber nada más de ese puerco, lo que quiero es que solucionemos nuestro problema inicial con su hija. ¿Hay más mensaje?

Vigo dijo que sí y reanudó el archivo de audio.

«Escucha, Jola, ahora cuelga y marca el 110...».

«¡No puedo!».

«¿No puedes?».

«Esto no es un teléfono, solo es una radio. La llevaba ese hombre en el cinturón. Creo que con esto solo puedo hablar contigo».

James pensó que era una niña lista. También podría hablar con ellos, si ellos querían.

«Vale, vale».

James oía que Frida se esforzaba por encontrar una solución.

«Escucha, ve a...».

«No puedo ir a ninguna parte. Tengo una pierna rota».

«Vaya, mierda».

«Y que lo digas», contestó Jola, si bien no sonó a marisabidilla.

James no pudo por menos de admirar a la pequeña por su ánimo y valor. Pero, por desgracia, esas cualidades ya no le servirían de nada; como tampoco le serviría el consejo de Frida: que buscara alguna cosa característica de su entorno. A diferencia de ella y de la mensajera, James sabía exactamente dónde estaba la niña. Y aunque se alejara de donde se encontraba en ese momento, podía localizar a Jola con absoluta precisión, siempre y cuando llevara consigo la radio con el transmisor incorporado. Por otra parte, ¿adónde iba a ir? Ni siquiera con las patas de una gacela llegaría muy lejos, estando donde estaba ahora.

—¿Cuánto tardaríamos en encontrar a un sustituto que acabe el trabajo? —le

preguntó a Vigo mientras consultaba el reloj.

—Una hora, dos a lo sumo.

—Bien, pues encuéntralo. Y ocúpate también de la Frida esa.

Max

—¿Crees que la he perdido?

—Que has perdido ¿qué?

—A Jola. No puedo hablar con la policía —le dije a Cosmo—. Amenazaron con matarla si lo hacía.

Y lo había hecho.

—Pónganse al teléfono —supliqué a los agentes antes de que nos detuvieran—. Pónganse —imploré—. La mujer que está al móvil les confirmará que mi hija corre peligro.

Nada. Los policías, enérgicos y de mirada resuelta, ni se inmutaron. Se limitaron a hablar con nosotros lo necesario:

—Queda detenido por sospechoso de secuestro; y usted, por cómplice.

Esta última frase iba dirigida a Cosmo, que me miraba con cara inexpresiva. Solo entonces comprendí que hasta el momento solo había pensado en Jola y en mí, no en las consecuencias que podía tener ese lío para mi hermano y su libertad.

A continuación nos esposaron y nos taparon la cabeza con una caperuza opaca, y ahora estábamos en su furgón celular.

—No tengo ni puñetera idea de lo que pretenden hacerle a Jola —repuso Cosmo con voz apagada.

Íbamos sentados juntos en un catre de metal duro, incómodo, las manos encadenadas como si fuésemos terroristas.

—En cuanto llegemos a comisaría llamaré a Toffi. Tal como nos están tratando, están infringiendo unas cien normas. Toffi los va a fastidiar a base de bien —prometí a Cosmo, que no respondió.

A juzgar por los ruidos y las vibraciones que sentíamos, el furgón retrocedía por el callejón adoquinado. Ni siquiera llevábamos cinco minutos recorridos cuando el vehículo redujo la velocidad, describió un semicírculo y se detuvo sin apagar el motor diésel.

Oí que pasaba un tren de mercancías y la bocina, como una sirena de niebla, de un camión, todo ello a lo lejos.

—¿Qué pasa? —preguntó mi hermano, nervioso, cuando se abrieron las puertas de atrás. Nos llegó el ruido del tráfico.

—¡Vamos! —exclamó el hombre que se subió con nosotros al furgón. Después de cerrar nuevamente las puertas, dio tres palmadas en la chapa del vehículo. Acto seguido, mientras el furgón reanudaba la marcha, nos quitó a ambos el capuchón de la cabeza.

—¿Usted? —dije pasmado.

Era al tipo nervudo con la barbita de chivo y las rastas.

Iba a preguntarle dónde estaba Jola, la primera, única y más importante pregunta que me consumía, pero se me adelantó. Me espetó:

—Cerdo asqueroso, ¿qué le has hecho a tu hija?

Y me dio un puñetazo en la cara.

—¡Eh, capullo, para! —Cosmo se retorció con sus esposas en un absurdo gesto amenazador—. ¿Te has vuelto loco?

Era una pregunta a la que yo podía responder con un sí tajante.

El hombre al que había perseguido por medio Berlín creyéndolo cómplice del secuestro de mi hija me hundió la rodilla en el estómago, y mientras yo me quedaba sin aire, me formuló a gritos preguntas que me estaban consumiendo:

—¿Dónde está Jola? ¿Adónde la has llevado, pedazo de degenerado?

Incapaz de decir nada, aunque solo fuera por la sangre que tenía en la boca, sentí que me agarraba del pelo y me tiraba de la cabeza hacia atrás. Vi su puño suspendido en el aire y cerré los ojos.

—Eh, Spook, tranquilo.

Pestañeeé. Se había abierto una ventanilla que comunicaba con la cabina. Vi unos ojos y un rostro enmarcado por un cabello oscuro:

—Déjale algo a Fish —dijo la mujer que decía llamarse Sandra Oschatzky.

—Ya me ocupo yo, Viola.

Recorrí con la mirada el vehículo, y solo entonces me di cuenta de que íbamos en el furgón gris en que habíamos encontrado a la mujer.

—¿Spook? ¿Fish? —Cosmo rio cínicamente—. Sois los solistas de vuestra banda, ¿no? Pero ya veo que para la chica del coro no se os ha ocurrido ningún nombre artístico creativo, ¿eh?

El de las rastas se volvió hacia mi hermano y dio la impresión de que también iba a atizarlo, pero entonces volvió a oírse la voz de la razón («déjalo estar»), y Spook obedeció a Sandra, que ahora se llamaba Viola, y lo dejó estar escupiéndole a Cosmo en la cara. Después se volvió a encarar conmigo, agarrándose a mi cadena para no perder el equilibrio en las curvas.

—¿No me lo quieres decir? —Sus ojos reflejaron una decepción sincera. La mirada rebotante de ira había desaparecido, como si alguien hubiese accionado un interruptor. Ahora Spook (o comoquiera que se llamara el tipo, que como mucho tendría veinticinco años) parecía agotado y, paradójicamente, ya no tenía pinta de matón, sino más bien de una persona que detestaba la violencia.

—¿Quién es usted? —balbuceé con desvalimiento. Y sonó algo así como: *quidedudted*.

Tenía la nariz tapada, me oía como si estuviese constipado, lo cual encajaba con el sordo dolor de cabeza que sentía. Tenía la lengua hinchada, probablemente tuviese suelta una muela, y para colmo me volvía a llorar el ojo izquierdo. Durante los

absurdos acontecimientos que se habían producido a lo largo de las últimas horas no me había vuelto a acordar, y había apartado por completo la sorda presión que sentía al pestañear.

—¿Qué quiere? —(¿*Quequiede?*).

Spook sacudió la cabeza con cara de asco, se rascó la barbita del mentón y después metió la mano bajo el banco. Sacó un maletín de aluminio, lo abrió y cogió algo que me recordó a los detectores manuales que se utilizan en los controles de seguridad de los aeropuertos. A todas luces parecía destinado a ese fin, pues Spook me pasó la raqueta negra por el cuerpo, y el chisme pitó y crepitó y silbó como un robot de juguete.

—¿Qué pasa ahora? —inquirió Cosmo.

Yo, como paralizado en mi asiento, aguanté impasible el proceso, que, como tantas otras cosas en las horas pasadas, no tenía ningún sentido. Exhausto por la huida, la búsqueda, la persecución, el dolor psíquico y físico, tenía la sensación de que desde la tarde anterior llevaba haciendo un eslalon por un campo minado, y contaba con pisar una mina de un segundo a otro.

—Levanta las piernas.

Spook se agachó y me pasó el detector de metales por las zapatillas. En el pie derecho pitó de nuevo, sin duda con más fuerza que antes. Sin levantar la cabeza, me quitó la zapatilla, sacó la plantilla y, con un silbido de satisfacción, sacó un pequeño microchip; o al menos eso le pareció a un lego en la materia como yo aquella pastillita verdosa con láminas plateadas.

Acto seguido dejó el chip en el borde del catre metálico y lo destruyó de tres golpes precisos con el martillo que asimismo había sacado del maletín de aluminio.

Spook consultó el reloj.

—Por los pelos —farfulló con tono ominoso.

—¿Qué? —quiso saber Cosmo—. Por los pelos ¿qué demonios?

Spook suspiró y repuso muy despacio, como si hablara con un escolar duro de mollera:

—Aún nos queda un buen rato, por lo menos media hora. Aunque me he cargado el transmisor, los tipos de los que os estamos protegiendo no tardarán en dar con otra forma de localizaros.

—¿Que vosotros me estáis protegiendo? —De no haberme dolido la cabeza como me dolía después de recibir tantos golpes, me habría reído a carcajadas.

—Pues sí, aunque tú, capullo, no te lo merezcas. Llevamos vigilándote cuatro semanas, Max, desde que tu perfil está en su lista.

—¿Qué perfil? ¿Qué lista? —«Y ¿qué clase de protección es darle a uno un puñetazo en la cara cuando está encadenado?».

Spook se sentó enfrente de mí.

—Te daré un consejo de amigo: procura no tomarnos el pelo, y a cambio solo te partiré los morros. Con Fish no saldrás tan bien parado. Será mejor que no te andes

con tonterías y le digas adónde has llevado a Jola en cuanto lleguemos al club.

—¿Al club? —Miré hacia delante, a la cabina—. ¿Qué club?

—A ver, Max —rió, cínico, Spook—, como seguro te habrás dado cuenta, no somos policías. Así que tampoco te vamos a llevar a comisaría. —Esbozó una sonrisa torcida, en sus ojos nuevamente ira y desprecio—. Pero lo que sí haremos será interrogarte. Y hacerte hablar. A nuestro modo.

Jola

Cuando Jola se despertó otra vez, bajo un imponente roble a una distancia prudencial del cadáver, al que ya no vería a no ser que volviese al sitio donde se había disparado en la boca, creyó distinguir a un buitre suspendido encima. Un pájaro como el de los cómics de Lucky Luke que había encontrado en el despacho de su padre, abajo del todo en la estantería. Con su plumaje negro y las alas extendidas, la miraba desde las alturas sin el menor rastro de humor. Y el buitre no estaba solo, como fue dándose cuenta Jola, a medida que se iba sacudiendo el profundo sueño que le había entrado tras la agotadora excursión: subir una pequeña elevación hasta un grupo de árboles, a más de diez metros de donde se había producido el desastre. A dos pasos, hasta para un niño, pero una dolorosa maratón si había que salvar la distancia con una pierna rota.

Una media docena de aves se habían acomodado en la poco frondosa copa. «Pájaros de muerte», pensó estremeciéndose. Buitres que olían el estado en que se encontraba: agotada, aterida, hambrienta y herida, una presa sumamente fácil.

Como si lo único que la uniese a la pierna fuera el dolor, esa extremidad no daba la sensación de formar parte de su cuerpo. Se preguntó si sería buena señal que el insoportable suplicio hubiese perdido algo de intensidad y ahora sintiera, sobre todo, un palpar sordo y monótono por debajo de la rodilla. ¿Se le habría infectado ya la herida? ¿Olerían los buitres desde las alturas su sangre, que poco a poco se iba emponzoñando?

Que aquellos pájaros fueran realmente buitres era algo poco probable (Jola lo sabía por la señora Jasper, su profesora de Biología, «precisamente por ella, mira tú por dónde»), ya que esas aves estaban amenazadas de extinción y en Alemania solo se veían, si es que se veían, de manera aislada.

«Un momento, ¿y si son buitres, y lo que pasa es que me han traído a otro país?».

No, la mujer que le habló por la radio y le dijo que iría a buscar a su padre hablaba alemán, y además no creía que el *walkie-talkie* tuviese alcance hasta España o Marruecos. ¿O sí?

«Menuda tontería», lo más probable era que los pájaros fueran cormoranes, por el largo cuello, el plumaje con ese brillo metalizado y la mancha clara del gaznate, el único punto de color que distinguía en la creciente oscuridad.

Unas nubes grises descargaban una llovizna, la niebla meona que la mojaba y humedecía todo cuanto tenía alrededor, intensificando los olores: musgo, hierba, tierra, madera. Olía a bosque, solo que algo más húmedo, y eso no se debía únicamente a la lluvia. El aire que le daba en la cara, unas veces flojo, otras más

fuerte, olía a algo para lo que a Jola no se le ocurría una palabra mejor que «vacaciones».

«Sí, claro. Unas vacaciones de cine. Sin mis padres, pero con explosiones, huesos rotos, muertos y... ¡agua!».

¿Acaso no era el cormorán un ave acuática? Quizá sí, qué más daba. Lo que sí era seguro era que olía a agua. A algas, a agua estancada y turbia, o lagos, como a orillas del Lietzensee, donde vivía Steffen, o en la playa del Wannsee, donde habían ido de excursión en Semana Santa.

Jola se acercó unos centímetros más al roble para apoyar la espalda en el grueso tronco y miró hacia la depresión del terreno, más allá de los restos de la cabaña de madera que había ardido con las sillas de colegio carbonizadas. Intentó localizar el horizonte al otro lado de los árboles.

Al hacerlo, se fijó en otros ruidos que confirmaron sus sospechas: olas que rompían en un dique, el suave murmullo de la brisa en el cañaveral, el graznido de las garzas, quizás incluso de una gaviota. Por desgracia, seguía teniendo en los oídos un eco de la explosión, un crepitar como de avalancha, como la estática de una radio mal sintonizada. Era más suave que antes, cuando se despertó la primera vez, pero seguía siendo lo bastante ruidoso como para acallar muchos sonidos del entorno. Y, por ejemplo, aunque vio que una de las imponentes aves alzaba el vuelo, su batir de alas le sonó a un leve crujido de papel de seda.

Cogió la radio («mi tesoro», pensó) para decirle a esa mujer que le caía bien y parecía tranquila, que probablemente hubiese agua cerca, quizás un lago.

—¿Hola? ¿Frida? ¿Sigue usted ahí?

Se oyó un crepitar cuando soltó el botón. Seguro que Steffen habría rematado diciendo: «corto», como hacía antes, cuando jugaban con su *walkie-talkie*, pero a ella le sonaba absurdo.

—¿Hola? ¿Frida?

La asaltó la pesadumbre al ver que la mujer no respondía. Y la cosa fue a más cuando oyó una voz muy distinta.

—Jola, ¿me oyes?

Una voz más grave, de hombre.

—Sí, sí, ¿quién es usted?

Miró hacia arriba, nerviosa. Los pájaros alzaron el vuelo y se dispersaron, asustados por una amenaza invisible que solo ellos podían presentir.

—No tengas miedo —dijo el hombre con un curioso acento—. Me llamo James Edwards, soy amigo de tu padre. Vamos a buscarte con tu madre y tu padre.

Max

Tenía miedo. Un miedo cerval, no por mí, mi bienestar me era indiferente, sino por Jola, que si moría se llevaría a la tumba todas mis razones para seguir viviendo.

Yo carecía de importancia. Solo era alguien que había conocido el éxito en una ocasión con un único libro, sin saber por qué lo había merecido y por qué no podía repetirlo.

«Y ahora ni siquiera he sido capaz de proteger del mal a mi hija».

Una hija que —como también admití en ese momento de profunda desesperación— no era carne de mi carne; ni siquiera había logrado eso, aunque hasta el mayor de los idiotas conseguía reproducirse. Me había convertido en un fracasado sin remedio, cosa que quizá no fuera de extrañar, si la familia de uno era como la mía. Con un monstruo iracundo por padre, una madre que se refugiaba en el alcohol y un hermano medicado debido a su pederastia.

Paradójicamente, fue Cosmo quien me sacó de mis tristes pensamientos.

Llevábamos un cuarto de hora desde que Spook volvió a ponernos el capuchón, que ató al cuello con un cordel, cuando Cosmo me preguntó algo que en principio me hizo dudar de su cordura.

—Bueno, entonces ¿qué? ¿Cuándo vamos a hablar de mis comentarios, hermanito?

—No pretenderás que hablemos ahora de mi libro, ¿no?

—Pues sí.

Sacudí la cabeza, y al hacerlo fui consciente de que Cosmo, asimismo con la cabeza cubierta, no me podía ver. De manera que le contesté:

—¿Es que te has vuelto loco?

—Claro. De lo contrario no habrías ido a buscarme hoy a ese manicomio. Así que... ayer ni siquiera le echaste un vistazo a lo que te escribí en los márgenes.

—No, pues claro que no.

—Es una pena, una verdadera pena. Porque en realidad tengo una sola pregunta.

—Que ahora mismo me trae sin cuidado.

Eso no impidió que mi hermano la formulase:

—¿Sabes por qué *El colegio del horror* es tu mejor libro?

Solté una risotada.

—Joder, Cosmo. Nos acaban de secuestrar, igual que hicieron con Jola ayer. La boca me sangra y llevamos una caperuza en la cabeza. ¿Te parece el marco adecuado para una charla literaria?

Oí un frufrú a mi lado, probablemente mi hermano intentara volver la cabeza

hacia mí, aunque fuera innecesario para mantener aquella conversación. Frente a mí, el de las rastas se aclaró la garganta. Otro efecto secundario de las capuchas: cuando uno no ve, suele olvidar que no está solo.

—Lo digo en serio, Max. Y no te lo preguntaría ahora si no fuera importante. ¿Sabes por qué los otros libros no se han vendido tan bien?

—¿De verdad esperas que te conteste?

—Porque *El colegio del horror* es auténtico —afirmó Cosmo—. Es verdad que hay un pasaje en el que sales mejor parado de lo que saliste en la realidad, pero yo en tu lugar hubiera hecho lo mismo. Y en general te atuviste bastante a la realidad.

—¿Auténtico? —me asombré, ya que el adjetivo me pareció ridículo—. ¿Me atuve a la realidad?

—Sí. En muchas partes es incluso autobiográfico.

—¡Qué dices! ¿Qué hay de autobiográfico en la historia de un chico cuyo padre, tras reanimar a una adolescente, posee poderes sobrenaturales?

—Vaya, así que no lo sabes —repuso, pasmado—. Es verdad que no lo sabes.

Pues no, no lo sabía, y así se lo confirmé con un comentario brusco:

—Escucha, ahora mismo me importa una mierda el éxito efímero que coseché como escritor. Y también mi vida me importará una mierda si no recupero a Jola. Pero para que te calles de una puñetera vez: no, no sé qué le gustó tanto a la gente de mi primer libro. Y tampoco quiero saberlo, ¿vale?

Oí un nuevo crujido, posiblemente Cosmo al asentir.

—Precisamente en eso reside el atractivo del libro —replicó—. El libro no lo escribiste tú, sino tu subconsciente. Ahí es donde procesaste todo tu dolor.

«Maldita sea».

—¿Es preciso que sigamos con esto? —resoplé. Por lo visto, sí.

—El terror sobrenatural solo es el marco. En el fondo hablas de un padre que aterroriza a su familia.

—Sí, después de ver al demonio reflejado en el espejo —repliqué, para desbaratar la tesis de mi hermano.

Así y todo, él no tenía la menor intención de callarse.

—Sin embargo, la causa de la violencia es indiferente. Al fin y al cabo, en el caso de papá tampoco sabíamos cuál era, así que te la inventaste.

—Sí, igual que me inventé la clase.

—¿Estás seguro?

—Pues claro. —Casi me da la risa.

En la parte crucial de la novela, la que le daba título, el padre del protagonista monta un aula en una cabañita de madera y obliga a sus dos hijos adolescentes a seguir una enseñanza muy especial. Abre sus puertas el «colegio de horror», donde sus hijos aprenderán las cosas que no les enseñan en el colegio: cazar, seguir un rastro, matar.

—Eso es pura ficción. Anda, no empieces como esos críticos que quieren ver en

cada frase una alusión encubierta a la vida del autor.

—Entonces dices que el «colegio del horror» no existió nunca, ¿eh?

—Sí que existió, pero únicamente en mi cabeza.

Cosmo chascó la lengua.

—¿Ya no te acuerdas de aquella excursión que hicimos solos con papá, sin mamá?

—Pues no. ¿De qué estás hablando? —dije, de pronto con una extraña sensación, parecida a cuando uno no está seguro de si ha dejado abierto el gas cuando ya está en el taxi camino del aeropuerto.

—Y ¿qué hay de la isla?

—¿Qué isla? —repuse, y percibí el olor a diésel del furgón, que en ese momento estaba tomando una curva, pero el balanceo ya no era cosa de nuestro vehículo, sino de la lancha en que me vi sentado, y ya no era el diésel lo que impulsaba al coche, sino un motor fueraborda. El recuerdo era desvaído como una foto antigua en tonos sepia. Al punto se borró de mi subconsciente, en parte porque el furgón se detuvo de golpe y porrazo, las puertas traseras se abrieron chirriando y Spook nos quitó las esposas diciendo:

—Ahora veréis lo que es bueno, cacho de cerdos.

Frida

—Y dice usted que han secuestrado a una niña, ¿no?

—Sí, exacto. El padre se llama Max, Maximilian Rhode; la hija, Jola. La niña está en acogida, así que no sé cuál es su apellido, pero si introduce en el sistema el nombre del padre seguro que le sale algo.

—Hummm. —La operadora del servicio de emergencias, cuya voz era neutra, en efecto tecleó algo en el ordenador y a continuación dijo—: ¿Tiene usted alguna información de lo sucedido?

—Acabo de hablar con la hija, que está viva pero gravemente herida. Y ha habido un muerto.

Frida revolvió los ojos. Eso ya se lo había contado a la mema esa. ¿No cabía esperar que las personas que respondían las llamadas a Emergencias fuesen más ágiles mentalmente?

—Y ahora mismo usted está en...

—Delante del McDonald's de la Skalitzer Strasse, sí. —Miró al otro lado de la calle, al aparcamiento del templo de la comida rápida, donde había aparcado el coche junto a un contenedor de basura—. ¿Quiere que vaya a algún sitio?

—No, no. —La mujer seguía escribiendo—. Le enviaré un coche patrulla. Quédese junto al suyo hasta que llegue y no toque nada del vehículo. Ahora es el escenario de un delito.

Frida se acordó de la granada de mano, en el asiento trasero, y le pareció bien no tener que ir a la comisaría más cercana con ese chisme en el coche. ¿Y si no era de pega? Tampoco es que le concediera mucho valor a la palabra del tarado de Cosmo.

—¿Cuánto tardará? —quiso saber.

—Cinco minutos, como mucho diez.

Frida le dio las gracias y colgó el sobado teléfono público de tarjeta. Sin saber si había hecho bien, esperó a que el tráfico le permitiera cruzar la calle.

Max había dicho que no podía informar a la policía, pero ¿le incumbía eso a ella? Y ¿qué alternativa tenía, ya que el contacto con el padre de Jola se había interrumpido cuando estaban hablando y cuando llamaba a su móvil la única respuesta era «el número al que llama está desconectado o fuera de cobertura»? Además, no tenía otros veinte céntimos en la tarjeta (un regalo de propaganda de su empresa de paquetería), por eso le había parecido lógico llamar a Emergencias, que era gratis. ¿O acaso no? Y Jola tampoco había vuelto a hablar por el auricular.

«Mierda, el auricular». Lo mejor sería volver al coche, donde lo había dejado.

Un Opel aparcado que se incorporaba al tráfico le permitió cruzar hasta la

mediana. Cuando se disponía a llegar al otro lado, oyó un tono electrónico a su espalda. Se detuvo, volvió la cabeza y clavó la vista en el teléfono público que había utilizado hacía un momento.

Sonaba alto y estridente.

Con una sensación de miedo, Frida miró alrededor, pero no vio ningún transeúnte, nadie que diese la impresión de esperar una llamada.

«Probablemente sea la policía, que me llama para preguntarme algo —pensó—. La tipa de la central era algo dura de mollera».

Así pues, volvió al teléfono y lo cogió.

—Y ahora ¿qué pasa?

Una voz distorsionada le penetró el tímpano.

—Escúcheme atentamente, Frida. Solo tiene sesenta segundos, puede que menos.

—¿Quién es usted?

—El único que la puede ayudar.

—¿Es una broma o qué? Acabo de llamar a la policía...

—No, no ha sido así. Los hombres que secuestraron a Jola la han localizado a usted a través del pinganillo que lleva en la oreja y han desviado su llamada. ¿Ve una camioneta verde con los cristales tintados?

Frida miró en ambas direcciones.

—No... —Entornó los ojos y le pareció atisbar algo verde—. ¿Qué pasa si la veo?

—En realidad usted ha hablado con sus ocupantes, Frida. Asesinos a sueldo. La cogerán y la matarán, como pretenden hacerle a Jola.

—¿Qué dice!

—¿Por qué cree usted que la han tenido tanto rato al teléfono? Para que no pueda escapar.

—¿Escapar? Pero ¿de quién?

—Ya se lo contaré más tarde, en cuanto esté con nosotros. Le quedan treinta segundos.

Frida oyó una bocina y miró. A unos cincuenta metros había un Smart aparcado en doble fila, y al lado un BMW del que bajó un hombre con pinta de latino y se puso a gesticular con los del Smart, seguramente quejándose del atasco que estaban causando.

Sin embargo, no era el conductor del BMW el que había pitado, sino el del vehículo que estaba justo detrás, que era precisamente una camioneta verde.

—Pero... y ahora ¿qué hago? —balbuceó, presa de un súbito pánico. Se oyó el rugido de un motor, y vio que la camioneta daba marcha atrás y acto seguido se metía a la izquierda, en el carril contrario, salvando la mediana—. ¡Maldita sea! Me ha visto. Dios mío, ¡viene directo hacia mí! —gritó—. ¡¿Qué hago?!

—No se apure. Nosotros nos ocupamos —afirmó la voz con serenidad.

Un concierto de bocinas hacía que la conversación fuese casi imposible.

—¿Cómo? ¿Cómo se va a ocupar si ya casi está aquí?

—¿Ve la parada de taxis que hay más abajo, en la manzana siguiente?

Frida volvió la cabeza.

—Sí.

—Súbase al penúltimo coche. Pero dese prisa.

Miró de nuevo al otro lado y vio que dos hombres vestidos de oscuro se apeaban de la camioneta. Soltó el auricular e hizo lo que hacían sus perseguidores: correr.

Le iba la vida en ello.

Max

Después de que nos sacaran del furgón como si fuésemos ganado camino del matadero, tuvimos que caminar sin ver nada, con la caperuza en la cabeza, que nos rozaba la cara como papel de lija.

Tuve la sensación de que atravesábamos varios espacios abovedados que olían a moho. Llevábamos las manos esposadas delante. Con Spook y Viola cogiéndonos del brazo, nos obligaron a bajar una escalera metálica que cedía bajo nuestro peso; en el antepenúltimo peldaño estuve a punto de resbalar.

Nos detuvimos en varias ocasiones y oímos ruidos como de arañazos, seguidos de un chirriar y un rechinar, como si primero se descorriera un cerrojo y después se abriera una pesada puerta de metal.

—Sois una especie de club de ratas, ¿no? —inquirió Cosmo con fingida despreocupación tras bajar otra escalera—. La sede está en las cloacas.

En efecto, cada vez olía más a humedad y podrido, y ello no podía deberse únicamente al aliento que se nos quedaba atrapado bajo los capuchones.

—Cierra el pico —ordenó Spook, y su voz resonó como si estuviésemos en una iglesia.

Después de que nos indicaran que salváramos un escalón alto, oí que a nuestra espalda se cerraba una puerta. A continuación alguien me agarró y me llevó en línea recta más de una veintena de pasos, hasta que una silla me dio en las corvas. Por último me retiraron el capuchón.

Cerré los ojos instintivamente, pues esperaba verme cegado, pero no era necesario. El recinto, del tamaño de un gimnasio, en cuyo centro me hallaba, estaba iluminado como una coctelería. Una luz tenue, crepuscular, bañaba el lugar en un humo sedoso.

—Bienvenido —dijo una voz a mi espalda. Al volver la cabeza no vi a Cosmo. Spook y Viola tampoco estaban—. Quiero hablar con usted a solas —añadió la voz.

Un hombre bajito, con forma de pera, medio calvo y con una barriga prominente entró en mi campo visual. Llevaba unas gafas baratas, de las que cubre la Seguridad Social, demasiado grandes para su cabeza almendrada, la patilla izquierda pegada con esparadrapo. La impresión general de penuria se veía reforzada por su desaliño: una raída chaqueta de punto amarillo ocre y con coderas de piel, unos anticuados pantalones de pinzas que no le sentaban bien. Tenía esa edad difícil de determinar en los hombres; más de cincuenta, le calculé. Su rasgo más prominente era un tremendo prognatismo.

—¿Es usted Fish^[2]? —le pregunté.

Él parpadeó con aire divertido, se quitó las gafas y se puso a limpiarlas con el bajo de la camiseta que llevaba bajo la chaqueta de punto. Su leyenda estampada probablemente le hubiera hecho gracia a Toffi: «Yo no discrimino a nadie: odio a todo el mundo».

—Sí, así me llaman —contestó mientras acercaba un taburete.

—¿Por qué? —pregunté, como si no me importara lo más mínimo estar sentado frente a un desconocido con las manos esposadas en un búnker, porque eso es lo que era aquel lugar: un búnker de hormigón enorme, revestido de acero, una especie de refugio antiaéreo de paredes grises, al igual que el suelo.

—¿Ha visto alguna vez un pez con los ojos cerrados? —contestó.

Negué con la cabeza. Seguro que Jola le habría explicado amablemente que los peces no tienen párpados, idiota, pero yo me contuve.

Él sonrió con amabilidad:

—A mí tampoco me ha visto nadie dormir nunca. De ahí el apodo.

—En ese caso no me gustaría tener su vida sexual —comenté.

Su rostro se ensombreció.

—Ahora mismo más le valdría cambiar su vida por cualquiera que le ofrecieran.

Asentí de mala gana. El tipo tenía razón.

A mi hija la habían secuestrado y yo estaba esposado en un hangar de hormigón, hablando con un desconocido del que solo sabía que tenía mal gusto en cuestión de ropa y padecía insomnio.

—¿Dónde está Jola? —le pregunté, aun a sabiendas de que no me lo diría. Al menos no directamente.

—Aquí no.

—Y ¿dónde es «aquí»?

—¿Oficialmente? —Se puso las gafas, con lo cual sus ojos adquirieron las absurdas dimensiones de los personajes de Disney—. En su día fue un hospital subterráneo. Se construyó durante la guerra fría para tratar a posibles víctimas de la radiación nuclear. A prueba de bombas y lluvia radiactiva. Lo cerraron a finales del siglo veinte, como tantos otros búnkeres, túneles y refugios antiaéreos de la ciudad. Hoy en día se encuentra abandonado, al menos en apariencia. Extraoficialmente hemos instalado aquí nuestro club. Las condiciones son ideales: abandonado, apartado, sin cobertura y a prueba de escuchas.

Pestañeeé y noté que volvía a llorarme el ojo izquierdo. No sabía si llevaba así los últimos minutos.

—¿Su club? —repetí—. Supongo que no me dirá qué clase de club es, ¿no?

Fish sacudió la cabeza y preguntó a su vez:

—¿Qué le dice el nombre de Joshua?

Cerré los ojos. Recordé el olor a piel quemada del moribundo en cuidados intensivos, y escuché la advertencia que me hizo: que me marchara de la ciudad.

—Nada —dije—. No estoy muy puesto en la Biblia.

Fish asintió, como si se esperara esa respuesta.

—Joshua, o Josué, pertenecía a la tribu de Efraín y era servidor de Moisés. Suyo es el sexto libro del Tanaj y también el sexto del Antiguo Testamento, aunque posiblemente esto a usted no le diga nada. Quizá le ayude más saber el origen del nombre.

Abrí la boca para decirle que lo único que me interesaba era saber qué había sido de mi hija, pero él me cortó nada más empezar.

—Existen diversas interpretaciones —continuó—. Ayuda, sanación o salvación son los significados más habituales. Eso, unido a la circunstancia de que el personaje histórico de Josué es un profeta, nos acerca al meollo de la cuestión.

—¿Josué es un profeta?

El hombre se inclinó hacia mí y me preguntó:

—¿Conoce usted la anécdota del supermercado Target y la moda premamá?

Su penetrante mirada me heló la sangre.

—No —admití, y tragué saliva con dificultad.

—Bien, en ese caso abusaré brevemente de su paciencia. Se trata de una historia real, y resulta muy reveladora de lo que le está sucediendo a usted.

Me costaba imaginar que la anécdota de un supermercado pudiera saciar mi ansia de saber sobre Jola, pero no dije nada cuando Fish se levantó y empezó a hablar:

—Hace no tanto tiempo, en los alrededores de Minneapolis, un padre de familia indignado entró en un Target, una de las mayores cadenas de supermercados norteamericanas, y pidió hablar con el encargado. Se quejaba de que su hija pequeña, a la que llamaremos Wendy, había recibido por tercera vez consecutiva una publicidad de Target absolutamente inaceptable: cupones de ropa premamá, ácido fólico y crema para prevenir las estrías durante el embarazo.

»“Mi hija todavía va al colegio, ni siquiera se ha besuqueado aún con un chico”, espetó el padre, furioso, y el pobre encargado se disculpó por el error que había cometido el ordenador. No sabía cómo, el programa que enviaba la propaganda debía de haberse confundido de dirección. El encargado, rojo como un tomate, le pidió perdón y, cuando hubo remitido el arrebató de ira, el padre aceptó las disculpas.

Fish sonrió con aire pensativo, y a mí me dio la impresión de que le gustaba contar la moraleja de la historia, aunque seguro que la había contado a menudo.

—En fin, todo parecía ir sobre ruedas hasta que dos semanas después el encargado llamó al padre para preguntar si habían dejado de recibir la publicidad.

Fish me dirigió una mirada insistente y vi que reparaba en mi ojo izquierdo, que de nuevo se contraía convulsivamente.

—La llamada discurrió de manera muy distinta de la que esperaba el encargado.

No era ese mi caso: me olía lo que vino a continuación. Al ser escritor, era una especie de deformación profesional prever giros singulares en una historia.

—La hija estaba embarazada —apunté. Y Fish asintió.

—En efecto. La pequeña Wendy estaba de cuatro meses. Sin que lo supieran su

familia, sus profesores y sus amigas, en su vientre crecía un niño. Y, agárrese que ahora viene lo bueno: ni siquiera lo sabía la propia Wendy, pero el ordenador de Target, sí.

—¿Cómo dice?

—Pues sí, increíble, ¿no? Como Wendy tenía náuseas cada vez más frecuentes, los padres acabaron recelando y la obligaron a hacerse una prueba de embarazo. Y dio positivo.

«¿Que el ordenador del supermercado lo supo antes que la embarazada?».

—¿Cómo es posible? —me interesé.

—Parece cosa de magia, ¿no? Sin embargo, es el arte de la programación, algo de lo más mundano.

Fish se sentó de nuevo y empezó a mecerse en el taburete, encantado. Era evidente que disfrutaba de haberme sorprendido con su historia.

—Casi todas las grandes empresas recaban datos sobre sus clientes —prosiguió—. Algunas airean activamente su vida privada, entre ellas Facebook y Twitter. En la mayoría de los casos se lleva a cabo de manera pasiva, es decir, incidental, cuando, por ejemplo, uno realiza búsquedas en el ordenador, programa el navegador o simplemente va a comprar a un supermercado. Con cada pizza congelada que acaba en su carrito, tanto si paga con tarjeta de crédito como si utiliza una tarjeta de cliente, deja un rastro digital que por sí solo no resulta demasiado interesante. Sin embargo, si consume con regularidad platos precocinados, no debería extrañarle encontrarse en el buzón publicidad de comida rápida.

—¿Pretende tomarme el pelo? —le pregunté en la pausa que siguió a sus palabras—. ¿De verdad cree que pienso charlar con usted de las absurdidades del marketing directo mientras mi hija...? —No pude terminar la frase: Fish se levantó de un brinco y me rompió la nariz.

Un golpe certero, duro, que me propinó con el canto de la mano y fue como si me hubiese estampado una plancha en la cara. La sangre empezó a correrme del centro de la cara, densa y viscosa como el dolor, que inundó mi cabeza como lava encendida.

—Cállese, Max —dijo, pero no fui capaz. Di rienda suelta al dolor aullando en el búnker, oí el eco, como de una criatura ajena, atormentada, y me habría caído de la silla de no haberme sujetado Fish—. Tome —me ofreció, y me encontré un pañuelo en las manos que, naturalmente, no me llevé a la nariz. De mis tiempos de boxeador sabía que en ese momento tocarme no haría más que intensificar el martirio. Antes me habían roto la nariz dos veces, pero en el ring, cuando la adrenalina me corría por la sangre. Un ataque como llovido del cielo era algo muy diferente. No quería ni pensar en lo que tendría que hacer para enderezar el tabique—. No tenemos mucho tiempo —oí decir a Fish mientras escupía en el suelo. Cuando volví a abrir los ojos, se había sentado y me miraba asintiendo con gesto amable—. Lo siento, pero si quiere volver a ver a Jola, es sumamente importante que comprenda la situación en que se encuentra. ¿Puede seguirme?

Hice un gesto afirmativo y, mientras contaba las gotas de sangre que me caían de la nariz e iban a parar a las zapatillas, Fish preguntó:

—Veamos, ¿cómo es posible que el ordenador supiera lo del embarazo de Wendy antes que ella?

Era una pregunta retórica, y había un motivo adicional por el que no respondí: de pronto me costaba lo mío concentrarme. Su voz parecía irritarme las inflamadas terminaciones nerviosas de la cabeza. Al mismo tiempo tenía la sensación de que la nariz estaba adquiriendo las dimensiones de un balón.

—Las grandes empresas no solo recaban datos, sino que además los analizan, como es natural —continuó—. Hoy en día, más importantes que los programadores son quienes desempeñan una profesión cuyo nombre pocos antropólogos sabemos escribir bien.

—¿Los etólogos? —Resoplé.

—Exacto. Antropólogos como yo estudian el comportamiento del hombre. Y cuando lo hacemos al servicio del consumo, como por ejemplo en Target, averiguamos que las embarazadas compran productos de alimentación muy concretos en cuanto las hormonas les revolucionan el cuerpo. Llevan una vida más sana, comen más fruta y verdura, toman jengibre para combatir las náuseas matutinas, o determinadas cremas hidratantes porque la piel se seca. Muchas de estas cosas

sucedan de manera intuitiva. La embarazada reacciona a las señales que le envía su cuerpo siguiendo un patrón instintivo que el ordenador identifica cruzando datos. Wendy compraba con regularidad productos que suelen consumir las embarazadas. El programa identificó el perfil y de inmediato envió publicidad.

Me incliné hacia delante. Muchas personas cometen el error de echar la cabeza atrás cuando les sangra la nariz, pero lo mejor es dejar que salga la sangre, como estaba haciendo yo.

—Muy interesante —reconocí, mirando al suelo—. Pero aun a riesgo de que me vuelva a pegar, sigo sin saber qué tiene que ver esta magia de los datos con Jola.

Con el rabillo del ojo vi que Fish cruzaba las piernas.

—Bien, en ese caso permítame que se lo ilustre con otro ejemplo, muy breve. ¿Qué diría usted si en las búsquedas de Google de una persona descubriera que recaba abundante información de pornografía infantil?

Me encogí de hombros.

—Albergaría una sospecha bastante repugnante. —Como siempre que pensaba conforme iba hablando, hablaba más despacio. En secreto barajaba mis opciones respecto a reducir a Fish y salir por mis propios medios de la situación en que me encontraba. Y eso que no sabía dónde estaba la salida del búnker ni dónde retenían a Cosmo. El principal problema, sin embargo, era que no quería huir de la única persona que podía llevarme hasta Jola, aun cuando por el momento se limitara a responderse sus propias preguntas.

—Pensaría que el tipo es un perverso, un pederasta, ¿no? Y esa sospecha adquiriría una nueva dimensión si entrara en su perfil de la página inmobiliaria ImmoScout y comprobase que, de un tiempo a esta parte, el tipo se ha interesado por los anuncios de inmuebles apartados e incluso ha comprado una aislada cabaña en el bosque, con sótano incorporado. Si después encuentra en los cargos de su tarjeta de crédito cosas como bridas, cinta de embalar, fibra de vidrio y lonas impermeables, además de un surtido de alimentos deshidratados y agua, y si para colmo un análisis de su navegador revela que a lo largo de las últimas semanas ha pasado repetidas veces a una hora concreta por delante de un parvulario concreto, pues, en fin, solo hay que sumar dos y dos, ¿no?

Fish me miró y yo me pregunté si hablaba de mi hermano. ¿Acaso intentaba decirme que Cosmo tenía algo que ver en el secuestro de Jola?

—Solo hay que sumar dos y dos —repitió, y se levantó y dejó caer la bomba—: Joshua sumó dos y dos.

—¿Perdone?

—Sí. Ese es el trabajo del programa.

—¿Un programa?

En todo momento había creído que Joshua era una persona, tal vez ya muerta, pero sí alguien de carne y hueso.

—Joshua elabora perfiles de delincuentes. Para ello analiza los millones de datos

que dejan tras de sí a diario las personas en forma de rastro digital: de las tarjetas de crédito que utiliza a ese móvil que siempre está encendido; de las redes inalámbricas que escoge a esa mirada a la cámara de vigilancia en el metro. —Abrió los brazos y se plantó ante mí como si fuese una pareja de baile con la que fuera a echarse unos pasos—. La mayor parte de los datos se halla al alcance de todos; en el caso de otros sistemas relevantes, el ordenador los hackea. Y no es la Agencia de Seguridad Nacional ni Hacienda, a las que tanto temen quienes se dedican a la protección de datos. No; Joshua es propiedad de una empresa privada. Un programa que se creó para impedir en el presente delitos que se cometerán en el futuro.

«No infrinja la ley».

En ese momento comprendí que Fish había estado hablando de cosas que guardaban relación con las pesadillas sufridas por Jola, mis allegados y yo en las últimas horas. Sin embargo, seguía sin entender los acontecimientos que habían convertido mi vida en un *thriller* psicológico.

—Y ¿qué tiene eso que ver conmigo? —le pregunté. Quería que soltara toda la verdad de una vez.

—Como ya he dicho, Joshua toma su nombre de un profeta, alguien capaz de prever cosas. El programa es un sanador, una ayuda, un salvador.

—¿Y salva a...?

—A las víctimas de futuros delincuentes.

—Y ¿qué tengo yo que ver con eso? —le repetí a voz en grito, y cuando se levantó supe que volvería a golpearme.

Sin embargo, lo que hizo fue mirarme ceñudo, y su voz se tiñó de cierto desdén:

—Da usted el perfil, Max. El programa ha facilitado su nombre. Joshua ha descubierto que le hará algo a su hija.

—¿Yo? ¿A Jola?

No conseguí soltar la risotada que quería. Fish rechinó los dientes y pareció que iba a escupirme a la cara.

—Sí, usted. Igual que en el caso de Wendy el programa de Target sabía que la chica estaba embarazada, en su caso Joshua ha averiguado de antemano que usted cometerá un delito. Posiblemente antes incluso de que lo sepa usted.

—Pero eso es... —resoplé y tragué la saliva sanguinolenta que tenía en la boca; para colmo, se me revolvió el estómago— es una infamia. No le he hecho nada a mi hija. Jamás.

—El programa lo ha pronosticado —insistió Fish—. Y ahora Jola ha desaparecido, ¿no es así?

«Joshua lo ha elegido, y Joshua no se equivoca». Me vinieron a la memoria una vez más las palabras de aquel quemado.

—¡Que le den a ese maldito programa! —exclamé.

«Joshua lo conoce mejor de lo que se conoce usted mismo».

Me puse de pie, vacilando como si me hubiesen asestado un gancho en la

mandíbula. Fish, que me había hecho más daño con sus palabras que con su puño, me observaba como el árbitro que cuenta con que de un momento a otro uno de los púgiles caiga al suelo. De pronto supe lo que estaba pasando.

—Un momento. ¡Fue usted! —le espeté—. Usted creó ese programa abominable que supuestamente puede ver el futuro. —«Para declarar la culpabilidad de los delincuentes antes de que delincan».

Dios mío, estaba en manos de unos frikis informáticos, unos pirados que creían haber descubierto las intenciones de una segunda Bestia de Beelitz, el asesino en serie, con sus portátiles. Pero el programa no funcionaba, y esos locos habían cometido un error.

—Usted programó a Joshua, y conmigo se ha equivocado —aseguré. Aquellos chalados me consideraban un potencial violador de niños, y desde luego no me conducirían a los verdaderos responsables de la desaparición de Jola.

A no ser que la hubiesen secuestrado para protegerla de mí. ¿Sería posible que pensarán de manera tan retorcida? Desconcertado, y ahora también agotado debido a los dolores que tenía, me desplomé en la silla. Iba a cerrar los ojos cuando Fish me dejó perplejo al decirme:

—Al contrario, no se ha equivocado con usted, Max. Es usted culpable. Y nosotros no somos los creadores de Joshua. Lo que nosotros queremos es acabar con el programa.

Jola

No podía dormir. El dolor acechaba en la duermevela, impidiendo que se rindiera definitivamente al sueño.

Jola se había esforzado en vano por mantener los ojos abiertos, a la espera de ver llegar al hombre del acento curioso que iba a acudir en su ayuda. «¿Escocés, irlandés, canadiense?». Le daba pavor no verlo, no oírlo cuando llegara al bosque y la llamara.

No obstante, él le había prometido que iría con sus padres, y no creía que ellos se marcharan sin haber dado con ella.

«Mis padres no me dejarán sola».

Con esta idea tranquilizadora se había quedado soñando despierta, una ensoñación en que aparecía gran parte de su entorno: el árbol donde estaba apoyada, la lluvia dándole en la cara, el frío que empezaba a subirle por la espalda desde el trasero; todo era al mismo tiempo realidad y fantasía, pues en la duermevela ya no era Jola, sino una criatura incorpórea que miraba a una niña con una pierna rota desde cierta distancia y la veía apoyada en un roble, muerta de frío, esperando que vinieran a socorrerla.

«Menuda locura —pensó—. Me estoy viendo a mí misma».

Y al hacerlo era capaz de adoptar todas las perspectivas posibles, como cuando jugaba con una consola, solo que sin mando; solo con su fuerza de voluntad podía hacer zoom a la niña, rodear el árbol o contemplarla a vista de pájaro.

En ese instante estaba sentada, agachada o suspendida (al ser una criatura imaginaria no era fácil discernirlo) en una horcadura, justo al lado de un buitre que miraba con ella a la niña.

—Sería mejor que se despertara —opinó el pájaro, y a Jola, que sabía de sobra que los buitres no hablan, no le extrañó lo más mínimo en el sueño, y entabló una conversación con el pájaro.

—¿Por qué? ¿Ya ha llegado James?

El buitre se volvió hacia ella, las pupilas como dos carbones encendidos. Cuando abrió el pico, de pronto tenía una araña en la boca, que desapareció con un crujido.

—No —contestó, y sacudió el cuerpo como si quisiera quitarse el agua del plumaje—. ¿Ves eso de ahí abajo? —Señaló con el ala derecha un hoyo en el suelo tapizado de follaje justo detrás del árbol donde estaba apoyada la niña—. No es muy habitual.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la Jola incorpórea del sueño, que en la penumbra no veía muy bien, tan solo que entre las hojas se movía algo.

—Normalmente el periodo de celo de los jabalíes termina en marzo. Has tenido

mala suerte. —Ahora el cuervo hablaba con la voz de la señora Jasper en clase de Biología—. Seguro que ahí murió la jabalina dominante.

—¿Qué es una jabalina dominante?

—La hembra del jabalí, tontaina. La que marca el periodo de celo, ya que los verracos se pueden reproducir durante todo el año.

—Ah. —Ahora lo veía: cuatro preciosas crías de jabalí, cuyo pelaje marrón con rayas blancas y delicadamente moteado le habría gustado acariciar, pues desde allí arriba parecía mucho más sedoso incluso que el de *Tripps*—. Qué monos son —le dijo Jola al buitre, que, sin embargo, cabeceó.

—Qué letales —graznó, volviendo el pico un poco a la derecha. El yo imaginario de Jola tuvo que echarse algo hacia delante para ver lo que le quería enseñar el ave—. ¿Oyes eso?

Ella ladeó la cabeza, la mirada atravesando la nada negra donde miraba la rapaz, e intentó concentrarse en el crepitar. Era un crujido de tallos que se quebraban, de ramas que eran apartadas y volvían a su sitio.

—¿Por qué has dicho que he tenido mala suerte? —le preguntó al buitre, pero el pájaro había desaparecido. En su lugar, de pronto tenía al lado a su secuestrador, que sonreía, la boca sangrándole, con una capucha en la cabeza. Un ojo le colgaba del nervio como un péndulo y le guiñaba.

—Porque estás esperando que alguien venga en tu ayuda y lo que vendrá será la muerte —repuso el muerto, que de repente hablaba. Se quitó la capucha de la cabeza, a la que le faltaba media tapa de los sesos.

Jola se oyó chillar, pero su terrible alarido se vio acallado por el hombre sin rostro («¡que ahora de verdad era sin rostro!»), que no dijo más pero profirió un gruñido, grave como el de un oso o un perro muy grande.

Jola retrocedió, perdió el equilibrio y se cayó del árbol. Fue a parar justo a su cuerpo.

—Menos mal —dijo jadeante.

Volvía a ser ella misma. Muerta de frío, atemorizada y con la pierna rota, pero viva. ¡Y despierta!

«Solo ha sido un sueño», pensó, si bien se preguntó por qué el gruñido no cesaba. Y por qué de pronto apestaba a caldo Maggi podrido.

Abrió los ojos y al punto entendió a qué se refería el buitre que tenía la voz de la señora Jasper cuando le dijo que había tenido mala suerte. Y por qué su secuestrador estaba tan seguro de que la muerte no tardaría en acudir.

Delante de ella, ni siquiera a tres metros de distancia, había un jabalí («¿la jabalina dominante?») tan grande como una Harley Davidson, resoplando furioso, en su agresiva mirada un único objetivo: proteger a sus crías, que tenían el nido detrás del árbol en que estaba apoyada Jola. Si fuera necesario, matando a la amenaza.

Max

Fish acababa de contarme que me tenía por un pederasta y un perverso, cuando detrás de mí se abrió con estrépito una gruesa puerta a prueba de incendios, la misma por la que debía de haber entrado yo en el búnker antes. Vi que Spook hacía entrar a dos personas, a una de las cuales conocía de toda la vida. A la otra la había visto por primera vez hacía escasas horas.

—¡Cosmo! —exclamé, alegrándome de volver a verlo sano y salvo. La persona que iba a su lado me dejó tan perplejo que tardé un segundo en reaccionar y recordar su nombre—. ¿Frida? —Me levanté, desoyendo la orden de sentarme. Solo quería una cosa: estar cuanto antes con la mujer que poco antes había hablado con mi hija—. ¿Cómo está Jola? —inquirí yendo hacia ella.

—Dolorida.

Aquello me puso contra las cuerdas. Me volví hacia Fish, ya que no fue Frida, sino él, quien me respondió.

—¿Qué?

—Tiene la pierna destrozada. Hubo una explosión.

De nuevo giré sobre los talones, pues ahora era Frida la que me hablaba. Las frases que me lanzaron alternativamente desde dos direcciones distintas hicieron que todo me diera vueltas, tanto por dentro como por fuera.

—Dios mío, ¿cómo que hubo una explosión? —«Jola está dolorida. ¡¡Dolorida!!».

—¡Siéntese! —ordenó Fish a mi espalda. Repitió la orden, esta vez elevando la voz, pero no le hice caso.

—¿Qué explosión?! —Mi exclamación resonó en la catedral de hormigón. Me estremecí al notar una mano en el hombro: Fish. Intentaba devolverme a la silla—. ¡Quítame la puñetera mano de encima! —le bufé, y levanté los brazos todo lo que me permitió la cadena. Antes tenía de su parte el elemento sorpresa, pero si trataba de golpearme otra vez, le rompería la mandíbula con las manos esposadas.

A juzgar por su cara, dio la impresión de que Fish presentía mi determinación.

—Puede que a mí consiga reducirme, pero Spook tiene un arma. De todas formas, no podrá salir de aquí. Así que haga el favor de calmarse para que podamos saludar debidamente a nuestros invitados.

—¡De invitados nada! Nos han traído a la fuerza.

—A mí no —terció Frida, que ya estaba a mi lado.

—¿Cómo dice? —pregunté pasmado, y miré a Cosmo, que todavía no había dicho ni palabra y se limitó a encogerse de hombros.

—A mí no me han secuestrado —aseguró la chica—. Más bien me han salvado.
«¿Salvado?». Cada vez entendía menos.

Fish se atrevió a ponerme la mano en el hombro de nuevo.

—Venga, se lo explicaré —dijo, si bien no llegó a hacerlo, ya que en ese momento saltó una alarma similar a una sirena antiaérea. Nunca había oído nada tan estridente.

Probablemente fuese otra ironía del destino que precisamente una huida por lúgubres túneles acabara iluminando la oscuridad en que estaba atrapado desde hacía unas veinticuatro horas.

Pero antes fui testigo de un asesinato a sangre fría.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —oí decir a Cosmo, pugnando por imponerse al ruido de la alarma.

—Ya están aquí —contestó Fish entre dos tonos espaciados. Los estridentes bajos parecían la banda sonora de una película de ciencia ficción en la que de un momento a otro estallaría una estación espacial. Solo faltaba la serena voz de mujer que iniciaba la cuenta atrás por la megafonía de cubierta, a la que se sumaba la recomendación de abandonar de inmediato la zona de peligro.

—¿Quiénes? ¿Quiénes están aquí? —quise saber.

Para mi sorpresa, Fish se acercó y me abrió las esposas con una llavecita.

—¡Joshua!

—¿Quién es Joshua? —preguntó Frida. Si hacía un momento aún parecía sorprendentemente compuesta («Me han salvado»), ahora su mirada reflejaba miedo y confusión.

—¿No los cacheaste? —le espetó Fish a su cómplice al mismo tiempo que se ponía a registrarme.

Spook parecía enfadado.

—Pues claro: ni emisor ni receptor. Creí que les habíamos dado esquinazo. No sé cómo han podido encontrarnos tan pronto.

—Ya. Y ¿se puede saber qué es esto?

Fish me sacó algo del bolsillo de la sudadera, como una pila pequeña de reloj, y se lo enseñó a Spook.

—¡Mierda!

—Mierda, sí.

—Mira, lo siento, pero...

Fish no estaba para disculpas.

—Ahórrate la palabrería, Spook, ya hablaremos de eso después. Ahora dásela. — Me señaló con la cabeza.

—¿El qué? —Spook parecía no entender.

—Tu pistola, rápido.

Alrededor el ruido era cada vez mayor, dado que las paredes amplificaban el sonido con el eco que creaban.

—¿Para qué necesita este un arma? —gritó el de las rastas, tan asombrado como yo con la orden, que, sin embargo, obedeció. De mala gana, se sacó un arma del bolsillo interior de la cazadora y le ofreció la empuñadura a Fish.

De pronto la alarma cesó, tan abruptamente como había saltado. El súbito silencio resultó más inquietante que el estruendo.

Fish me pasó el arma.

—Los tipos que le van tras los pasos no retroceden ante nada. Y el camino que tenemos por delante no está exento de riesgos. Así que si nos perdemos, es preciso que usted se pueda defender.

—¿Me está dando algo con lo que podría matarlo? —le pregunté.

Fish se ajustó las gafas.

—Si lo hace, no podrá salir de este laberinto, o la gente del proyecto Joshua dará con usted o se perderá para siempre en las catacumbas. Andando, no tenemos tiempo.

La pistola era pesada y parecía de verdad, pero eso mismo pasaba con la granada de mano.

—¿No es de pega?

—¿De pega?

Fish, que ya se había puesto en movimiento, volvió.

—Se confunde, Max. Lo de la granada de pega de esta mañana fue cosa de los otros. Nosotros no jugamos con cartas marcadas. ¿Cree que lo que tiene en la mano es un juguete?

Mientras decía esto, me cogió el arma, apuntó a Spook, que estaba a mi lado, y le pegó un tiro en la cabeza.

Spook se estremeció un instante tras haberse desplomado y golpeado la cabeza contra el suelo de hormigón. Se oyó un ruido como a madera partida, que resonó más fuerte que el disparo, con silenciador, con que Fish mató a su cómplice.

—¡Vamos, vamos, deprisa! —apremió mientras me devolvía la pistola como si nada.

—¡No! —espeté sin aliento—. Está loco. —Me temblaba todo el cuerpo, la sangre me corría por las venas como si me hubiese librado de una muerte segura merced a un capricho del destino—. Es usted un asesino.

—Se equivoca. Él es el único que lo puede proteger de una muerte que se tiene merecida.

Me volví hacia la voz que se oyó a mi espalda: Viola. Había abierto la puerta y venía hacia nuestro grupito renqueando, arrastrando un tanto la pierna derecha. Le sangraba un corte que tenía en la frente. Señaló a Spook.

—Ese cerdo era un traidor. Los ha traído hasta aquí. Y si seguimos perdiendo el tiempo, lo pagarán todos ustedes muy caro.

Fish asintió y, antes de ponerse en movimiento con una velocidad asombrosa dado su sobrepeso, nos escudriñó una vez más a Cosmo, a Frida y a mí:

—Viola tiene razón. O vienen conmigo ahora mismo, o se dejan matar por los chicos de Joshua. Depende únicamente de ustedes.

Toffi

—Le agradezco su colaboración.

—No puedo decir que lo haya hecho de buena gana.

—Ni yo que usted me caiga bien —se oyó decir Toffi al amante de Kim Rhode.

Tocó la pantalla táctil de su *smartphone* y paró la inquietante grabación de la conversación que había mantenido hacía diez minutos en el piso del joven.

Ante el tribunal, una aventura no era precisamente la coartada más creíble que se podía sacar uno de la chistera, pero en este caso probablemente la situación no dejara lugar a dudas.

Había facturas de hotel, cuentas de restaurantes con fecha y hora, incluso un vídeo explícito que demostraba que la tarde en que Jola había desaparecido Kim y él se lo montaron a base de bien.

Toffi tachó a ambos de su lista mental de sospechosos. Aunque el tipo tenía algo raro, algo ladino y solapado, el olfato que Toffi tenía para las personas, agudizado en un sinfín de juicios e interrogatorios de testigos, le decía que el amante no era de los que organizaban un golpe de efecto con granadas de mano y coches que desaparecían. Al contrario, actuaría discretamente y por su cuenta, de tapadillo y sin llamar la atención, como hacía cuando planeaba sus encuentros amorosos. Era un lobo solitario, no trabajaba en equipo, algo que seguramente requería el complejo secuestro de Jola.

«Probablemente no sea más que un pobre adúltero sin escrúpulos», pensó Toffi, y arrancó el coche.

Pensó que, a pesar de todo, casi era una suerte que no pudiera dar con Max en ese momento. De lo contrario habría tenido que revelarle el nombre del tipo con que lo engañaba su mujer. Se habría visto obligado a hacerlo, como amigo. Luego se regañó por albergar tales pensamientos.

Max tenía preocupaciones más acuciantes que la vida amorosa de su mujer, de eso Toffi estaba seguro. Posiblemente en ese momento estuviera pasando por un infierno, y todo apuntaba a que no había nada ni nadie que pudiera ayudarlos a él y a su hija.

Ni él ni la policía, ni desde luego Kim, que en el fondo quizás incluso deseara que su marido hubiera perdido la chaveta y le hubiese hecho algo a Jola. No porque odiara tanto a Max o a Jola, sino porque durante años había sido demasiado cobarde para poner fin a ese matrimonio que tanto aborrecía, y ahora el destino le ahorraba tener que tomar esa decisión. Kim sería libre, tanto emocional como económicamente.

Con tan sombríos pensamientos introdujo en el navegador, mientras conducía, la dirección del asilo que le acababa de facilitar su secretaria en un mensaje, junto con una advertencia: «Magdalena Rhode está en la Unidad 11, habitación 14. Pero la dirección dice que no hay nada que hacer. La madre de Max lleva meses sin decir una palabra».

Jola

Y encima, sangraba.

No solo la jabalina tal vez tenía crías (Jola no se atrevía a moverse para ver si detrás del árbol de verdad había unos jabatos moteados o si era el sueño, que le había jugado una mala pasada), sino que también estaba herida. Y de gravedad.

Las cerdas le brillaban como el aceite; sobre el musgo, bajo el vientre, caían gruesas gotas de sangre. Tenía clavado algo metálico, y Jola pensó que era un cuchillo, pero después se le ocurrió que podía ser cualquier cosa. Algo puntiagudo que hubiera en la cabaña y hubiese salido disparado por la explosión. Así pues, el secuestrador y ella no eran los únicos que habían salido malparados de aquel desastre.

—Eh, jabalina —graznó con voz rasposa—. No te haré nada, mira. —Señaló la pernera del pantalón, por la que asomaba la tibia—. Yo estoy igual que tú.

El animal reaccionó con una mezcla de gruñidos y bufidos que sonaron como si alguien afinara un violonchelo y resoplara como un poseso. Al mismo tiempo meneaba la recia cabeza y enseñaba los enormes colmillos con aire amenazador. El olor a una mezcla de especias rancias se volvió más intenso.

«Está sudando —pensó Jola, sin saber si debía mirarla a los ojos o mejor desviar la mirada—. Madre mía, ¿qué se hace cuando uno tiene delante un jabalí? Mejor dicho, cuando uno está tirado en el suelo, sangrando, delante de un animal herido».

Un jabalí que al parecer sufría un dolor intenso. Los sonidos que profería eran más afligidos que amenazadores.

Jola rebuscó en los rincones de su memoria las pobres migajas de conocimiento que había almacenado allí de las clases de Biología. Normalmente los jabalíes no eran peligrosos y evitaban a las personas. Solo daban problemas cuando una hembra protegía a su camada. Y cuando estaban heridos, por ejemplo, cuando un cazador no les daba un tiro certero.

«Pues qué suerte —pensó. En el peor de los casos tendría que hacer frente a ambos problemas—. ¡Me ha tocado el gordo!», como diría Steffen. Lo soltaba siempre que pasaba algo que no le gustaba, como cuando se le olvidaban los bártulos de gimnasia o se le pinchaba una rueda de la bici.

«Jolín, papá, ¿dónde estás? ¿Y mamá?».

Buscó algo humano en los ojos del animal, algo de afecto y comprensión, pero en sus pupilas solo se reflejaba su propio miedo, mezclado con algo que conocía, porque también lo tenía ella, y que su profesor de kárate llamaba instinto asesino: «La firme voluntad de vencer a tu adversario».

—Por favor, no me hagas nada —susurró cuando el jabalí bajó la cabeza como un

toro que toma impulso para empitonar al torero.

«Eso es una capa», oyó decir a su padre, Max, que no era su padre biológico pero al que quería por encima de todas las cosas, por mucho que los de su clase se rieran de ella y la llamaran bastarda. Lo que daría en ese momento por estar entre sus brazos y escuchar uno de los disparatados cuentos que siempre se estaba inventando. El de la niña y el jabalí malvado, por ejemplo, en el que la niña trazaba un círculo mágico entre ella y el animal salvaje. Un círculo que el jabalí no podía cruzar sin morir.

«Sí, no estaría mal».

Pero su padre no se encontraba allí, y tampoco le estaba contando ningún cuento ni había ningún círculo mágico. Si acaso, había sido ella la que había cruzado un límite: había entrado en una zona prohibida de la que el animal la quería expulsar.

Jola no sabía por qué, pero presentía que se hallaba en la zona prohibida. El animal olía a sangre, a sangre ajena, y quizá se dijese que la intrusa herida era la culpable de su propio dolor. Aunque quizás eso fuera una tontería, los animales no sabían pensar. Quizá la cosa de metal que tenía clavada en el vientre lo ponía furioso.

Lo único de lo que Jola estaba segura era de que tenía que irse de allí. Y de prisa, antes de que el jabalí la atacara y le hundiera los colmillos en la cara.

Con cuidado para no asustar al animal, que estaba listo para abalanzarse sobre ella, encogió la pierna ilesa y se paró a pensar cómo hacer para no sobrecargar la que tenía herida.

Imposible.

Unos gritos fuertes y agudos resonaron en el bosque, haciendo que sobre ella dos cormoranes levantaran el vuelo, y el jabalí abrió las fauces.

Max

Tal como nos advirtiera Fish, nuestra huida nos condujo por un laberinto de pasillos estrechos, túneles oscuros y galerías que parecían no tener fin, por los que a veces tuvimos que arrastrarnos, atravesando un sistema de ventilación parado que nos llevó hasta un sumidero por el que saltamos a un agua que nos llegaba por la cadera.

Fish iba a la cabeza con Viola, seguidos de Cosmo y Frida, y yo cerraba la comitiva. Sin la linterna, que cogió de un anclaje en la pared del búnker, habríamos tenido que avanzar sumidos en una oscuridad absoluta por unas galerías que olían a cieno y residuos.

—Tengo agorafobia —le oí decir a Frida al ver que del túnel medio lleno de agua había que pasar a un ramal todavía más angosto con paredes de ladrillo curvas.

—Querrá decir claustrofobia —la corrigió Fish con seriedad—. Agorafobia es miedo a los espacios abiertos.

—Y miedo a que te parta la cara es lo que deberías tener tú —soltó Cosmo.

Yo también tenía ganas de darle a ese capullo, por lo menos con el cañón del arma, que intentaba mantener por encima del agua para que no se mojara. Pero al igual que Cosmo, también yo sabía que no era buena idea dejar inconsciente a la única persona que sabía orientarse allí abajo. De manera que vencimos nuestro asco, nuestro miedo y nuestra rabia y finalmente nos vimos delante de una puertecita de madera similar a la de una bodega, con sólidas guarniciones de hierro negro.

Nuestra odisea terminó con la misma extravagancia con que dio comienzo, en un lugar que no podía ser más distinto de los sitios por los que habíamos pasado: una playa.

Mejor dicho, un puerto deportivo. La puerta por la que fuimos saliendo uno detrás de otro a la libertad se abría debajo de un embarcadero, a escasos pasos del agua.

—Ale, ale, ale —nos instó Fish como un profesor de gimnasia enfurruñado, y echó a andar torpemente por la oscura agua, que apestaba a algas, hasta una escalerilla de aluminio similar a la de una piscina.

Una voz interior me aconsejó que aprovechara la oportunidad para escapar con Cosmo y Frida, pero mis vísceras me dijeron que antes muerto que separarme del hombre que podía llevarme con Jola.

Además, oí ladridos detrás de la puerta de madera, que Fish había cerrado, razón por la cual me metí el arma en el cinturón y subí detrás de aquel asesino medio echando pestes, medio persiguiéndolo.

Arriba había más luz, pues unos pequeños fanales proporcionaban un alumbrado de emergencia en la pasarela. Había cuatro embarcaciones: un bote de remos, dos

veleros cubiertos con lonas y un pequeño yate de motor, cuya amarra Fish ya había soltado. De un hábil salto se plantó en la cubierta.

—¡Rápido, moveos! —nos urgió, y desapareció de nuestra vista.

Los ladridos se oían con mayor claridad. Los perros ya estaban cruzando el agua. Gruñían y gañían. Tras mirarnos un instante, los tres echamos a correr y subimos de un salto al yate, que arrancó en el acto.

Con los motores rugiendo salimos disparados hacia el lago, y solo entonces, cuando al igual que los demás me sujetaba a una barra transversal del techo de la toldilla, noté que una lluvia densa me daba en la cara.

Fish, al timón, guiaba la embarcación hacia el centro del lago. Yo no sabía dónde estábamos, desde el inestable punto en que me hallaba no distinguía nada que sirviera de referencia. Debía de tratarse de un gran lago interior: el Müggelsee, el Scharmützelsee o el Wannsee, quizás incluso el Tegeler.

Durante un rato fuimos en línea recta, pero después Fish redujo la velocidad y viró a la derecha, metiéndose por un pequeño canal natural donde el pequeño yate, con una eslora poco más larga que un camión grande, apenas si cabía. Al cabo detuvo la embarcación en un cañaveral imposible de ver desde la orilla del lago.

Acto seguido se dirigió a Viola:

—Coge la zódiac e informa a los nuestros del ataque a la central. Mira a ver si hay algo que se pueda salvar y haz lo que sea preciso para que la policía no encuentre nada. Ten cuidado, ¿lo has entendido?

Le acarició la cabeza en gesto paternal.

Viola fue a popa, donde estaba afianzada la lancha, y nosotros seguimos a Fish abajo, al camarote.

Por dentro la embarcación era como un lujoso jet privado: focos encastrados en el techo proyectaban su luz sobre una alfombra clara, cálida madera tropical, armarios empotrados hechos a medida, puertas que probablemente se abrieran a un cuarto de baño y al dormitorio, en proa. Olía a coche nuevo, lo cual se debía a la tapicería de piel blanca como la nieve de los asientos en rinconera.

—¡Maldito psicópata! —le chillé a Fish al tiempo que empuñaba la pistola. Le apunté a la cabeza.

Él me miró con aire pensativo, como si yo fuese un interesante objeto de estudio.

—No le entiendo.

—Imbécil, me refiero a Spook. ¿Por qué lo ha matado?

Él abrió un compartimento bajo la mesa y sacó un *pack* de seis Coca-Cola Zero de un receptáculo refrigerado encastrado en ella.

—Ya se lo dijo Viola: jugaba a dos cartas, trabajaba para los chicos de Joshua. Ella me advirtió que tuviera cuidado con él hace tiempo, pero no lo supe hasta que encontré el receptor en su sudadera. Cachearlo a usted era cosa suya.

Abrió una lata y dio un trago largo. Después señaló el resto de las latas, en mitad de la mesa, y nos animó a servirnos. Cosmo y Frida no reaccionaron. Se habían sentado enfrente de Fish, en un banco tapizado atornillado a la pared y asimismo de piel blanca. Yo era el único que seguía de pie.

—Pero no tenía que matarlo por eso —argüí.

Fish esbozó una sonrisa ensimismada, se relamió los prominentes dientes y miró un momento por un pequeño ojo de buey. Unas ramas secas daban contra el cristal. El yate estaba quieto, pero se oía el viento que movía los juncos. Fish se quitó las gafas y me dirigió una mirada penetrante mientras las limpiaba con la camiseta.

—Nunca he dicho que fuera un alma bienhechora. Pero a diferencia de los fanáticos de Joshua, estoy en el lado de los buenos.

—Y ¿qué lado se supone que es ese? ¿El que secuestra niños pequeños o el que ejecuta a los suyos?

La pregunta la espetó Frida, que hablaba por primera vez. Tenía el pelo alborotado y la cara con chorretones negros, como si fuera un deshollinador. El fuego de sus ojos ardía con más furia que hacía unas horas, cuando la tomé de rehén en su propio coche, y descargó el pánico que sentía en ira ciega.

—Estoy del lado de la libertad —respondió Fish, y la contestación me hizo reír.

—¿La libertad, pedazo de mamón? —Sacudí la cabeza y cometí el error de rascarme la nariz rota. El menor roce era como si me clavara una astilla en el cerebro.

—Si dejara de insultarme un momento, se lo explicaría.

Se me ocurrieron miles de réplicas, pero, al igual que Cosmo y Frida, no dije nada, si bien seguía apuntando con el arma al torso de ese hombre que por lo visto había perdido el juicio hacía tiempo.

Fish me indicó que me sentara a la mesa, bebió otro trago de la lata y, al ver que yo seguía de pie, se encogió de hombros y empezó a endilgarnos un monólogo que a mi juicio tenía bien ensayado.

—Joshua, el programa que lo amenaza a usted, Max, fue desarrollado por un hombre llamado Theodor Braunschweig, un antropólogo. Él y yo estudiamos en la misma universidad y pasábamos el tiempo libre en el mismo club de hackers, porque programar era nuestra segunda pasión. Muy pronto supimos ver el provecho que podíamos sacar de los modelos de análisis informatizados si se les introducían los datos adecuados. Eso fue a principios de los años setenta, cuando tal como se utiliza hoy en internet era algo impensable. Y la *predictive policing* era pura ciencia ficción.

—*Predictive* ¿qué? —Cosmo se inclinó hacia delante en el banco.

—El método policial de prevención de delitos. ¿No han oído hablar de Blue CRUSH?

Todos cabeceamos.

—Un *software* predictivo que desarrolló Richard Janikowski, un profesor de Criminología. En Memphis, Tennessee, el programa fue el responsable de que el índice de criminalidad se redujera en un treinta por ciento. Y el porcentaje de resolución de delitos graves pasó de un insignificante dieciséis por ciento a más de un setenta por ciento. Todo gracias a un programa que tienen los agentes de policía en sus portátiles y que, entre otros, revisa datos tan ridículos como estadísticas de robos con allanamiento, previsiones meteorológicas y el calendario de eventos locales, porque sabe que en las inmediaciones de los estadios de fútbol se suelen robar coches, sobre todo cuando llueve durante el partido. —Fish se relamió los labios: aquello le divertía—. En Santa Cruz, California, cientos de agentes actúan guiados por un algoritmo. Sus portátiles les dicen dónde patrullar y dónde hay mayor probabilidad de que se produzca el próximo allanamiento, desórdenes o la próxima violación. A esto se lo conoce como *big data*, y, entretanto, estos programas ya se utilizan en Europa, como por ejemplo, en Manchester.

—¿Y Joshua es un programa así? —se interesó Frida.

Fish la miró como si le hubiese preguntado el abecé.

—Menudo disparate, ¿es que nadie me escucha? He dicho *big data*, no *single solution*. Estos programas se basan en algoritmos que por lo general se utilizan para prever las réplicas posteriores a un terremoto. —Cuando se dio cuenta de que no lo seguíamos, explicó—: Estos programas, que ya se emplean oficialmente en Estados Unidos y Europa, solo proporcionan una visión de conjunto. Calculan probabilidades, determinan lugares y facilitan las cuadrículas y los horarios, cuándo y dónde la cosa está que arde. Pero Joshua va un paso más allá. Joshua le dice no solo cuándo y

dónde es posible que ocurra algo, sino quién y cómo lo hará pase lo que pase.

Hizo una pausa, se restregó los hundidos ojos para borrar de ellos un sueño invisible y continuó:

—Y Joshua es capaz de hacer eso porque se ha colado en una gran parte de nuestra vida privada. En los cargos de nuestras tarjetas de crédito, en la agenda que almacenamos en la nube, en los artículos que compramos por internet y en la infinidad de cámaras de seguridad que hay en este mundo.

—Y dice que este programa, Joshua, lo desarrolló un viejo amigo suyo —observé, procurando que Fish volviera a lo esencial—. El tal Theodor Braunschweig, ¿no?

Hizo un gesto negativo con la mano.

—¿Amigo? Profesionalmente estábamos en la misma onda. O lo estuvimos, al menos durante un tiempo. Poco después de terminar la universidad nuestros caminos se separaron. Utilizando la terminología de *La guerra de las galaxias*, Braunschweig se pasó al lado oscuro de la Fuerza. Creó un engendro, un monstruo al que puso el profético nombre de Joshua, que no hace otra cosa que analizar todos los datos que se encuentran a su disposición, ya sean legales o ilegales, y cruzarlos en busca de patrones de conducta determinados.

—Y en mi caso encontró lo que buscaba, ¿no es así?

—Exacto. La primera vez que Joshua escupió su nombre fue cuando usted se puso a hablar de métodos de tortura atroces en el chat de una página de fetichismo.

—¿Que hice qué? —Frida me miró con cara de susto y yo respondí meneando la cabeza—. Nunca me he metido en un chat de esos —aseguré.

Fish sonrió.

—No, claro. Y seguro que tampoco ha buscado ciertas cosas en Google. En su expediente constan búsquedas como «delito perfecto», «veneno de efecto rápido», «anestésicos que no dejan rastro», «borrar rastros de ADN», «limpiar el escenario de un crimen», «droga de las violaciones», «grilletes electrónicos»...

—¡Escribo *thrillers*! —exclamé.

—Ya, y ese precisamente es el problema. —Bebió otro trago y eructó con discreción—. Por primera vez en su historia Joshua ha cometido un error: no ha tomado en consideración que algunos rastros digitales se pueden explicar por la profesión del sujeto. Su nombre no debería haber estado nunca en la lista.

—¿Qué lista? —quiso saber Frida.

El yate vibró con una súbita ráfaga de viento. La lluvia repiqueteaba en cubierta. En circunstancias normales habría resultado agradable estar sentados allí, a la espera de la tormenta que se aproximaba.

—Joshua nació para ganar dinero. A lo largo de los últimos años el programa ha sido probado con notable éxito en algunas dictaduras y países emergentes. Allí donde se utilizó se pudieron evitar miles de delitos antes de que se cometieran. Pero con repúblicas bananeras no se puede ganar dinero de verdad. La idea era que poco a poco el programa fuese implantado en naciones industriales líderes del mundo. Pero no de manera oficial. Tras el escándalo de la Agencia de Seguridad Nacional, a ningún gobierno occidental le apetece presentar a la población otro programa de vigilancia nacional. Por eso Joshua ha de funcionar en secreto, dirigido por una empresa privada que pertenece a un hombre que se hace llamar James Edwards. Él y sus socios quieren vender los datos que recaba Joshua a los gobiernos de los países en cuestión por cientos de millones. Al año. Y por comprador.

—¿Cómo es que sabe usted todo esto si supuestamente no hace causa común con la empresa de Joshua? —pregunté, mientras sentía una oleada de calor. El camarote no estaba preparado para albergar tantas personas con los ánimos tan caldeados.

Fish, que también daba la impresión de necesitar un poco de aire fresco, bebió un último trago del refresco, estrujó la lata y dijo:

—También nosotros trabajamos en secreto, pero en el otro lado. Somos una especie de organismo de control en la Web. Un club contra el caos que opera de manera encubierta y que, sin que lo sepa la mayoría, arriesga la vida bajo la

superficie por la libertad de cada uno de nosotros. Incluso por la libertad de pervertidos como usted.

—¿A qué viene toda esta mierda?

Mis dedos se cerraron con más fuerza en torno al arma que sostenía. Me habría gustado utilizarla, por lo menos a modo de porra.

—Usted mismo acaba de decir que mi nombre no debería estar en esa lista.

—Cierto, tan pronto no. Debido a la cantidad de información que solicitaba usted, Joshua dio por sentado que delinquiría de forma inminente, pero lo cierto es que aún faltaba mucho. A lo sumo, usted se encuentra en la fase de los preparativos. Braunschweig se dio cuenta demasiado tarde.

—¿Cómo que demasiado tarde? —inquirí.

—Su nombre ya estaba en la lista. La lista que James Edwards presentó personalmente, en un barco ante la costa de Madeira en el que se encontraban varios ministros de alto rango y dirigentes de distintos países. Los compradores abrigaban dudas de que Joshua funcionara tan bien; querían una demostración. Edwards presentó la lista de futuros delincuentes que Joshua había elaborado esa misma mañana y dio la casualidad de que el elegido para demostrar que el programa funcionaba fue precisamente usted, Max, un programa al que Edwards atribuyó un porcentaje de error de, agárrese, un cero por ciento.

Contuve la respiración, como hacía siempre que estaba escribiendo y presentía que estaba a punto de tener una buena idea.

—¿Quiere decir que todo depende de mí? —le pregunté—. ¿El trato? ¿Todo ese negocio multimillonario?

—Más bien multibillonario. Pero sí, eso es: usted es el papel de tornasol. Si comete algún delito, tal como previó Joshua, la prueba estará superada y el programa se comprará. En caso contrario... —puso el pulgar hacia abajo— adiós a Joshua y al dinerito.

Sentí que la pistola se volvía cada vez más pesada. Hasta ese momento lo que me había contado Fish me inquietaba, pero había un tono enérgico en su voz que despertó en mí la sospecha de que todavía no había oído lo verdaderamente alarmante.

—Braunschweig se dio cuenta del error —prosiguió—. Su nombre no debía figurar aún en la lista de la que los posibles compradores elegirían a su cobaya. Reparó en el fallo cuando revisaba una vez más su perfil, e importunó a Edwards para que escogiera a otro candidato para la prueba. Según sus resultados, usted delinquiría como pronto dentro de un año. Pero Edwards no quería poner en peligro un trato tan importante, de manera que decidió acelerar un poco las cosas. Por el análisis que hizo Joshua de lo que publicaba usted en Facebook supo cuál era su debilidad: Jola.

Parpadeé. La sola mención del nombre de mi hija hizo que se me formara un nudo en la garganta y se me humedecieran los ojos.

—Así que les dio dinero a los padres biológicos de Jola para que pagaran a un

psiquiatra al que Edwards había sobornado con el objeto de que presentase un informe falso, según el cual esos yonquis estaban plenamente rehabilitados. Después, la empresa de Edwards desvió los correos de usted y programó la redirección de todas las notificaciones de la Oficina de Protección al Menor, para que las cartas en que se solicitaba que se fijase una fecha para tramitar la restitución cayeran en saco roto. Sabía que solo tenía que apretarle las clavijas a usted para que liberase la energía criminal que anida en su interior. Y como puede ver, funcionó.

—Así que solo soy el juguete de un empresario sin escrúpulos.

—No. Es usted un delincuente que desde hace tiempo acaricia la idea de hacerle algo a una niña, probablemente a su propia hija. Y sí, Braunschweig, Edwards y sus compinches van detrás del dinero, pero también creen que con su programa hacen que el mundo sea un lugar mejor. Que detienen a los delincuentes más peligrosos antes de que lleguen a actuar. El único que no tiene escrúpulos es Edwards. Braunschweig, como ya sabe, incluso quiso prevenirlo a usted.

—Un momento, el quemado del Westend...

—Un supuesto suicidio. Poco después de que le dijera a Edwards que se pondría en contacto con usted, lo pagó con su vida.

La pistola empezó a temblarme en la mano.

Ahora lo entendía. Ahora todo cobraba sentido. La llamada misteriosa, el agonizante en cuidados intensivos, sus crípticas frases: «Joshua lo ha elegido, y Joshua no se equivoca... Por favor, escúcheme bien. No infrinja la ley. En ninguna circunstancia».

¿Ese hombre había perdido la vida por intentar salvar la mía? Pero, un momento...

—Sé lo que está pensando. Si es cierto lo que acabo de contarle, ¿por qué Braunschweig no se lo contó todo a la policía?

Asentí.

—Porque Braunschweig quería prevenirlo a usted, pero no acabar con la obra de su vida. Sí, suena demencial. Creía de verdad en su programa, e hizo todo cuanto pudo para protegerlo. Aun cuando ello significara encubrir a su propio asesino.

—Y ¿por qué me cuenta usted todo esto? —pregunté.

—Porque nosotros luchamos contra Joshua, y contra todo lo que supone un ataque a la libertad de la población a través de la Web. No queremos vivir en un Estado policial. Es como con los muertos en carretera. Está claro que podríamos equipar a todos los coches con un dispositivo que avise a las autoridades cada vez que se supere el límite de velocidad, pero no queremos eso. Preferimos aceptar los daños ocasionados por algunos psicópatas como usted antes que someternos de antemano a un control absoluto.

—Y por eso vigilan a todos los que tienen algo que ver con Joshua, ¿no? —terció Cosmo, levantándose. Frida permaneció sentada, la boca entreabierta, la perplejidad y el asombro reflejados en su mirada.

—No solo los hombres de Joshua practican el doble juego —replicó Fish, no sin orgullo—. También nosotros hemos conseguido introducir a uno de nuestros piratas informáticos entre los suyos. Sabemos muchas cosas gracias a eso: cómo funciona el programa, cuándo se utiliza, quién se supone que lo va a comprar. Además, contamos con nuestros propios medios técnicos. También nosotros podemos filtrar correos electrónicos, intervenir llamadas, esconder un localizador GPS, como el que ocultamos en su escarabajo cuando supimos que iba a probarse la eficacia de Joshua con usted.

—En ese caso también sabrá dónde está mi hija, ¿no? —Lo fulminé con la mirada, y no sería lo único con que lo fulminaría si no me respondía de inmediato.

—No. Por desgracia, la señal del GPS de su coche cesó debido al accidente. Llegamos demasiado tarde. El coche ya no estaba, a Jola ya la habían secuestrado y a usted se lo habían llevado de allí, a Moabit, a una casa donde se reúnen adictos al *crack*, donde primero lo drogaron y después dieron parte a la policía.

Me llevé las manos a la cabeza. El dolor, que no se me había pasado del todo, volvió, junto con el recuerdo del sueño, cuando desperté tendido en un colchón que apestaba a orina junto a una anciana desdentada. ¿O acaso no había sido un sueño?

—El plan de Edwards parecía muy sencillo: apretarle las tuercas hasta que delinquiera secuestrando a su hija, Max. Después solo tenía que hacer desaparecer a Jola, y prepararlo todo para que lo señalase a usted como responsable.

Sacudí la cabeza y apunté de nuevo con el arma a la cabeza de Fish.

—No lo entiendo. Si de verdad me considera usted un violador de niños, un ser despreciable, ¿por qué estamos manteniendo esta conversación aquí? ¿Por qué no me deja a merced de la gente de Joshua?

Fish adelantó la barbilla con arrogancia, casi con rebeldía.

—Porque con usted se nos presenta una ocasión única de acabar con Joshua. Se lo repito: no queremos ayudarlo a usted, sino perjudicar a Joshua. Y, claro está, salvar a la niña de sus garras. Pero, por desgracia, eso solo será posible si colabora usted.

—¿Quiere mi ayuda? —Solté una risotada carente de alegría.

—Sí. Debe conducirnos hasta su hija. Y antes de que muera. Como le he dicho, eso es lo que pretende Edwards: matar a Jola y endilgarle su muerte a usted.

—¿Porque eso fue lo que pronosticó el programa? ¿Que mataré a Jola? —«Y porque solo podrá vender su programa de cientos de millones de dólares si la profecía se cumple».

—Exacto. —Fish metió la mano bajo la mesa y sacó un maletín de aluminio. Dando unos golpecitos en la tapa, dijo—: Aquí dentro está todo lo que necesitamos para ponerle a usted un micro camuflado y una cámara oculta con la que podrá grabar a Edwards y poner en evidencia que ha sido él quien urdió esta intriga. Si nos damos prisa, si llegamos a tiempo de salvar a su hija, el proyecto Joshua se irá al traste en cuanto subamos el vídeo a YouTube.

—Pero ¡no sé dónde está! —chillé, y Frida pegó un respingo en su asiento.

—Sí, sí que lo sabe —repuso Fish, que ni se inmutó con mi salida de tono—. Joshua es una herramienta infernal, pero funciona. Eso es lo que hace que resulte tan peligrosa. No se equivoca. Ha predicho sus actos, sabe cuáles son sus intenciones. Pretenden torturar a Jola y matarla. Con sus actos Edwards solo anticipa los delitos que cometería usted con sus propias manos en el futuro. Y a ese respecto lo conoce a usted mejor que usted mismo.

«Lo cree de verdad —pensé—. Este loco ofuscado, que mató a uno de sus cómplices, se cree de verdad lo que dice».

Fish continuó:

—Joshua sabe lo que hace usted. Naturalmente, no hasta el último detalle, pero sí en un marco genérico. Y ahora Edwards y los suyos dotan de vida este marco. Según la información de que disponemos, pretenden perpetrar el crimen simulando un escenario que ha descrito usted en uno de sus libros.

—¿En uno de sus libros? —Cosmo enarcó las cejas.

Fish asintió.

—Hemos analizado la comunicación que han establecido por radio Jola y sus secuestradores. Por desgracia no hay forma de rastrear el *walkie-talkie*. Al menos nosotros no somos capaces. Pero ¿le dice a usted algo una cabaña en el bosque en la que se almacenan barriles con explosivos?

—No —negué, cabeceando.

—Pero ¡a mí sí! —Todos volvimos la cabeza hacia Cosmo—. *El colegio del horror* —añadió risueño, con aire triunfal, en la mirada un «¿acaso no te lo dije?».

Entonces también a mí me vino a la memoria.

A veces la mente funciona de forma muy curiosa. Con la violencia contra las personas ya apenas tengo problemas. Podrían verme en una plaza iraquí presenciando una lapidación u observando una «cura de agua» en Guantánamo. Sin embargo, con los animales la cosa cambia. Con ellos no lo soporto.

Baste con decir que desde aquel día no puedo ver un gato sin que me sienta culpable. Y sin que lllore a moco tendido.

Casi tanto como mi hermano, cuyas lágrimas, cuando todo hubo terminado, seguían sin secarse. Claro que también era lógico, ya que fue su mano la que guio mi padre, no la mía.

—¿Por qué lloras tanto? —le preguntó a Mark mientras le quitaba de la mano la ensangrentada podadera.

Vaya una pregunta cruel, en vista de lo que acababa de obligarle a hacer. Solo podía formularla alguien que tuviera el corazón emponzoñado o que no tuviera corazón, y en el caso de mi padre, que ahora estaba arrodillado junto a mi hermano, yo ya no estaba seguro de cuál de las dos cosas era aplicable a él.

—Quiero irme a casa —sollozó Mark.

—Quiero ir con mamá —lo imitó mi padre. Le hizo burla adelantando el labio inferior y frotándose los ojos con los nudillos. Y se rio de él con una cantinela asquerosa, patética—: Porfa, porfa, porfa, no seas tan malo conmigo, papá...

Mientras tanto, yo no me movía del sitio. Desde que mi padre había vuelto con la víctima, estaba como atornillado a la silla de madera de la segunda fila del «aula», la vista clavada en la mesa en cuya superficie alguien había tallado una cruz invertida.

No me atrevía a levantar la cabeza, a mirar al frente, tenía miedo de ver que el gato seguía respirando. Y eso sería lo que ocurriría en cuanto mis ojos se separaran de las líneas toscas, sinuosas, del pupitre y mirara hacia la pizarra. Vería cómo el gatito, tendido en su propia sangre, abría de nuevo los ojos, y yo vería en ellos la mirada del diablo. Igual que lo veía en las pupilas de mi padre siempre que nuestras miradas se cruzaban.

—Así que quieres ir a casa, ¿no? Pues deja que te diga una cosa, Huckleberry, esto... —seguramente estaba haciendo un gesto que abarcaba la espantosa cabaña del bosque— ¡esto ahora es tu casa!

Gritaba como un predicador televisivo en un pabellón. Yo sabía que estaba rociando saliva, como siempre que levantaba la voz. En mi imaginación también le salía humo de las orejas y chispas de los ojos.

—Esta aula es más un hogar para ti que cualquier otra cosa en el mundo.

Oí que le crujían las rodillas al moverse.

—Pedazo de mierda desagradecido, ¿acaso crees que esto me divierte?

Con la esperanza de que siguiera dirigiéndose a Mark y no a mí, seguí en la misma posición. Sintiéndome culpable y avergonzado de ser demasiado cobarde para levantarme y defender a mi hermano.

—¿Acaso crees que me gusta matar? —Soltó un hondo suspiro y a continuación repitió las palabras del discurso inaugural que nos había soltado el día anterior—. Os he traído aquí para que aprendáis las cosas que no os enseñan los profesores en el colegio: cazar, recolectar, matar. Y la sensación de pérdida. Eso es lo más importante. El amor debilita. La pérdida endurece.

Encajé las palabras como si fuesen golpes.

—Conmigo aprenderéis a sobrevivir. Y os enseñaré todo aquello de lo que la so-cie-dad... —escupió la palabra como si fuese una caca de perro que hubiese ido a parar a su boca de pronto— todo aquello de lo que la so-cie-dad intenta que os mantengáis apartados. Esos capullos liberales, esos ilusos que pretenden mejorar el mundo, esos filántropos que no os enseñan nada, absolutamente nada, de las verdaderas emociones que debéis sentir si queréis sobrevivir ahí fuera: miedo, infelicidad, espanto, dolor, opresión.

Me pregunté si sabía que la inicial de las emociones que había enumerado daba como resultado la

palabra miedo, o si el mal que habitaba en él desde que Sandy sufriera el accidente lo había transformado en una máquina desalmada. Esta última idea, dentro de su atrocidad, también tenía algo reconfortante: no quería que ese ser fuera de verdad él mismo. Prefería acariciar la idea de que mi padre, antes tan bondadoso, tierno, vital, solo era un envoltorio invadido por un parásito infernal, mermado por un ejército de garrapatas cuyo rey hubiese anidado en su cerebro y desde allí, con picaduras certeras en el neocórtex, lo hubiera llevado a la locura.

—¿Simon? —me llamó. Cuánta maldad y agresividad en una única palabra.

Seguí sin atreverme a levantar la vista, pero tenía más miedo aún de desobedecer su orden.

Con unos pasos rápidos atravesó la cabaña, abrió la puerta y señaló la lluvia de verano que había empezado a caer no hacía mucho.

—Este sitio es la verdadera vida. El sitio de la revelación. —En sus ojos se apagó algo, como si se hubiese fundido una bombilla—. El sufrimiento forja el carácter —espetó—. Y en ninguna otra parte aprenderéis a sufrir mejor que aquí. —Cerró la puerta, y me dio la sensación de que la habitación se había vuelto más estrecha, había encogido en los últimos segundos. Las profecías de mi padre no habían terminado—. A lo largo de los próximos días os las tendréis que ver con animales salvajes y con las inclemencias del tiempo, colocaréis trampas, cruzaréis zonas pantanosas y mataréis.

Buscaba nuestros ojos alternativamente: primero los de Mark y luego los míos. Y mientras poco a poco me iba subiendo por la nariz el olor a podredumbre, una peste que sin duda salía del animal muerto, pero que yo cada vez asociaba más a mi padre, él añadió:

—De verdad que no hay mejor lugar para que aprendáis a sufrir que esta isla.

Max Rhode, *El colegio del horror*, cap. 30, pp. 162-166.

Jola

Había perdido el control. Por completo.

De su pierna, que le colgaba inservible; de su boca, de la que salían extraños gritos incontrolables, y también de su vejiga, que se vació justo cuando el jabalí le desgarró el pantalón con los colmillos. Por la cara interior del muslo, por donde pasan las arterias o venas o lo que sea que sangra a lo bestia, exactamente no lo sabía; lo único que sabía era que más valía no resultar herida en ese sitio.

Estaba oscuro, muy oscuro, dado que para entonces la lluvia ya había apagado el fuego de la explosión que aún ardía abajo, en la hondonada. Jola solo veía sombras y siluetas desdibujadas, y un par de ojos encima de ella. En su imaginación, el jabalí se había transformado en un mamut, capaz de devorarla de un solo bocado.

Por suerte, en la primera acometida solo le desgarró el vaquero, no la carne, pero al hacerlo le pisó el tobillo izquierdo, lo cual casi le hizo perder el conocimiento. Después el animal se retiró gruñendo, y Jola supo que volvería a arremeter.

—¡Pero si no te voy a hacer nada! —gritó, y se tapó la boca con la mano, asustada por el volumen de su grito. No tenía idea de si, cuando uno se topaba con un animal salvaje, era mejor hacer ruido o estarse callado. De si había que correr o quedarse en el sitio. El instinto le dijo que el ruido y el alboroto no mejorarían su situación. Y correr quedaba descartado. Como mucho podría arrastrarse hacia atrás, y debía intentarlo. Tenía que salir de la zona de peligro como fuera. No le quedaba opción.

Jola se sorbió la nariz, se secó los húmedos ojos con el dorso de la mano y notó el olor a suciedad y sudor.

El jabalí esperaba, quizá porque su herida sangrante le mermaba las fuerzas, y Jola aprovechó esos segundos para impulsarse hacia atrás. Lejos del animal y del árbol. Se fue separando del roble deslizándose sobre el trasero con una lentitud atroz, con la esperanza de hacerle entender al animal que ella no constituía ninguna amenaza. Centímetro a centímetro fue aumentando la distancia. Subió, medio sentada, medio tumbada, una pequeña elevación del terreno. El animal, cuya silueta se destacaba cada vez con mayor claridad, no la perdía de vista. Rebudiaba, gruñía y olía que apestaba. En cierto momento se temió la siguiente embestida, similar a la de un rinoceronte, pero el jabalí, bufando, solo hizo amago de atacar y se conformó con dar un breve salto adelante.

Instantes después Jola no tuvo tanta suerte.

El animal, herido y probablemente por ello impredecible, lanzó un gruñido enfurecido que a Jola le hizo doler los tímpanos, y se abalanzó. Le dio con la áspera

cabeza en la cara, y fue como si en la nariz le cayera un rayo. La sangre se le acumuló en la boca. Con el siguiente grito de dolor la escupió. Clavó el talón del desnudo pie derecho en el suelo del bosque y se alejó más de aquella bestia. Siguió retrocediendo, oyó el siguiente gruñido, gutural, inhumano, un sonido desagradable, como si alguien hiciera girar una gran rueda dentada, siguió yendo hacia atrás, ascendiendo la pequeña loma. Pero cuando se dio cuenta del poco sentido que tenían sus esfuerzos, cuando supo que no tenía nada que hacer contra una masa de cien kilos enloquecida, perdió el equilibrio.

Al igual que cuando se produjo la explosión, creyó salir disparada, pero esta vez no vio luz ni oyó ningún chasquido. En cambio, tuvo la sensación de irse hacia atrás, como si cayera de espaldas desde el borde de una piscina. Por un instante creyó que caería al agua, ya que los cormoranes le decían que por allí había un lago, un estanque o por lo menos una charca. Sin embargo, se dio contra un blando suelo de hojarasca y resbaló, aún boca arriba y con la cabeza por delante, por una pendiente. Y a pesar de que intentó mantener en alto la pierna izquierda, fue en vano. Las fuerzas la abandonaron de prisa, y con la primera ondulación del terreno dejó caer la pierna, que se golpeó con una rama o una piedra u otro objeto duro, justo donde tenía al descubierto el hueso. Cuando de su garganta salió un aullido visceral similar a los del jabalí, Jola ya había perdido el conocimiento. Cuando volvió en sí y abrió los ojos, a su alrededor todo seguía negro.

Estaba tumbada de espaldas, recta, como cuando uno flota en el agua, y debía de llevar así un buen rato, puesto que ya no llovía. Un fuerte viento había abierto el cielo y empujaba enormes jirones de nubes como a cámara rápida. Jola veía la luna, que arrojaba su luz clara y fría sobre el entorno. Lo segundo que vio fueron los ojos que flotaban sobre ella. Unos ojos oscuros, furiosos. El jabalí estaba allá arriba, a menos de tres metros de distancia. Resoplaba enfadado, gruñía y enseñaba los colmillos, pero no hacía ademán de ir a descender la loma por la que ella había resbalado de espaldas. Aunque sin duda la pendiente no debía de suponerle ningún problema, el animal no tenía intención de continuar con la persecución.

«Creo que ya no estoy en su territorio», pensó con alivio. Y por primera vez desde que abriera los ojos, se movió. Y tuvo la sensación de estar tumbada en un colchón hinchable. Solo que el colchón estaba recubierto de plantas o hierbas, en las que se enredaban sus dedos. Oyó un gorgoteo, un chasquido justo debajo.

«Madre mía, ¿qué es eso?».

Jola alzó la cabeza y se retiró el pelo de la frente. Al hacerlo se dio cuenta de dos cosas: en primer lugar olió algo que le recordó a la mascarilla de arcilla que a veces se ponía su madre en la cara cuando se metía en la bañera, y en segundo lugar le dio la impresión de que la mecían unas suaves olas, como si estuviera en una cama de agua. Notó que las manos se le mojaban, y entonces ocurrió: perdió el equilibrio y resbaló de nuevo, esta vez rodó sobre su propio eje. Desesperada, trató de agarrarse a algo, a los matojos, las ramitas, los helechos o lo que fuera que tapizaba el cenagoso

suelo, pero no sirvió de nada: Jola fue a parar a un agujero fangoso. A un... ¡pantano! «Dios mío, claro, a eso es a lo que huele. Como la arcilla de la cara de mamá... Estoy en un ¡pantano!... Maldita sea, ¿desde cuándo hay pantanos en Berlín?».

Quiso mover las piernas, apoyar los pies en el fondo, pero la turba que le llegaba por las caderas era blanda como el cemento recién echado, y de todas formas no podía mover la pierna izquierda.

Condenada a la inmovilidad, intentó combatir el dolor y el pánico respirando pausadamente. Alrededor había un poco de claridad, y por un instante Jola albergó la esperanza de que fuera una linterna, pero solo era la luna, que se había abierto paso entre dos formaciones de nubes e iluminaba el callejón sin salida en que se encontraba.

Del pie de la loma había ido a parar a una zona herbosa similar a un matorral. Un lecho de plantas que no formaban un entramado sólido y ocultaban alevosamente el verdadero peligro que acechaba debajo: un agua cenagosa, con vegetación, similar a un pantano. Tierra y agua que semejaban una tumba fría y húmeda.

—Ayuda —musitó. «Por favor, Dios mío, ayúdame».

Su padre le había aconsejado que no patinara sobre hielo en el lago Wannsee, porque nunca se sabía lo quebradizo que era el hielo en invierno. Y una vez ella había visto en una película que un niño se ahogaba porque no se podía agarrar al borde y era incapaz de salir por sus propios medios.

«Eso es lo que me está pasando ahora», se dijo, llorando mentalmente.

Seguía intentando agarrarse a las plantas trepadoras, asirse a ellas para salir de aquel hoyo, pero resbalaba una y otra vez. Sin embargo, ese no era el mayor problema. Si se quedaba quieta, si no se movía, no se hundía más. Jola no estaba segura, pero no creía que se fuera a ahogar en ese pantano.

«¡Pero sí me moriré de frío!».

Hacía frío. Más del que había tenido nunca, porque el frío le envolvía el cuerpo entero. Como si el hielo se hubiera quebrado y hubiese caído a unas aguas heladas.

«Esto no puede ser peor».

Notó que la parte inferior del cuerpo se le entumecía, una sensación que iba ascendiendo. ¿Cuánto tiempo podría aguantar así?

—¡Ayuda! —gritó a pleno pulmón—. Dios mío, ayúdame.

Pero allí no había nadie. Estaba sola.

Hasta el jabalí se había retirado.

Sus brillantes ojos habían desaparecido.

Max

«De verdad que no hay mejor lugar para que aprendáis a sufrir que esta isla».

El ser humano reprime cosas en cada momento de su existencia. De lo contrario no podría sobrevivir. Si nos expusiéramos al horror que se despliega ante nosotros cada mañana con que solo abramos las páginas de noticias, no seríamos capaces de llevar una vida normal. ¿Cómo íbamos a reírnos, amar, trabajar, comer, ir de vacaciones, si fuésemos conscientes en todo momento, por ejemplo, de que solo en Alemania doscientos mil niños son maltratados brutalmente al año? ¿De que cada día, cada puñetero día que pasamos comiendo, conduciendo un coche, bailando, leyendo o viendo la tele, dos niños mueren a golpes? ¿Quizás en este momento, en este preciso segundo?

Si no fuésemos capaces de reprimir estas y otras cien mil noticias espeluznantes, tendríamos que renunciar a nuestra vida tal como la conocemos, dejarlo todo para ayudar a quienes lo necesitan. Pero no tardaríamos ni un día en reconocer nuestra impotencia. Y acabaríamos capitulando ante el sobrecogedor número de crisis. Yendo de catástrofe en catástrofe como una pelota de pimpón, entre la guerra y el hambre, el maltrato animal y la indigencia, el cambio climático y la prostitución forzosa, zarandeados de acá para allá, la mayoría de nosotros se sumiría en la mayor de las depresiones.

Fuera cual fuese el dios cruel que creó un sistema que solo garantiza la supervivencia al más fuerte en la naturaleza, también fue lo bastante benévolo para concedernos a nosotros, los humanos, la gracia de la represión, cosa que hasta los idealistas más admirables necesitan cuando —fieles al lema «no puedo cambiarlo todo, pero por lo menos puedo intentarlo»— se vuelcan para solucionar un problema concreto. Por ejemplo, nadie podría repartir agua entre refugiados de guerra sedientos si al menos durante un instante no lograra apagar las voces que le recuerdan al oído que, a pocos cientos de kilómetros, tras la frontera mueren cientos de niños por falta de medicamentos.

Los seres humanos deben reprimir cosas, y eso era algo que yo había sabido hacer bastante bien en los últimos veinticinco años. Había metido los recuerdos de los horrores sufridos en la infancia en un baúl negro, que había rodeado de pesadas cadenas y afianzado con un grueso candado, y bajado con él la empinada escalera hasta el sótano de mi conciencia, donde había estado criando polvo y pudriéndose tras un tabique.

Pero ahora precisamente este hurón que se hacía llamar Fish y me consideraba un perverso había recuperado esa arca del olvido, le había quitado las cadenas y había

liberado mis peores demonios. Y mi hermano lo había ayudado.

—¡Pero cómo que no lo sabías! —exclamó Cosmo.

Además de los suyos, también los ojos de Frida y Fish se clavaban en mí. Todos me escudriñaban como si fuese un mono de feria. «El hombre sin memoria. ¡Pasen y vean el momento en que vuelve a tomar conciencia de su suerte!».

El barco se balanceaba, mecido por el fuerte viento.

—No puede ser, Max. ¡Si has escrito un libro sobre eso!

Asentí. Y compartía la perplejidad de mi hermano. Por lo visto, las partes más importantes de mi primer *thriller* no las había escrito yo, sino mi subconsciente, ya que en *El colegio del horror* yo hablaba de un padre que en las vacaciones de verano arrastra a sus hijos hasta una isla para atormentarlos de manera brutal con el pretexto de convertirlos en hombres. Y, en efecto, a Cosmo y a mí nos había sucedido algo similar.

También nuestro padre nos llevó de excursión a una de las numerosas islas deshabitadas cuya existencia la mayoría de berlineses desconoce, al igual que son muy pocos los que saben que en el término municipal de Berlín hay más de treinta y cuatro islas. Por aquel entonces, cuando teníamos trece y catorce años, nuestro padre era conserje en un club náutico de cuyo recinto formaba parte una isla privada en el lago Wannsee, que, aunque era un espacio protegido, los miembros del club podían visitar en verano para hacer excursiones. Mi padre era uno de los pocos que disponía de un permiso de acceso permanente para comprobar el estado del embarcadero y las espartanas cabañas de madera de la isla incluso fuera de temporada. Y un fin de semana lluvioso de las vacaciones de otoño nos llevó con él. «De cámping», como le dijo a mi madre, que probablemente intuyera lo que nos esperaba, si mal no recuerdo su cara de susto y el abrazo tembloroso, reflejo de su miedo, con que se despidió de nosotros.

«Nos vamos a divertir un montón», nos dijo papá en la zódiac, en la breve travesía desde Kladow. Curiosamente ahora lo recordaba con toda claridad, como si fuese ayer. Hacía frío y lloviznaba, y nuestra lancha espantó a varios cormoranes cuando llegamos al sitio donde se quebrantaría nuestro espíritu. Y es que la idea de diversión de mi padre básicamente iba unida a atormentar a sus hijos.

El día previo a la excursión desapareció dinero del tarro de mermelada que había en la balda sobre el fregadero. Cosmo y yo juramos que no lo habíamos cogido, y nuestro padre nos creyó, o eso pensamos erróneamente. En otras ocasiones, a la menor sospecha nos castigaba dándonos correazos, pero esa tarde nos dejó ver la tele tranquilamente e incluso que nos fuésemos a la cama con un vaso de leche caliente. Pensamos que había tenido una buena semana, al fin y al cabo no había bebido con la comida, y también mamá parecía relajada. Incluso habíamos hablado en la mesa. Al día siguiente, cuando papá propuso lo del «pícnic», no nos oímos nada malo. Quizá Cosmo, al ser el mayor, albergase un vago temor con respecto a la duración de la excursión (nunca habíamos estado tres días a solas con nuestro padre), pero no me lo

comentó. Claro que, sin duda, lo que vivimos en la isla superaba su imaginación.

Sin embargo, papá no dispuso un aula en la cabaña, como se contaba en *El colegio del horror*. A diferencia del libro, tampoco llevó sillas y mesas, ni una pizarra allí donde los aficionados a los deportes náuticos descansaban o se cambiaban de ropa cuando iban de excursión.

Pero sí ató a Cosmo a una viga del desván, lo roció de gasolina y me puso a mí en la mano una cerilla encendida que debía dejar caer si no había cogido el dinero del tarro de mermelada.

La gasolina la sacó de un depósito que había bajo la cabaña, un depósito que oficialmente no debía existir en una zona de aguas protegidas y que había sacado a escondidas del club.

Ahora, veinticinco años después, prácticamente era como si lo estuviese viendo. Olía la gasolina, que desde entonces era para mí el olor simbólico del miedo, y oía la voz de mi padre: «Si eres inocente, tírale esa puñetera cerilla a tu hermano».

—De ahí el éxito de *El colegio del horror* —observó Cosmo, acallando la voz de mi memoria.

Lo miré y asentí sumido en mis pensamientos. «Porque en él procesé mi propio pasado. Porque es auténtico».

—Y por eso ahora también sabemos adónde llevó Edwards a su hija —terció Fish—. Los muchachos de Joshua le quieren cargar con el mochuelo a usted matando a Jola en un sitio y de un modo que se mencionan en *El colegio del horror*. Hemos analizado todos los datos de que disponemos, pero no tenemos los medios con que cuenta Edwards, y por desgracia nuestro topo tuvo que huir, so pena de que lo descubrieran. —Fish sacó un papel doblado del bolsillo trasero del pantalón y lo extendió en la mesa. Mostraba varias secciones de mapas de Google del tamaño de un posavasos—. Nuestros primeros análisis de sus actividades en la Web y sus rastros digitales nos llevaron hasta esta colonia de huertecillos de la Harbigstrasse. —Señaló con un dedo amocillado el primer mapa, en la esquina superior izquierda del papel. Encima ponía: «Parcela 1310».

Sacudí la cabeza. Ese sitio no me decía nada.

—Sea lo que sea lo que tiene pensado hacer en este sitio, Max, no es el paradero actual de Jola, eso lo sabemos. Lo hemos comprobado.

—No tengo pensado hacer nada —objeté—. Ni siquiera conozco ese puñetero sitio.

—Ambos sabemos que miente. Incluso tiene fotos del interior del bungalow en su ordenador, pero no importa, porque efectivamente esta casita no entra en consideración, dado que no desempeña ningún papel en su libro. Y los secuestradores de su hija se han propuesto que la tragedia sea como en *El colegio del horror*, razón por la cual Jola debe de encontrarse en una isla. En su *thriller* menciona usted un islote en el lago Storkower, pero lo hemos peinado a fondo y la niña no está ahí.

—No —repuse. La isla de *El colegio del horror* era pura invención. A diferencia

de la isla donde nos atormentó nuestro padre.

—Entonces, ¿dónde está? —me urgió Fish—. Usted sabe perfectamente adónde han llevado a Jola.

—Sí —admití, y se me revolvió el estómago.

—En ese caso dígamelo e iremos allí de inmediato —replicó Fish. Señaló la cámara que había en la mesa—. Impediremos que asesinen a su hija, lo grabaremos todo y demostraremos al mundo lo pernicioso que puede ser el uso indebido de Joshua.

—De acuerdo —accedió Cosmo.

—No —negué yo, y tumbé a Fish de un súbito y violento puñetazo.

Diez minutos después

—¿Y ahora? —preguntó Frida, detrás de nosotros.

Cosmo y yo nos habíamos situado al timón y acabábamos de arrancar el motor. Ninguno de los dos sabíamos nada de barcos, pero creíamos que no sería muy complicado manejar una embarcación como esa. Nos planteaba más problemas la circunstancia de no saber dónde estábamos.

Aunque en el salpicadero, tras el timón, había una pantalla que parecía un navegador, no sabíamos cómo se utilizaba, razón por la cual unos minutos antes yo había ido abajo para buscar un teléfono móvil. Nada. El barco tenía un bar bien surtido, un compás digital e incluso una cava de puros, pero ningún móvil.

Levanté una vez más la trampilla que había visto antes en el parque, bajo la cual había un amplio espacio de almacenamiento lleno de mantas, cojines y chalecos salvavidas, donde habíamos metido a Fish. Seguía inconsciente cuando lo cacheé en busca de su teléfono, y tampoco despertó cuando se lo saqué del bolsillo y le puse el pulgar derecho en el sensor para desbloquearlo. ¡Bingo!

Una vez desbloqueado el móvil, volví a maniatarlo con una cuerda por si acaso. Después cerré la trampilla con el correspondiente pestillo.

Ahora que volvía a estar en cubierta, al frío aire vespertino, el móvil por fin encontró cobertura.

—¿Os importaría decirme cuál es vuestro plan? —insistió Frida. Su delgado rostro apenas se distinguía contra el oscuro fondo del lago.

—Pues cuál va a ser: ir en busca de Jola —respondió Cosmo.

—Posiblemente esté en Moorwall —añadí—, una isla privada de unos cinco mil metros cuadrados en la zona de Unterhavel.

—No queda nada lejos de aquí. —Cosmo señaló la pantalla del *smartphone* de Fish. Me lo había quitado de la mano y había abierto un navegador.

—Ya estamos en el Wannsee, en algún punto de la cara oeste de la isla Lindwerder.

Miré la pantalla, vivamente iluminada. Estábamos en un canal natural flanqueado de cañaverales al norte de la Pfaueninsel. Aunque fuésemos al paso, no tardaríamos ni media hora en pasar la isla Schwanenwerder y llegar a Moorwall.

—Estamos al lado —confirmó mi hermano.

—No contéis conmigo. —Frida se pasó la mano por el pelo, que le alborotaba el viento—. Dejadme bajar cuando podáis. No creo que la orilla esté muy lejos, ¿no?

—No. —Cosmo sacudió la cabeza, pero no supe si con ello respondía a Frida o rechazaba su petición.

—Deberíamos llamar a la policía mientras sigamos teniendo cobertura —propuse. Aunque los matones que habían convertido mi vida en una pesadilla me lo habían prohibido, ahora sabía que de todas formas yo no era más que una marioneta en su juego. Si Fish había dicho la verdad, pretendían matar a Jola de todas formas, incluso lo habían intentado ya. De no haber saltado por los aires los depósitos ilegales que había debajo de la cabaña de Moorwall, ya estaría muerta, así que daba lo mismo que informara a la policía o no. Lo principal era actuar deprisa—. Pediremos ayuda a la policía —insistí, y le pedí a mi hermano que me diera el móvil.

—Yo me lo pensaría dos veces. —Para mi sorpresa fue Frida la que puso peros a mi propuesta.

—¿Por qué lo dices?

—Ya lo intenté hoy, informar a la policía. Antes, en Kreuzberg, cuando no podía localizaros ni a ti ni a tu hija. Busqué un teléfono público, marqué el 110 y le conté a una operadora lo que me pasaba. Solo que no hablé con la policía.

—Entonces, ¿con quién? —quiso saber Cosmo.

—Ni idea. Toda esta panda son unos frikis de la informática. Creo que se las ingeniaron para desviar la llamada. Por eso dije antes que a mí me habían salvado. De no ser por la gente de Fish, me habrían atrapado los tipos de la facción esa de Joshua.

Contó que la perseguía una camioneta, y que un taxi la había llevado hasta el club del búnker, donde después de recorrer con los ojos vendados un camino que se le hizo eterno, primero se topó con Cosmo y luego conmigo. Y hasta que presenció el asesinato de Spook pensaba que estaba en buenas manos.

—¿Quieres decir que también este teléfono podría ponernos con quien no debemos? —le pregunté.

Ella se encogió de hombros.

—Ya no me fío de nada. Solo sé que deberíais ir con pies de plomo.

—Deberíamos —la corregí, y me volví hacia el timón y eché hacia delante la palanca del acelerador. La embarcación pegó una sacudida, tan violenta que Cosmo y Frida tuvieron que agarrarse a la barandilla para no caer de espaldas.

Jola

La vida no era justa. Los aviones se estrellaban aunque a bordo fueran monjas y niños. A la mayoría de las personas nunca le tocaba la lotería, pero una única familia en Noruega había acertado seis números tres veces seguidas. Y había jubilados a los que el tsunami devolvió a la orilla, mientras que a una embarazada las olas la arrastraban a mar abierto.

Jola sabía que las posibilidades que tenía de sobrevivir no eran mejores solo porque ese día ya hubiera burlado varias veces a la muerte.

Naturalmente, lo justo sería que el destino dejara vivir a una niña que en el plazo de unas horas había sobrevivido a un accidente de coche, la habían anestesiado y secuestrado, atado y casi quemado, había estado en el epicentro de una explosión y vuelto en sí con una pierna destrozada. Era una gran injusticia que ahora, después de que un hombre se volara la tapa de los sesos ante sus propios ojos y de que ella fuera atacada por un jabalí furioso, se hundiera allí, en ese pantano, y muriera de frío, una muerte lenta y dolorosa. Pero ¿qué ponía en la pegatina del espantoso monovolumen de ocasión que Dennis se había comprado hacía poco?

«La vida es injusta. Justamente para todos».

Jola se dio cuenta de que le castañeteaban los dientes. Estaba cansada, muy cansada, y le habría gustado cerrar los ojos, pero entonces seguro que se soltaría de las raíces que acababa de encontrar hacía unos minutos (¿o acaso eran horas?; el tremendo frío quizás hubiese congelado el tiempo) y que por el momento eran el salvavidas al que se aferraba.

Eran firmes y resistentes, y de haberlas visto antes, habría intentado salir del hoyo agarrándose a ellas, pero ahora apenas tenía fuerzas para mantener los ojos abiertos.

—¿Y ahora qué? —musitó con el labio inferior tembloroso.

—Ten paciencia —respondió Sila.

Para mantenerse despierta había empezado a hablar consigo misma, como solía hacer antes, cuando era mucho más pequeña, hacía unos tres años o incluso más. Entonces tenía a Sila, su única y mejor amiga, que era justo lo que no era ella: guay, perspicaz, valiente y, por desgracia, imaginaria. Sila solo existía en su imaginación, y aunque Jola sabía que no era real, que no era de carne y hueso, le hacía bien hablar con ella, escribirle cartas y escuchar sus consejos. Solo cuando llegó a su clase Steffen y tuvo a su primer amigo real, que no se reía de ella porque le gustaba leer libros, coleccionaba minerales y era más rápida en cálculo mental que más de un adulto, solo entonces Sila fue desapareciendo, hasta que al final dejó de surgir en sus pensamientos. Hasta hoy. Hasta ahora.

—Estoy tan cansada —dijo Jola.

—Lo sé.

—No puedo más, no...

—Chsss —la reprendió Sila.

—¿Quieres que me calle?

—¡Chsss!

—Pero ¿por qué? Lo que necesito es que alguien me oiga.

Jola, sin aliento, respiró hondo y de pronto también lo oyó. Un zumbido. Como un cortacésped al ralentí.

—¿Qué es eso? —se preguntó.

—Un barco —repuso, risueña, Sila—. ¿Qué otra cosa podría ser?

Jola estiró el cuello y movió la cabeza.

—¡Ayuda, aquí!

—¿Quieres que te oigan?

—Claro.

—Yo no malgastaría mis fuerzas.

—¿Y qué harías?

—Probar una vez más.

Jola clavó la vista en las raíces que tenía en las manos y sintió que una energía inesperada le recorría el cuerpo.

«Sila tiene razón».

Cuanto más oía el motor fueraborda, tanto más fuerte se sentía.

«¡Probar una vez más!».

Apretó los dientes, soltó las raíces para agarrarse más arriba y se impulsó con una fuerza que la sorprendió. Avanzó unos centímetros, notó un dolor punzante al mover la pierna herida en el lodo y después creyó perder lo que había ganado y resbalar de nuevo al hoyo. Sin embargo, ya tenía un codo en el lecho de plantas, que, aunque se movía, no se le resbalaba demasiado. Ayudándose del codo y la pierna sana, que pudo subir y apoyar en una zona herbosa, consiguió liberarse un poco girando el torso a izquierda y derecha.

La embarcación ya no se oía, quizás había pasado de largo, pero daba igual.

—Bravo, lo has conseguido —la felicitó Sila mientras ella, ansiosa, con la boca abierta manchada de pegotes de barro, miraba al cielo.

A continuación, le falló el apoyo y resbaló por segunda vez del colchón de hierbas. Fue a caer a un segundo hoyo, en el que se hundió extenuada.

Mucho más que antes.

Max

Como casi todos los lagos de Berlín, el Wannsee también se queda prácticamente desierto cuando cae la noche, y más un día de otoño tormentoso y pasado por agua como ese. Los aficionados a hacer deporte solo cuando hacía buen tiempo se habían puesto a cubierto hacía horas, y a los pocos fanáticos del surf y la vela que no se amilanaban por una llovizna no les haría mucha gracia exponerse a la tormenta que se avecinaba. Por ello, a excepción de algunos patos y cisnes, teníamos el lago a nuestra exclusiva disposición. Pese a todo, siguiendo el consejo de Cosmo, reduje la velocidad y encendí las luces de navegación obligatorias, por si nos oía la policía o por si a algún propietario de una villa cercana le daba por denunciar un alboroto sospechoso en el agua.

Tras un trayecto nada espectacular nos aproximamos a Moorwall por el lado de la isla que miraba hacia Spandau.

Sin alumbrado y sin ningún rastro visible de vida humana, tardó en hacerse visible. La orilla estaba rodeada de vetustos y colosales árboles frondosos cuyo ramaje se bifurcaba hacia el cielo y en parte hacia el lago.

Iluminada únicamente por la luna, desde lejos daba la impresión de que nos aproximábamos a una criatura fabulosa sin ojos, de la que solo asomaba la cabeza del agua y entre cuyo cabello de ramas y fronda soplaban el viento. Ahora que ya veíamos la pasarela donde íbamos a atracar, otras imágenes acudieron a mi mente: mi padre, que le quitaba el filtro al cigarrillo antes de fumárselo y lo tiraba al lago, justo allí donde amarraríamos el yate; la manguera que se enrolló a la cintura antes de que nos ordenara seguirlo a la cabaña, donde utilizó la manguera para sacar del depósito la gasolina con que después roció a mi hermano.

—Te acuerdas —dijo Cosmo. Era una constatación, no una pregunta. Acto seguido abrió los ojos como platos y se agarró a un asidero—. ¡Eh, más despacio!

Su advertencia llegó demasiado tarde. Mi inexperiencia hizo que el barco chocara contra la pasarela. La madera crujió y rechinó, tanto la del revestimiento exterior del yate como la del embarcadero.

Apagué el motor, me disculpé y pedí a Cosmo que amarrara la embarcación mientras yo me adelantaba. Era como si cientos de hormigas me recorriesen la piel. Estaba tan nervioso que se me revolvió el estómago, y quería bajar a tierra lo antes posible.

—De eso nada —objetó mi hermano—. Lo haremos todo juntos. —Llamó a Frida, que había ido a ver si encontraba una linterna y ya llevaba un buen rato abajo—. ¿Frida? —Miró al camarote desde lo alto de la escalera.

—Será mejor que bajéis —le contestó.

—¿Qué pasa? —quise saber.

—Bajad. Deberíais oír esto.

De mala gana seguí a Cosmo, que, tras dirigirme una mirada de interrogación, desapareció por la escotilla.

—¿Qué pasa? —me limité a preguntar cuando llegué abajo y vi a Cosmo y Frida arrodillados en el borde de la trampa. Fue Fish quien me respondió con voz ahogada a través del suelo de madera.

Estaba claro que había vuelto en sí, y exclamó con voz sorprendentemente enérgica:

—¡Estáis cometiendo un error!

—¿Ah, sí? —Y le pregunté a Frida si de verdad quería malgastar nuestro valioso tiempo hablando con ese chalado.

—Escucha lo que tiene que decir —me aconsejó.

Miré abajo, y oí decir a Fish:

—No debisteis venir solos a Moorwall. —Dio unos golpes contra el techo de la cavidad.

—¿Cómo sabe dónde estamos? —le pregunté. Vi la cara de culpa de Frida y no me hizo falta que me contestara. Asentí, di unas palmadas y dije—: Bien, no tenemos tiempo. Iremos en busca de Jola y cuando volvamos nos ocuparemos de este tipo.

—¡Noooooo! —gritó Fish, como si lo estuvieran despellejando—. Escuche, no. Es una trampa. Vais directos a una trampa.

—¿Ah, sí?

—Sí, y lo puedo demostrar. Mire mi teléfono.

—¿Qué le pasa?

—Ya no funciona. ¿Me equivoco?

Saqué el móvil del bolsillo y miré la pantalla.

—Sí, se equivoca. Está encendido, hay cobertura y...

La pantalla se volvió negra en mis manos.

—¡Pero qué...! —exclamó Cosmo. Y Frida, que también lo había visto, se tapó una mano con la boca, asustada.

—Lo han apagado, ¿a que sí? Porque estáis demasiado cerca —advirtió, desesperado, Fish.

—¿Que lo han apagado? —pregunté sin dar crédito.

—Joder, no debisteis atravesar la zona electromagnética.

—¿Qué zona...?

—La zona, maldita sea. —Fish se revolvía en su prisión, como si girase sobre su propio eje y se diera una y otra vez con el codo contra el techo—. Bloquean en la isla todos los aparatos electrónicos que no son de ellos: móviles, radios, sistemas de navegación por satélite y sistemas de encendido.

—¿De encendido?

Como si saltara de un fogón al rojo, Cosmo subió la escalera, cruzó la cubierta y, tras una breve pausa, gritó alto y claro:

—¡Mierda! ¡Me cago en la mar! —Un segundo después volvía a estar con nosotros y se pasaba la mano por el pelo con nerviosismo—. Tiene razón. El motor ya no se puede arrancar.

A diferencia de otro, que de pronto rugía como una máquina de coser y daba la impresión de pertenecer a un barco que se hallaba a escasos metros de nosotros.

Jola

Deseó haber podido ver a su madre biológica. Por lo menos una vez. Y a Kim también, claro. Kim era su madre, su verdadera madre, sin duda. Era mil veces más madre que esa extraña a la que solo conocía por una foto ampliada del carné de conducir que le había enseñado su padre. Y, sin embargo, o precisamente por eso, le habría gustado tener la ocasión de hablar con esa desconocida; sin tener en la boca un barro que dentro de poco ni siquiera podría escupir, si seguía hundiéndose, y todo apuntaba a que así sería.

«No me malinterpretes», pensó Jola, y ya no hablaba con Sila. Su amiga imaginaria se había marchado hacía rato. Allí ya no había nada que la ayudara, nada que la consolara.

«Te quiero, mamá, pero si pudiera elegir, me gustaría preguntarle algo a Arielle antes de que esto termine».

No lo podía explicar, pero si pudiese escoger a una última persona que pudiera sentarse junto a su pantanoso lecho de muerte, ese lugar no sería para su padre. Ni para Kim. No sería para las personas que le habían cambiado los pañales y le habían dado de comer, la habían bañado y le habían deshecho los nudos del pelo. No sería para sus verdaderos padres, que aplaudieron cuando consiguió hacerlo en el orinal y le secaron las lágrimas cuando se lo volvió a hacer en la cama alguna que otra vez. Que habían estado siempre a su lado, en el desfile de farolillos de papel de la festividad de San Martín en el parvulario, el primer día de colegio y durante el curso de natación que hizo con el profesor Wolke. Cuando castraron a *Tripps* y la primera vez que fue al cine a ver una película en 3D (*Shrek*). En nada de eso había participado la mujer en cuyo vientre había estado y de la que no conocía mucho más que su absurdo nombre Disney: Arielle. Un cuento estúpido sobre una sirenita que vendía su voz. ¿No había que ser muy tonto para hacer eso?

Sin embargo, ahora quería ver precisamente a la tal Arielle, para que le diese una respuesta sin la cual no quería irse de este mundo. Una respuesta a una pregunta: ¿por qué?

«¿Por qué cargaste conmigo nueve meses, mientras veías cómo te crecía la barriga y se te llenaba de estrías? ¿Por qué vomitaste, subiste escaleras sin aliento y después de horas sufriendo dolores expulsaste mi cuerpo demasiado grande por un orificio demasiado pequeño, demasiado sensible? ¿Solo para largarme poco después? ¿Para venderme?».

Jola echó la cabeza atrás. Sus manos intentaron por centésima vez encontrar un asidero, y por centésima vez resbalaron.

«¿Por qué hiciste eso? No lo entiendo».

Lloró con los ojos cerrados. Por ella. Por todo lo que no volvería a ver: el despacho de su padre, el absurdo corte de pelo erizado de Steffen, el estúpido tatuaje de la cruz de la señora Jasper. Y también porque probablemente nunca obtendría respuesta a esa pregunta.

—¿Jola?

Ella asintió en silencio. El pantano le inundaba los oídos, distorsionando los sonidos. El fango hacía que ahora la voz de Sila sonara distinta. Más ahogada. Más baja. Mayor.

—Dame la mano —pidió su amiga con su extraña nueva voz.

«Buena idea», pensó ella, aterida. En clase de Religión le habían hablado del último camino que recorría una persona. El último viaje.

Uf, para tanto no tenía fuerzas, la verdad. Si era cierto que existía eso, una luz hacia la que debía dirigirse uno, no le iría mal que Sila le echara una mano.

Intentó estirar el brazo a tientas. Con los dedos congelados ya no sentía nada.

—Agárrate —oyó decir a Sila una última vez, y le iba a preguntar si estaba enferma, porque sonaba muy rara, cuando notó que algo tiraba de ella y luego un dolor que nunca había sentido y la catapultó a la negrura más impenetrable en que se había visto jamás.

Max

O la embarcación se había alejado o se mantenía cerca de nosotros con el motor parado. Una ojeada a la oscuridad que se extendía al otro lado del ojo de buey no me aclaró nada. Quizá sus ocupantes solo estuviesen en el embarcadero, al acecho.

No tenía ni idea. Tal vez esa embarcación que tenía una máquina de coser por motor perteneciese a los hombres que querían matar a Jola, o tal vez a un excursionista inofensivo, a una parejita romántica o a un adolescente de Zehlendorf que quería pavonearse ante sus amigos recorriendo con su lancha motora el perímetro de esa isla protegida.

Sin saber qué hacer, sopesamos nuestras opciones bajo cubierta.

—Yo desembarco —opiné.

—Mejor esperemos —propuso mi hermano.

—Saquemos primero a ese tío de ahí —apuntó Frida, y su opción fue apoyada a voz en grito por nuestro prisionero.

—Venga, hombre. ¡Os puedo ayudar!

—¿Cómo? —espetó Cosmo.

Fish repuso con voz ahogada:

—Sé cómo podemos volver a arrancar el motor para ir en busca de ayuda. Por favor, no pretenderéis salir ahí fuera con las manos vacías, ¿no?

—No tenemos tiempo para pedir refuerzos.

—Se equivoca: no tiene tiempo para morir. Y eso es lo que pasará si sale ahí fuera sin más. Vamos, abra la trampilla. No nos queda mucho tiempo, los frikis de Joshua pueden llegar de un momento a otro, y entonces me necesitaréis para salir de aquí.

—Podemos arreglárnoslas muy bien nosotros solos —aseguré, y palpé el arma que me había dado el propio Fish. La llevaba a la espalda, remetida en la cinturilla.

—¿Con una única pistola? —exclamó él, como si pudiera verme. Golpeó la trampilla con manos y pies, tan fuerte que la hizo temblar.

—Con un arma me basta —musité. «Eso es mejor que nada».

Sin ponerme de acuerdo con el resto, cogí la linterna que había encontrado Frida y subí a cubierta.

A la oscuridad y la nada.

Me detuve un instante para ver si distinguía alguna luz.

«Mas en el silencio insondable la quietud callaba», me vino a la mente, un verso de mi poema preferido de Edgar Allan Poe. Aparte de las lejanas luces de Spandau, en el agua y alrededor reinaba la oscuridad.

«Oscuridad, y nada más».

Al no estar afianzado, las ondas empujaban el yate hacia la orilla, que se mantenía a medio metro de la pasarela, razón por la cual tuve que dar un salto para llegar a ella.

Oí voces, probablemente de mis acompañantes, pero como no estuve seguro, eché a correr.

De las más de treinta islas de Berlín, al menos hay diez abandonadas o deshabitadas desde tiempos inmemoriales. Moorwall es una de las mayores. El día anterior habría afirmado que lo sabía por la tarea de documentación que había llevado a cabo para mi ópera prima, *El colegio del horror*, pero en realidad conocía esa isla porque la había visto con mis propios ojos. Durante años había reprimido el episodio más sombrío de mi infancia, y ahora el horror había vuelto a mí, motivo por el cual sabía perfectamente hacia dónde debía correr: enfilear la vetusta pasarela, a la que nadie cuidaba desde hacía años, plantarme en la isla saltando las maderas medio sueltas y subir la pequeña loma enarenada hasta una bifurcación de la que partía un sendero circular, a esas alturas completamente cubierta de maleza, que daba la vuelta a la isla tras los árboles. Sin embargo, no había que dejarse engañar por esa bifurcación. Para llegar a la cabaña había que continuar en línea recta, aunque a primera vista no diera la impresión de que entre las coníferas discurriera un camino. Pero en cuanto uno apartaba las apretadas ramas de los abetos se veía en un camino trillado, que fue el que tomé. La linterna que llevaba en la mano iluminó musgo, raíces y piedras, obstáculos que fui esquivando no muy hábilmente, pues no tardé en caer en una hondonada y tuve que seguir corriendo con un tobillo dolorido.

Estuve tentado de llamar a gritos a mi hija, pero me contuve. Había docenas de posibles sitios donde podían esconderse sus secuestradores allí, en la oscuridad. Seguro que sabían exactamente dónde me encontraba. Me estarían siguiendo con sus instrumentos de visión nocturna o en forma de punto móvil en sus pantallas. No debía ponérselo más fácil aún proporcionándoles pistas acústicas.

Pronto percibí olor a cenizas frías, como si alguien hubiese apagado un fuego de campamento. Y el olor se volvía más intenso a medida que iba subiendo una loma.

«Está en una depresión del terreno», recordé la ubicación de la cabaña. Me acordé de que nos faltaba la respiración, ya que tuvimos que cargar colina arriba con todas las cosas de la excursión, y de lo mucho que nos alegramos cuando llegamos a la cima de la «montaña», que fue como bautizamos la loma cuando miramos al «valle» desde arriba, una vez en aquella cabaña de madera con pinta de confortable. ¡Que ahora había desaparecido!

«Dios mío...».

Allí donde tendría que alzarse la cabaña (al menos donde estaba veinticinco años atrás) había una especie de ruina: cabios, trozos metálicos, cacerolas, piedras y muebles por todas partes. A excepción de una pared, que se erguía vertical como la mano de un muerto surgida de la tierra y ante la cual, para mi consternación, había una mesa de profesor como las del colegio de Jola.

Poco a poco también fui distinguiendo un sinfín de mobiliario de colegio. A la luz

de la linterna vi una pizarra caída y sillas de pupitre atornillado.

—¡Jooooola! —Ahora sí grité su nombre.

Bajé hasta la hondonada y tropecé con una pesada viga de madera, que me recordó a la que en su día mi padre había atado a Cosmo.

Proferí un suspiro y escuché un eco que me hizo concebir esperanzas, ya que allí abajo, en esa depresión rodeada de matas y árboles, no podía haber eco, y, sin embargo, yo lo oía alto y claro: un gemido humano. Un gimoteo, como de alguien impedido.

Me volví hacia la izquierda y eché a andar torpemente hacia el lugar donde situé los sonidos. El olor cambió. A las cenizas mojadas se unía algo que en las novelas suelen describir como «olor a cobre», pero en realidad apestaba a hierro, ya que la sangre no contiene cobre.

Giré la cabeza de la linterna para ampliar el haz de luz. Ahora mi entorno no estaba tan iluminado, pero, en cambio, el radio era más amplio, y en el borde de la luz descubrí el cadáver.

Yacía de espaldas sobre un lecho de hojas. Según me acercaba, despacio, oí un zumbido de moscas alrededor de mi cabeza, pero no eran más que imaginaciones mías. El hombre llevaba escasas horas muerto, la incipiente descomposición todavía no se percibía ni por el olor ni por la presencia de insectos.

—¡Gracias a Dios! —exclamé, lo cual, en vista del espectáculo, fue un tanto macabro, pues el cuerpo con que me topé ya no tenía rostro. Le faltaban partes del cráneo, como si le hubiese explotado la cabeza. Pero no era la cabeza de mi hija, y eso era lo único que importaba—. ¿Jola? —probé de nuevo. Y nuevamente recibí por toda respuesta, con cierto retraso, aquel gimoteo.

Durante un instante temí que los atormentados sonidos procedieran del cuerpo sin vida que tenía delante, pero sonaban demasiado lejanos.

Apunté con la linterna hacia donde supuse su origen: ¡la pared!

Un fuerte viento se coló entre la copa de los árboles que bordeaban la depresión, y justo después empezó a llover de nuevo. La linterna reveló infinidad de relucientes hilos de seda.

Las gotas acribillaban la pared derruida, hacia la que corrí sin vacilar. Decidí describir un arco y asomé la cabeza con cuidado al otro lado.

Y allí estaba Jola.

«Está muerta», pensé, a diferencia de los padres en mi libro, que no quieren reconocer la verdad e intentan que su cerebro pase por alto lo evidente: la cabeza inclinada hacia delante, el cuerpo inmóvil, sin señal de respiración. La pierna izquierda, en un ángulo imposible, con el hueso asomado por el pantalón como si fuese un palito de mikado roto.

Tenía el corazón tan encogido, los ojos tan llenos de lágrimas, que en un primer momento no vi las ataduras.

Solo cuando oí a mi espalda unas botas que rompían una rama, vi la fina cuerda

con que habían atado a Jola a su silla, los brazos atrás. «Algo que no tendría sentido si estuviera muerta», pensé.

—Ya iba siendo hora —oí detrás de mí. Una voz grave y de acento desconocido. Canadiense, sudafricano, australiano, quizá.

No me volví. Preferí arrodillarme delante de mi hija. Le aparté el pelo, le levanté el mentón, le acaricié la mejilla (¡una mejilla caliente!), le levanté un párpado (¡solo blanco!), le busqué con los dedos la carótida, demasiado nervioso para encontrarle el pulso, y por fin escuché un sonido redentor: el «ay» salido de su boca. De lo más profundo de su ser.

—Le estaba esperando —dijo el desconocido a mis espaldas.

Despacio, sin levantarme, me volví hacia él. La luz de las linternas nos cegó a ambos.

—¿Esperando? —le pregunté a la voz sin rostro mientras mi mano derecha se desplazaba lentamente hacia atrás.

—Para que puedan morir juntos —respondió el hombre.

Sacamos el arma a la vez.

Frida

—¡¡No funciona!! —El prisionero había dejado de comunicarse con las manos y los pies. Ahora Fish ponía toda su fuerza en la voz. Y llevaba un buen rato desgañitándose, con lo que sus advertencias, ruegos y amenazas parecían más aterrorizados con cada frase.

—¿Qué no funciona? —quiso saber Frida. Cosmo había dejado de hablar con él hacía tiempo. Con la orden de no soltar en ninguna circunstancia «al asesino», había subido a cubierta e intentaba arrancar el motor y activar el teléfono móvil. O quizás hubiese ido detrás de su hermano. Desde allí abajo Frida no lo sabía decir.

—La pistola.

—¿Qué le pasa?

—¡¡Que no funciona!! —Fish soltó un gañido, y también Frida se puso a gritar.

—¿Cómo que no funciona? ¡Yo estaba allí cuando le disparó en la cabeza a su hombre!

—A pesar de eso. Max no podrá disparar un solo tiro. —Fish tosió debido al esfuerzo. Cuando terminó, añadió con voz más queda, pero no menos agitada—: Esa arma tiene un sensor. ¿De verdad pensáis que os iba a dejar un arma letal?

«¿Un sensor?».

—¿Significa que solo la pueden utilizar personas concretas?

—Chica lista. Exactamente. Solo la pueden utilizar dos personas. Una está muerta y a la otra la ha encerrado usted aquí abajo.

Max

Nada.

Ni siquiera un clic. Mi dedo apretó el gatillo, pero no surtió efecto. Ni un chasquido, ni retroceso, ni impacto alguno en el cuerpo del hombre al que apunté.

El arma no era más que un lastre en mis manos, pero mi adversario no debía saberlo, como si nos estuviésemos batiendo en duelo. En la oscuridad seguro que no había visto que yo intentaba accionar el disparador. Pese a todo, no parecía impresionarle que yo estuviese armado.

—¿James? —le pregunté para ganar tiempo—. ¿James Edwards?

—El mismo.

Bajó la linterna y vi a un hombre alto y delgado, de rasgos pronunciados. Con su traje de ejecutivo gris marengo parecía un consultor de empresas a punto de presentar al consejo de administración los resultados de los últimos estudios de mercado, no un friki fanático.

Con voz casi serena me ordenó soltar la pistola. Y en su mano sostenía un convincente elemento de persuasión.

Su linterna iluminó la silla que tenía yo al lado. Jola estaba blanca como un fantasma, el cabello empapado por la lluvia.

—Baje el arma o le pegó un tiro a Jola.

Edwards no aclaró «en la cabeza» conscientemente, puesto que sabía que yo era escritor y, por tanto, capaz de imaginarme cosas de manera mucho más gráfica que otros. Oí el disparo, vi cómo se hacían pedazos sus dientes y cómo entraba el proyectil por la boca y se alojaba en el cerebro, apagando la indómita vida de Jola.

Por ese motivo hice lo único que podía hacer: bajé el brazo y dejé que la pistola resbalara apenas por mi mano con el cañón por delante. Entonces volví a deslumbrarlo con la linterna y le lancé el arma a la cabeza como si fuese un hacha.

No contaba con que le fuera a dar, pero, tal como cabía esperar, Edwards no pudo reprimir sus innatos reflejos y se agachó. Y se volvió a agachar cuando vio que a continuación le arrojaba la linterna.

Previendo esa reacción, me abalance sobre él profiriendo un aullido que lo desconcertó más aún. Yo tenía la sospecha de que, por algún motivo, Edwards nos quería vivos, ya que de lo contrario no habría atado a Jola y a mí me habría liquidado mucho antes. «No disparará». Con la esperanza de no equivocarme en algo tan crucial, bajé la cabeza como un toro y me lancé hacia él como si fuese un ariete.

Mis cálculos no fallaron.

Edwards se hizo a un lado para intentar esquivarme y darme un culatazo en la

cabeza desde arriba. Yo también había previsto eso, razón por la cual en el último segundo me arrojé hacia el otro lado y le golpeé con todas mis fuerzas en las piernas.

—¡Ahhhhh!

Cayó encima de mí y su linterna se apagó. En un abrir y cerrar de ojos me planté sobre él y le di un puñetazo en la cara. Dio la impresión de que se lo esperaba, porque ladeó la cabeza a tiempo, por lo que solo le di en la frente. Doloroso, pero sobre todo para mi mano.

Todo este espectáculo se desarrollaba en una oscuridad casi absoluta, acompañado del murmullo constante del bosque, que iba en aumento. Aunque mi linterna seguía encendida, estaba a más de dos metros de distancia e iluminaba justo en la dirección contraria, a la lluvia, hacia la elevación por la que había llegado yo.

Edwards era tan fuerte como me suponía. Me golpeó con el codo en el mentón, y consiguió librarse de mí. Acto seguido se me puso encima, si bien sin el arma.

«¡Debe de haberla perdido!».

Eché un vistazo alrededor y me volví hacia la izquierda, por suerte, ya que el siguiente golpe de Edwards no me dio en la nariz rota, aunque sí me rozó la mandíbula.

Noté sabor a sangre y creí ver literalmente las estrellas, aunque más bien fue un centelleo. A la altura de la cadera, a un metro en la mojada hierba, la luna me dejó ver el cañón de una pistola. ¡La de Edwards! La mía debía de estar mucho más lejos, en otra dirección.

«Ojalá no se encasquille también».

Él me agarró del pelo con las dos manos, pero yo le hundí una rodilla en la entrepierna, lo oí lanzar un nuevo grito y acto seguido me arrastré hacia el brillante objeto metálico.

Edwards pareció intuir lo que me proponía e intentó llegar antes, pero era una carrera desigual: con mi nariz rota estaba menos limitado que él con los genitales machacados.

Di un grito triunfal para mis adentros cuando mi mano se hizo con la pistola, que pesaba más que el arma que le acababa de lanzar.

Pero canté victoria demasiado pronto.

Edwards no había ido en mi dirección, sino en busca de mi linterna, que apagó sin más, por lo cual ahora, aunque yo estaba armado, no veía a mi objetivo. La oscuridad había abierto su tenebrosa boca y lo había engullido.

Describí un círculo, protegiéndome los ojos con una mano en un intento inútil de evitar las gruesas gotas que me dificultaban la visión.

Entonces se dejó ver.

Con un violento golpe bajo las costillas que me demostró dos cosas: que mi rival sabía pelear y que sabía dónde dolía.

Bajé los codos y me encogí de forma que mis puños me cubrieran la cara, en la clásica postura defensiva, protegiéndome la cabeza.

Y entonces sucedió algo que no me pude explicar, ya que de repente se hizo la luz. Edwards tenía linterna, así que yo no lo veía, esa era su ventaja. Pero ahora yo sabía dónde estaba. Y solo yo tenía un arma.

—¡Eso ha sido un error! —grité, y apunté a la luz. En ese momento algo parecido a un ladrillo me golpeó la cabeza por detrás.

Perdí el conocimiento, pero no del todo. Tendido en el suelo, vi a Edwards suspendido sobre mí —«¿Edwards? ¿Cómo demonios...?»—, en las manos una piedra enorme, como un sillar, con la que se disponía a rematarme.

Cerré los ojos, lo único que podía hacer dada la situación, y recé para que fuera rápido. Para que no doliera tanto como imaginaba. Entonces oí voces, ahogadas y quedas, como una conversación escuchada a través de las finas paredes de la casa contigua.

Parecían agitadas, suplicantes, nerviosas.

—¡No! —exclamó un hombre.

—¡Hijo de perra! —Otro.

El primero era Fish; el segundo, mi hermano. Sus gritos eran el telón de fondo de una voz airada, la de Frida.

El peso que me oprimía los hombros de pronto desapareció.

Abrí los ojos y la piedra ya no estaba. Ni Edwards. Lo único que percibí fue una risa a mis espaldas.

—Vaya, a esto lo llamo yo salvarse por los pelos.

Aturdido, me incorporé y busqué al que había dicho eso. Cosmo estaba sentado detrás de Edwards, al que seguramente había derribado. Frida permanecía delante del tipo en actitud vigilante. Y Fish barría con la linterna el lugar donde habían estado a punto de aplastarme la cabeza.

Así que había sido él quien me había dado con la luz en la cara.

—No le he pegado un tiro de milagro —farfullé.

No los había oído llegar, pero ahora que me habían salvado de una muerte segura me alegraba de que hubiesen decidido liberar a Fish de su encierro. Para sacar a Jola de la isla y ponerla a salvo nos vendrían bien todas las manos. Miré hacia atrás, a la pared solitaria, donde solo se distinguía a mi hija si uno sabía que estaba allí, inmóvil en una silla, y oí decir a Fish:

—De eso nada, no habría podido.

Tardé un instante en caer en la cuenta de a qué se refería. Miré el arma, que seguía en mi mano derecha. Durante la pelea no la había soltado ni un solo segundo.

—Esta no es la pistola que me dio usted —le aclaré a Fish—. Esta se la quité a Edwards.

Sonrió con una expresión dulcificada por la edad que casi me hizo olvidar que era un hombre sin escrúpulos cuando tenía que serlo.

—Es posible, pero me temo que, al igual que las nuestras, las armas de Joshua también están provistas de un sistema de seguridad biométrico. De forma que solo puedan utilizarlas determinadas personas. ¿Me equivoco, James?

—No se equivoca —oí decir a una voz conocida. Y acto seguido se oyó un disparo.

Fish dejó de sonreír y sus labios dibujaron una O de asombro. Se llevó una mano al pecho, y al apartarla de la camisa vio, sorprendido, sangre en sus dedos.

Corrí junto a él y apunté a la persona que se aproximaba despacio desde la loma. Apreté el gatillo. Nada.

Fish lanzó un último gemido y se desplomó a mi lado.

—Ya iba siendo hora —le espetó Edwards, sin inmutarse, a pesar de que Cosmo seguía teniéndolo inmovilizado en el suelo—. Maldita sea, ¿se puede saber dónde has estado todo este tiempo, Vigo?

—Bueno, lo principal es que todo ha salido bien.

La mujer a la que primero conocí como Sandra Oschatzky y luego como Viola se agachó y recogió la pistola que yo había utilizado como arma arrojadiza.

Al ver que el cañón le apuntaba a la cabeza, Cosmo soltó a Edwards. No tenía

elección.

Ninguno de nosotros tenía ya elección. Y levantamos las manos. Nuestras miradas reflejaron espanto. Traición. Y una certeza: Fish no se equivocaba con lo del topo, pero había matado al que no era.

Dejé caer el arma, aunque eso tampoco servía de nada.

Viola, Vigo o comoquiera que se llamase no vaciló y le dio un puñetazo en la cara a Frida. Casi al mismo tiempo noté un soplo de aire que me anunció un golpe del que no pude defenderme. Edwards me dio con el canto de la mano en la sien. Alcancé a pensar: «Al menos no nos matan en el acto», pero justo antes de perder el conocimiento me di cuenta de mi error.

¡Noooooo!, quise gritar cuando oí el disparo.

¡Nooooooooooo!, cuando vi la herida en el vientre de Cosmo.

Pero de mi boca no salió ningún sonido.

Perdí el sentido antes de que mi hermano cayera al suelo.

Toffi

Toffi cerró la puerta y se alegró de no tener que ver ni un segundo más la muerte. La dirección del asilo tenía razón: no había nada que hacer. La madre de Max, Magdalena Rhode, estaba mucho más cerca de la muerte que de la vida, y si existía un dios, Toffi le suplicó que le ahorrara sufrir esa suerte: un esqueleto andante con los ojos muy abiertos, inexpresivos, tumbado en una habitación miserable, con un catéter en la vejiga y un tubo en el estómago.

No hizo ni una sola pregunta. Solo un idiota habría intentado sacarle algo a Magdalena aparte del estertor, del aliento rancio que le salía por la desdentada boca.

—Duro, ¿eh?

Toffi miró al enfermero que pasó por delante de él empujando una camilla envuelta en un plástico transparente.

El hombre, de espalda ancha y cabello rojizo, tenía los dientes torcidos y olía a tabaco; probablemente había salido a fumar en un descanso. Daba la impresión de que se había volcado medio café en la pechera de la bata, pero su afable sonrisa compensaba su descuidado aspecto.

—¿Es usted el responsable? —le preguntó Toffi señalando la puerta de la habitación de Magdalena Rhode.

—Bueno, tanto como el responsable... Aquí trabajamos en grupos de diez, pero sí, sin duda soy yo quien la conoce desde hace más tiempo.

Toffi sonrió, leyó el nombre del enfermero en su bata y le tendió la mano.

—Lo siento, Thorsten, todavía no me he presentado. Soy...

—Christoph Marx, lo sé. Acabo de verlo en la televisión.

Toffi asintió. Lo habían grabado esa mañana al salir del hospital Westend. Mientras los medios no sacaran imágenes de muertos y heridos, incluso el extravagante «abogado estrella» cuyo cliente era el «padre secuestrador psicópata» tenía que aguantarse.

—Bien, en ese caso sabrá por qué he interrumpido un sueño reparador y he arrastrado mi cuerpo hasta su pabellón, Thorsten. ¿Podría decirme si la señora Rhode ha recibido alguna visita últimamente?

—¿Se refiere a familiares o amigos? No. Los únicos que se interesan por ella son usted y la policía, y además solo desde hoy. Aunque tampoco me sorprende.

—¿Por qué?

—Magda no es lo que se dice una ancianita encantadora. —Y se puso en movimiento, empujando la camilla.

—¿Ha causado problemas? —inquirió Toffi, yendo detrás de Thorsten, cuyos

zuecos rechinaban en el linóleo.

—A mí no, pero a sus hijos sí, si no me equivoco.

—¿Quién le ha dicho eso?

Pasaron por delante de un señor entrecano con una americana de pana y un pañuelo en el bolsillo que, con su andador, se dirigía hacia una mesita con tazas de café y termos.

—Ella misma. Hace unas semanas Magda aún tenía algún que otro momento de lucidez. La mayoría de las veces solo estaba la lámpara encendida, nadie en casa, ya me entiende, pero otras, poco frecuentes, podía mantener una conversación conmigo.

—Y ¿qué decía en esas ocasiones?

Habían llegado a la puerta de cristal que separaba la unidad de la escalera. El enfermero pulsó el botón de apertura automática.

—Lo normal —respondió—. Lo que se suele oír cuando a uno le queda poco tiempo. Arrepentimiento, reproches, autocompasión. Lo que uno ha hecho mal y lo que tendría que haber hecho de otra manera.

—¿Por ejemplo?

Toffi lo siguió hasta los ascensores.

—Es difícil de decir. No todo lo que soltaba tenía sentido. Si no me equivoco, no hizo nada contra el padre, que, al parecer, abusaba de los hijos. Siempre estaba diciendo: «No debí dejarlos a solas con ese monstruo. No debí hacer la vista gorda». Pero la mayoría de las veces... —Al enfermero le sonó el móvil, y tras mirar un instante la pantalla, que vibraba en su mano, dijo—: Lo siento, pero tengo que responder.

—Espere. —Toffi lo cogió de la manga con suavidad—. ¿Qué pasaba la mayoría de las veces?

Thorsten se rascó la nuca y dejó que el teléfono siguiera sonando.

—Bah, nada, incoherencias. A menudo decía cosas como: «Tendría que haber ido con ellos».

Las puertas del ascensor se abrieron y bajó un matrimonio que parecía estresado. Él llevaba un ramo de flores, y ella a un niño pequeño en brazos.

—¿Ir con ellos? —repitió Toffi.

—Sí.

—Por casualidad no sabrá usted adónde, ¿no?

Thorsten se encogió de hombros y contestó el teléfono, disculpándose con el que llamaba por haberlo hecho esperar.

—Sí, doctor Hansen. Lo sé, llego tarde. Y...

—... me importa una mierda lo que usted quiere —completó Toffi la frase, tras quitarle el teléfono al enfermero—. Aguántese, Hansen. Ahora estoy hablando yo con Thorsten.

Y, dicho eso, colgó y le devolvió el móvil al estupefacto enfermero, añadiendo:

—Bien, le repetiré la pregunta: ¿adónde quería ir con sus hijos Magdalena

Rhode?

Max

Por un capricho de la naturaleza, los olores no despiertan a las personas. De manera que no fue el acre hedor lo que me devolvió a la realidad, sino el frío líquido que me echaron por la cabeza y el resto del cuerpo, puesto que estaba sentado.

Sin embargo, nada más despertar, mi cerebro reaccionó al «olor del miedo», como lo llamaba yo desde la infancia. Y constaté horrorizado que no era agua lo que me empapaba el pelo y la ropa, sino ¡gasolina!

Sacudí la cabeza, lo cual fue un error en más de un sentido: por una parte, intensificó mis dolores y con ello aumentó mi malestar; por la otra, unas gotas de gasolina me cayeron de la frente y se me metieron en los ojos, provocándome un gran escozor, contra el que no pude hacer nada. Quise pasarme las manos por la cara, pero las tenía atadas a la espalda, quizá con la misma cuerda que unía mis piernas y mi torso a una silla.

La nube de gasolina que me envolvía me hizo abrir la boca en busca de aire, y eso tampoco fue buena idea. Quien acababa de verterme el cancerígeno líquido repitió la operación, y ahora un poco me entró en la boca. Me atraganté y escupí. Mi lengua pareció reaccionar en el acto y se hinchó. Tenía un sabor amargo asqueroso, a sarro en la boca. Por encima del murmullo del viento (al parecer la lluvia acababa de parar) oí un gorgoteo, como si de un bidón metálico rebosara el combustible sobrante, y después dos voces que hablaban en inglés a unos pasos de mí.

—¿Y el muy bobo los trajo a la isla? —preguntó Edwards.

—Me limité a seguirlos en la zódiac. No tuve que hacer nada —contestó Vigo—. Y lo mejor es que fue el propio Fish el que eliminó a Spook después de que yo hiciera saltar la alarma en el club. Tendrías que haberlo visto, James. No los perseguía nadie, pero el viejo estaba paranoico perdido.

Edwards soltó una risita.

—Menos mal que se fiaba de ti, Vigo.

—Puedo ser muy persuasiva. Solo tuve que volver a meterle el transmisor a Max en la sudadera.

—Bueno, pues aunque haya sido indirectamente, al final las cosas han salido tal como pronostiqué: todo el mundo cree que el escritor secuestró a su propia hija, y dentro de poco no quedará ningún testigo que pueda demostrar lo contrario.

Probé de nuevo a pestañear, y ahora al menos vi algo más que un velo con el ojo derecho. A mi lado estaba sentada Frida, asimismo en una silla de colegio demasiado baja para su estatura; junto a ella, Jola, que completaba el extraño espectáculo de una clase adormecida al aire libre, pues tanto ella como Frida estaban atadas e

inconscientes.

Todo cuanto veía titilaba, como si Vigo y Edwards hubiesen encendido un fuego de campamento, cosa que, dadas las circunstancias, confiaba en que no hiciesen. Pero hacía demasiado frío. Temblaba, y no solo de miedo.

—Un momento.

—¿Qué? —preguntó James.

—¿No llamará la atención que encuentren tantos cadáveres en la isla? Fish, Cosmo, Frida. Al fin y al cabo, Joshua solo pronosticó que Max le haría algo a su hija.

Cerré los ojos y fingí que seguía inconsciente. Mientras tanto, tiraba despacio y discretamente de mis ataduras. Nada que hacer. Solo me apretaban más las muñecas cuanto más intentaba soltarlas.

—Cosmo y Fish están en el pantano, es muy poco probable que aparezcan pronto —repuso Edwards con aire pensativo—. Pero aunque así fuera, ya no puedo cambiar nada. Créeme, Vigo, yo también habría preferido que las cosas salieran de otra manera, pero con el fallo de Bigvoice todo se complicó, como sabes.

Olí de nuevo a gasolina y oí que volvían a dar uso al bidón. No conmigo, sino con Frida, a mi lado.

—Y luego, para colmo, va esta zorra y encuentra el pinganillo y se pone a hablar con Jola. Si hubiéramos matado a la niña después, Frida habría sabido que Max no podía ser el asesino.

Oí un clonc, como si dejaran el bidón en una superficie dura.

—Bueno, ¿quién termina el trabajo? —quiso saber Vigo.

—Yo. Tú coge la zódiac y ve delante. Joy está en casa. Ve a por ella, coge nuestras cosas y espérame en el aeropuerto.

—¿Cuánto tardarás?

—Un rato. Tendré que hacer desaparecer todas las señales de ataduras. Tiene que parecer un suicidio. Con Braunschweig la cosa estuvo a punto de torcerse. Pásame la antorcha, Vigo.

La mujer dio a entender que varias manos podían ir más deprisa, tratándose de tres víctimas, y cuando preguntó si no sería mejor que se quedara, ambos se enzarzaron en una breve discusión, si bien en mi cabeza únicamente resonaba una palabra: «Antorcha».

Ahora sabía cuál era el origen de ese titilar.

Intenté tragar saliva y tuve la desagradable sensación de que el asqueroso sabor de la gasolina se me extendía por todo el cuerpo. Pensé en Jola, que sufriría una muerte absurda, que yo no le podría evitar. En Cosmo, que posiblemente ya no respirase y que tenía razón cuando dijo que *El colegio del horror* era auténtico porque en él había procesado las vivencias reprimidas de mi infancia. Como cuando mi padre quiso obligarme a quemar a mi hermano, al que había rociado antes con gasolina. En *El colegio del horror*, no obstante, no aparecía ninguna antorcha, sino una cerilla, con

la que el pequeño héroe de la novela le prendía fuego a su tirano: al padre que quiso enseñar a matar a sus hijos y contra quien al final estos utilizan lo que han aprendido para librarse de él y sus vejaciones.

Oí un movimiento a mi lado. Una ojeada me dijo que Frida acababa de despertar. Su silla estaba a unos diez centímetros de la mía. Vigo y Edwards se habían apartado unos pasos de nosotros, y me atreví a mirar por segunda vez. Vi que Frida movía los dedos.

—Oye —susurré. Ella cabeceó: no quería hablar. A mí me daba lo mismo, sabía que de todas formas no teníamos nada que hacer, así que ¿por qué no hablar con ella? Sus dedos se movieron de nuevo. ¿Acaso me estaba haciendo una seña?

Con la luz trémula de la tea yo apenas veía nada. Sin embargo, si no me equivocaba, Frida tenía algo en las manos. ¿Un...?

—¡Cuchillo! —siseó, con voz apenas audible.

¿Era posible? ¿No nos habían cacheado? Quizá lo hubiera cogido del barco. «Sí, ¡podía ser!». Pero daba lo mismo cómo había ido a parar a las manos de Frida, pues no servía de nada. Aunque lograra liberar las manos, estaríamos perdidos cuando se inclinara hacia delante para soltarse los pies.

Cerré los ojos, la respiración acelerada, y tuve náuseas. Debido a la peste. Debido al agudo dolor de cabeza, una cabeza que había sufrido varias conmociones. Debido al hecho de que volvía a haber luz alrededor. Y titilaba.

Levanté la cabeza, abrí los ojos y vi que Vigo todavía no se había ido. Ella y Edwards venían hacia nosotros. Vigo con la antorcha en la mano, Edwards un paso por detrás, con semblante pensativo, como si no le cuadrara algo en el modo en que nos había dispuesto.

—¡No! —exclamé, sin esperanza alguna de poder cambiar el curso de las cosas. Estaba atado y empapado en gasolina. Y la tea ya no estaba lejos—. ¡Jola! —bramé, deseando desesperadamente oír al menos por última vez la voz de mi hija antes de que... Dios mío, no quería ni pensarlo.

Frida y yo nos despedimos con la mirada, y después empecé a rezar. No soy creyente, o al menos no mucho, pero en ese momento supliqué a un poder superior que nos enviara un ángel de la guarda. Si no a Frida o a mí, por lo menos a Jola, a la que aún quería enseñar tantas cosas: la puesta de sol sobre la iglesia del Redentor de Sacrow, una vieja grabación mía de cuando era cantante en un grupo espantoso del colegio —prueba de que se puede caer en el ridículo cuando uno quiere hacer realidad sus sueños—, las vistas de Roma desde el ojo de cerradura más bello del mundo, la voz de Ulrich Pleitgen recitando *El cuervo*, el espíritu oculto en una fotografía de Von Hassel, «que solo se puede ver cuando uno tiene tanta imaginación como tú, Jola. Quiero ver comedias contigo, que te enfades conmigo cuando te haga quedar mal delante de tus amigas, quedarme despierto cuando sales de fiesta y estrangular mentalmente a tu primer novio. Mierda, quiero verte vivir, reír, respirar, susurrar...».

¿Susurrar?

En efecto, notaba una voz pegada a mi oreja.

—¿Has oído eso? —dijo Vigo, y por un instante creí que me estaba gastando una broma sádica, pero entonces entreabrí los ojos y me percaté de que Edwards estaba dos pasos detrás de ella, a sus pies el bidón de gasolina.

—¿Qué? —respondió él, y ahora también yo escuché entre el crepitar de la tea el crujido seco de unas ramas al romperse a espaldas de nuestras sillas. Plantas que se quebraban. Arbustos que susurraban—. ¿Cosmo? —preguntó Edwards—. No me digas que ese cerdo sigue vivo.

Esta vez no cometí el error de moverme de forma llamativa, sino que fingí seguir apático y aturdido. Por la oleada de calor noté que Vigo pasaba con la tea entre la silla de Frida y la mía.

En un primer atisbo de optimismo desesperado deseé oír saltar desde las matas a mi hermano, surgido de entre los muertos como por arte de magia. Pero enseguida supe quién era en realidad el inesperado visitante. Un visitante que no acudía a ayudarnos en modo alguno.

Lo supe porque lo olí.

«Fuerte, rancio, salvaje».

—¿Ves algo? —oí decir a Edwards.

Y entonces se desató el caos.

Profiriendo un gruñido estridente, el jabalí salió de la maleza.

Con un susto de muerte, Vigo retrocedió y trastabilló sin que el animal siquiera la rozara, pero al recular tropezó con mi silla. Para amortiguar con las manos la caída, soltó la antorcha. Por su parte Edwards, en un movimiento reflejo, trató de sostener a Vigo con las dos manos.

Y ahí vi mi oportunidad, mi única oportunidad después de que la tea, en lugar de darme, cayera al suelo, a un metro.

Me levanté, avancé dando saltitos con todas mis fuerzas y me dejé caer de lado con la silla.

Crac.

La silla era sólida; mis costillas, no. Me di contra una raíz que asomaba del suelo como un abrojo.

Perplejo, Edwards me miró, con un brazo sosteniendo a Vigo, de rodillas en el suelo ante ella, de manera que casi quedaba a la altura de mis ojos. Estaba a medio metro de ellos, y, sin embargo, lo bastante lejos como para que pudieran ser peligrosos. Atado a una silla, condenado a la inmovilidad. Incapaz de alcanzar a mis asesinos. Ni a la mujer, ni a Edwards, ni a la tea, que Vigo volvió a coger.

¿Qué significa esto?, leí en los ojos del friki de Joshua, que no se podía imaginar qué me proponía hacerle a él y a su cómplice.

Todavía no se había percatado de lo que yo había visto: el bidón.

Edwards lo había tirado sin querer al tratar de coger a Vigo, y ahora estaba muy cerca de mis pies.

—¡Ahhhhhhh!

Me agarré bien a la raíz e hice girar mi cuerpo con todas mis fuerzas en el sentido

de las agujas del reloj. Mis atadas piernas salieron como el muñeco de un futbolín contra el volcado bidón, que no fue a parar muy lejos, tan solo a un metro. Directo a la tea. Al rostro que había tras ella, sobre el que cayó parte del contenido del bidón, que se salió por la abertura. Y que alimentó la antorcha.

—¡Pero qué...! —oí gritar a Vigo. Fueron los últimos sonidos inteligibles que salieron de su boca antes de que las llamas se cebaran con sus labios, sus mejillas y su pelo. De ahí pasaron a su ropa y a la piel, hasta que la mujer quedó convertida en una tea humana, más luminosa y mayor que aquella con la que se había fundido.

Se produjo un breve silencio, como si las cuerdas vocales se le hubiesen vaporizado, y luego volvieron a oírse sus gritos, que ya no tenían nada de humano.

Como tampoco lo tenían los de Edwards, que, sin embargo, seguía ileso, pues la gasolina no le había alcanzado. Se había separado a tiempo de Vigo y había cogido la pistola, con la que ahora me apuntaba con expresión de loco. Dispuesto a matar al cabrón que había acabado con su pareja y contrariado todos sus planes.

Vaciló un instante, en el que —estoy seguro— se paró a pensar si una bala no sería demasiado benévola, pero no quería correr más riesgos.

Y disparó.

Noté un soplo de aire y después un dolor sordo en la sien, que en cierto modo me imaginaba distinto, más agudo y abrasador. Y desde luego más letal. Noté un sabor a sangre, ya que me mordí la lengua, y me sorprendió que todavía pudiera abrir los ojos y a mi lado viese una cabeza con unos labios agrietados que se abrían y se cerraban despacio, como los de un pez asfixiándose.

A continuación sentí un nuevo soplo de aire. Vi que una silla se elevaba como por arte de magia y oí que se rompía. Sonó como un melón estrellado contra un suelo de piedra, solo que era la estructura metálica de la silla de colegio, que fue directa a la cabeza que tenía delante y se encargó de que Edwards, la boca sangrándole, cerrara los ojos.

Después torcí la cabeza, y al mirar hacia arriba todo lo que me permitió la posición en que me hallaba, vi a Frida, la cara desfigurada por el odio.

En efecto, era un cuchillo de pelar fruta salido de la cocina del yate. Frida lo había utilizado para cortar la cuerda con que yo había atado a Fish, y luego se lo había guardado. Y se había liberado con él mientras Vigo ardía.

Con la silla no solo le dio a Edwards en la cabeza, sino también a mí en la sien cuando, al asestar el primer golpe, se le resbaló de la mano. Pero logró que la bala que disparó Edwards se desviara y se perdiera entre los árboles que se alzaban detrás de mí.

—Gracias —le dije. Nunca antes me pareció más insuficiente esa palabra que en ese momento.

Frida lloraba mientras me cortaba las ataduras, y me di cuenta de que yo también.

Sollozando, completamente agotado y al mismo tiempo energizado por el hecho de seguir con vida, me acerqué a Edwards y le tomé el pulso. Era débil pero seguía vivo, a diferencia de Vigo; de manera que no habíamos conjurado el peligro, razón por la cual le atamos manos y pies con los restos de nuestras cuerdas. Me habría gustado liquidarlo, pero contar con una prueba sana y salva probablemente fuese mejor que consumir una venganza.

Todavía sollozando, me acerqué a Jola tambaleándome. Mientras Frida cortaba la cuerda a su espalda, la abracé. Tenía frío, muchísimo frío, pero noté su aliento en mi oreja, percibí que su pecho subía y bajaba, y eso ya era más de lo que esperaba de la vida.

Sin embargo, su pulso era débil. No podía perder más tiempo.

—Mira a ver si encuentras un móvil —pedí a Frida—. El de Fish se puede activar con su dedo. Quizás el inhibidor esté apagado.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Cómo lo sabes? —le grité, y entonces lo oí.

El helicóptero.

Miré hacia arriba y vi los haces de luz que barrían el agua y se aproximaban. A continuación escuché el megáfono:

—¡Atención! ¡Atención! Les habla la policía.

Risueños, Frida y yo nos abrazamos. Esperé a que las copas de los árboles cedieran por el aire del rotor. Le pedí a Frida que cogiera en brazos a Jola, que le hablara, aun cuando mi hija estaba inconsciente y el ruido del helicóptero anulaba cualquier sonido.

Tras prometerme que lo haría, salí corriendo.

Son muy pocos los berlineses que conocen los peligros naturales que encierra su ciudad, pero habitualmente es preciso salvar a personas de zonas pantanosas, sobre todo en los alrededores. Y probablemente también yo hubiera pensado que era una patraña que en algunas islas de Berlín hay marjales de no haberme enseñado mi padre aquella vez que fuimos de «excursión» cuál era el origen del nombre Berlín: «Del antiguo eslavo *verlo*, tierra pantanosa».

Mientras subía la loma a la carrera desde la hondonada, las piernas se me acortaron. O al menos esa fue la sensación que tuve, y de pronto también me sentía mucho más ligero. Ya no sentía dolor, una energía increíble me recorría el cuerpo. Pero también un miedo cerval. Era como si tuviese trece años y hubiera vuelto a mi infancia, al día que subí esa misma loma en esa misma isla, veinticinco años atrás. Aterrorizado de que mi padre me siguiera y me golpeará. Porque yo no lo había hecho: me había resistido y no había dejado caer aquella cerilla sobre mi hermano, que...

«¿... es ese de ahí?».

Sin reparar en el entorno, había vuelto a bajar a la hondonada como en trance y ahora estaba metido en el barro hasta los tobillos. Y delante de mí tenía a...

—¡¡Cooooosmo!!

Grité su nombre. Solo su boca y su nariz asomaban del fango. El resto ya se había hundido.

Quizá me estuviese jugando la vida de nuevo. No lo sabía. Tampoco me paré a pensarlo. Seguí hacia delante, hundiéndome yo mismo. Lo cogí por el pelo, apoyé su cabeza en mis brazos y tiré de él hacia mí.

Y al hacerlo vi el semblante blanco de un muerto.

Pesaba mucho, el triple de lo habitual, y, sin embargo, conseguí ganar terreno. Estaba en un lugar seguro, muy cerca de la ladera. Metí la mano en el helado fango (el frío cortante como un cuchillo en los dedos) y, recordando las palabras de mi padre —«la mayoría de las personas no se ahoga en el pantano: muere de frío»—, conseguí agarrar un trozo de tela. La camisa de Cosmo.

Se desgarró a lo largo, pero aguantó hasta que conseguí acercar a mi hermano hasta el lado seguro. La luna lo bañaba en una media luz espectral. Escudriñé su rostro embadurnado de barro con la absurda esperanza de hallar en él un soplo de vida. Nada. No se movía. Ni siquiera un espasmo involuntario.

Lancé un grito.

No porque me hubiese conmovido ver su semblante sin vida, sino porque a la

mortecina luz de la luna vi en su desnudo pecho algo que era peor incluso que la muerte.

Y ese algo era la verdad.

Clavé la vista en el torso de mi hermano, en las cicatrices que lo surcaban, y supe algo de mí mismo tan espeluznante que por un momento me entraron ganas de lanzarme al pantano.

Cuatro manos me lo impidieron:

Las de Frida y las de uno de los policías que bajaron del helicóptero para salvarnos.

A la mañana siguiente

Su mano.

Me propuse no volver a soltarla, ni siquiera mientras dormía, pero después, alrededor de las seis de la mañana, ocurrió. La cabeza se me venció hacia delante, la musculatura relajada, y la mano se me resbaló de la mía. La mano de Jola.

Cuando abrí los ojos tenía tanto frío que creí que las extremidades se me habían congelado y se me quebrarían en cuanto me moviera.

Miré a la derecha, a la cama que había junto a mi silla, y solo verla me dio más calor que mil soles.

Jola. Respirando. Con vida. Y despierta.

—Hola, papá —dijo. Fue más una exhalación que una frase, pero así y todo las palabras más bellas que había oído en mi vida.

Me levanté y me froté los ojos, el sueño y las lágrimas entremezclándose.

—Hola, hija.

Le acaricié el cabello, le aparté con ternura un rizo de la frente y le besé el lunar de la mejilla. Luego reparé en su pierna, que tenía en alto y en la que se veía una barra con pinta de dolorosa que parecía atornillada a la pierna.

—¿Qué tal estás?

—¿Pues, cómo va a estar? ¡Estupendamente! De coña.

Toffi, al que había olvidado por completo, se levantó bostezando de su sitio, en un rincón de la habitación, y se acercó al lavamanos que había junto a la puerta.

—Le habría encantado romperse también la otra pierna, ¿a que sí, Jola? —Se echó agua en la cara y cerró el grifo—. Y por si os interesa: yo también me siento como si hubiera vuelto a nacer. No hay nada mejor que pasar una noche en un sillón de hospital.

Jola esbozó una sonrisa débil, y los soles brillaron aún con más fuerza.

—¿Tengo tan mal aspecto como tú? —me preguntó.

Me llevé la mano a la hinchada nariz y negué con la cabeza.

—Peor. —Sonreí—. Mucho peor.

Los ojos me lloraban, y no solo de alegría. Sentía la cabeza como si fuese una calabaza inflada en la que brincara un martillo neumático, pero nunca me había alegrado tanto sentir dolores.

Me tendió una mano y se la cogí.

—Lo siento mucho, cariño.

—Ya, ya. Esta vez no te librarás con cinco euros.

Seguro que nuestras risas se oyeron hasta en el puesto de enfermería.

La risotada de Jola no tardó en convertirse en tos, y poco después mi hija bostezó. Los analgésicos que le habían administrado seguían surtiendo efecto, lo cual me satisfizo.

Me incliné sobre ella y la abracé, no con tanta fuerza como me habría gustado, pero sí lo bastante para notar los latidos de su corazón. El sonido más importante de mi vida.

—Oye, que yo también existo —se quejó Toffi, así que también le di el abrazo que se merecía—. Vale, vale, ya está bien —dijo jadeante cuando lo cogí por las caderas y lo levanté.

Si nos habían encontrado había sido gracias a él, que fue a ver a mi madre al asilo y averiguó por un enfermero el nombre de la isla a la que nos llevaba nuestro padre de «excursión».

Trasladó esta información de inmediato al comisario Stoya, que tras comprobar brevemente las señas se topó con las llamadas de dos vecinos que, desde sus propiedades de Kladow y Zehlendorf, al parecer habían oído una explosión por la tarde y visto humo en la isla. Debido a la falta crónica de personal no habían ido allí en el acto, pero Stoya no titubeó y envió un helicóptero de reconocimiento. Como, por el inhibidor que había instalado Edwards, en la isla los móviles no funcionaban, de no haber llegado el helicóptero habríamos tenido que ir a tierra nadando, y no estoy seguro de si lo habríamos conseguido, estando como estábamos.

—Fue una mujer.

—¿Qué dices, cariño? —Me volví hacia Jola y le cogí de nuevo la mano.

—Aquella vez, en el aparcamiento del hospital —dijo—. Me acordé de ella en sueños. —Intentó reprimir un bostezo, pero no lo logró—. No pude verle el nombre en la bata. Dijo que te habías roto la pierna, papá, y que debía ir con ella. Y después sentí un pinchazo en el brazo.

—Vigo —deduje. Diminutivo de Viola Gohrmann, según me contó Stoya el día anterior durante el primer interrogatorio.

—¿Quién? —quiso saber Jola. Pestañeaba amodorrada.

Le quité importancia con un gesto.

—Solo es una suposición, ya no importa.

Afortunadamente, Jola había estado inconsciente las últimas horas que pasamos en la isla y no había tenido que ver cómo Vigo ardía y se calcinaba.

«Será mejor que ahora descanses», le iba a decir, pero ella ya se había quedado dormida.

Estuve observando un rato los movimientos regulares de su pecho. Luego, tras arroparla con cuidado, me acerqué a Toffi y contemplé por la ventana el patio del hospital.

—¿Todo bien? —le pregunté a mi amigo, que se rascaba el mentón absorto, con el ceño fruncido.

Desde la segunda planta vimos que abajo paraba un monovolumen sucio que me

resultó familiar. De él se bajó una mujer rubia con un traje azul marino.

Me asaltó una idea, pero no pude retenerla. Desapareció como una moneda que hay que introducir varias veces en una máquina porque al primer intento no se queda dentro. Al final, cuando me di cuenta de que se trataba de mi mujer, supe por qué esa escena tan cotidiana me produjo una punzada de dolor.

—Me habría gustado que te hubieras enterado de otra manera —comentó Toffi.

La punzada me atravesó el corazón.

—¿Tú lo sabías?

El abogado asintió mientras mi mujer se despedía del conductor. Primero vacilante, como hacen los buenos amigos. Después, abrazándose y fundiéndose en un beso tan íntimo e intenso como los que nos dábamos ella y yo al principio de nuestra relación.

Toffi suspiró.

—Ya sabes lo que dicen: unas veces se gana y otras se pierde.

Vi que Kim le pasaba una última vez la mano por el pelo a su amante antes de que este, Dennis, el estudiante que vivía en el piso de abajo, volviera a subirse al monovolumen.

Entonces miré a Jola, que parecía sonreír en sueños.

—No te preocupes por mí —aseguré a Toffi, y lo decía de verdad—. Tengo todo lo que quiero.

DOS MESES DESPUÉS

El paraninfo de la Universidad Libre, en la Garystrasse, estaba lleno a reventar. Casi mil personas se repartían entre el salón y los asientos de la balaustrada superior, y aún habría habido sitio para algunas más de no ocupar las primeras filas numerosos equipos de cámaras y periodistas.

—¿Cree usted que la *predictive policing*, es decir, el método de prevención de delitos que ya está implantado en algunos países, es historia?

La pregunta la formuló una joven rubia de la tercera fila. Llevaba gafas masculinas negras y estiraba un brazo con un móvil, probablemente grabando el debate para su blog. La mitad de los presentes tenía un canal en YouTube o llevaba un blog para un canal independiente. El interés de los denominados medios «establecidos» había disminuido hacía tiempo.

—¿Me pregunta si mi caso tendrá un efecto disuasorio? —reformulé la pregunta para el resto de la sala. Y sacudí la cabeza—: No, no lo creo. La tentación de querer evitar un delito antes de que se cometa con ayuda de un programa es muy grande. Y en muchos casos lo cierto es que funciona. No hay que pasar por alto que en países en los que, por ejemplo, se utiliza Blue CRUSH, el índice de criminalidad se ha reducido en un treinta por ciento.

—Pero entonces también tiene su lado bueno, ¿no? —quiso saber un estudiante con barba cerrada cuyo rostro apenas se distinguía. Formuló la pregunta desde los asientos de arriba.

Asentí. Era una pregunta que me habían hecho una y otra vez a lo largo de las últimas semanas. Me volví desde el atril y mi mirada recorrió la pantalla donde se proyectaba el lema de la mesa redonda de ese día: «*Big data*. ¿Seguimos teniendo el control de nuestra vida?».

—Sé que en esta sala hay quien así lo cree —respondí, volviéndome de nuevo hacia los asistentes. La voz me sonaba ronca por los baratos altavoces. Tendría que haber llegado un poco antes para hacer una prueba de sonido, pero Kim y yo habíamos quedado con el abogado. Queríamos que el divorcio se desarrollase sin problemas y de mutuo acuerdo—. Creen que mi caso, por desgracia, no es más que una excepción. Y debo admitir que es tan insólito que ni yo habría podido imaginarlo mejor, y eso que soy escritor. —Risas contenidas—. Pero ¿cómo saben que la excepción no acabará siendo la regla? ¿Que quizás en este momento alguien esté leyendo su agenda, su calendario electrónico y vea con quién va a quedar?

—¡Pero yo no tengo nada que ocultar! —exclamó alguien de la primera fila, el cámara de una televisión local.

—Tampoco lo tenía yo —contesté—. Yo tampoco había acosado a nadie ni había hecho nada prohibido. Sin embargo, entraron en mi ordenador, falsearon búsquedas y chats y dejaron numerosos rastros digitales que tenían por objeto desacreditarme. Quizás a usted no le vaya tan mal como a mí en el futuro, pero imagine que, por ejemplo, tiene usted un hijo pequeño, de unos cuatro años. Y está preocupado porque tiene fimosis.

—Que tiene ¿qué? —De nuevo el cámara.

—El orificio del prepucio pequeño —le aclaré—. Tiene suerte de no saber lo que es. —Más risas—. Así que busca en Google fimosis y ve algunas imágenes para averiguar si el prepucio de su hijo es normal o si habría que extirparlo. Hace unas semanas ha aceptado una oferta por internet, diciéndose: De momento no necesito cinta adhesiva, pero, qué demonios, está tan barata que voy a comprar unos cuantos rollos. Por último, su mejor amigo lo ha invitado a ir de acampada con los antiguos compañeros del instituto, así que compra todo lo necesario para ir de excursión al campo, y, entusiasmado con la idea, se pone a buscar en los mapas del móvil un lugar solitario donde montar el campamento sin que la familia les dé la lata: pene infantil, cinta adhesiva, escondite en el monte. ¿Comprende adónde quiero llegar? No se propone hacer nada malo, pero de pronto encaja en el perfil. De repente se halla en el punto de mira de un programa que no controla nadie. Todo el mundo piensa que la protección de datos es un problema de Estado versus ciudadanos, pero yo no estoy tan seguro. Tal vez sea incluso mejor que un Estado controle esos algoritmos que, como en el caso de Joshua, acaben en manos de empresarios privados, sin escrúpulos.

Era una tesis osada, y esperaba recibir enérgicas protestas, precisamente de los partidarios de Edward Snowden y la facción contraria a la Agencia de Seguridad Nacional, que sin duda se hallaba entre los presentes. Sin embargo, el hombre de cierta edad trajeado de la segunda fila a la derecha quería saber algo muy distinto:

—No entiendo cuál es la base de este modelo de negocio. ¿Cómo se puede ganar dinero pronosticando delitos?

—Muy sencillo. Solo ha de ir un paso más allá. —Bebí un sorbo del vaso de agua que tenía delante y continué—: Si es usted el propietario de un programa como Joshua, puede vender caros los datos a las autoridades competentes. A este respecto resultan especialmente lucrativos los mercados en que la reelección del jefe de policía depende del porcentaje de resolución de casos, como en Estados Unidos. Pero también un ministro del Interior de nuestro país puede ganar puntos si cumple sus promesas electorales y reduce a la mitad el índice de criminalidad.

Hice una pausa para conferir más peso a lo que iba a decir a continuación.

—Pero también puede programar a Joshua teniendo en mente un fin completamente distinto. Su idea no es impedir los delitos.

Entre la multitud se oyó un murmullo, miradas asombradas se fijaron en mí. Si al principio algunos se removían en sus asientos, quizá preguntándose si había sido tan buena idea pasar el sábado, un día no lectivo, asistiendo a la charla de un «crítico de

internet» (así me llamaban) por invitación del responsable de la protección de datos de la Universidad Libre, ahora contaba con la atención plena de la sala entera.

—Imagínese que las grandes naciones del mundo acaban trabajando de tapadillo o de manera oficial con un programa como Joshua. El índice de prevención aumenta, el programa goza cada vez de más aceptación, pronto la gente confía más en el algoritmo que en sus tripas. Y ahora usted, su programador, tiene el poder. Puede abrir una puerta trasera en el *software* y hacer desaparecer delitos especialmente lucrativos en los que usted quiera tomar parte.

—¿Está hablando de coautoría?

El joven que lanzó la pregunta tuvo el detalle de ponerse de pie para que yo pudiera verlo mejor. Como casi todos en la sala, llevaba gruesa ropa de abrigo y no se había quitado la bufanda. Desde el día anterior la temperatura había descendido por debajo de cero, y alguien había olvidado encender la calefacción en modo fin de semana. Aunque el joven no exhalaba vaho, poco le faltaba.

—Exactamente —respondí—. Le pondré un ejemplo sencillo: Joshua descubre que alguien va a robar un banco. Van a sustraerse varios millones. Usted hace que no se emita el pronóstico y se convierte en cómplice.

—Y ¿no llama la atención? —preguntó el joven, sentándose.

Negué con la cabeza.

—Nadie espera que Joshua identifique todos los delitos. Solo llamaría la atención si los pronósticos de Joshua no se cumplieran, pero la mayoría de las veces se cumplen.

Oí un pitido bajo el atril. Alguien había puesto un cronómetro para que yo supiera cuándo tenía que acabar. Recogí mis notas y sonreí mientras me despedía:

—Bien, les doy las gracias por haber venido. Si tienen más preguntas, escríbanme una carta, mejor que un correo electrónico. —Justo cuando iba a decir adiós, vi que una mujer de la segunda fila gesticulaba para llamar mi atención—. ¿Sí? —Cometí el error de reaccionar. La mujer era demasiado mayor para ser estudiante e iba demasiado maquillada para un acto oficioso. El cabello de peluquería, la blusa medio abierta, la sonrisa de anuncio de dentífrico: todo en ella decía que era periodista.

—Señor Rhode, ¿cómo está su hija? —preguntó con cara de inocente.

En primera fila, justo delante de mí, Toffi se levantó como si la pregunta fuese una orden posthipnótica que lo hubiese despertado de un sueño profundo. En efecto, hasta ese momento había estado mirándose las chanclas sin moverse, pero ahora los noventa kilos de su cuerpo habían cobrado vida.

—Nada de preguntas personales —terció como si no solo fuese mi amigo y abogado, sino también mi agente de prensa.

Le hice un gesto para restar importancia a la cuestión. Mientras pudiésemos impedir que apareciera una fotografía de Jola en los medios, quizás incluso fuese bueno que emitiéramos un comunicado de prensa para evitar que algún *paparazzo* acechara a mi hija camino del colegio.

—Gracias por preguntar, se encuentra bien —contesté. Toffi se llevó las manos a la cabeza y me miró como si acabara de donar toda mi fortuna a la beneficencia—. En cuanto le quiten la escayola volverá al colegio. —En realidad no estaba escayolada, sino que llevaba un vendaje elástico, y desde la semana anterior ya no necesitaba muletas—. Se salvó literalmente por los pelos —añadí, dirigiéndome a todos—. Incluso el frío que hacía en la isla jugó a su favor. En el pantano, incluso cuando la temperatura exterior es moderada, a menudo no hay más de ocho grados. Se podría decir que mi hija se quedó como paralizada por el frío. De ese modo sus constantes vitales se ralentizaron, y probablemente eso le salvó la vida. —Por lo menos eso me habían dicho los del helicóptero de rescate.

—Y ¿le pasó eso mismo a su hermano?

Miré a la derecha: otra mujer se había levantado. También periodista: sostenía un micro en la mano y a su lado había un cámara con el logo de una revista sensacionalista *online*. Vi cómo la cámara captaba el sudor que de pronto me corría por las sienes.

—He dicho que no más preguntas —insistió Toffi mientras me hacía con las manos la señal de *time-out*.

—¿Por eso sobrevivió al disparo? —insistió la reportera—. ¿Se mantiene en contacto con él?

Abrí la boca para contestar, pero Toffi se me adelantó. Situándose a mi lado de un salto, cogió el micrófono de cuello de cisne, se lo acercó y dijo:

—Bueno, esto ha sido todo por hoy. Ale, ale, la comidita está lista, todo el mundo a casa con mamá. Y para el que le interese: el jabalí también se encuentra bien.

Lo cual era mentira. Nadie lo había encontrado. Mi salvador había desaparecido. Al igual que Cosmo.

—¿Adónde vamos?

—Si te lo digo, seguro que te bajas.

El Mercedes de Toffi se deslizaba como sobre raíles por la carretera, sobre la que había caído una nevada reciente y que allí, en Zehlendorf, teníamos prácticamente para nosotros solos. Aunque casi todos los habitantes de ese distinguido barrio tenían potentes todoterrenos delante de los garajes, nadie se atrevía a circular cuando caía la primera nevada.

—¿Hombre o mujer? —quise saber mientras me masajaba la nuca. De un tiempo a esa parte mis migrañas habían empeorado, lo cual se debía, en parte, a que no bebía bastante agua. Antes tampoco la bebía, pero antes no había estado a punto de morir quemado por encargo de una organización criminal.

—Hombre. Lo conoces.

Bien. Por lo menos no se trataba de una de esas citas a ciegas de las que últimamente intentaba convencerme Toffi, que no paraba de decirme: «Estás soltero y eres famoso. Ahora o nunca, muchacho. Aprovecha las cartas que te ha dado la vida».

Lo cierto es que más bien era un pobre diablo que se había librado de una buena con mucha suerte y ahora se hallaba ante las ruinas de su vida privada. Kim se había mudado hacía seis semanas, pero no con su estudiante, cuya relación intermitente al parecer se había vuelto a enfriar. Yo aún corría a diario el peligro de encontrarme a Dennis en el pasillo o cuando bajaba la basura, pero solo hasta que encontrara un piso para Jola y para mí cerca del colegio que pudiera pagar, cosa que, teniendo en cuenta mis ingresos, era una perspectiva similar a ir por una acera en Berlín y no encontrarse ninguna caca de perro. La única noticia que me proporcionaba algún consuelo — aparte del hecho de que hubiéramos sobrevivido— era que la Oficina de Protección al Menor había retirado la solicitud de restitución de Jola cuando demostramos que Harald Oschatzky fue sobornado para que redactara ese informe. Al igual que la supuesta lotería que tocó a Melanie Pfeiffer, con la que compraron su complicidad, salió de la caja del proyecto Joshua, también untaron al endeudado psiquiatra para que pudiera seguir su tratamiento contra el cáncer en su propia casa.

Y como finalmente también se aclaró el asunto del GHB, ya nadie se planteaba retirarme la tutela porque mi mujer se hubiera marchado. Solo era preciso tener una familia más estructurada en el caso de que me planteara adoptar.

—Muy bien, por última vez. ¿Cómo se llama el tipo al que me llevas a ver?

Nos metimos por una bocacalle de un lateral del Jardín Botánico y enfilamos Unter den Eichen en dirección a la autopista.

—Etnms —farfulló Toffi. Le gustaban esos jueguecitos, incluso en el tribunal, donde, cuando hablaba con el fiscal, disfrazaba un «hijo de puta» con un «aaaachís» fingido.

—Déjate de bobadas —pedí—. Habla claro.

—Etmars.

—¿Edwards?! —exclamé, y lo miré.

—Ajá, eso he dicho. Y ahora cálmate. —Me dio unas palmaditas en la rodilla.

—¿Me llevas a ver al hombre que quiso matar a Jola? —pregunté estupefacto.

—A ti, a la mensajera y a Cosmo, eso es.

Tras nosotros un Smart tuvo que dar un frenazo porque Toffi cambió de carril sin poner el intermitente. Mi abogado recibió el bocinazo que nos dedicaron enseñando el dedo corazón.

—Lo van a soltar.

—¿A Edwards? —No podía creerlo.

—Así sin más no, claro. —Abrió la guantera central y sacó un chicle de una cajita de plástico. A mí no me ofreció—. Es australiano. Ha habido un largo tira y afloja entre bambalinas, y lo van a extraditar. El avión sale esta tarde. Pero dudo mucho que llegue a Sídney.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que vivimos en un mundo en el que los aviones suelen desaparecer para siempre en el océano... Todo es posible, ¿no?

Toffi hacía ruiditos al hablar, y tuve ganas de obligarlo a tirar el chicle por la ventanilla, pero tenía preocupaciones más importantes.

—¿Todavía está en Moabit?

—No. En un piso franco, custodiado por media docena de hombres comparados con los cuales los hombres de Harrelson parecerían un club de debate estudiantil.

Giró a la izquierda, hacia la Schlosstrasse. A lo lejos distinguí los ladrillos rojos del ayuntamiento de Steglitz.

—Edwards se puso en contacto conmigo hace tres semanas. Quería que lo ayudara, pero rehusé.

—Vaya, gracias. Seguro que te costó.

—Solo un poco. —Toffi esbozó su sonrisa de solo-estoy-bromeando—. Pero el muy perro trató de engatusarme. Quiso convencerme de que mandara al carajo mi amistad y mis principios con cierta información que tenía sobre ti.

—¿Qué dijo?

La sonrisa del abogado desapareció.

—Será mejor que lo escuches tú mismo.

—No, gracias, no me interesa. No quiero saber nada de ese tipo.

—Pero de Cosmo sí, ¿no?

Lo miré con cara de interrogación.

—¿Cómo dices?

—Edwards afirma que sabe lo que está haciendo tu hermano.

Toffi dio un volantazo a la derecha y los faros, de encendido automático, iluminaron la entrada a un aparcamiento que formaba parte del complejo de oficinas del Steglitz Kreisel, un rascacielos situado en el corazón de la ciudad y desocupado desde hacía años porque en su construcción se había utilizado amianto.

Poco después me hallaba en la planta 23 de ese edificio que estaba listo para ser demolido, sentado frente a un hombre que si tuviese que elegir entre su libertad y mi muerte, escogería esto último. Lo veía en sus ojos.

Todo el mundo lo veía.

El encuentro debía de haberse organizado hacía tiempo. Mi nombre figuraba en varias listas, que primero controló abajo, en el ascensor del aparcamiento, un policía con un pasamontañas negro, sin distintivo de rango ni nombre; luego, cuando salí del ascensor, y por último, a la puerta del destripado piso, asimismo un gigante con pinta de paramilitar cuyo cinturón apenas lograba sostener la multitud de cosas que colgaban de él: pistola, esposas, porra, gas irritante, cuchillo...

Toffi se había quedado abajo, en el coche, y al parecer nadie tenía ganas de hacerme compañía durante el encuentro con el secuestrador de mi hija.

A la mesa metálica a la que Edwards estaba encadenado por una mano y un pie podría haberse sentado una docena de personas, si bien nosotros dos éramos los únicos, sentados frente a frente.

Edwards, mirando al noreste, a Tempelhof. Tras él se veía el suroeste de Berlín por los sucios ventanales, y me pregunté si ese sitio habría sido escogido al azar o si sería intencionado que yo mirara hacia Wannsee y Moorwall.

—Y bien, ¿cómo se siente ahora? —preguntó Edwards. Dado que no lo saludé al entrar, esas fueron las primeras palabras que se pronunciaron. Hablaba alemán con acento australiano, y su voz produjo un eco metálico, cosa que no era de extrañar, dado el entorno. No había muebles ni revestimiento alguno en el suelo, tan solo el piso de cemento y las paredes desnudas. Sobre nuestra cabeza se veían cajas de cables abiertas, los paneles del techo arrancados sin más. Una bombilla colgada de un cable arrojaba una fría luz industrial—. ¿Se siente orgulloso de sí mismo?

Al hablar apretaba los ojos a intervalos irregulares. Un tic incontrolado que entendí al verle la herida de la cabeza. Decían que los médicos le habían tenido que inducir un coma para controlar las contusiones del cerebro. Frida había hecho un buen trabajo con la silla.

—No he venido a hablar de tonterías —le espeté, con la esperanza de que mi sonrisa pareciera más segura que mi voz—. ¿Dice que sabe dónde está mi hermano?

Edwards sacudió la cabeza levemente. Dio la impresión de que el movimiento le causaba dolor.

—Le dije a su abogado que sé qué está haciendo Cosmo, no dónde. Hay una gran diferencia.

Resoplé.

—Bien, pues entonces dígame qué está haciendo y acabemos con esto.

Él levantó el dedo índice en ademán exhortativo.

—No antes de que haya respondido a mi pregunta.

—¿Si me siento orgulloso?

Me paré a pensar un instante. ¿Había conseguido algo? Sí. ¿Habían rodado cabezas? Ni sí ni no. Oficialmente, la reunión secreta en Madeira de los ministros del Interior de los siete países industrializados más importantes, durante la cual había salido elegido mi nombre, no había existido, aun cuando las imágenes vía satélite de organizaciones no gubernamentales independientes pudieron demostrar claramente lo contrario. Utilizando la terminología política, se convino en que en ese encuentro informal solo se trató del intercambio de soluciones bilaterales en la lucha contra el terrorismo, no de la compra de un programa ilegal destinado a la predicción de delitos. Extraoficialmente todo el mundo sabía cuál había sido el verdadero objetivo. Pero el programa no se había comprado, y eso era lo principal, de manera que respondí:

—Se ha puesto freno a Joshua, usted está detenido, sus cómplices han muerto, agonizan como en el caso de Oschatzky, o se han dado a la fuga como Melanie Pfeiffer. Orgulloso no es la palabra. Satisfecho me parece más acertada.

—Satisfecho —repitió Edwards, con cara de haber aprendido una palabra nueva que no quería olvidar. Se llevó la mano por encima de la sien, en cuya cicatriz, recuerdo de la operación, no le había vuelto a crecer el pelo—. No le he preguntado si se sentía orgulloso por haber acabado con mi organización y, con ella, con la obra de mi vida.

—¿Entonces?

—Por haber salido airoso de un delito. —Y añadió—: De momento.

—¿Qué dice? —Me eché a reír.

Edwards ni se inmutó. Me miró fijamente con unos ojos muy despiertos y preguntó:

—¿Cuándo tiene pensado hacerlo?

—Hacer qué.

—Su hija. ¿Cuándo piensa violar a Jola por primera vez?

Cosmo

Cosmo se dobló en dos. Estaba tumbado de lado en la habitación aislada por una pesada cortina, las piernas subidas hasta la barbilla en posición fetal.

Los dolores que lo reconcomían lo estaban volviendo loco, pero eso era algo que nadie podía saber. Que nadie debía saber.

Había mentido a todo el mundo.

A los médicos, a las enfermeras, a Max. Les había contado que, contra todo pronóstico, la herida apenas le dolía. Y todos se habían alegrado de ese segundo milagro.

El primero había sido tan increíble que la prensa lo había puesto en el punto de mira: «Un hombre sobrevive en un pantano con un disparo en el vientre». Los titulares incluso ocuparon la primera plana de los principales periódicos berlineses. Se antepusieron incluso a los artículos sobre el complot de Joshua, como llamaron al ataque llevado a cabo contra Jola, Frida y Max y contra la libertad de todas las personas. Debió de ser una semana de noticias bastante floja.

Cuando después los medios averiguaron quién era —¡un condenado por pederastia!—, la información cesó de golpe.

Ni siquiera su huida del hospital de Virchow apenas tuvo eco en la sección local. Tendría que haber vuelto al centro penitenciario psiquiátrico de Brandeburgo, pero estaba hasta las narices de la terapia Gestalt, de desnudar el alma y de las inyecciones.

Le servían tan poco como el ibuprofeno que le habían dado en el hospital. De ochocientos miligramos, de los que podía tomar tres al día como máximo y de los que acababa de meterse un puñado en la boca.

Le sonaban las tripas, como si tuviese que ir corriendo al servicio, pero sabía que si se levantaba y se arrastraba por el pasillo del viejo piso amueblado para llegar a ese cuarto de baño de asquerosos azulejos blancos en que siempre tenía la sensación de estar en un matadero cuando se sentaba en el retrete, de su maltrecho cuerpo no saldría nada. Sufría de estreñimiento desde hacía días.

Pese a todo se levantó. Se incorporó despacio en el sofá, que olía que apestaba a comida turca y pizza (los estudiantes que se lo habían alquilado porque se iban un semestre a Sudáfrica por lo visto eran forofos de la comida rápida), y se apretó ambas sienes con fuerza. Apretarlas lo aliviaba. Como si fuese acupresión. Quizá por ahí hubiese algún punto de esos, ni idea. El dolor de cabeza le relajó los espasmos del estómago un poco, lo suficiente para levantarse y ocuparse de los preparativos.

«Mierda, Max, ¿por qué no me dejaste allí tirado sin más?», pensó yendo hacia la

ventana.

Solo un minuto más en el pantano, «un puñetero minuto», y la hemorragia habría sido irreversible. Pero Max, el «héroe», lo sacó del barro y lo devolvió a la vida. Lo odiaba por ello, igual que a los médicos y cirujanos que primero lo reanimaron y después lo operaron.

Recorrió el parqué descalzo hasta situarse delante de la gran ventana con doble acristalamiento que daba a la calle.

Apartó la cortina. Desnudo, que era como mejor se sentía siempre, se plantó delante del cristal y cogió los pequeños prismáticos que había dejado en el radiador.

—Conque ahí estás —musitó, y el dolor de estómago le remitió un poco más.

Estuvo observando a la niña de enfrente con una sonrisa involuntaria.

Cerró los ojos.

Al abrirlos, pestañeó para apartar las lágrimas. Ajustó bien los gemelos para ver a la niña, que en ese momento cogía el mando a distancia en el salón, sin moverse mucho, para no espantar al gato que tenía en el regazo.

—Jola —susurró Cosmo—. Mi pequeña, mi querida Jola.

Notó que tenía una erección.

Max

Reí y me relajé un tanto. Las acusaciones de Edwards eran tan absurdas que supuse que había perdido el juicio.

—Puede repetir esa cantinela lo que le dé la gana. No sé qué fumaban antes Vigo y usted, pero si yo soy un pederasta, el año que viene usted será candidato al Nobel de la Paz.

Edwards siguió con lo que al parecer mejor sabía hacer: sacudió la cabeza con obstinación e intentó hipnotizarme con su mirada.

—Joshua no se equivoca.

—Eso ya lo ha dicho. ¿Sabía que es una señal de locura repetir algo una y otra vez con la esperanza de obtener un resultado distinto?

—Mi programa no se equivoca —porfió—. Son las personas las que cometen errores. Tontos como nosotros, que pensamos que podíamos endosarle a usted un delito sin más y salir bien librados. Pero ¿Joshua? No.

—Bueno, no quiero hacer que se tambaleen los cimientos de su fe, pero por desgracia en mi caso el ordenador se equivocó.

—Menuda estupidez. De equivocarse, nada. Secuestró usted a su hija, ¿o acaso no?

Parpadeé desconcertado.

—¿Se refiere a que escapamos de Protección al Menor, de las personas a las que usted manipuló y nos echó encima?

—Exacto. Joshua dio en el clavo con su personalidad. Su síndrome del salvador, unido a un genio incontrolable y fácilmente irritable.

—Es lo que habría hecho cualquier padre —repuse. Y añadí—: Habría intentado impedir que su hijo perdiera a su familia y acabara en manos de dos yonquis.

—Eso es una tontería y usted lo sabe —siseó Edwards. Se veía que se habría levantado de un brinco si no se lo hubieran impedido las esposas—. Cualquier padre normal habría acudido a la policía y habría esperado en casa a su abogado. Usted emprendió una loca huida hacia delante. Y secuestró a Jola. Tal como pronosticara Joshua.

Me llevé un dedo a la sien para indicarle lo que me parecía su argumento.

—Vale, quizás obré de manera algo impulsiva, pero eso no significa que le vaya a hacer algo malo a mi hija.

Para mi sorpresa, vi que sonreía, casi con afecto. Como un padre que quiere abrazar a su hijo porque ha hecho una tontería que resulta entrañable.

—¿No lo habrá reprimido? —aventuró. En el estómago se me abrió un agujero

que volvió a cerrarse en el acto—. Tanto si lo cree como si no, Joshua es tan bueno que conoce a la mayoría de las personas mejor de lo que se conocen ellas mismas.

Asentí. Ya había oído esas palabras antes. De boca de un hombre que ahora estaba muerto: Theodor Braunschweig, antropólogo y programador de Joshua. Quemado, como Vigo. Sacrificado en aras de un bien mayor.

—Basta de tonterías. Dígame lo que sepa de mi hermano.

Edwards pestañeó.

—Sí, vamos a Cosmo. El análisis de su perfil pone de manifiesto con suma claridad que reincidirá.

—Está en terapia —mentí. Lo cierto es que había desaparecido del mapa no hacía mucho. Se había escapado por la ventana del hospital de Virchow, y había huido antes de que lo llevaran de vuelta al psiquiátrico de Brandeburgo.

—Dudo que ninguna terapia surta efecto en él. Joshua calculó que la interrumpiré para volver a abusar de un niño. Las señales son inequívocas. Como en su caso.

—¿Las señales? —Solté una risita falsa—. ¿Qué señales?

Edwards me fulminó con la mirada.

—¿Le interesa mucho el derecho? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—No más de lo necesario para mis libros.

—Le gustan mucho los chats eróticos.

—Qué tonterías dice —protesté.

—Lo niega, claro, y quizá se crea usted sus propias mentiras, siendo como es un enfermo.

—¿Enfermo? —Miré por la ventana del rascacielos, más allá de Edwards. Cada vez había más nieve. Allí arriba era como estar entre un manto de nubes que cubría las luces de la gran ciudad.

—¿Mojaba usted la cama? —quiso saber muy en serio Edwards.

—¿Quién no?

—¿Ha torturado animales?

Cerré los ojos y oí la palabra «reprimido» errando como un eco en mi cabeza. Vi a mi padre obligando a Cosmo a matar un gato para enseñarle una «lección»: que no había que coger dinero del tarro de mermelada.

—¿Le ha prendido fuego a algo? —continuó con su inquisición Edwards.

Las piernas me temblaban por debajo de la mesa.

«¿Que si le había prendido fuego a algo?». Esa pregunta despertó otro recuerdo. La cerilla en mi mano. Cosmo atado delante de mí. Mi padre gritándome: «¡Hazlo!».

Edwards tenía el cuello enrojecido, pero el tic de los ojos había cesado.

—Joshua lo conoce más de lo que se conoce usted mismo. Tiene acceso a su casa, a su despacho, a su cerebro.

—¡Basta! —chillé, y di un manotazo en la mesa metálica. A Edwards pareció hacerle gracia la vehemencia de mi arrebato.

—Entonces, ¿por qué buscaba con tanto interés en internet un coche de segunda mano con un maletero grande? ¿Para llevar en él a su víctima?

—¡¡No!! —grité, y me puse de pie.

Y de pronto en medio de ese movimiento, que hice mientras gritaba, me vino algo a la cabeza, aunque no supe cuál fue el factor desencadenante de la certeza que me sobrevino. Hoy en día creo que fue la palabra «maletero» lo que me dio la idea, tan viva como la tea con que Edwards y Vigo querían prenderme fuego. Que me recordó quién, aparte de Joshua, podía tener acceso a mis pensamientos.

«Maldita sea, ¡no!».

Abrí los ojos como platos, me volví hacia la puerta y eché a correr hacia la salida como un poseso.

—¡Abran! ¡Déjeme salir! —chillé—. ¡Quiero salir de aquí!

Y recuperar el móvil, que me habían quitado abajo antes de subir en el ascensor, con la esperanza de que no fuera demasiado tarde.

De que pudiera salvar a Jola por segunda vez.

Cosmo

Pensó en distraerse con los sobados números que se había llevado allí, al piso amueblado, que estaba justo enfrente de su hermano. Revistas cuya posesión constituía un delito y que en Alemania ni siquiera existían bajo cuerda.

Pero ninguna de las niñas que aparecían en las manoseadas revistas fotocopiadas era tan guapa como ella. Ninguna lo excitaba tanto como Jola. Cosmo apartó los prismáticos, que le habían dejado sendas marcas circulares alrededor de los ojos.

Estaba a oscuras delante de la ventana. Desnudo y sudoroso.

No se atrevía a encender la luz, aunque no creía que Jola pudiera distinguirlo desde esa distancia. Aunque la niña mirara hacia arriba por casualidad, al otro lado de la calle, supondría que no era más que otro jubilado que miraba por la ventana el ajetreo de la Koenigsallee.

Allí, no obstante, no se veía gran cosa.

La primera nevada del año punteaba la tenue luz amarilla de las farolas. Jola, que vista de lejos parecía una muñeca, a través del torbellino de copos de nieve se veía como desdibujada. Seguía tumbada en el sofá. Inocente y virgen.

Cosmo lanzó un suspiro de deseo insatisfecho.

Era guapa, lista y fuerte. Vaya si era fuerte.

Cómo había superado el secuestro y se había recuperado.

«Y de qué manera», pensó.

No, ya no era una niña, había crecido. ¿Cómo si no habría sobrevivido a tanta tortura?

Cosmo notó la afluencia de sangre en la entrepierna, el tirón casi doloroso en la región inguinal, como siempre que albergaba esas ideas espantosas, y decidió que ese sería el día. No podía esperar más. No podía seguir viviendo así. Debía hacerlo.

Se permitió echar una última ojeada con los gemelos; una última vez antes de acallar su deseo. Vio que Jola acariciaba al gato, que seguía en su regazo, y se reía de algo. Esa preciosa, excitante risa infantil.

Hizo tanto zoom sobre su cara que se vio sentado justo delante de ella en el salón y casi creyó oír su móvil, que la niña se llevó a la oreja.

Jola

—¿Papá? —Cogió el mando a distancia y bajó la música del iPod, que sonaba a través del televisor—. No me digas que se te ha olvidado lo que quiero.

Salami y cebolla, pero sin pimientos. Habían acordado que, después de su reunión, su padre se pasaría por Donello y traería pizza para cenar.

—¿Dónde estás?

Ella se puso triste. Su padre estaba enfadado. Y con razón. Él y su madre nunca habían hablado abiertamente de ello, pero Jola sabía que Dennis tenía parte de culpa de que se hubieran separado. Y justo de eso tenían intención de hablar. O al menos eso había dicho Dennis cuando le pidió que se quedara un momento a tomar una taza de chocolate; que le quería explicar cómo habían podido llegar a ese caos emocional. Y a ella le picó la curiosidad, sobre todo porque Dennis dijo que quizá pudiera arreglarlo todo, pero ahora era como si traicionara a su padre al haber accedido...

—¿Dónde?

Por un momento, Jola se planteó soltarle una mentira piadosa, pero nunca había mentido a su padre.

—En casa de Dennis. No te enfades conmigo, papá. *Tripps* se volvió a escapar y...

—No estoy enfadado, pero tienes que escucharme bien.

Su padre había bajado la voz, casi siseaba.

—¿Por qué? ¿Qué...?

—No digas nada y escucha. Estás en peligro.

Se quedó helada. Se le puso piel de gallina y se echó a temblar. Las pocas palabras que había pronunciado su padre habían bastado para que volviera a tener la misma sensación que en la isla: un miedo de muerte.

Sin preguntar nada más, dejó el gato en el suelo, cogió la muleta, que había dejado apoyada en el sofá, y se levantó. Después de todo lo que había pasado, sabía que su padre no le gastaría una broma así por teléfono.

—Sube a casa inmediatamente —lo oyó decir. De fondo se oía un ruido tremendo. Tráfico, así que venía de camino—. Ve a casa, cariño. Echa la llave y no abras a...

Jola iba dando saltitos por el pasillo. ¿Se puede saber qué pasa?, le habría gustado preguntar, pero se contuvo.

Otro hizo esa pregunta por ella:

—¿Qué pasa? —Jola volvió la cabeza: Dennis estaba en el pasillo. Su mirada era distinta. Y en sus manos no tenía las dos tazas de chocolate que supuestamente había

ido a buscar a la cocina.

—¿Es Dennis? —preguntó su padre, de pronto asustado.

—Sí.

—¡Corre! —gritó su padre—. ¡Corre!

Jola obedeció en el acto. Solo la separaban dos pasos de la puerta. Y las llaves estaban puestas. Pero con una pierna vendada dos pasos pueden ser un gran obstáculo. No llegó muy lejos.

Dennis le dio alcance antes de que pudiera abrir la puerta. Y, cogiéndola por detrás, le tapó la boca con fuerza con el trapo con olor dulzón con que había salido de la cocina.

Max

Una cosa había que reconocerle a Toffi: sabía cuándo era hora de dejar de decir tonterías y pasar a la acción. Sin preguntar cómo, qué o por qué, me cogió y, pasando por delante de los que custodiaban a Edwards, me llevó hasta el coche, donde hizo que me sentara al volante de su propio coche y él subió al asiento del pasajero.

Y ahora, después de salir por fin de aquel aparcamiento del Kreisel donde no había cobertura y de dejar atrás el ayuntamiento, enfilando la Grunewaldstrasse a unos cien kilómetros por hora en una zona donde había que ir a treinta, tampoco tenía motivos ya para cuestionar mi pánico. Mi teléfono se conectó automáticamente con su manos libres, de manera que lo oyó todo: los gritos de Jola, su petición de ayuda con voz ahogada, los gritos, las sacudidas, el ruido de una puerta al cerrarse. Y después nada. La conexión se cortó.

—¡No, no, no! —El corazón me latía desbocado y la sangre me resonaba en los oídos con más fuerza que el tráfico de la Avus.

Había hecho una segunda llamada, a la policía, pero dada la velocidad a la que conducíamos era imposible que llegaran antes que nosotros.

«Joshua lo conoce más de lo que se conoce usted mismo. Tiene acceso a su casa, a su despacho...».

Las palabras de Edwards no aludían únicamente al programa, sino a una persona de carne y hueso. Era muy posible que Kim se hubiera visto con Dennis también en nuestra casa, por ejemplo, cuando yo estaba de gira promocional y Jola se quedaba a dormir en casa de alguna amiga.

«¿Se colaría en mi despacho después del sexo? ¿Con la llave que le quitaría antes a Kim? ¿Lo llevaría ella allí, incluso? ¿Para dotar de mayor emoción a la relación prohibida en un lugar prohibido?».

Mis ideas bajaban en espiral hasta el sedimento de mi juicio.

Pero quizá bastara con acceder a las entrañas de nuestra red wifi para hacerse con mi ordenador y robarme la identidad.

Por Dios, ¿cómo podía haber sido tan ingenuo?

Por eso me había elegido el programa Joshua. No solo por mis búsquedas como escritor de *thrillers*, sino porque mi ordenador lo controlaba Dennis. Edwards y los suyos no habían hackeado mi ordenador hasta mucho después, para acelerar la comisión de un delito cuyo rastro me había endilgado el vecino.

«Entonces, ¿por qué buscaba con tanto interés en internet un coche de segunda mano con un maletero grande?».

Dennis tenía un monovolumen. Su contaminante vehículo amarillo ocre con la

estúpida pegatina en la que ponía algo de que la injusticia era justa para todos. «Imbécil». ¿Cómo es que no me había parado a pensar nunca para qué necesitaba un coche tan grande un estudiante de derecho? Con mi orgullo herido, lo único que me había preguntado era por qué un chico tan joven quería estar con una mujer que le sacaba dieciséis años. Ahora también sabía cuál era la respuesta: nunca le había interesado Kim, sino estar cerca de Jola.

Furioso, di un manotazo al volante y pisé el acelerador. Según Google Maps, del ayuntamiento de Steglitz a nuestra casa se tardaban unos doce minutos. Nosotros hicimos el trayecto en siete.

Casi me caigo del coche, que siguió avanzando con el motor encendido cuando me bajé al llegar. Toffi lo frenó y yo miré alrededor.

El monovolumen de Dennis no se veía por ninguna parte. En cambio, justo delante de nuestra casa había una plaza libre en el aparcamiento. Y apenas había nieve en el asfalto.

Traté de convencerme de que eso no significaba nada y corrí hacia la casa.

Para la reunión me había puesto unos zapatos de piel, razón por la cual estuve a punto de resbalar y caerme cuan largo era. Naturalmente, nadie había echado sal en la acera.

El portal estaba cerrado a cal y canto. A primera hora de la tarde, menuda estupidez. Busqué febril la llave adecuada en el llavero y, tras entrar, subí la escalera a trompicones hasta el tercer piso. Delante de la puerta de Dennis, llamé al timbre, aporreé y me lie a puntapiés con la hoja. Después me lancé contra ella aplicando el hombro, pero era de roble macizo y estaba asegurada por dentro. No había nada que hacer. Sin embargo, no cedí en mi empeño. Me volví a lanzar contra ella. Algo absurdo.

—¿Qué está pasando aquí? —Al volverme, frotándome el hombro, vi la cara de sorpresa de la señora Mertens, la vecina jubilada de Dennis. Sostenía una correa en la mano y el correspondiente perro entre sus piernas permanentemente hinchadas—. ¿A qué viene tanto jaleo hoy? —me preguntó.

«¿Hoy?».

—¿Qué quiere decir?

Ella sacudió la cabeza, enfadada.

—Ya es el segundo que mete ruido.

—¿Quién era el otro? —Me acerqué a ella. No creo que mi cara despertara mucha confianza, porque la mujer dio un paso atrás, y a sus pies el cocker spaniel empezó a gruñir.

—Pues ese estudiante al que me figuro que ha venido a ver usted. Dio en mi puerta con la alfombra y despertó a *Lissy*. —Señaló al perro, que ahora bostezaba.

—¿Con la alfombra?

—Sí. Quería llevarla al tinte. —Imaginé a Dennis con una alfombra enrollada al hombro. «Y metida dentro mi...»—. ¿Qué pasa? ¿Adónde va? —oí que preguntaba,

sorprendida, la señora Mertens.

Bajé corriendo la escalera y enfilé el camino de entrada hasta llegar por la acera a la desierta calle, donde todavía no se veía a la policía. Toffi se había bajado del coche y me dirigía una mirada de interrogación.

Yo no sabía qué hacer.

No tenía ni la menor idea.

Dennis

Vibraba. Sí, una buena palabra. No se podía describir mejor lo que sentía.

Dennis tenía la sensación de ser una caja de resonancia a la que los últimos acontecimientos habían hecho sonar.

De manera tanto positiva como negativa, estaba claro. Porque no era así como lo había previsto. Ni ese día ni con tanta precipitación. Su idea era esperar por lo menos dos semanas. Hasta que le hubieran retirado el vendaje a Jola, que no le gustaba, porque era una mancha en la por lo demás perfecta niña.

De haber sido únicamente por los preparativos, habría podido dar el golpe hacía tiempo. Todo lo que quería saber de su pequeña amiga ya lo había averiguado por ella misma o por Kim. Para lograr su gran objetivo, por desgracia había tenido que aguantar la viciada relación con la madre, que le confió ingenuamente no solo al gato, sino también a su hija.

Llevaba semanas preparando el gran día, y estaba seguro de haber pensado en todo: la comida (raviolis, de esos especiados que le gustaban tanto a Jola), la ropa de cama vistosa y las agujas, que en su imaginación desempeñaban un papel muy importante, casi tanto como el cúter para cortar moqueta, que guardaba en una caja debajo de la cama. La habitación donde consumaría su amor era perfecta. Ya solo la cama abatible con los ojales para afianzar los pesos era espectacular.

Al igual que todo lo demás, había comprado ese juguete a través de la conexión wifi de Max Rhode y su ordenador pirateado: sencillamente lo había pedido con una tarjeta de crédito robada y lo había hecho llegar a un hostel de Friedrichshain a cuya recepción no le importaba hacerse cargo del correo de unos huéspedes que cambiaban a diario.

Después de que Kim le diera la contraseña del wifi (para que él, un pobre estudiante, pudiera navegar gratis), el pirateo del ordenador había sido coser y cantar.

De lo que más orgulloso se sentía era de las alfombras. Dos alfombras idénticas. La cosa no se había ido al traste precisamente porque había pensado incluso en eso. Solo así había podido modificar tan deprisa el plan.

No obstante, seguía teniendo un mal sabor de boca, ya que no sabía cómo podía haber pasado. Cómo había sospechado Max. Pero sospecha no era lo mismo que prueba, y ahora debía improvisar.

—¿A fondo o normal?

Dennis, hasta ese momento sumido en sus pensamientos, saludó amablemente al recio hombre de las patillas y dejó la alfombra en el mostrador de la tintorería. La segunda alfombra, que era exactamente igual que la que había utilizado para sacar a

Jola de casa y que llevaba en su monovolumen una semana entera.

No pudo evitar sonreír. Le habría gustado darse unas palmaditas en la espalda por su genial ocurrencia. La vieja Mertens diría que lo había visto bajar por la escalera con una alfombra roja, y su abogado, si es que la cosa llegaba a tales términos, presentaría el resguardo con una ancha sonrisa. Sin restos de ADN. Los restos estaban en la otra alfombra, en la que Jola seguía inconsciente y envuelta en el maletero de su coche.

—Normal —repuso Dennis, pues de ese modo resultaría menos sospechoso. Alguien que acababa de llevar al tinte la alfombra en que poco antes había envuelto a una víctima, ¿cómo iba a descartar una limpieza a fondo? Difícilmente.

—¿Le parece bien el lunes de la semana que viene? —le preguntó el hombre.

—Claro —contestó con jovialidad Dennis, y pagó por adelantado.

—Bueno, pues que tenga una buena semana —contestó el hombre, agradeciendo la generosa propina que, con toda seguridad, le recordaría al estudiante.

—No lo dude —replicó Dennis, risueño, y salió de la galería comercial próxima a la estación de cercanías de Grunewald.

«No lo dude».

Veinte minutos después había llegado a su destino. Habría podido tardar la mitad de tiempo, pero llegó a la Heerstrasse despacio y dando varios rodeos por la zona residencial, cuya calle principal era de sentido único, para asegurarse de que nadie lo seguía.

No tenía ningún vehículo detrás. Nadie que aminorara la velocidad cuando él la aminoraba o que acelerase cuando él hacía lo propio.

¿Cómo iba a haberlo?

Nadie sabía cuál era el lugar que había escogido hacía semanas. En un sitio ideal. En el bosque, pero a un tiro de piedra del centro. Apartado pero no llamativo. Miles de berlineses aprovechaban sitios así, en invierno los menos, claro, pero tampoco era tan raro ver un coche aparcado allí. A fin de cuentas, alguien debía comprobar si todo estaba en orden.

Dennis había alquilado la cabañita con la marquesina de PVC por un año. A través de una página de casas de vacaciones en internet, sin que hubiera ningún contacto en persona. Pagada en efectivo, el dinero en un sobre normal y corriente enviado por correos. La mejor opción hoy en día si se quiere guardar secretos.

Ese día, el primero que se había dejado notar el invierno, allí no había nadie. Dennis llegó a la marquesina y aparcó marcha atrás el coche sin que nadie lo viese. El camino de acceso era largo, de manera que el coche quedaba fuera del alcance de la vista.

Apagó el motor, quitó la llave de contacto y aguzó el oído. No oyó nada: ni crujidos en la nieve ni vehículos en la calle. Nadie lo seguía. Y Jola continuaba sin sentido, envuelta en la alfombra en el maletero.

Cuando su aliento empañó los cristales, bajó del coche.

Respiró el aire frío, purificador, y olió la primera nieve del año. Las impresiones sensoriales lo estimularon.

Feliz y contento, pensó en la cámara de vídeo, que estaba junto a la cama, y que muy pronto sería el tercer participante. Una lástima que no pudiera enseñarle nunca a nadie lo que iba a grabar.

Abrió la puerta trasera y sacó de la alfombra a la adormilada Jola, con cuidado. Pensó si no sería mejor hacerlo dentro, pero allí había muy poco espacio, y estando como estaba bajo la marquesina, oculto por el capó, no podía verlo ningún vecino, si es que había alguno ese día.

Además, ¿qué impresión daría? ¡Uno no cruzaba el umbral con la novia envuelta en una alfombra!

Cogió a Jola en brazos y la metió en el bungalow; era ligera como una pluma, y estaba tan calentita y apacible que de buena gana no la habría soltado. Pasó más tiempo del necesario con ella ante la cama, como un padre que lleva a la cama a su hija que se ha dormido viendo la tele.

—Eres tan guapa... —le dijo al oído mientras la depositaba en el colchón, al que el día anterior había puesto una funda que olía a lavanda. El olor preferido de Jola.

Entonces decidió tomar un aperitivo, un abreboca. Le encantaba esa palabra, porque sonaba a vivencia erótico-culinaria, y en esas estaba Dennis en ese momento, cuando se inclinó hacia Jola, le desabrochó los botones de arriba de la blusa y le dio un beso.

—Eres tan guapa... —repitió, excitado y casi enloquecido, y se inclinó de nuevo, esta vez dispuesto a introducirle la lengua entre los rojos labios.

—Y tú vas a estar tan muerto... —oyó una voz a sus espaldas.

Acto seguido tuvo la sensación de que le arrancaban el pelo de la cabeza.

Max

Hay dos cosas de mi vida de las que actualmente no me gusta hablar.

Una es que no fuera yo quien salvó a Jola, ni tampoco la policía, sino precisamente el programa Joshua.

Y la otra es que habría matado a Dennis de no habérmelo impedido mi hija.

Yo, vehemente detractor de tomarse la justicia por la mano y de la pena de muerte, le habría seguido dando patadas en la cara a ese pervertido hasta que los sesos hubiesen salpicado la habitación.

Pero como si fuese la Bella Durmiente y la hubiese despertado un diabólico beso, Jola abrió los ojos justo cuando el muy cerdo se inclinaba sobre ella por segunda vez.

En ese punto yo ya llevaba unos cinco minutos esperando agazapado tras la puerta entornada del lavabo. Había activado la cámara de visión nocturna de mi flamante móvil con el objeto de tener pruebas, para que después pudieran acusar a ese pervertido no solo de secuestro, sino también de intento de violación. Me debatía entre la esperanza de estar en el sitio adecuado y el miedo de que la memoria me hubiera fallado y hubiese sacado conclusiones erróneas.

Antes, cuando estaba delante de mi casa, desvalido, en la calle, y levanté los brazos, era cierto que no sabía qué hacer.

Volví a ver mentalmente, como si fuera una película, todo el horror, los demenciales acontecimientos, el sufrimiento por el que había pasado mi familia unas semanas antes, y, mientras tanto, escuchaba al oído como en un bucle infinito lo que James Edwards me había dicho poco antes en aquel rascacielos: «Mi programa no se equivoca. Son las personas las que cometen errores».

En efecto. Si alguien hubiese revisado el análisis del perfil antes de que mi nombre figurase en esa lista, de la que fui elegido para servir de ejemplo, se habría dado cuenta de que no era yo el que encajaba en el perfil, sino el psicópata que vivía en el piso de abajo.

—Maldita sea, ¿y hasta vosotros teníais dudas? —grité bajo la nieve, y Toffi me miró como si hubiera perdido el juicio.

Me desplomé en la calle junto a su coche, llorando, repitiendo una y otra vez: «Hasta vosotros teníais dudas de que fuese yo. ¿Por qué no mirasteis otra vez bien? Nunca he participado en chats eróticos ni he buscado en internet monovolúmenes, cabañas, sitios con sótano o bungalós».

—¡¡Bungalós!!

Fue esa palabra la que lo cambió todo. La que me hizo levantar del asfalto e impidió que me quedara esperando a la policía.

Me subí al coche de Toffi, esta vez sin esperar a que se montara él y sin darle ninguna explicación.

¡¡Bungalós!!

Claro. En la carpeta que Cosmo encontró en el furgón gris se hablaba de eso en un chat supuestamente mío: «A esta me gustaría tirármela en mi bungaló. Acabo de alquilar uno y lo he insonorizado».

Y ¿qué había dicho Fish en el yate?

«Nuestros primeros análisis de sus actividades en la red y rastros digitales nos llevaron hasta esta colonia de huertecillos de la Harbigstrasse».

Ya no recordaba las palabras exactas, pero sí el número de la parcela que señaló con su amorcillado dedo en el mapa: «1310».

¡Joshua había vaticinado el lugar donde se cometería el delito!

Ahora sé que llegué antes que Dennis al huertecillo porque primero él fue a llevar una alfombra al tinte.

Solo fueron cinco minutos los que pasé en la incertidumbre. Cinco minutos que me adelanté a Dennis. Cinco minutos que se me antojaron como el resto de mi vida. El tiempo que tuve que esperarlo a oscuras, sin saber qué hacer, hizo que el miedo y la ira fuesen insoportables. En el minuto sexto, cuando ya temía que me había equivocado y había entendido mal a Fish, oí el coche. El matraqueo del monovolumen. Y, por fin, casi una eternidad después, él entró por la puerta. Con Jola en brazos.

Y al ver eso olvidé toda mi pátina civilizada. Durante medio minuto conseguí hacerme con las pruebas, grabar al pederasta que a lo largo de los últimos meses se había ganado astutamente la confianza de toda mi familia. Pero cuando le desabrochó la blusa a Jola, perdí el control.

Salí del retrete, le deseé la muerte a aquel degenerado y le tiré del pelo con tanta fuerza que le desgarré el cuero cabelludo.

Después lo golpeé.

Una vez. Dos veces. Y otra. Enajenado.

Hasta que oí la voz de Jola. Sus gritos.

Y le vi la cara. Desesperada y asustada, pero viva.

Jola.

Tenía la boca muy abierta, no decía nada, pero vi en sus ojos lo que quería decirme: que era suficiente. Que ya había visto y vivido demasiado dolor. Que no quería perder también a su padre.

De manera que al final no fui yo quien salvó a Jola, sino al revés: fue Jola la que me salvó a mí.

Dennis sobrevivió.

Lo dejé justo a tiempo. Me aparté de él, su rostro convertido en una masa sanguinolenta, y abracé a mi hija.

La estreché contra mí. La levanté. Abracé la vida que pretendía salvar y que me

había salvado a mí evitando que fuera a la cárcel por una venganza sin sentido.

La saqué fuera de esa cabaña espantosa, lejos del sombrío lugar que podría haber sido su último sitio en este mundo, la llevé hasta el aparcamiento de la Harbigstrasse, donde había dejado el coche de Toffi, que aún conservaba un calorcito agradable.

Nos sentamos juntos en el asiento de atrás. Abrazados, yo con el propósito de no soltarla nunca, nunca, y pasando por alto el zumbido del bolsillo del pantalón.

Los dos llorábamos, y le sequé a besos las lágrimas.

—Te quiero —le dije al oído, y ella me dio las gracias, lo cual me volvió a partir el corazón, pues lo cierto es que me tendría que haber dado un bofetón por haber fallado como padre y haber permitido que las cosas llegaran tan lejos—. Ahora todo irá bien —dije con la firme convicción de que era la verdad. Y nuevamente me contrarió el pitido en el pantalón. Un mensaje.

De modo que cogí el teléfono con la idea de hacer desaparecer el mensaje, pero solo era una línea. No fue necesario abrirlo para saber cuál era su espantoso contenido.

—¿Qué pasa? —preguntó Jola. Debió de darse cuenta de que me quedaba petrificado.

Juro que lo intenté. No quería decírselo para no echar a perder el momento, pero ella era demasiado lista para dejarse engañar. Me cogió el teléfono, leyó el mensaje y soltó el grito que me habría gustado proferir a mí.

¿Qué ponía el mensaje?

Era de Frida, y solo constaba de cuatro palabras: «Cosmo se ha ahorcado».

Cuando llegué al hospital ella ya estaba allí.

Frida estaba sentada junto a una máquina expendedora de bebidas en una desierta sala de espera de la UVI de cirugía, bebiendo de un vaso de plástico sorbitos de un café humeante.

Se levantó cuando me vio aparecer. Al principio, después de que nos salvaran, nos veíamos a menudo, más que nada por las numerosas entrevistas que dimos juntos. Y también por las declaraciones, claro, que tuvimos que prestar a lo largo de varios días y con cuya ayuda no solo se pudo detener a Edwards y los demás instigadores del proyecto Joshua, sino también desenmascarar a los miembros del «club» de Fish. Aunque la central, en el búnker de Heckeshorn, había sido abandonada mucho antes de que llegara la policía, no tardaron en abrirse diligencias contra el grupo de piratas informáticos anónimos que luchaba contra Joshua con medios ilegales.

Todo eso había sucedido hacía tres semanas. Después de declarar por última vez, Frida y yo nos dimos la mano. Me disculpé por todo lo que le hice y ella aceptó mis disculpas. Dijo que ya no estaba enfadada conmigo por haberla metido en semejante locura, y agradecí su mentira piadosa. Después nos prometimos que no volveríamos a vernos.

En fin, el hombre propone y Dios dispone.

—Hombre, por fin —comentó, apartándose de los ojos un mechón del flequillo.

Sin saber cómo saludarnos, nos quedamos como alhelados, cambiando el peso de un pie a otro hasta que la atraje hacia mí y le di un abrazo.

—Lo siento mucho —dijo, sollozando. Y el vaso se le cayó. Se estrelló contra el piso de linóleo, el café derramándose en el suelo y salpicando nuestros pantalones, pero no nos importó—. Yo lo encontré —añadió.

—Lo sé —dije.

Los paramédicos que nos llevaron a Jola y a mí al hospital Martin-Luther se hallaban al corriente y me lo contaron, aunque solo por encima.

Al parecer, Cosmo había alquilado un apartamento en la Koenigsallee, justo enfrente del nuestro, por algún motivo. Frida lo encontró en el dormitorio, recién colgado de una viga.

—¿Y cómo? Me refiero a que...

Se separó de mí, se sonó en un pañuelo arrugado que tenía en la mano y preguntó:

—Quieres saber cómo es que supe dónde estaba tu hermano, ¿no?

Asentí.

Toffi y yo habíamos buscado a Cosmo por todas partes. Desde que no había vuelto al centro estaba en busca y captura oficialmente.

—Ten.

Frida se metió la mano en el bolsillo interior de la cazadora de cuero y me dio un papel. Un correo electrónico impreso. Lo cogí con la mano izquierda: los hinchados dedos de la derecha, con la que había golpeado a Dennis, estaban como si hubiese librado un combate de quince asaltos.

—Supongo que con los nervios se equivocó al programar el AutoMailer, y que el correo no debía enviarse tan pronto. —Se pasó la manga por la cara, el lápiz de ojos convirtiéndose en pintura de guerra—. Seguro que tú también lo has recibido. Nos lo envió a los dos, con la dirección donde podríamos encontrarlo y la advertencia de que había dejado la puerta abierta.

Frida dio unos toquitos en «recibidos», donde, en efecto, también figuraba mi dirección de correo en AOL. Una reliquia de otros tiempos. Solo la consultaba muy de vez en cuando. Quién sabe cuándo habría leído la carta de despedida de mi hermano.

—¿Max Rhode?

Me asusté, antes incluso de haber leído la primera línea. Tampoco Frida había oído al médico, que había salido de la UVI y se nos había acercado con sus zuecos de goma sin hacer ruido.

—¿Sí?

Movió la cabeza con aire pesaroso, y yo pensé que aquel médico de estatura media, cabello medio ralo y signos de agotamiento en los ojos, nos confirmaría lo peor, pero al parecer no sabía la impresión que causaba cuando se acercaba sacudiendo la cabeza a quienes aguardaban en la sala de espera y temían por la vida de sus allegados.

—Tiene lesiones graves —dijo—. Llegó usted en el último momento, por así decirlo —informó, felicitando a Frida. Y después se volvió hacia mí—: Pero el suministro de oxígeno al cerebro se vio interrumpido más de un minuto, y eso es mucho tiempo desde el punto de vista neurológico. Además, antes había ingerido muchos analgésicos, lo cual le desestabilizó más aún el estado general. Y el hecho de que fuera operado no hace mucho por un disparo no beneficia precisamente su circulación. Así que...

—¿Saldrá de esta? —quiso saber Frida.

—Eso no se lo puedo asegurar todavía. El doctor Salm está operando otro caso de urgencia, vendrá a verlos en cuanto haya terminado. Es el jefe de la unidad.

—¿Y usted? —espeté con excesiva aspereza—. ¿Por qué ha venido a vernos si no puede decirnos nada más concreto?

Si se enfadó, no dejó que se le notara. Que en Urgencias hubiese familiares enfadados probablemente era más la regla que la excepción.

—Confiaba en que usted pudiera aclararme lo de las heridas del pecho, señor

Rhode. Las quemaduras son antiguas, pero no queremos que se nos pase nada por alto en su tratamiento. ¿Sabe usted cómo se las hizo?

«Sí —pensé, con miedo de moverme para no caer en el foso de la memoria que se abrió a mi espalda—. Lo sé de sobra. Por desgracia reprimí ese recuerdo, pero me vino a la memoria cuando le desgarré la camisa al sacarlo del pantano.

»Durante años fingí que había conseguido resistirme y salir corriendo de allí aquella vez, en la isla, cuando mi padre quería saber quién había sisado el dinero del tarro de mermelada. Cuando ató a Cosmo a la viga, le echó gasolina por encima y me ordenó que le prendiera fuego si yo era inocente. Porque en ese caso el culpable solo podría haber sido Cosmo. Yo pensaba de verdad que no lo había hecho, que había sido fuerte. Pero no fue así: fui débil.

»Aquella vez lloré, me sorbí los mocos, supliqué e imploré. Pero antes de que se consumiera la larga cerilla, antes de que me achicharrara los dedos, opté por traicionar a mi hermano. Tenía demasiado miedo de los golpes. De la lección que me daría mi padre, porque, maldita sea, si no hubiese soltado la cerilla, ello habría equivalido a admitir mi culpabilidad, que había sido yo el que había cogido el dinero. De manera que lo hice.

»Dejé caer la cerilla y le prendí fuego a mi hermano.

»A día de hoy todavía escucho en sueños la risa de mi padre, que apagó con una manta las llamas que se propagaron deprisa y abasaron a mi hermano.

»A día de hoy todavía oigo la risa y los gritos. Los gritos de Cosmo.

»A partir de ese día todo cambió. Mi hermano tuvo que pasar medio año vendado, y cuando por fin se pudo liberar del vendaje, también se liberó de los lazos que nos unían.

»No es que se apagara por completo el amor fraternal que había habido entre nosotros hasta entonces y que en ocasiones nos convertía en inseparables. El fuego seguía ardiendo, pero tras un cristal tintado. Y cada vez era más débil. Ni siquiera más adelante, cuando aprendimos a boxear juntos con Kalle, una disciplina que no mantuvo a raya nuestras pesadillas pero sí a nuestro padre, volvió a avivarse.

»Desde aquella noche que pasamos en la isla empezamos a distanciarnos. Poco a poco, pero de forma definitiva.

»Me gustaría poder echarle toda la culpa a mi padre, a ese cerdo que languidece en un asilo sin sufrir demasiados dolores, pero no puedo salir tan bien parado.

»Las llamas le consumieron primero la piel y después el alma. Insensibilizaron a mi hermano, y quizá lo convirtieron en lo que es en la actualidad. Yo conseguí no permanecer en el lado oscuro, y hoy en día me sigo sintiendo culpable cada vez que disfruto de la vida. Y es que no solo dejé caer la cerilla aquella noche en la isla, cuando tenía trece años. También reduje a cenizas la verdad. Porque fui yo quien lo hizo, quien cogió el dinero del tarro de mermelada. Fui yo. Y mi padre lo sabía de sobra. Lo sisé yo. Y cuando dejé caer la cerilla, traicioné doblemente a Cosmo».

Me preguntaba qué parte debía contarle a ese médico desconocido cuando me di

cuenta de que él me miraba con perplejidad. También Frida, con los ojos muy abiertos y anegados en lágrimas, se llevó la mano a la boca. Era evidente que no hacía falta que siguiera pensando lo que tenía que decir.

Sin darme cuenta había revelado en voz alta mis pensamientos.

—Perdón —dije, aunque sin saber por qué. Me dejé caer sin fuerzas en la dura silla de plástico y al cabo de un rato, cuando el médico volvió a su reino tras las puertas de cristal opaco, desconcertado, empecé a leer la carta de Cosmo.

Cosmo

Querido Max:

(Le envío esta carta también a Frida por si tu antigua dirección de correo ya no está activa, hermanito. En cierto modo habla por sí solo que no tenga otra en la que pueda importunarte con mis palabras).

Escucha, hermanito, cuando leas esto, ya no te causaré más problemas. Sé que sería mejor que me hubiera tirado de un puente, verme seguro que no te resultó muy agradable, pero me alegro de haber encontrado las fuerzas necesarias para hacerlo. La mayoría de las personas cree que alguien que se quita la vida quiere morir. No es así. Yo quiero vivir. Dios mío, no sabes cuánto: llevar una vida normal. Pero no me ha sido concedido.

Los demonios que llevo dentro son demasiado fuertes. Te juro que he intentado luchar contra ellos, pero no soy capaz.

La muerte solo es el mal menor para mí, pero un mal, al fin y al cabo. Me siento como el que salta de un rascacielos en llamas: no lo quiero hacer, pero no tengo elección, ya que las demás salidas están cerradas.

Quizá nadie tenga elección.

Me refiero a que quizá nuestro destino esté escrito. Los psiquiatras de Brandeburgo opinaban que mi terrible infancia era la responsable de mi estado, pero no son más que bobadas. Mírate, Max. Eres el mejor ejemplo de que no hay nada que obligue a que uno acabe como yo. Los dos tuvimos al mismo monstruo de padre. Él nos «moldeó» a los dos, como solía decir. A mí me convirtió en un perverso; a ti, en una persona excelente, a pesar de tu síndrome del salvador. (O ¿por qué crees que acogiste a esa niña a la que defiendes con la vida?).

Somos las dos caras de la proverbial moneda. Por desgracia, la mía siempre se halla sumida en la oscuridad.

No escribo esto para que tengas remordimientos. Sé que tú lograste reprimir ciertas cosas. Por eso quería hablar contigo de *El colegio del horror*, que considero un libro genial. Ninguna otra de tus novelas es tan auténtica, y posiblemente por eso mismo tampoco ninguna otra llegue a tener el éxito de la primera. En ella procesaste todo cuanto nos pasó. Un gran trabajo, en serio.

En lo más profundo de tu ser deseabas no haber dejado caer esa cerilla. Se ve cómo deseas poder volver atrás en el tiempo para actuar como tu héroe, Simon, que en tu *thriller* se rebela contra su padre.

Pero ¿sabes qué? Da lo mismo. La cerilla no fue lo que marcó la diferencia. Yo ya estaba roto antes.

Quiero que lo sepas. Y hay algo más.

Ojalá fuese como tú. De veras.

Eres estupendo. Siempre fuiste el mejor de los dos.

Yo solo soy basura. Escoria.

Lo sabes, aunque no quieras reconocerlo, como se puede inferir, por cierto, de *El colegio del horror*, ya que «Peter el Tartamudo» soy yo, ¿no? Pero a diferencia del personaje de tu novela, yo soy un caso perdido. Me avergüenzo y no aguanto más. Esto es lo que siento. Si te doy pena, imagínate con el pene en la mano delante de tu hija. Haciéndole... Mierda, no lo puedo escribir, y eso que es lo

que QUIERO. ¿Lo entiendes? Estoy enfermo. Para mí no hay salvación, porque no me tomo las pastillas que debería tomarme. Porque dejo una y otra vez la terapia a la que debería asistir.

No puedo más. Y no quiero seguir así. Lo siento. Abajo está la dirección donde me encontrarás. Tómate tu tiempo. Ya no tiene importancia, ¿vale?

Te quiero.

COSMO

—¿Señor Rhode?

Otra voz. Otro médico.

Había leído la carta por tercera vez y, al igual que las anteriores, mis ojos se habían vuelto a llenar de unas lágrimas que no sabía de dónde podían seguir saliendo.

Levanté la vista, y Frida, que me había estado mirando todo el tiempo desde atrás, hizo lo mismo.

—¿Sí?

El hombre se presentó como médico jefe y profesor Salm. Tenía cara de jugador de póker profesional y llevaba unas gafas cuadradas. Calculé que tendría sesenta y pocos años, solo por las numerosas manchas de la calva.

—Tengo buenas noticias —informó con una voz con la que también podría diagnosticar un cáncer incurable—. Todavía no se puede cantar victoria, pero todo apunta a que su hermano saldrá de esta.

Frida y yo asentimos despacio, como dos robots de juguete que se estuvieran quedando sin batería.

—¿Es que no se alegra? —preguntó, sorprendido, el médico.

—No es a mí a quien debería preguntárselo —me oí decir. Mi voz había cobrado vida propia, como un coche sin freno de mano en una pendiente.

Nos despedimos del médico con un movimiento de la cabeza y salimos a tomar el aire, que sabía a nieve y no fue capaz de enfriar nuestros ánimos tanto como nos habría gustado. Sin pronunciar palabra, de tácito acuerdo, nos sentamos ante las puertas del hospital Martin-Luther en un banco y contemplamos los edificios de enfrente. Arriba había viviendas; abajo, negocios. Un café, flores y, cómo no, la funeraria de rigor.

Pisando las colillas de los pacientes, cuyo banco de fumar ocupábamos, nos quedamos pensando. Cada uno a lo suyo y a la debida distancia, sin tocarnos, y, sin embargo, o al menos eso pensaba yo, unidos en espíritu.

«Todo apunta a que su hermano saldrá de esta».

Estaba seguro de que Frida se hacía las mismas preguntas que yo.

Si debíamos desearle suerte a Cosmo.

Y, en caso afirmativo, ¿para qué?

—¿Y nosotros? —me preguntó, mirándome.

—¿A qué te refieres?

Eran poco más de las cinco de la tarde, pero daba la impresión de que ya era medianoche. La farola que teníamos a tres pasos nos iluminaba a ambos como un

sucio reflector.

—A que si también nosotros saldremos de esta —precisó.

—¿Quieres decir sin daños permanentes?

Frida asintió.

—No tengo ni idea.

Volvimos a mirar al frente, escuchando el murmullo del viento y los vehículos que pasaban por la calle Caspar-Theyss.

Pensé en mi hermano, en la época en que éramos felices, pese a las palizas de nuestro padre. Antes de ir a la isla. Y supe que nunca podría dar marcha atrás al reloj para situarlo en el día en que aún habría podido salvarse nuestra alma. No servía de nada mirar al pasado como si de un agujero oscuro se tratase. Y tampoco tenía sentido querer saber lo que nos depararía el futuro.

Como dijo en una ocasión uno de los protagonistas de mis novelas: «Nada ha sucedido en el pasado, y tampoco sucederá nada en el futuro. Todo cuanto sucede, sucede ahora».

Y ahora se me acababa de encoger el estómago.

—Vamos —le dije a Frida, y le tendí la mano para que no resbalara al levantarse. No habían echado sal en la calle, y seguro que la nieve cubría algunos puntos con hielo.

—¿Adónde? —me preguntó.

—A buscar una pizza —repuse.

—¿Una pizza? —Se levantó sin aceptar la ayuda que le ofrecía. Y se rio—. ¿Lo dices en serio?

Me encogí de hombros y señalé la planta del hospital donde suponía estaba la habitación de Jola.

—Salami y cebolla, pero sin pimiento. Se lo prometí.

Y aunque tampoco es que tuviera mucho más que hacer ese día, ese primer día de nieve de diciembre, por lo menos esa promesa la cumpliría.

Por lo menos eso.

Epílogo

Abuso

No sé ustedes, pero algunas de las personas más cercanas a mí que leyeron un borrador de *El proyecto Joshua* me dijeron después: «Te odio, Fitzek». Y cuando les pregunté por qué, concretaron: «Porque has hecho que me caiga bien un pederasta».

Y sí, he de reconocer que, a medida que escribía sobre él, cada vez le tenía más cariño a Cosmo.

El día que decidí darle más cabida en este *thriller* de la que tenía pensada en un principio fue cuando en la autopista vi un coche que tenía una pegatina que ponía: «Pena de muerte a los pederastas», algo que no podría ser más erróneo.

En el curso de la documentación que he llevado a cabo, estos últimos años he leído muchas cosas sobre el abuso infantil y por eso sé que en nuestro país existe la nada despreciable cifra de alrededor de doscientos cincuenta mil pedófilos.

Pero también sé que la opinión pública a menudo equipara pedófilo a delincuente, cosa que no es así. No todos los pedófilos abusan de niños o consumen pornografía delictiva.

Existen estudios que demuestran que a la mayoría de ellos les gustaría librarse de estas inclinaciones. Sin embargo, hoy en día la ciencia sabe que, por desgracia, la pedofilia no se cura, si bien los afectados pueden aprender a controlar su conducta. Lo principal es ponerse cuanto antes en manos de profesionales. Cuando la pedofilia cruza un umbral tras el cual a sus fantasías abstractas siguen actos concretos, es demasiado tarde.

Para la mayoría de los que la sufren sin exteriorizarla, existe una institución excelente cuya página web pueden visitar: <www.kein-taeter-werden.de>. En ella se ofrecen terapias profesionales para quienes se sienten atraídos por niños.

Admito que, como padre de familia, me cuesta considerar a esas personas pacientes y no monstruos. Y el conductor del coche que llevaba la mencionada pegatina posiblemente quisiera ver en la silla eléctrica a todos los que visitasen esta página web. Sin embargo, este radicalismo es absurdo, aunque solo sea porque implica que solo se trata de un puñado de casos que se podrían controlar con la pena de muerte, y no de un delito masivo.

Llegados a este punto, debo confesar algo políticamente incorrecto: entiendo a cada madre y cada padre que quiera ver morir a quien maltrató a su hijo, abusó de él o incluso lo mató. La profunda aversión que me inspira la pena de muerte, que tantas veces he proclamado, posiblemente pasara a un segundo término si se viera afectada mi familia.

Con todo, sé por conversaciones mantenidas con médicos forenses, fiscales y

jueces, la facilidad con que uno se puede equivocar. Aun cuando un caso parezca claro, siempre existe el riesgo residual de condenar a la persona equivocada. Como en el caso de Norbert K., oriundo del Sarre, que, aunque era inocente, pasó ocho años en prisión por abuso infantil, hasta que se averiguó que los cargos eran inventados y los informes, falsos. Si la petición de la pegatina de ese coche se correspondiese con una ley en vigor, en 2004 se habría ejecutado a un inocente. Y este no es más que un ejemplo de un sinfín de errores judiciales.

Ahora bien, los comentarios que efectúo en este libro no deberían considerarse un alegato a favor y en contra de la pena de muerte. Me interesa llegar a algo muy distinto: precisamente por tratarse de un tema tan peliagudo, es preciso analizar el problema con la mayor objetividad posible. No por mor del autor, sino de la víctima. Muy en particular de las futuras víctimas.

Imagine que en lugar de ir yo detrás del coche de la pegatina fuese un hombre que se está planteando visitar Kein Täter werden. Incluso ha pedido ya cita, porque ha constatado que sufre de inclinaciones malsanas. Por miedo de sí mismo y movido por la preocupación de que pueda infligir daños a otros, quiere recibir ayuda médica y psicológica. Ya se siente una auténtica mierda, y ahora, encima, lee esa pegatina.

Imagine, además, que el hombre anula la cita que tenía. Al final el miedo de ser tildado públicamente de pedófilo ha pesado demasiado. Y, además, piensa: «A fin de cuentas, yo aún no he hecho nada, ya me las arreglaré solo». Pero no lo hace. Por miedo de ser censurado públicamente, de ser desacreditado, perder su empleo, su futuro, no dice nada e intenta apañárselas solo. Pero por regla general eso no suele durar mucho sin ayuda. La posibilidad de que acabe haciendo daño a algún niño ha aumentado considerablemente.

Lo que quiero decir con esto es que, por muy comprensible que sea que tendamos a aborrecer y despreciar a estas personas, estamos obligados a utilizar el sentido común, dar un paso más y pensar en nuestros hijos.

Prefiero vivir en un país donde se respira un clima en el que un pedófilo se atreva a buscar ayuda profesional, a hacerlo en un país donde se abusa de los niños porque las personas rechazan una ayuda valiosa por miedo de ser estigmatizadas.

Y con esto no estoy afirmando que exista ninguna garantía de que no vaya a delinquir ningún pedófilo que busque ayuda a tiempo. Pero las posibilidades aumentan mucho más que si la persona se aísla. Porque, si se aísla, ¿con quién mantiene contacto el pedófilo si no es con otros como él?

De manera que si queremos hacerles un favor a nuestros hijos, no pongan pegatinas en el coche pidiendo la pena de muerte para los pederastas. No dé al «me gusta» en Facebook a artículos de este estilo. Mejor dé a conocer la página <www.kein.taeter-werden.de> en su círculo de amigos, conocidos y familiares, o —disculpe por decirlo tan abiertamente— visítela usted mismo si cree que necesita ayuda.

Puesto que estamos hablando de un cuarto de millón de personas, la probabilidad

de que entre los lectores de mis libros haya algunos afectados es elevada. Y a diferencia de Cosmo, no es demasiado tarde para ellos.

Maltrato

A menudo me preguntan por qué la violencia infantil está tan presente en mis libros. De vez en cuando me las tengo que ver con el reproche de que algo así no tiene cabida en una novela entretenida. Es fácil ver que yo opino de manera distinta.

Para empezar, debo decir que no soy yo el que busca los temas, sino al contrario: los temas sobre los que escribo me buscan a mí.

Desde mi primera novela, *Terapia*, proceso literalmente mis preocupaciones y miedos, y tengo unos cuantos. Creo que los escritores de *thrillers* debemos ser un poco pusilánimes: ¿cómo vamos a inspirar miedo a otros si no lo sentimos nosotros?

Yo, al menos, soy pusilánime, y supongo que la culpa la tiene el programa de televisión *Aktenzeichen XY*, una especie de *Expediente X* que me dejó traumatizado cuando era pequeño.

Cada vez que pasaba de noche por un aparcamiento desierto montado en mi bicicleta, oía la sonora voz en *off* del presentador, que decía: «Sebastian F. fue visto por última vez en el aparcamiento de la Waldschulallee esquina con la Harbigstrasse...».

Ahora, décadas después, mis miedos son más concretos y reales, y, como es natural, se han acrecentado con cada hijo que mi mujer ha traído al mundo. Como seres con emociones, las personas solo tenemos dos posibilidades: enfrentarnos a nuestros miedos o reprimirlos. Personalmente, he decidido ocuparme de estos temas intentando, la mayoría de las veces inútilmente, volcar mi horror en los libros.

Pero puedo entender a todo el que dice que no quiere leer nada relacionado con la violencia infantil. Igual que a mí me cuesta ver películas en las que se ve sufrir a animales. Sin embargo, sé que ni la violencia contra los animales ni la violencia contra los niños desaparecerán solo porque yo no mire. Antes bien, los culpables salen beneficiados cuando temas como el abuso y el maltrato pasan a ser tabú. Se benefician del manto de silencio bajo el que se pueden esconder.

Por tanto, en el fondo escribo sobre estos temas porque me afectan. Y porque son relevantes. Al año, solo en Alemania alrededor de doscientos mil niños sufren maltrato. El abuso y el maltrato son delitos masivos, y sería absurdo pasarlos por alto en un medio como el libro, que llega a cientos de miles de personas, y en su lugar escribir sobre el asesinato de una viuda millonaria en una villa de Grunewald, lo cual, estadísticamente hablando, apenas sucede.

No obstante, y de esto también soy consciente, no basta con escribir al respecto, razón por la cual me alegra ser embajador de la asociación alemana que lucha contra el maltrato infantil.

Familias de acogida

Hace unos años mantuve una conmovedora conversación con un buen amigo que, con su mujer, había acogido a un niño. Al igual que Jola, el pequeño venía de una familia desestructurada. Sus padres eran drogodependientes, y él presentaba señales de abuso y maltrato. Cuando la Oficina de Protección al Menor entregó el niño a la familia de mi amigo, le dijo esto: «Piensa que acabas de salvar a este niño del infierno y que no tendrá que volver nunca con sus padres biológicos». Así lo pensaron, pero, por desgracia, fue un error. Cuando el niño cumplió dos años, la Oficina intentó retirárselo a su familia de acogida, aunque debido al consumo de drogas los padres biológicos seguían enfrentándose a graves problemas y los cargos por maltrato no se habían retirado. Mi amigo, desesperado, me dijo algo que supuso el pistoletazo de salida de este *thriller*: «Antes me voy del país con nuestro hijo que permitir que vuelva a ese infierno».

Una vez más, yo quería analizar a fondo una cuestión del tipo: ¿Qué pasaría si...? ¿Cómo reaccionaría yo si quisieran quitarme a mi amado hijo para dárselo a alguien que —aunque fuera hacía años— lo había maltratado? Naturalmente, sé que el derecho de patria potestad tiene prioridad. Y que jueces y trabajadores de la Oficina de Protección al Menor llevan una gran carga y una gran responsabilidad cuando han de decidir si restituir o no a los niños.

Sin embargo, en el caso de mi amigo la situación era clara. Tanto que el tribunal se pronunció en varias ocasiones a favor de que el niño siguiera con la familia de acogida, ya que los padres biológicos ofrecían condiciones inadmisibles para el pequeño.

Entretanto, esta decisión fue ratificada varias veces, ya que la familia de mi amigo ha de someterse a juicio cada año, dado que en Alemania los padres biológicos siempre pueden solicitar que les sean restituidos los niños a los que maltrataron. Según Saskia Etzold, forense del hospital universitario berlinés Charité y coautora junto con mi amigo Michael Tsokos del polémico libro *Alemania maltrata a sus niños*, cuya lectura es más que recomendable, en Alemania un día sí y otro no un niño muere a consecuencia de malos tratos. Con frecuencia, entre ellos hay niños a los que Protección al Menor mandó de vuelta con sus padres biológicos. «No puede ser que a mi mesa de autopsias lleguen niños porque primó el derecho de sus padres biológicos», afirmó Etzold en una entrevista al periódico *Der Spiegel*.

Aunque mi amigo y su mujer tenían un miedo cerval de que, si era restituido, el pequeño sufriera daños físicos y psíquicos y volviera a traumatizarse, tal como vaticinaban numerosos expertos, no se fueron del país. Mi amigo no secuestró a su hijo tutelado. A diferencia de Max Rhode, confió en el sistema judicial, aunque estuvo a punto de hacer las maletas.

Son estos conflictos existenciales de difícil solución los que interesan a un escritor como yo. Situaciones con emociones excepcionales y extremas, no solo para los padres, sino también para la Oficina de Protección al Menor y los jueces. Pero sobre todo, claro está, para el niño tutelado, cuyo futuro a menudo han de decidir completos desconocidos.

Predictive policing

Mientras estaba de gira promocional de mi libro *El sonámbulo*, me gustaba bromear con el público diciendo que seguro que la BKA, la Oficina Federal de Investigación Criminal de Alemania, me tenía en el punto de mira desde hacía tiempo y en Wiesbaden se encendía una luz roja en cuanto me ponía a navegar en la red.

Si el listado de mis búsquedas se utilizara como base para elaborar un perfil psicológico, se llegaría a la inevitable conclusión de que padezco una enfermedad psicopatológica muy poco frecuente y que supone un grave peligro público.

Entre mis búsquedas en Google solo para esta novela se encuentran cosas como:

- GHB
- Islas deshabitadas de Berlín y Brandeburgo
- Hundir cadáveres en pantanos
- Medicamentos después de una esterilización forzosa
- Centro psiquiátrico penitenciario
- Fuga en régimen abierto
- Educación sexual en primaria
- Grilletes electrónicos para niños

Por cierto, esto último lo he consultado (no es broma) por motivos personales. Un conocido nos invitó a una fiesta en su casa a orillas de un lago, y su perímetro, por desgracia, no está separado del agua. Puesto que nuestros tres hijos todavía no sabían nadar, me pareció que era demasiado peligroso (ese es el inconveniente de tener por padre a un escritor de *thrillers*, pues básicamente suele imaginarse lo peor que le puede pasar a alguien), razón por la cual iba a rehusar, hasta que vi por casualidad la película *Disturbia* en televisión. En este *thriller* un chico que se encuentra obligado a cumplir arresto domiciliario observa que en la vivienda de enfrente se ha cometido un delito, pero lo que a mí me interesó fue el grillete electrónico con que la policía se asegura de que Shia LaBeouf no pueda salir de casa. Si abandona el perímetro establecido, aparece la policía. Y yo pensé: necesito una cosa así. Una especie de grillete electrónico para mis hijos, que dé la alarma en cuanto se acerquen demasiado al agua. En efecto, algo así existe en forma de reloj, y pedí tres, pero no llegué a probarlos, porque la fiesta se suspendió.

De manera que en las giras promocionales me divertía la idea de que alguien que analizase mis datos me pusiera en una lista negra después de mi consulta sobre «grilletes electrónicos para niños».

Lo que entonces fue una broma acabó siendo una posibilidad real cuando se dieron a conocer las primeras noticias sobre Edward Snowden. A estas alturas se sabe que el tráfico de datos y correos electrónicos es analizado o al menos puede serlo. Ni siquiera el móvil de la canciller Merkel es seguro. *Big data*, la Agencia de Seguridad Nacional, casos de escuchas... oímos tantas cosas tan a menudo que hace tiempo que esas noticias nos dejan fríos. Confieso que yo también formaba parte de los que se decían: Bueno, no es que me guste que alguien me vigile cuando navego por internet, pero no tengo nada que ocultar. Si los de la Agencia de Seguridad Nacional están tan empeñados en pillarme en un chat de fetichismo, pues me pillarán, está claro. Efectivamente, me metí en un chat así una vez, porque como padre primerizo hiperpreocupado temía que pudiera haber algún problema con el contenido de los pañales de nuestro hijo, que de pronto era prácticamente inexistente. Quería saber cuántas deposiciones eran normales para un niño de cuatro semanas, y busqué en Google contenido de pañales y peso, pero solo encontré entradas sobre el número de pañales al día, no de gramos por pañal. Hasta que me topé con una discusión en un foro en que se hablaba exactamente de este tema. Ya iba a abrirme un perfil y darle las gracias al responsable cuando me di cuenta de que «Paul 38» no tenía 38 meses, sino «años», y www.windelerziehung.de es algo muy distinto de una página para padres preocupados. Ya, ya sé cómo suena esto. Como el marido que está tumbado encima de su secretaria desnuda en el despacho y dice: cariño, me he tropezado.

Y ahora párese a pensar en qué lista ha incluido mi nombre la Agencia de Seguridad Nacional si no me cree...

Pero volviendo al tema que nos ocupa: que la *predictive policing*, el método de prevención de delitos, proporciona argumentos para un *thriller* es algo conocido por lo menos desde *Minority Report*. Como también se sabe que —a diferencia de en la película de Tom Cruise— hace tiempo que no es ciencia ficción. Sin embargo, cuando escribía el libro me sorprendió la velocidad a la que se propagan actualmente los programas de prevención de delitos.

En octubre de 2014, el periódico *Frankfurter Allgemeine Zeitung* informaba de que la policía londinense había finalizado un periodo de prueba de veinte semanas con un *software* similar. «Por así decirlo, el algoritmo hace suyo el punto de vista del delincuente en potencia y calcula en qué momento y en qué lugares sería menos arriesgado cometer un delito... e invierte el orden. Un portavoz de la policía londinense puntualizó que el *software* no se había implantado para identificar a

individuos, sino a bandas de delincuentes, y calificó el experimento de exitoso. No obstante, los criterios con los que trabaja el programa permanecieron bajo llave». (Lea Beiermann, «Delitos del mañana», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 31/10/2014, p. 17).

El 1 de diciembre de 2014 Constance Kurz escribía en este periódico un artículo titulado «*Big data* conquista la labor policial»:

«Los problemas a menudo plantean cuestiones éticas, porque cómo funcionan exactamente los sistemas, qué información sopesan y si de verdad son eficientes es algo que, como tantas otras veces, apenas se puede comprobar de manera independiente. ¿Se ven perjudicados o favorecidos por el *software* regiones, grupos de personas o individuos determinados? ¿Se señalan criterios étnicos en los perfiles de delincuentes? ¿Cuánto tardarán, por ejemplo, los atracadores de casas en entender de manera intuitiva cuáles son las zonas por las que pasan más patrullas y adaptar su comportamiento en consecuencia? No en todas partes se pierde el tiempo en estas cuestiones: en Baviera se acaba de informar de que patrullas de policía guiadas por el nuevo *software* Precops han cosechado éxitos en tres casos».

Mientras escribo estas líneas, en Berlín se está debatiendo la introducción de Precops en la Comisión de Interior del Parlamento.

¿Maldición o bendición? Las consecuencias de estos inminentes cambios revolucionarios en la labor policial todavía no son previsibles. Y, como tantas otras veces, un invento que tiene por objeto mejorar nuestra vida también posee el potencial de acabar siendo una catástrofe.

Si el lector me conociera, sabría que nunca escribo con intención aleccionadora, y ni siquiera meses de documentación me convierten en un experto en algo tan complejo, por lo cual no puedo pretender presentarme aquí en calidad de apologista de esa opinión y moralista.

Sin embargo, cuando las lecturas me llevan a dedicarme más de lleno a uno u otro tema, se trata de un efecto secundario más que deseado.

Vivimos en un mundo cada vez más complicado.

Los temas que he mencionado no se pueden analizar de manera exhaustiva en una novela, ya que son demasiado complejos. Pero también son demasiado importantes para pasarlos por alto.

Que una mujer de sesenta y cinco años pueda traer al mundo a cuatrillizos es objeto de una discusión más acalorada y emocional entre la opinión pública que la *predictive policing*. Pero no porque, como se suele afirmar, las personas cada vez sean más superficiales y carezcan de interés, sino porque el mundo en que vivimos cada vez es más complejo y todos buscamos temas en los que poder tomar postura deprisa y de forma tajante.

Por desgracia, los temas que se prestan a esto sin problemas suelen ser

socialmente tan relevantes como la nueva foto en Instagram de Heidi Klum.

De permitirme una recomendación cauta con este libro, sería que cada cual se forme su propia opinión con respecto a los temas que se abordan en *El proyecto Joshua*.

En lo tocante a *Big data*: ¿quiere que la policía trabaje con los últimos avances tecnológicos o preferimos contentarnos con que algunos delitos no se puedan impedir por adelantado porque los riesgos que entrañaría un mal uso del *software* son mayores que sus probabilidades de éxito?

La cuestión central de este *thriller* no es fácil de contestar. A este respecto no existe una solución sencilla, y como suele ocurrir en temas complejos, guárdese mucho de quienes pretendan ofrecerle respuestas fáciles.

Ni siquiera la decisión de mantenerse apartado por completo de los medios digitales es realista. No hace mucho circuló por Estados Unidos la historia de dos empleados que trabajaban en la misma empresa y tenían la misma edad y el mismo sueldo. Sin embargo, uno de ellos pagaba unas cuotas de seguro mucho mayores. Cuando este pidió explicaciones, la cruda respuesta fue: «No está usted en Facebook, así que no podemos saber si tiene algún pasatiempo peligroso o los fines de semana aumenta su consumo de alcohol».

Y ¿qué opino yo a este respecto?

En lo tocante al tema del abuso y el maltrato ya me he pronunciado antes. Y de la *predictive policing* opino como Max Rhode, que al final de la novela dice que teme menos a la vigilancia del Estado que a la privada. Naturalmente, existe el peligro de que datos que se recaban hoy en una democracia más adelante se puedan utilizar en contra de la propia población si, por algún motivo, el sistema político cambiara para mal. Pero aunque se produjera, por ejemplo, un golpe de Estado y se acabara con la separación de poderes, ¿de verdad cree que un futuro dictador no estará pendiente de lo que ya transmiten las cámaras de vigilancia? En el peor de los casos, el régimen totalitario creará su propia infraestructura, una infraestructura que menospreciará a las personas, con independencia de que nos andemos con pies de plomo con la tecnología.

En la mayoría de los países no es el Estado el responsable de la omnipresente vigilancia orwelliana, sino la conducta de las personas, que revelan voluntariamente datos sobre sí mismas.

Quizá sea un ingenuo, pero me preocupa más que empresas privadas saquen conclusiones falsas y/o perjudiciales de manera incontrolada a partir de los datos de que disponen, que contar con verme sentado en el próximo vuelo de la muerte o ser detenido por una falsa sospecha.

Las empresas privadas no tienen por qué actuar de manera delictiva como en este libro, pero para que uno sea rechazado en una entrevista de trabajo basta con que el ordenador haya encontrado en los rastros de datos digitales algo supuestamente sospechoso.

Agradecimientos

En 2006 se publicó una pequeña tirada de mi primer libro. Cuatro mil ejemplares, que entonces me pareció una cantidad considerable, hasta que me dijeron que solo en Alemania existen más de cinco mil quinientas librerías. Por desgracia, este número ha disminuido drásticamente con los años, pero desde el punto de vista estadístico por aquel entonces solo había 0,73 ejemplares de *Terapia* por librería en las estanterías, y tuve clara una cosa: con menos de tres cuartas partes de libro por negocio no llegaría muy lejos.

El hecho de que, sin embargo, cosechara cierto éxito y mi carrera no acabase después de *Terapia* se lo tengo que agradecer a alguien que usted conoce muy bien: usted mismo.

Mis lectores siempre ocupan el primer lugar en mis agradecimientos, y esto es algo que nunca cambiará, como tampoco lo hará el hecho de que siempre facilite mi dirección de correo electrónico. Cuando lo hice en 2006, no obstante, pensé que con una tirada de cuatro mil ejemplares como mucho recibiría cuarenta correos. Que entretanto sean más de cuarenta mil no cambia el hecho de que todos ellos me deparen una gran alegría al verlos en mi bandeja de entrada, aunque los responda a mi ritmo. Confío en que me disculpen si —cuando estoy escribiendo o en gira de promoción de algún libro— el retraso es excesivo. Como decía, la dirección a la que pueden enviar sus críticas constructivas es: <fitzek@sebastianfitzek.de>.

Si no le ha gustado el libro, le ruego se dirija a alguna de las siguientes personas, a las que me he visto obligado a pagar mucho dinero para que hagan de chivo expiatorio.

De la editorial Lübbe:

Marco Schneiders (magnífico lector que descubrió en su día a Dan Brown cuando aún era un absoluto desconocido. Me refiero a Dan, no a Marco), Klaus Kluge (genio del marketing), Barbara Fischer (maga de la prensa), Felix Rudloff (mánager visionario) y Ricarda Witte-Masuhr (la supermujer de las ideas), así como al resto del equipo de Lübbe, sobre todo a Birgit Lübbe, a la que quiero dar expresamente las gracias y a la que deseo toda la fuerza y seguridad de este mundo.

Regine Weisbrod, tu nombre aparece demasiado escondido en el libro, y eso es algo que en el futuro tendremos que cambiar. Tu fantástica labor de lectora nunca se apreciará lo bastante, aunque sienta un sudor frío cada vez que me llega un correo tuyo con el asunto: «Observaciones a la primera versión». Entonces lo sé: empieza el

puñetero trabajo, y tendré que volver a pasarme semanas sentado a la mesa.

Le doy las gracias a mi familia, de la que no solo forma parte mi fantástica esposa Sandra, cuya locura soporto con paciencia cada vez que se retira durante meses o en la cena solo está presente en cuerpo, porque su mente anda perdida en otras cosas... ¿o era al contrario? Da lo mismo, de la gran familia Fitzek también forma parte todo el clan Raschke, sobre todo Manuela, que me evita todo aquello que podría distraerme de la escritura y en la que confío tanto que le he otorgado sin vacilar un poder general. Manuela, dondequiera que estés en este momento, ¡llámame! Si te llamo yo, mi llamada acabará en espera en las islas Caimán, y por algún motivo hoy el cajero automático se ha negado a devolverme la tarjeta.

Gracias a Sally (organización de giras promocionales), a Karl (amigo y aportador de ideas; nadie cuenta anécdotas de la vida real como tú), a Barbara Herrmann y Achim Behrend (archivo y despacho) y a mi fiel compañero de viaje Christian Meyer, de C&M Sicherheit. A estas alturas, en las giras promocionales de los libros funcionamos como un matrimonio que lleva muchos años casado, en el que yo, naturalmente, soy el hombre de la relación. Cada vez pillo más resfriados.

Les doy las gracias a Ela y Micha, así como a Petra Rode, a la que para agradecer su magnífica labor hemos facilitado un curso de reciclaje en lucha antiterrorista y gestión de catástrofes al dejarle una vez a la semana a los niños para que haga de canguro.

Franz, gracias por tu lectura previa. Si de verdad tienes, como afirmas, cincuenta y dos años, en el futuro te ruego que te ahorres tus sagaces observaciones de mi novela y me des la dirección de tu cirujano plástico. Claro que quizá te hayas bañado en la misma fuente de la juventud que Zsolt Bács, al que quiero por sus estupendas ideas y odio por ese abdomen que más parece una tableta de chocolate. Creía que a partir de los treinta se engordaba un kilo al año en lugar de perderlo.

A Thomas Zorbach y Marcus Meier les agradezco sus aportaciones tanto creativas como técnicas. Tú, Thomas, me has abierto los ojos en cierto sentido, el cirujano Zarin Suker podría aprender mucho de ti.

Mi más sincero agradecimiento al hombre más culto del mundo, en su día director de uno de los mejores institutos de Berlín, cuyo amor a la literatura ha marcado a miles de sus alumnos en clase de alemán y a mí en casa: ¡gracias, papá!

Sabine y Clemens Fitzek: una vez más me habéis ayudado con las cuestiones médicas, y todo lo que aceptáis a cambio es una comida en Big Window. ¡Suerte para mí!

Naturalmente, estoy en deuda con Michael Treutler y Simon Jäger, el equipo de ensueño de los audiolibros/CD de audio que me ha acompañado desde el principio, así como numerosos amigos que me ayudan con sus consejos y su apoyo, como Arno Müller, Jochen Trus, Thomas Koschwitz y Stephan Schmitter.

Si acaricia la idea de publicar un libro, no lo envíe a una editorial. En sus buzones aterrizan a diario más manuscritos que aviones en Fráncfort. Lo mejor es que se busque un agente literario, pero no a Roman Hocke, que es mío. Él y el equipo al completo de AVA-International (Claudia von Hornstein, Claudia Bachmann, Gudrun Strutzenberger y Markus Michalek) son tabú para los demás escritores, ¿entendido?

Lo mismo cuenta para mi agente de prensa personal, Sabrina Rabow. ¡Mil gracias por todo! Y también a ti, Tanja Howarth, la mejor defensora de la literatura alemana en Inglaterra y el único tesoro anaranjado del mundo.

Confío en que volvamos a vernos en alguna feria o presentación, y dicho esto, aquí terminan unos agradecimientos que una vez más son demasiado largos. Pero tampoco es que sea obligatorio leerlos todos, ¡ojo! A no ser que sea familia mía, pues en ese caso podría suceder que esté detrás de usted con un arma. Hasta la fecha este método ha dado los mejores resultados cuando quería oír críticas positivas.

Y no puedo olvidar dar las gracias al sinfín de librerías, las manos que contribuyen a las ventas, los bibliotecarios y los organizadores de lecturas, festivales y ferias.

A esto lo llamo yo un buen trabajo en equipo: usted mantiene vivo el interés por los libros para que yo pueda seguir matando en ellos.

Hasta pronto.

Atentamente,

SEBASTIAN FITZEK
Berlín, mayo de 2015



SEBASTIAN FITZEK (Berlín, 1971). Escritor y periodista alemán, dedicado a la novela de intriga y suspense y autor de gran éxito internacional.

Estudió Derecho y recibió su doctorado en Derecho de Autor. Trabajó como editor y director de programas en varias estaciones de radio en Alemania.

Su primera novela, el *thriller* psicológico *Terapia* (*Die Therapie*, 2006), alcanzó enseguida el número uno en ventas de libros y fue nominada al premio Friedrich-Glauser en la categoría de mejor novela debutante, siendo aclamada por la crítica y los lectores por igual.

Sus novelas posteriores, *El retorno* (*Das Kind*, 2008) y *El experimento* (*Der seelenbrecher*, 2008), lo consagraron como el maestro alemán del *thriller* psicológico.

El autor alemán considera que la presión que ejerce actualmente la sociedad puede llevar a muchas mentes a «desconectarse» de la realidad, pero no cree que eso signifique necesariamente un aumento de las personas malvadas.

Notas

[1] *Klingelingeling, hier kommt der Eiermann...*: de la canción *Der Eiermann* —*El huevero*—, de Klaus & Klaus. (*N. de la T.*) <<

[2] «Pez», en inglés. (*N. de la T.*) <<